Una Estrella Agonizante

MARE GARRIDO

SAKURA BOOKS
EDITORIAL

Una Estrella Agonizante Primera Parte

Mare Garrido

Editorial Sakura Books

SAKURA BOOKS

EDITORIAL

Copyright © 2022 Mare Garrido

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9798360662334

Cover design by: Editorial sakura Books

Printed in the United States of America

A todos los que aún aprenden a cuidarse.
A todos los que aún aprenden a valorarse.
A todos los que aún cargan con el peso del dolor.
A todos los que siguen brillando pese a estar agonizando. Esto es para ustedes.

Contents

Title Page
Copyright
Dedication
PREFACIO
Capítulo I
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15

PREFACIO

—Mi nombre es Nathaly Grey, tengo dieciocho años, y voy a estar bien —Tiemblo siendo presa de los efectos de las sustancias en mi cuerpo—. Voy a estar bien, voy a estar bien.

Repito lo mismo con los dientes castañeándome por el frío que me cala en los huesos sabiendo que no es cierto, pego las rodillas a mi pecho y me vuelvo un ovillo en el pavimento de la acera queriendo sentir sus brazos a mi alrededor, pero su ausencia me congela aún más, el saber que no volverá me hace gritar bajo las gruesas gotas de lluvia que caen como piedras.

Mi auto está a escasos pasos de mí, mas no me muevo, lloro y toso con la mejilla pegada a la dureza del suelo, los espasmos en mi cuerpo no se detienen, se me comprime el estómago con una arcada repentina que queda a medias porque me niego a vomitar en medio de la nada y terminar de convertirme en un residuo humano.

El móvil vibra dentro de mi chaqueta de cuero y lo ignoro, soy incapaz de moverme.

¿Cómo fue que llegué a este punto?

¿Cuándo dejé de importarme?

Aprieto los ojos deseando con todas mis fuerzas despertar de la pesadilla en la que se transformó mi mera existencia, pero al abrirlos sigo envueltas en sombras, llorando y suplicando que alguien venga por mí porque yo ya no puedo levantarme.

—Me dejaste a mi suerte, prometiste quedarte y te fuiste —Sollozo sintiendo que algo me rompe por dentro, salivo en exceso y no sé la razón, pero no me importa—. Te necesito, vuelve, por favor.

El llanto no me permite seguir hablándole a quien no puede oírme ya que no existe, desapareció, se esfumó delante de mis ojos, dejándome en un duelo perenne que amenaza con quebrarme en un trillón de trozos. La vista se me nubla y no por las lágrimas, sino por aquello que metí en mis venas deseando pausar por minutos efímeros la agonía que me carcome desde que él se desvaneció en mis brazos, el oxígeno me pesa en los pulmones y lo último que veo antes de que un hilo de sangre corra fuera de mi nariz es a dos personas gritando con desesperación mientras corren hacia mí.

Capítulo I

Agujero negro.

NATHALY

—Nathaly. —escucho que tocan la puerta en la que se recuesta mi espalda.

No pude dormir bien, hacía frío, mucho frío.

—Hoy no iré a clases, quiero estar sola. —me deslizo por la madera hasta caer sentada en el piso.

Vuelve a tocar con más fuerza aumentando la migraña que me taladra el cráneo.

—¡Abre la puerta!

—Algún día se cansará. —mascullo suspirando.

—Levántate del piso que voy a entrar. —advierte y sin permitirme responderle, gira la perilla que me obliga a apartarme a un lado para no ser arrollada por la puerta. «Olvidé que tenía llave».

Ella avanza hasta la ventana sin mirarme y abre las persianas de un tirón, la luz solar ilumina la habitación y me cubro los ojos con el brazo para no encandilarme.

—¡Mara! —le reclamo a mi mejor amiga y la escucho reír. «Está loca».

—Voy a volcarte un vaso de agua encima si no te levantas de ahí, no comiste ayer y anoche no saliste ni a caminar dos cuadras, hoy no harás lo mismo, no me obligues a tomar medidas extremas. Párate de ahí ya. —amenaza más seria extendiéndome la mano para ayudarme a ponerme de pie.

«Es como un puñado de hormigas en el brasier».

Como sé que es capaz de arrojarme un balde entero de agua helada, sujeto su mano con fuerza levantándome a regañadientes, tomo mi toalla y voy al baño arrastrando los pies como si fueran yunques. «Realmente así se sienten».

Mara Escalona es mi mejor amiga desde hace más de cinco años, una morena fastidiosa de cabello castaño rizado, ojos cafés oscuro, pestañas y cejas abundantes, y labios definidos. No es alta, para nada alta, es pequeñita, y siempre me gusta fastidiarla con eso, aunque me causa cierto temor ver a esa mujer enojada.

Después de asearme regreso a la habitación preguntándome por qué no salté por la ventana antes de que ella entrara, me ubico de pie frente al espejo y el reflejo de mi cuerpo no me causa tanto repudio como otros días, mi piel marfileña roza la lividez por la falta de exposición a los rayos ultravioletas, el cabello negro ondulado cae húmedo hasta la mitad de mi espalda, los ojos marrones que heredé de

mamá lucen tan vacíos que con solo verlos se me cierra la garganta, y mi contextura corporal está… normal, apenas se hacen notorios los gramos que perdí debido a mi poca alimentación en la última semana.

Me distraigo cuando veo la cicatriz rosácea de siete centímetros que reluce en la piel de mi abdomen, tiene forma de línea ondeada, e inevitablemente se atasca un nudo más grande en mi garganta al recordar que me la hice cuando...

—Puedes recogerlo con unas ligas. —sugiere Mara al volver a la habitación viéndome el cabello, trae un libro en la mano que se dedica a leer mientras espera por mí.

Estamos en las residencias de la Universidad de Washington, ubicada en Seattle. Nos mudamos hace unos cuatro meses, cuando las dos fuimos aceptadas para estudiar aquí y se nos otorgaron becas por nuestras elevadas calificaciones y desempeño escolar, y es así como costeamos las carreras; ella estudia periodismo, y yo psicología.

La habitación no es muy grande, pero sí bonita, hay suficiente espacio para dos camas individuales, un armario mediano y un escritorio pequeño para los libros.

—Me encargaré de él más tarde. —suspiro envolviendo mis greñas con la toalla, esforzándome porque no note la pereza en mi voz. «No quiero más sermones».

Saco un jean oscuro y una blusa de mangas cortas color crema del armario. El resto de mi ropa me expone una gama de colores que me empeño en ignorar, la efusividad que transmite cada uno de ellos me revuelve el estómago y aunque no es mi propósito lucir como un alma en pena, me abstengo de cubrir mi cuerpo con prendas tan deslumbrantes.

No encuentro mis zapatos, no recuerdo ni dónde los dejé ayer. «Lo distraída no se me quita».

—Bajo la cama. —señala Mara al verme caminando por toda la habitación rascándome la cabeza.

—Gracias.

Me coloco las zapatillas respirando hondo, este día pinta de ser extremadamente largo.

Mara deja el libro de lado dejando ver la camisa negra de los **One Direction**, un jean blanco y zapatillas color carbón que decidió usar hoy. El cabello rizado le queda muy bien, en cambio yo debo lidiar con esta maraña de pelos que no sé si son lisos o esponjados.

—Déjame ayudarte. —se ofrece ella con una pequeña sonrisa y la dejo combatir con mi pelo.

Es lunes, las asignaturas de hoy no son complicadas: Sociología e Historia de la Filosofía. Me agrada leer, así que no será un problema aprenderme la lección correspondiente al tema de hoy, cuando desarrollas el gusto por la lectura hasta estudiar se vuelve más sencillo

y menos tedioso.

—Listo. —anuncia Mara y me veo al espejo.

Me ha trenzado el cabello en dos coletas perfectas.

—Eres la mejor del mundo —sonrío agradecida.

—Lo sé, querida —alardea—, ahora toma tus cosas y vámonos. —ordena y yo pongo los ojos en blanco. «Es muy mandona».

La universidad es inmensa, tanto que me causa escalofríos cada que cruzo la entrada, aún no me acostumbro a eso. Cada facultad tiene entre dos y tres edificios. Las áreas verdes abundan en este lugar, y los estacionamientos ocupan una gran parte de los alrededores; nuestros edificios están relativamente cerca, y agradezco ese detalle ya que en caso de emergencia mi mejor amiga y yo sabemos en donde localizarnos ágilmente.

Mientras nos acercamos a la entrada de la universidad me preparo para este día, respiro profundo un par de veces y repaso en mi mente lo que leí para la clase de hoy, solo para pensar en otra cosa que no sea lo que me molesta siempre.

Cuando cruzamos la puerta de la cafetería noto que inconscientemente me estoy rascando los brazos otra vez debido al estado ansioso que siempre cargo encima, los rosetones se tornan rojos y trago grueso desviando la mirada de ellos. La mano me pica por querer sacar lo que tengo en el bolso que suelo utilizar en estos momentos, pero no es mi deseo angustiar a mi acompañante.

—Aquí están mis chicas favoritas. —nos saluda un muchacho veinteañero que trabaja de medio tiempo en la cafetería; alto, cabello desarreglado y cutis claro, tiene una sonrisa encantadora y amigable, lo conocimos en la primera semana que llegamos aquí, desde entonces se ha portado muy bien con nosotras, y podría decirse que es nuestro único amigo por los momentos.

—Hola, Mike. —me esfuerzo por sonar animada y alejo las uñas de mis brazos.

—¿Nos servirás el café o qué? —pregunta la morena bruscamente.

—En seguida, señorita. —responde él, riéndose por el mal humor de Mara, la aludida blanquea los ojos centrándose en el menú.

Todas las mesas están llenas. Los estudiantes se ríen de lo que dicen otros, y las chicas se retocan el maquillaje como si les hiciera falta; la mayoría de ellas no necesitan ni brillo labial, son afortunadas. ¿Cómo le hacen para tener la piel tan limpia y suave? ¡Denme el truco!

La escena animada del entorno que me rodea hace que me remueva inquieta en mi sitio, me abruma el ambiente, y quiero irme de aquí ya mismo. Un día soñé con esto, con estar aquí, pero ahora no es más que un eco de lo que un día anhelé que se va desvaneciendo a lo lejos, porque lo que añoraba no está completo, el panorama frente a mí está

fracturado por la ausencia de quien lo hacía un presente feliz.

Las risas de otros despiertan lo que intento dormir a diario con pastillas, las ganas de gritar las contengo y las uñas me las clavo en la palma de la mano hasta que siento que la piel se rompe ligeramente. «Quiero irme».

—Oye. —Mara me golpea con el codo.

Parpadeo como tonta y le doy mi atención.

—¿Qué? —inquiero confundida por el codazo, me entrega el café que pruebo más que todo por su insistencia.

Me cuesta tragar el primer sorbo debido a lo caliente que está, pero mi cuerpo reacciona al estimulante de la bebida y ansía más, por lo que soplo el contenido y sigo bebiendo poco a poco.

—Sé lo que estás pensando, y no tienes nada que envidiarle a esas delgaduchas. —señala las mesas.

—No pensaba en eso —soy sincera—, y no critiques a las personas delgadas, es de mal gusto. —me molesto por su comentario.

Últimamente estoy tan febril que me enojo por casi todo.

Además, no pensaba en la apariencia de ellas, sino más bien en su capacidad de sonreír espontáneamente y desprender un aura tan brillante y radiante ¿Cómo lo hacen? ¿No tienen nada con lo que pelear por las noches?

—Lo que tú digas. —resopla contrariada por mi comportamiento tosco y muerde una dona que tiene en la mano.

—¿No es temprano para las donas? —levanto ambas cejas con diversión tragándome la antipatía, y ella alza el mentón.

—Nunca es temprano para eso. —habla con la boca llena de chocolate y se me escapa una risa.

—Debo irme, te veo en unas horas. —me despido dándole un beso en la frente. Ella asiente y pide otra dona antes de irse a su aula también.

Mi edificio no queda lejos de la cafetería, en realidad está justo al lado de allí. Compruebo el reloj en mi teléfono y faltan quince minutos para que inicie la clase, es a las 8:30 y en mi ensimismamiento agradezco a Mara por haberme sacado de la habitación, la impuntualidad e inasistencia resta puntos en las materias de cada periodo académico, y si mi rendimiento baja de nivel correría con el riesgo de perder la beca.

Llego a la puerta de mi salón y al entrar veo que el profesor ya está ahí escribiendo los títulos de algunos libros de psicología social en la blanca pizarra acrílica, solo hay dos alumnos más sentados en las mesas de madera blancas que evito mirar para que no intenten hablarme, el área está bien iluminada para que los estudiantes puedan leer las anotaciones en los cuadernos y lo escrito en la pizarra con mayor facilidad.

—Me alegra ver que aún existen alumnos puntuales. —expresa el señor Flores con denuedo cuando me adentro en el lugar, me limito a sonreír sin separar los labios y tomo asiento en una de las sillas de en medio de las filas.

Sentarse adelante sería exponerme a que el profesor decida señalarme como la elegida para responder sus inquisiciones repentinas, y ubicarme en los asientos traseros llamaría mucho la atención, porque vamos, ¿A quién no le causaría curiosidad la chica callada que se sienta en la última mesa completamente apartada de todos?

He aprendido a mezclarme en los grupos sociales sin ser parte de ellos.

El profesor Luis Flores es un hombre de unos cincuenta años, con cabello blanco brillante, usa gafas redondas y siempre va vestido con traje elegante y formal, la explicación que nos ha dado en relación a su vestimenta es que su otra profesión son las leyes, y es costumbre de los abogados vestirse de esa manera. Una de las cosas que me gustan de él es su sentido del humor para dar las clases, y por supuesto, que siempre logro entender el contenido.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo, haciéndome pegar un respingo. «No espero mensajes de nadie a estas horas».

Dirijo la mirada a la pantalla y leo el mensaje que acaba de llegar. «Es Henri, mi padre», arrugo la cara e inhalo hondo.

Papá: Nathaly, ¿vendrás a casa este fin de semana?

Me lo pienso unos minutos resistiendo las ganas de bloquear el número por tiempo indefinido.

Mis padres se divorciaron hace años, pero tuve que quedarme con Henri porque la secundaria estaba cerca de la casa, además de que tuve la estúpida idea de que mi presencia mantendría lo que quedaba de mi hogar a flote «Qué ilusa». Nuestra convivencia no era agradable, él casi nunca estaba, y cuando estaba no hacía más que cuestionar cada una de mis acciones como si yo no tuviera también un cerebro propio que piensa diferente a los demás, y luego de lo que pasó *aquella* noche quedé tan destruida que me alejé por completo de todo y todos.

La única que se acercaba era Mara y mi hermano menor; a este último no podía dejarlo solo, me necesitaba en esos momentos, pero mi padre apenas cruzaba palabras conmigo, y admito que dolió que dejara de intentar llegar a mí.

¿Es que acaso no comprendía mi dolor?

Creo que no, es más fácil hacerse de la vista gorda que ayudar a quien te necesita.

Ah, y no olvidemos que nunca aceptaría a Margaret —la novia de

Henri—, esa mujer es capaz de hacerme perder los estribos con solo aparecer en la puerta de mi casa. Jake la ama, dice que es una madrastra estupenda.

Resoplo al recordarlo. «Que madrasta ni que nada, debería dejar de decir tonterías».

Muchas veces me pregunto: ¿Por qué el matrimonio de mis padres no funcionó? Tal vez tenían demasiadas diferencias, o no coincidían en algunos temas.

Quizás alguna de las amantes de mi padre tenga la respuesta.

Mi madre vive en un pequeño y hermoso apartamento al otro lado de la ciudad. Le va estupendo en el trabajo, tiene un buen puesto, hace lo que le gusta, es feliz y siempre estuvo al tanto de cómo me encontraba yo luego de salir del hospital.

Me llevo el dedo índice a la sien percibiendo la migraña que se acerca, aprovecho mi relativa soledad para meter la mano en la mochila y sacar en envase que alberga las capsulas recubiertas que trago para controlar la pesadez y el temblor en mi cuerpo. «Fluoxetina». Dejo una pastilla de diez miligramos sobre mi lengua y bebo un trago largo de agua que la envía a mi interior. Suspiro recostándome en el asiento resistiendo las ganas de salir corriendo por la puerta.

—Hora de empezar —la voz del profesor me saca de mis pensamientos—, hoy hablaremos de uno de los filósofos más importantes, Aristóteles. Él decía que los cuerpos pesados que caen desde una gran altura tienen más probabilidades de hundirse en el fondo del agua, debido a, lógicamente, su peso. Mientras que, por otro lado, un cuerpo liviano que cae desde esa misma altura aterriza dentro del agua, pero ¿qué sucede unos segundos después con ese cuerpo?

—Flota. —respondemos todos al unísono.

—¿Por qué?

—Porque no tiene peso.

—Interesante pensamiento el del filósofo griego. Conversemos un poco más sobre ello.

No me había fijado en la cantidad de personas que habían llegado al aula.

Ignoro el mensaje de mi padre y me dedico a escuchar mi clase con el antidepresivo corriendo en mi sistema, cansándome de vivir la misma trama patética cada día.

∞ ∞ ∞

Doce del mediodía, estamos en verano y el calor es infernal, una gota de sudor baja desde mi frente hasta mi pómulo y la seco con el pañuelo que guardo en mi mochila para este tipo de ocasiones. Estoy

en la cafetería hablando con Mike y no veo a Mara por ningún lado, su clase ya debería haber terminado.

—¿Quieres un café o algo para comer? —pregunta él, su turno está por terminar.

—No tengo hambre —niego con la cabeza—, gracias de todas formas.

—¡Aquí estoy! —Mara aparece a mi lado un poco agitada, y de reojo puedo ver como brillan los ojos de Mike al verla.

Él no disimula ni un poco su atracción por mi mejor amiga.

—¿Dónde estabas? —le pregunto medio riéndome.

—En clase. No pensé que el lenguaje de señas tomaría tanto tiempo —suspira—. Mike, ¿no te quedará alguna rosquilla por ahí? —se pone de puntillas sobre la barra como una niña de tres años.

—Para ti tengo todas las que quieras. —sonríe abiertamente y le entrega una rosquilla cubierta de chocolate y crema que no sé de dónde sacó, porque la vitrina de la barra que muestra las donas está vacía.

Y Mara ni siquiera se da cuenta de que el pobre chico se babea por ella. «Distraída profesional».

—¿Tú no piensas comer nada? —me pregunta ella dando otro mordisco a su dona.

—No tengo hambre. —repito poniendo los ojos en blanco, ella pone mala cara.

¡Alerta de sermón!

Sí, conciencia, lo sé.

—Tienes que comer, Nath, necesitas alimentarte bien al menos un par de días. Mírate, estás hasta pálida y no será bonito si te desmayas, me preocupo por ti y por ello te digo que… —comienza a sermonearme con lo mismo de la alimentación.

Son pocas las veces que consigo comer las tres comidas diarias; la comida no se mantiene en mi estómago, el desánimo me estresa hasta el punto que acabo en el baño vomitando cualquier cosa que ingiera, y el simple olor de los alimentos me provoca náuseas. He bajado varios kilos de peso, pero mi apariencia no es algo que me preocupe.

En realidad, dejé de preocuparme por mí hace meses, digamos que no he desfallecido porque mi mejor amiga es tan fastidiosa como una piña bajo el brazo cuando se lo propone, y me obliga a comer e hidratarme cada que tiene oportunidad.

—¿Podemos ir a otro sitio? Este lugar empieza a llenarse. —pido mientras veo como la gente entra apresuradamente, el espacio va llenándose, volviendo el ambiente más denso y caluroso.

Mi amiga asiente y salimos de allí.

Nunca me han gustado los lugares con demasiada gente, siento como si me encerraran entre muchas respiraciones diferentes, se siente

como una habitación sin escapatoria.

Es asfixiante.

—Oye, la semana que viene hay un show de talentos. —comenta Mara mientras subimos las escaleras a la residencia.

No entiendo a qué viene el comentario.

—¿Y? —alzo una ceja.

Nos detenemos frente a la puerta de nuestra habitación y abre con sus llaves, paso de primera quitándome los zapatos, los cuales arrojo desarregladamente en el centro de la habitación «Los acomodaré después». Las extremidades me pesan, y hasta caminar me agota.

—Pensé que podrías participar.

—¿Qué? Despertaste muy chistosa hoy.

«No puede estar hablando en serio».

—Oh vamos, será divertido. —ruega sacando el labio inferior.

Me dejo caer en mi cama y suspiro sonoramente.

¿Yo en un show de talentos? ¿Frente a cientos de personas?

Me conoce lo suficiente para saber que no lo haré aun si mi vida dependiera de ello, es imposible que ponga las manos en un piano en estas circunstancias atenuantes en las que me encuentro, y cantar ni se diga.

¿Quiere que me quede tiesa con el micrófono en la mano?

—Para eso tendría que tener un talento. ¿No lo crees?

De la nada un calcetín sucio aterriza en mi cara.

—¡Mara! —me quejo.

—No seas ridícula. Tú voz es tu más grande hazaña —se pone de pie y la mirada que me dedica me hace pensar que en verdad perdió la razón—. No he escuchado a nadie que cante como tú, tienes fuerza, tienes talento, tienes el amor por la música, tienes todo.

No lo creo.

Solo he cantado un par de veces en público y no ha sido la gran cosa. Existen muchas chicas talentosas que podrían dejarme en el piso con sus voces, y aunque me importa un rábano lo que piensa la gente no pienso ser el hazme reír de la universidad.

Además, la única persona que podía hacer desaparecer mis miedos ya no está.

—He dicho que no. —sentencio levantándome de la cama y sacudiendo esos recuerdos punzantes de mi mente.

Se cruza de brazos insatisfecha por mi negativa.

—Por lo menos piénsalo.

No sé cómo ha sido mi mejor amiga por años, tolerarme es una tarea bastante complicada.

—La música borraba los pensamientos negativos que tenía de mí misma, y me hacía sentir que todo era posible.

Mi repentino comentario la sorprende a pesar de que fue más un

murmullo que una respuesta expresada con firmeza. Abrazo la almohada más cercana y volteo a la pared queriendo ignorar sin resultado la siguiente pregunta que sé qué hará.

—¿Entonces por qué no quieres cantar ahora?

—Porque ya no escucho música, los pensamientos malos han vueltos y ya no siento que todo es posible.

Se mantiene en silencio, creo que se da por vencida hasta que insiste nuevamente amenazando con hacerme perder la paciencia.

—Comprendo, pero puedes tratar, eres más que esto, sigue intentándolo…

—¡Ash! Está bien, trataré. —accedo irritada y hastiada de los «sigue intentando».

Me recuerdo que la amo y no puedo desquitar mi enojo con ella y tomo mis cosas para ir a tomar una ducha antes de que también me obligue a bailar cumbia en público con un gorro de frutas en la cabeza.

—Cuando vuelvas, ¿puedes traerme unas galletas?

Está acostada en el suelo cuando me volteo a verla.

—Pero si acabas de comerte una rosquilla. —la miro confundida, aunque no debería sorprenderme, ella traga más que un hipopótamo, y extrañamente no engorda.

—Esta conversación me dio hambre, —yo alzo ambas cejas—, por favor. —suplica.

Ruedo los ojos y salgo de la habitación «Mi mejor amiga nació siendo fastidiosa y así se quedó».

∞ ∞ ∞

Verifico la hora y son las siete de la noche. Mara salió a comprar algunos cosméticos de aseo personal y yo sigo leyendo los documentos que nos enviaron los profesores para estudiar y prepararnos para las evaluaciones, pero ya me escuecen los ojos y mi cerebro está hasta el tope de Sigmund Freud y el psicoanálisis.

Cierro las enciclopedias cansada de la monotonía que no hace más que empeorar mi estado y me estrujo los ojos con los dedos. Tomo mi teléfono junto con los auriculares y salgo de la habitación por aire fresco, camino hasta las afueras de la residencia y me siento en uno de los bancos de concreto que está cerca de la entrada.

La calle está vacía, como siempre. En mis oídos resuena mi canción favorita de Christina Perri: Humen.

«I can fake a smile. I can force a laugh. I can dance and play the part if that's what you ask. Give you all I

am».

«Puedo fingir una sonrisa, puedo forzar una risa, puedo bailar, y representar un papel si es lo que pides, darte todo lo que soy».

«I can take so much. Until I've had enough».

«Puedo soportar mucho, hasta que haya tenido suficiente».

Suelto el primer sollozo, sintiendo como el nudo de mi garganta comienza a arder hasta quemarme.

«But I'm only human, and I bleed when I fall down. I'm only human and I crash and I break down».

«Pero soy solo humana, y sangro cuando me caigo. Soy solo humana, y me estrello y me rompo».

Cierro los ojos con fuerza y dejo que las lágrimas caigan desenfrenadamente por mis mejillas, mis hombros se agitan debido a los sollozos que emergen de mi interior por mucho que intente contenerlos. Las imágenes de lo sucedido me atormentan y me gritan que fue mi culpa, el sonido de las sirenas de ambulancias me taladra los oídos e intento repetirme que no es real, que ya pasó, pero no funciona.

Nada funciona porque él no está.

Me cubro los oídos hasta que no lo tolero más, sé que así no podré dormir ni dos horas seguidas, así que mordiéndome el labio saco del bolsillo del pantalón con la mano temblorosa un blíster de pastillas distinto al de esta mañana, me meto dos en la boca ignorando a mi consciencia que me dice que esto no está bien, que la automedicación es peligrosa y me trago las dos grageas de somníferos «Melatonina».

—¿Por qué tuve que perderte? ¿Uhm? —Le hablo a la imagen que rememoro en mi cabeza, las lágrimas siguen derramándose por mi rostro, pero no hago ningún gesto más que mover la boca—. ¿Cuándo dejaré de culparme por lo que pasó? ¿Nunca?

Bajo la cara.

—Me desprecio tanto. Me odio como creí que jamás me odiaría. Siempre dijiste que debía quererme por encima de todas las cosas, pero no puedo. No puedo quererme sabiendo que fui yo la que acabó contigo.

Cuando digo que me desprecio me refiero a lo que llevo dentro, todo ese ácido que me sigue quemando día tras día, solo que ahora lo hace más lento, supongo que es por lo de "ir superándolo".

Cada sonrisa que sale de mis labios durante el día hace que mis mejillas se sientan raras, nunca es una risa genuina, la mayoría de las veces solo es una pantalla para no incomodar a los demás. A la gente le gusta lo alegre, divertido, lo vivo, y yo no soy nada de eso, pero puedo aparentar que lo soy, aunque duela cada vez que lo hago.

—Hey.

Mara se sienta a mi lado y me tenso, sin que lo note escondo la tableta de somníferos bajo mi muslo «me mataría si se entera de esto». Solo compartimos una mirada rápida, le ofrezco uno de los audífonos y nos mantenemos en silencio. No tengo que explicarle nada, ella sabe lo que ocurre cuando mi cara se empapa con lo encharcado de mis ojos.

Este lugar es un universo, una galaxia entera, y no soy una estrella, ni un cometa.

Soy un agujero negro.

Capítulo 2

En la estacada.

NATHALY

—¿Me estás escuchando? —Selena me sacude el brazo y con una furibunda mirada le hago saber que si no deja de zarandearme le arrancaré la mano. «No me gusta que me sacudan así».

Selena es una rubia de ojos miel, con un cuerpo perfecto y una autoestima envidiable. Desgraciadamente es mi compañera en la clase de estadística, y sería mucho pedir que definiera esa palabra, ya que ignora todo lo relacionado a los números.

Es viernes, son las 7:20 de la mañana, no dormí ni una hora anoche —como siempre—, mis neuronas apenas captan lo que dice el profesor, así que no presté atención a nada de lo que me estaba diciendo ya que las voces que no me generan paz las catalogo como murmullos etéreos en el aire.

—Lo siento. ¿Qué dijiste?

No vuelve a tocarme y no decae en su ánimo, como si yo no estuviera hablándole con una hostilidad nada característica de mí. «Es impresionante como la tristeza te transforma en un ser antipático desconocido hasta para ti mismo».

Llega un punto en el que hasta tu reflejo en el espejo te causa desconcierto, porque no reconoces a la persona que ves allí.

—Te hablaba de la fiesta de esta noche —sonríe abiertamente—, es en casa del hijo del rector.

Saca su estuche del maquillaje y se aplica otra capa de brillo labial rosado chillón.

«Ajá, habrá una fiesta. ¿Eso a mí qué?».

—Tú y Mara pueden venir. —añade mirándome de reojo.

Casi, juro que casi me echo a reír.

Internamente lo hago, como si me estuviera contando el mejor de los chistes.

—Oh, no —niego—, no nos van las fiestas. —aclaro y sigo escribiendo en mi libreta un montón de garabatos que rompen la hoja cuando trazo una línea repetidas veces afincando el lápiz con un poco más de fuerza.

Mara y yo siempre hemos tenido un concepto muy distinto de "diversión". No nos llevamos bien con las multitudes de gente, es agobiante mantenerse entre tantas voces y olores diferentes, y en cuanto a la bebida, tomamos distancia con el alcohol, ella porque aborrece su sabor y yo porque sería suicidio ingerirlo con antidepresivos y somníferos en mi sistema.

Pueden llamarnos aburridas o aguafiestas, pero no nos interesa.

—Habrá chicos lindos. —Selena intenta persuadirme. «En vano».

Lamentablemente no es algo que me atraiga.

Paso la mayor parte del día tragando pastillas para lidiar con el insomnio y la resequedad de mi alegría «no es algo de lo que me enorgullezca», así que no creo tener muchas ganas de rodearme de hombres que no harán más que fijarse en alguno de mis atributos corporales para tener una razón para hablarme.

«Además de que tengo mis razones para desconfiar del 95% de la población masculina».

—Creo que paso. —repito sin quitar la mirada de mis ecuaciones.

—Nath, no puedes encerrarte por siempre. —me espeta poniendo su mano sobre la mía y aparto el brazo como si ella tuviera corriente.

—Yo no me encierro, no digas tonterías que no me conoces.

Por supuesto que me encierro, pero no por las razones que ella cree que lo hago, desconoce mis motivos para alejarme y cerrarme incluso a las palabras alentadoras de aquellos que me rodean. ¿Qué esperan que haga?

Estoy hastiada de los “Todo va a estar bien” “Sigue intentándolo”. Nada está bien, y si lo estoy intentando es porque una parte de mí no quiere decepcionar a la persona que ya se fue, pero sigue viva y latente en mi memoria.

«*Nunca dejes de brillar, Nathaly Grey*» el susurro de su voz es más que el indicio de que estoy por perder la cordura, casi creo poder ver su sombra y palparla con mis manos, pero es imposible.

No puedes oír a quien no tiene voz, ni tocar a quien ya no existe.

—Estas ecuaciones son interminables. —se queja la ojimiel a mitad de los ejercicios, desvaneciendo la burbuja en la que me estaba encerrando.

—Te ayudo. —me ofrezco, más que todo para que deje de lloriquear.

Ella sonríe, asiente y finge prestar atención a lo que hago.

∞ ∞ ∞

La clase termina el profesor dictando indicaciones para hacer bibliografías adecuadas y corro rápidamente al baño cuando una arcada de nauseas me hace doblarme frente al váter y vomitar todo lo que ingerí en el desayuno, lo boto todo y me enjuago la boca frente al lavabo.

Me agoto de estar siempre en lo mismo y saco el móvil de la mochila queriendo ver en mi galería el horario de clases que no termino de aprenderme nunca, pero es como si me diera de bruces con un muro de concreto cuando abro la carpeta equivocada y me

encuentro con un montón de fotos de él, me disparan balas al pecho que me llevan a apagar el teléfono y encerrarme en el cubículo sollozando como una pequeña criatura que ha sido estrujada por las manos de un gigante. «Pensé que había eliminado todas las fotografías».

Minutos después me trago la mitad de una benzodiazepina «Alprazolam» de tres miligramos para calmar los temblores y espasmos ansiosos de mi cuerpo. El Alprazolam es un fármaco utilizado para tratar trastornos de ansiedad y trastornos de pánico, su función es reducir la excitación del cerebro y tranquilizar los nervios, actúa a través del sistema nervioso, disminuyendo la ansiedad; dicen los libros y los psiquiatras que puede convertirse en una adicción si se consume más que la dosis recomendada por los médicos, pero yo que no he acudido a uno me guío de los miligramos comunes que le recetan a los ya diagnosticados y me mantengo a raya con los límites de consumo «espero que sea así».

Es un ansiolítico suave que también forma parte de mi pequeño bolsito de grageas.

Me levanto del suelo al calmarme y me acerco al lavabo de nuevo a lavarme la cara con agua fría y aplicarme corrector bajo las oscuras ojeras que me manchan el rostro. Acabo de maquillar el dolor y mis ojos brillan, pero el matiz rojo que pigmenta la zona que debería estar blanca demuestra que no lo hacen precisamente por alegría.

Suspiro, agotada, y me coloco los lentes polarizados antes de salir del baño, concentrándome en lo que falta por hacer durante el día. Me dirijo a la cafetería evitando hacer contacto visual con los demás. Es una rutina ir ahí después de clases y conversar con Mike que siempre me anima un poco.

Cuando llego a la barra me encuentro a Mara y al sujeto en cuestión conversando afablemente. Me bajo un poco los lentes para mirarlo con ojos entrecerrados y cuando me descubre estudiando sus movimientos se ríe nervioso.

—¿Dónde estabas? —me pregunta Mara frunciendo el ceño.

—Por ahí.

«Por ahí llorando, tú sabes, lo normal».

—¿Quieren tomar algo? —nos ofrece Mike posando sus ojos en mí, aunque sé que no me observa a mí peculiarmente sino a los lentes de sol que generan curiosidad.

—Sí. —aceptamos al unísono y ella lo atiborra de conceptos periodísticos, salvándome del cuestionario que se avecinaba. «Por eso la adoro».

Pedimos dos batidos de coco y nos sentamos en una de las mesas, analizo el contenido a sabiendas de que la bebida con leche me caerá como un ladrillo en el estómago ya que lo tengo vacío y hace unos

minutos vomité absolutamente todo. Apenas son las once de la mañana, aún no llega la multitud de estudiantes, lo que es agradable, podremos estar un rato sin abrumarnos por tanta gente.

Levanto la mirada de mi batido y fijo la vista en Mara, no deja de juguetear con la pajilla de su jugo y mueve la boca de un lado a otro mordiéndose el carrillo interior de la mejilla.

Ese es uno de sus típicos gestos de nerviosismo.

—¿A ti qué narices te pasa? —empiezo a investigar.

—Nada. —se limita a responder y bebe un sorbo de su batido, escondiendo su sonrisa.

Ella cree que yo soy imbécil.

—Mara Escalona, más vale que me digas qué ha pasado o lo descubriré por mis propios medios. —le advierto medio en broma.

—Es que Mike me invitó al cine esta noche. —responde como si nada y me atraganto con la bebida.

—¿Qué hizo qué?

Dirijo mis ojos a la barra como si mi cuello estuviera en modo automático.

El susodicho está mirando hacia acá, pero se da la vuelta bruscamente al notar que lo estamos observando como dos teletubbies poseídos por un gato de ojos saltones.

—¿Puedes creerlo? —inquiere Mara alzando ambas cejas.

—Claro que lo creo ¿Quién no querría salir contigo? —le sonrío. Su mirada se ilumina, pero deja de sonreír de repente—. ¿Qué ocurre?

—Voy a decirle que no. —suspira.

—¿Qué vas a qué? —estoy atónita.

—No quiero dejarte sola, Nathaly.

Se me encoge el pecho.

Comprendo su miedo a separarse de mí lado, no le doy la mejor impresión ni le transmito la seguridad que necesita para dejarme a mi merced, apenas y me preocupo por mi salud, pero no pienso mantenerla atada aquí, aunque no quisiera quedarme sola la noche del viernes ni ninguna otra, primero es su felicidad.

Además, le hará bien salir de esa residencia, sé que la asfixian los espacios monótonos.

—Mara, no te preocupes por mí. Estaré bien. —le aseguro.

—Nath, nunca se me ha dado muy bien hablar con los chicos, con ninguna persona en realidad, mi cara de palo los espanta cuando me ven. Así que no hay prob... —la interrumpo y pongo mi mano sobre la suya.

—Ve.

Asiente, pero no del todo convencida, así que decido animarla un poco.

—¿Qué es eso de que no sabes hablar con chicos? —Pregunto con

el ceño fruncido—. La increíble *Mara Escalona* alías la *«cara de palo»* no le teme a nada. —hago hincapié en su nombre.

Parece funcionar, porque se echa a reír.

—No seas estúpida —me espeta entre risas—, no tengo experiencia en esa materia. ¿Qué se supone que haga cuando lo tenga enfrente y a solas? No sé más que hablar de teorías conspirativas y libros de terror y sangre, eso no es lo que busca un hombre. —juega con sus dedos con el semblante contrariado.

—Yo tampoco tengo mucha experiencia en esa materia —reconozco—, pero ya nos ocuparemos de eso, así que termina con ese batido de una vez y vamos a arreglarte. Ah, y tus teorías conspirativas son las mejores que he oído en mi vida, quita esa cara de palo, levanta la barbilla y siéntete orgullosa de ser diferente.

Me pongo de pie sintiendo el adormecimiento en mi cuerpo debido a los efectos del ansiolítico. Me regaño mentalmente por eso y me centro en Mara, me necesita firme ahora y no es momento de tambalearme.

Ella se queda viendo el envase vacío de su batido.

—Creo que quiero otro.

Y antes que me dé tiempo a decir algo sale disparada a la barra y vuelve en menos de diez segundos con otro batido cargado con chispas de chocolate. No puedo evitar reírme ante la imagen de ella con las comisuras de la boca embadurnadas de cacao y virutas de coco.

—¿Qué? —Se defiende—. No puedo ir a esa cita con el estómago vacío.

∞ ∞ ∞

Son las seis de la tarde, y estoy sentada en mi cama esperando que Mara salga de atrás del armario con su nuevo atuendo. Se ha probado unos cinco conjuntos diferentes, es obvio que está nerviosa, y yo peleando con el adormecimiento de mis párpados, batallo con el sueño que me embarga mientras ella rezonga palabras que no entiendo.

—Mara, te recuerdo que Mike viene en treinta minutos. —le digo poniéndome de pie y verificando el reloj.

—¡Es que nada me queda bien! —se queja. Pongo los ojos en blanco.

—“Is qui nidi mi quidi biin”. ¡Sal de una vez o iré por ti! —vuelvo a sentarme.

—Voy, gruñona.

—Exclamó la chica con carácter de seda. —ironizo.

Cuando sale no puedo creer cómo luce. Nunca la había visto con algo que no fuera negro, y he de admitir que le queda genial, lleva un

jean azul oscuro que le realza las caderas y un suéter ceñido color esmeralda que en su piel morena se ve espectacular.

A pesar de que luce asombrosa me veo en la obligación de preguntarle algo de suma importancia.

—¿Estás segura de usar eso?

—No lo sé. ¿Tú qué opinas? —Se pone frente al espejo haciendo muecas—. No quiero verme tan gris.

«Lo sabía».

Mara tampoco es una chica de apariencia colorida, tiene gustos muy peculiares, es la viva imagen de una rockera apasionada, además de que adora vestirse con prendas holgadas para sentirse más cómoda y fresca. Me agrada que sea así, y no quiero que deje de ser ella misma, y menos por un hombre; no tiene por qué esconder su personalidad ante nadie, ni siquiera ante el chico que le gusta, quien esté a su lado debe quererla tal cual es, con sus virtudes, defectos, manera de vestir y alocada forma de ser, eso incluye su cara de palo.

—Mara, él se fijó en ti cuando vestías con tu camisa negra favorita. ¿Por qué intentar ser algo que no eres?

Lo sé, viniendo de mí es un poco irónico lo que digo, pero ella no contradice nada, solo se mira en el espejo con el ceño fruncido unos segundos más.

—Tienes razón, al diablo el que no le guste, la ropa la pago yo, y ni que las aceras fueran pasarelas y ellos críticos de modelaje para decidir con qué luzco mejor. ¡Ash, todos me caen mal! —exclama entre dientes con evidente molestia y antes de dudar otra vez de sí misma comienza a quitarse todas las prendas coloridas como si tuvieran ácido. «Está loca».

Le toma diez minutos cambiarse de ropa, ahora se ha puesto un pantalón negro de tiro alto y un suéter del mismo estilo que el anterior, solo que este es color azabache y tiene un texto en idioma japonés que no sé qué significa.

Se ve sencilla, hermosa y lo mejor de todo es que parece estar contenta, lo que me hace sonreír. No me gusta verla incómoda o insegura, es una chica maravillosa.

—Estoy lista, y me veo guapísima, el que diga lo contrario lo pateo en la cara para que aprenda a respetar. —se retoca el labial rosado claro.

—Ahora si eres tú. —le revuelvo el cabello.

—¡Alborótate los pelos de las axilas! —me manotea y vuelve a peinarse.

Me alegra que Mara tenga esa cita con Mike, sé que le hará bien despejarse y divertirse un rato, aunque no puedo evitar sentirme un poco triste. A veces siento que la vida de las personas que me rodean sigue su curso medianamente normal, que avanzan, siembran sueños y

los cosechan con una sonrisa en el rostro, yo en cambio, suelo pensar que estoy estancada, que mi vida se detuvo una noche y decidió no progresar más.

Me he quedado en la estacada, todos continúan, menos yo, y eso es deprimente.

Tres golpes en la puerta interrumpen mis cavilaciones.

Mara me mira con los ojos entornados y en ellos veo una mezcla de nerviosismo, inseguridad y emoción. Toma su bolso y yo abro la puerta al tiempo que la escucho musitar algo sobre que quiere caramelos de jengibre. «Dios, el día que deje de comer realmente me voy a preocupar».

—Que elegante. —adulo a Mike cuando lo veo.

Va vestido con un pantalón oscuro y camisa añil manga larga que hace que los músculos de sus brazos resalten, no se molestó en peinarse los mechones castaños y cuando sonríe se le marca un hoyuelo del lado izquierdo.

—Es una ocasión especial. —sonríe y mete las manos en sus bolsillos.

—¿Vamos? —Mara aparece a mi lado.

Él la mira con adoración, como si fuera lo más precioso que ha visto en su vida «Qué tierno».

—Estás hermosa. —la halaga Mike y ella se sonroja como un tomate.

«Quiero reírme por lo nerviosos que están los dos».

—Eh... Gracias.

Mara se despide mí con una agitación de mano y echa andar adelante como si tuviera un soplete en el trasero, pero detengo a Mike por el brazo antes de que la siga.

—Si le rompes el corazón te voy cortar el cuello. ¿Entendiste? —lo amenazo.

Se ríe, pero hablo en serio, si mi mejor amiga bota una sola lágrima por él lo aniquilaré.

Sin decir más nada, cierro la puerta y me dejo caer en mi cama.

∞ ∞ ∞

Una hora más tarde yo sigo acostada mirando el techo, después de tantos minutos observando hacia arriba descubrí que hay telarañas en las esquinas que obviamente no pienso quitar porque me asusta que uno de esos animalitos de ocho patas me caiga en la cabeza. Se me adormecen los ojos y dejo que mis párpados se cierren, permitiendo que los fármacos me lleven a un sueño profundo donde no veo, no oigo, no toco ni siento nada.

No ha pasado ni una hora cuando mi teléfono suena

despertándome con el primer timbrazo «siempre he tenido el sueño ligero», atiendo la llamada sin molestarme en ver quién es.

—¿Sí?

Al otro lado de la línea se escuchan gritos acompañados de música muy fuerte, separo un poco de mí oído la bocina del celular cuando un griterío me ensordece.

—¡¿Dónde estás?! —pregunta alguien familiar.

Echo un vistazo el teléfono a ver quién diablos es.

«Selena».

—En la residencia. ¿Dónde más voy a estar? ¿En Disneylandia? —volteo los ojos.

—Carajo. ¿A quién estoy llamando? —se echa a reír cuando cae en cuenta que soy yo— ¡Estoy en la fiesta! Deberías venir, te mandaré a buscar con un… bar-barco. ¿Barco? ¿Qué sandeces estoy diciendo? Un auto, sí, un-un au-to bonito. —balbucea aun riéndose.

«*¿Está borracha?*».

—Me alegra que te diviertas, Selena, pero ya te he dicho que no…

—No seas aburr… aburrida —me espeta entre carcajadas—. ¡Nathaly es aburrida! Y rara, además de apática…

—Basta, para de hablar. —le pido molestándome. Estoy bien sin que sepan de mí.

—Voy a vomitar, espera, yo… ¡Devuélveme mi teléfono, abusador! —pelea con alguien y dejo de escucharla de repente.

—¿Selena? ¿Selena?

Ruedo los ojos y cuelgo la llamada.

Toda esa música me da muy mala espina. Selena es la típica chica que vive para las fiestas, pero hasta donde yo sé, siempre va sola. Está alojada en uno de los cuartos de esta misma residencia, pero no tiene compañera, y estoy segura de que ninguno de esos tarados la traerá de vuelta.

«Ash, como si ya no tuviera preocupaciones ella me añade otra más».

Mi teléfono vuelve a sonar.

—¿Ahora qué? —me levanto de la cama.

—Creo que tu amiga no se encuentra bien —una voz masculina resuena al otro lado de la línea me hace contener el aire—. Tiene muy mala pinta y apenas puede sostenerse de pie. —añade ansioso.

«Oh, Dios».

—¿Cómo…? ¿Quién eres? —comienzo a caminar por la habitación mordiéndome las uñas.

—Ah, soy un amigo de Selena, yo… —explica y se queda a media frase porque la llamada se corta después de segundos de interferencia. Intento llamar de nuevo, pero me envía al buzón.

Sin detenerme a pensar en lo que estoy haciendo me pongo unas

zapatillas y salgo de la residencia apresurada. No tengo auto y la estación de buses está muy lejos para ir caminando, pero por suerte a las ocho de la noche aún hay taxis trabajando por la calle y me queda dinero en efectivo.

Un automóvil pintado de amarillo y azul frena cuando le saco el brazo y le doy la dirección al taxista apenas entro en la parte trasera. Arrancamos a la casa del hijo del rector y aunque trato de comunicarme con la rubia su teléfono parece haber quedado sin batería. «*Perfecto, lo que faltaba*».

Apenas soy consciente de cómo voy vestida, aunque tampoco es que me importe mucho, me enfundé un jean blanco, blusa holgada lila y el cabello enmarañado al aire.

Llego a la fulana casa y antes de bajar le pido al hombre que me espere unos minutos a lo que él asiente amablemente recordándome que no puede esperar más de veinte minutos. Camino con las rodillas temblorosas por los nervios y me detengo en la puerta cogiendo aire, puedo oír la música retumbando desde aquí y el mero ruido me hace querer regresarme a mi habitación y no salir más nunca.

Me adentro en la casa y cuando el aroma a vodka entra por mis fosas nasales de inmediato siento ganas de vomitar, controlo las arcadas y vuelvo a inhalar hondo.

Esto me trae demasiados recuerdos, y no exactamente de los bonitos.

No puedo ni detallar a profundidad la casa ya que la sala está repleta de alumnos borrachos bajo las luces azules y moradas que hacen relucir la pintura neón que les cubre las manos, cara, paredes; las escaleras que van al segundo piso están manchadas de una sustancia extraña y pegajosa, la cocina está untada de restos de comida que con tan solo verlos me entran las náuseas nuevamente. La casa del rector es grande, demasiado diría yo, y no hay un solo rincón de ella que no esté atiborrada de universitarios.

Rodeo las personas que están bailando y salgo al patio cuando la muchedumbre me asfixia haciéndome transpirar en exceso «no puedo estar entre tumultos de personas».

Ah, pero por supuesto hay una inmensa piscina atestada de adolescentes. *¿De dónde sale tanta gente?* Busco con la mirada a Selena y no la veo en ninguna parte. Me aturdo con la música electrónica que colocaron, así que me alejo un poco del agua y la entrada trasera de la casa para pensar con claridad y saco mi celular cerca de un árbol del jardín.

El teléfono de ella me envía al buzón de voz otra vez.

—¿Es que tiene el teléfono de adorno? ¡Arg! —murmuro frustrada, hastiada y preocupada.

Cuando decido volver a entrar a la casa veo una figura conocida

tambaleándose en la esquina de la piscina como si estuviera al borde del desmayo.

Es Selena.

Me acerco corriendo a ella.

—¿Selena? —la halo por el brazo. Está pálida, con el rímel corrido y el cabello pegado a la cara por el sudor, su ropa está desarreglada y desprende alcohol por los poros.

—Hey —sonríe a medias, tiene los ojos entrecerrados—. Ya llegó la aguafiestas. —tartamudea y camina a la orilla de nuevo queriendo lanzarse a la alberca.

Ignoro su comentario porque me interesa más que no se lance de cabeza al agua en el estado en el que está.

—Es hora de irnos, andando. —la arrastro conmigo fuera de ahí. Como tiene la borrachera en su máximo nivel, no tiene fuerzas para resistirse, simplemente murmura palabras inteligibles.

Nos acercamos a la puerta que da entrada a la casa y alguien se interpone en nuestro camino, me detengo y ella se tambalea hacia un lado, casi se cae, pero consigo evitarlo.

—Disculpa ¿Podrías apartarte un momento? —pido con delicadeza que no sé de dónde saco, ya que esta situación comienza a molestarme.

—¿Te conozco? —pregunta el chico que sigue frente a nosotras y lo miro unos instantes para comprobar que jamás lo he visto en mi vida.

—No, no me conoces. Ahora hazte a un lado. —aprieto los labios y trato de mantener a Selena de pie.

—Menudo humor. —resopla.

Esa voz me parece conocida...

—Eres quien llamó de su celular. ¿No? —señalo con la cabeza a la borracha que tengo en los brazos y le medio muevo la cabeza para que la reconozca.

—Ah, sí —se enseria—. ¿Te ayudo a llevarla? —ofrece extendiendo la mano.

No puedo descifrar su expresión, pero asiento y dejo que él cargue a Sele ya que ella a pesar de ser delgada pesa bastante y mis flacuchos bracitos no resisten tanto.

En cuanto la suelto en sus brazos, alguien pasa su brazo por mis hombros, y me tenso ante el tacto de una persona desconocida sobre mí. Es un muchacho de piel avellana que apesta a ron.

—Con qué tú eres Nathaly Grey, eh. —ensancha una lánguida sonrisa y me aparto de él sin sutileza.

—Aléjate de mí, no me toques —Le espeto dándole un empujón y me dirijo al que carga Selena—. Hay que sacarla de aquí, está muy pálida, un taxi espera afuera, ayúdame a…

No termino de hablar porque el borracho que acabo de alejar me

toma por las piernas y me alza del piso sin ningún problema, me lastima el estómago cuando me arroja sobre su hombro y un grito ahogado escapa de mí.

—¡Oye, suéltame! —protesto enojada y comienzo a golpearlo en la espalda como una desquiciada. El chico que está con Selena frunce el ceño al presenciar la escena.

—¡Víctor! ¡Bájala ya! —le grita al que me tiene cargada.

—Es la chica de la que nos habló Sele, debe divertirse y dejar de ser tan… mojigata. —refuta el tal Víctor con burla, yo sigo pataleando.

—¡Bájame ya! —pido entre bramidos que se oyen como súplicas.

Él se sigue riendo y camina hacia el agua, haciendo que el oxígeno se me atasque en los pulmones y que mi pulso sanguíneo se dispare al instante.

«No, no, no, no, no».

El corazón da un brinco en mi pecho y el pánico se apodera de mí.

—¡Al agua no, por favor! —comienzo a soltar alaridos como histérica que se pierden en el bullicio que espesa el ambiente, se me nubla la vista por las lágrimas desesperadas que se asoman— ¡Suéltame ya! ¡No me lances a la piscina, por favor, haré lo que quieras, pero al agua no!

No he entrado en una piscina o algo parecido en más de cinco meses, y no quiero hacerlo ahora, la simple idea me aterra, me trae pensamientos dolorosos, me lastima; no quiero tener contacto con esa agua…

—¡Libérame, Víctor, por favor!

—Lo que tú digas. —musita Víctor, se detiene y…

Me deja caer dentro de la alberca.

El agua helada entra a mi nariz quemando mis conductos respiratorios mientras intento emerger a la superficie. Pataleo fuerte, desesperada por salir no solo de la piscina, sino también del mar de recuerdos que se hace a mí alrededor. Me tomo del borde y salto fuera de allí tosiendo agitadamente; me duele el pecho, una secuencia de imágenes desoladoras se reproduce en mi cabeza, es como si me abofeteara la realidad, la sensación de pánico es arrolladora, siento como los ojos se me encharcan, pero me contengo de llorar aquí.

Las miradas de aquellos que siguen sobrios se posan en mí, unos cuantos se ríen, los demás hacen como si nada pasó. Me quedo tirada boca arriba en el piso recuperando el aliento. Estoy toda mojada, el taxi ya debe haberse ido, mi teléfono está empapado de agua y tengo una mezcla de desesperación e impotencia atorada en la garganta.

—Tengo que salir de aquí. —murmuro solo para mí poniéndome de pie.

Remplazo la tristeza con enojo, solo así podré evitar quebrarme

frente a todo el mundo.

—¿Estás bien? —el chico que estaba con Selena aparece frente a mí, examinándome con detenimiento, intenta agarrarme de los hombros suavemente y doy un paso atrás repeliendo su toque.

—Por esto es que nunca asisto a estas fiestas. —mascullo apartando la cara.

Odio este lugar.
Odio el agua.
Odio cómo me siento.

—Víctor es algo atrevido. —dice él intentando no reírse. Lo aniquilo con la mirada.

—No me interesa la personalidad de ese imbécil. ¿Dónde está Selena? —pregunto en respuesta y me quito el cabello húmedo de la cara.

—En mi auto —responde él—, las llevaré a casa. —sonríe, pero eso solo sirve para incrementar mi enojo.

¿Por qué sonríe?

¿Por qué todos sonríen?

«A los demás les sale tan espontáneo ser felices. ¿Por qué a mí no?».

Sin decir nada más me adentro en la casa, esquivando a todas las personas ya que su mera presencia me hostiga. Llego a la puerta principal y me freno a ver si el desconocido viene detrás de mí, cuando confirmo que me sigue el paso continúo la huida.

Salgo de allí y me detengo en el estacionamiento abrazándome a mí misma.

—Es ese. —señala un porsche azul oscuro.

Asiento y cuando llego a la puerta de copiloto veo a alguien recostado en otro auto junto a este.

Es el tal Víctor.

—Parece que ni un océano te quitaría la cara larga —me dice con una sonrisa burlona en la cara—. Ahora comprendo por qué según Selena nadie te quiere cerca, pareces un fantasma.

Trago saliva y entro al auto sin articular una palabra, reteniendo las ganas de estamparlo contra el suelo, aunque tenga razón.

Selena está acostada en el asiento trasero, huele a alcohol y comida chatarra.

—¿Qué te dijo ese imbécil? —pregunta el dueño del carro.

Nada que no supiera ya.

—Nada relevante.

Él enciende el motor y que conduzca en silencio es algo que agradezco.

Me dedico a mirar por la ventana y frotarme los brazos, tengo frío,

me castañean los dientes y no dejo de temblar, debo de tener los labios azules. El chico parece notarlo, porque apaga el aire acondicionado al instante y me extiende una manta pequeña de algodón que sacó del asiento trasero, la miro con desconfianza antes de terminar envolviéndome con ella. «Realmente tengo frío».

—Lamento lo de la piscina, esa no es manera de tratar a una chica. —susurra con sinceridad mirándome de soslayo, pero no respondo nada.

Ya no quiero hablar, no quiero sentir nada, solo quiero llegar a un sitio en donde pueda tirarme al piso sin público merodeando alrededor de mí.

Llegamos a la residencia y me ayuda a bajar a Selena del auto, parece que dormida pesa el triple. Tropiezo con mis pies y él termina cargándola cuando llegamos a las escaleras, me adelanto a abrir la puerta de la habitación de ella con la llave que encontré en su pequeño bolso de mano y suspiro aliviada cuando la dejamos acostada en su cama, a salvo.

Salimos, aseguro la puerta y me volteo a enfrentar al chico.

—Gracias, estando sola no la habría podido subir hasta acá.

—No fue nada, preciosa. —sonríe.

Ahora que puedo verlo bien me doy cuenta de que es muy lindo y simpático; cabello negro un poco largo y alborotado, piel cremosa, ojos color carbón, rostro definido con unas leves ojeras poco perceptibles, y debe medir 1.90, es más alto que yo.

Destila gentileza, no tengo que conocerlo a fondo para saber que es una buena persona. «Y véase que yo considero que medio planeta es gris y poco confiable».

Asiento y echo a andar a mi habitación, pero me toma del brazo haciéndome girar hacia él.

—No me dijiste tu nombre. —frunce el ceño como si ese fuera un enorme problema y lo miro confundida, no pensé que quisiera saberlo.

—Nathaly. —contesto liberando mi brazo de su agarre.

—Bonito nombre. Me gusta. Un placer, soy Danny. —extiende su mano y la estrecho su mano sin decir nada, pero sonriendo ligeramente con la misma cortesía que él tuvo conmigo.

Lo veo alejarse y perderse por las escaleras, sacudo mi cabeza y camino a mi habitación respirado profundo. Cuando introduzco la llave en la cerradura siento como empiezo a romperme, una lágrima cálida baja por mi mejilla…

La puerta se abre antes de que saque la llave, haciéndome pegar un respingo.

—¡¿Dónde carajos estabas?! Son las nueve de la noche, estaba muy preocupada —Mara me abraza fuertemente poniéndome a tragar grueso—. ¿Y por qué estás tan mojada? —indaga examinando mi ropa

y toma mi rostro en sus manos.

No puedo creer que tardé más de 1 hora en llegar aquí.

Abro la boca para responder, pero me detienen dos cosas: el nudo en mi garganta y la presencia de Mike en medio del cuarto; no sabía que estaba allí.

Él no dice nada, solo hace una mueca parecida una sonrisa incómoda, deja un beso cariñoso en mi coronilla que me da indicios de que también estaba preocupado, se despide de nosotras y sale de la habitación después de darle una última mirada a Mara.

—¿Vas a contarme qué ocurrió o tengo que sacarte las palabras de la boca con una cucharilla? —se altera mi mejor amiga.

Tomo aire y le cuento todo lo ocurrido sin omitir ningún detalle.

Me sentí tan rara en ese lugar, incluso mucho antes de que me arrojaran al agua. Quizás soy realmente la del problema, la que está vacía por dentro mientras que de esos estudiantes emanaban luz y sonrisas.

Sé que no encajo ahí, pero ¿A dónde pertenezco entonces? ¿A dónde debo ir para no sentirme de esta forma?

—Siempre tienes que ser tan buena persona —Mara no está muy contenta—. Alguien más podía traerla a casa. ¿Por qué fuiste? —pregunta cruzándose de brazos.

—No lo sé, Mara —Niego con la cabeza y soy sincera—. Selena estaba hasta las trancas de alcohol y pensé que podía pasarle algo. No la tolero en ocasiones, pero sabes perfectamente que no puedo ver que alguien esté en riesgo y no hacer nada… Yo… Conservo esa parte de mí y no quiero perderla, me gusta creer que aún tengo humanidad. ¿Bien?

Mara tiene razón, de seguro alguien más podía traerla, pero no pensé en eso, es como ella dice: siempre tengo que intentar ayudar a otros, aunque yo me esté pudriendo. ¿A dónde me llevó eso? Pues, terminé dentro de una piscina llena de borrachos, sin embargo, no me arrepiento, pude haber salvado a Selena de un peligro mayor que caer ebria en la piscina.

—Y sobre lo que te dijo ese chico, espero que no estés pensando que es cierto. —me advierte, está muy enojada.

Sé que se enoja porque quiere cuidarme y no soporta que intenten hacerme daño, pero me conoce muy bien y sabe que pienso que soy una mancha negra pintada de colores; alguien que intenta ser algo que no es.

—Quiero ir a dormir. —es lo único que digo tras una exhalación cansada, ella sale a cepillarse los dientes y aprovecho para tragarme un somnífero.

Me siento mal por no preguntarle sobre su cita con Mike, pero no creo que sea el momento de hablarlo.

Vivo para arruinar momentos felices y tornarlos de color gris.

Capítulo 3

Impacto.

NATHALY

Corro en dirección al bosque, tal vez ahí pueda esconderme de aquello que me persigue.

Los árboles se mueven a mí alrededor debido a la brisa fría que se pasea por todos lados. Estoy descalza, mis pies arden por las piedras que se incrustan en ellos, pero no me detengo, sigo corriendo hasta el corazón del boscaje.

Mi respiración se vuelve agitada, aparto las ramas que se interponen en mi camino cortándome con las espinas de los rosales, la sangre emana de los cortes y lo ignoro, doy una rápida mirada detrás de mí y veo la sombra acercarse, aumento la velocidad y mi pie queda atrapado en una raíz inmensa que me retuerce el tobillo.

Caigo al suelo y mi pecho se estampa en la tierra, los labios se me agrietan por el impacto, no puedo respirar, y tampoco logro ver nada por la oscuridad de la noche. Ruedo en el suelo, quedando boca arriba y distingo la sombra entre los árboles, escucho que se acerca y de repente la tierra que me sostiene se abre lentamente hasta que chorros de agua helada llenan lo que ahora es un hueco profundo, el líquido inmoviliza mis extremidades, cubre mi pecho, sube hasta rozarme las mejillas y al cubrir mis ojos siento que algo tira de mí hasta el fondo…

—¡No, no! ¡Sáquenme! —Grito sentándome de golpe en la cama moviendo las manos a mi alrededor, no hay agua ni tierra, pero aun siento que me ahogo—. Fue un sueño, fue un mal sueño, solo eso…

Estoy en la habitación, el reloj marca las tres de la madrugada, la hora en la que siempre me despierto gritando con desespero. Mara se remueve en su cama bajo las sábanas, me mira con el ceño fruncido y los ojos entrecerrados cuando se incorpora.

—¿Estás bien? —pregunta adormilada con un hilo de voz.

Mi respiración sigue algo alterada, tengo la cara empapada de sudor y lágrimas, y el cuerpo entero me tiembla. Tengo el corazón tan acelerado que puedo escuchar mis propios latidos y mi vista sigue ligeramente nublada por haberme levantado tan rápido de la almohada.

—No lo sé, creo que no. —soy sincera y salgo de la cama, siento un escalofrío cuando mis pies entran en contacto con el suelo frío.

Me acerco a la pequeña ventana junto a la cama de Mara y la abro un poco para tomar algo de aire, la frescura de la madrugada me refresca la piel y acaricia mis pestañas, inhalo hondo un par de veces y concentro mi atención en tranquilizar en aleteo descontrolado de mis

pulsaciones.

Pensé que las pesadillas habían desaparecido, hace más de dos semanas que no tenía el mismo sueño de estar huyendo de algo o alguien y luego hundirme en un pozo helado, pero ahora que han vuelto sé que mis noches de paz han llegado a su fin.

Es desesperante despertar entre jadeos aterrorizados.

—Ten. —me entrega una botella de agua natural.

—Gracias. —tomo un sorbo de agua y sigo viendo por la ventana.

El cielo está tan oscuro que ni las estrellas se atreven a salir.

—¿Pesadillas de nuevo? —me observa con preocupación e inquietud, dejo salir un suspiro.

—Eso parece.

—Creo que deberías hablarlo con alguien. —sugiere volviendo a su cama, me saca una risa irónica y seca.

—¿Hablarlo con quién? ¿Con papá?

—Tú sabes a qué me refiero, no te hagas la imbécil.

—Mara, no voy a ir a un psiquiatra. —replico medio molesta.

Hemos tenido esta conversación más de tres veces. No quiero ir a que un hombre o mujer con gafas grandes y mirada "comprensiva" me diga que me entiende, que estoy así porque quiero huir de los recuerdos de mi pasado, o que parte de mis inseguridades se deben a lo mucho que quiero enorgullecer a mis padres y bla bla bla. Ellos no comprenderán nunca cómo es sentirse como me siento yo, no pueden entender lo que no han vivido, no saben lo que se siente apuñalarse así mismo con el cuchillo de la culpa.

No saben lo que es ver la herida abierta en nuestro pecho y no poder hacer nada para detener la sangre.

—Es un psicólogo. —aclara ella.

—Da lo mismo.

—Pero si tú estás estudiando psicología. —refunfuña cruzándose de brazos.

«Buen punto».

—Jaque mate. —añade al ver que no digo nada.

En realidad, estudio psicología para especializarme en otra cosa, como *psicología forense*, porque no quiero estar sentada por horas detrás de un escritorio. Quiero ayudar, pero no de esa forma.

—Suficiente charla, vuelve a dormir. —arrojo mi almohada en su dirección dando por terminada la conversación.

—Tú también trata de dormir, te quiero. —me pide mientras me la lanza de regreso.

Me quedo mirando el suelo por unos minutos con las manos estrujándose en mi regazo.

Quiero que se detengan estas absurdas pesadillas, no más noches sin dormir, no más respiraciones entrecortadas y llenas de pánico.

—Basta ya, por favor. —le susurro a la nada y caigo de espaldas en mi cama después de beberme una pastilla para dormir.

∞ ∞ ∞

He dormido solo un par de horas, no sin antes dar vueltas por toda mi cama, enredándome entre las sábanas con inquietud hasta que el somnífero surtiera efecto. Un hilo de luz entra por la ventana dando directo en mis ojos y decido levantarme a ver qué hora es.

Son las siete de la mañana.

Mara está tumbada en su cama como una roca, el movimiento de su cobija es lo que me indica que no ha caído en coma y reprimo una risa al ver que ni se mueve. «Siempre ha sido de sueño pesado».

Tomo mis cosas de baño y salgo en dirección a las duchas de la residencia para limpiar mi piel de todo rastro de sudor pegajoso que me dejó la acalorada noche. Nunca me he quejado por tener que compartir el baño con más de quince chicas, ya que cada una tiene su propio cubículo, así que mientras no entren hombres todo seguirá en orden.

Como son las siete de la mañana y nadie en su sano juicio está despierto a esta hora, el baño se encuentra totalmente vacío. Así que sonrío para mis adentros y me ducho tranquilamente, el agua caliente aligera mis entumecidos hombros y relaja los músculos agarrotados de mi espalda, me paso la esponja con jabón por los brazos queriendo quitar no solo la suciedad sino también limpiar los rasguños que me hice inconscientemente mientras dormía.

Estoy a medio baño cuando escucho que alguien entra soltando quejidos.

—Ah, me duele el estómago, Dios. —resuella una voz femenina.

Como soy chismosa de nacimiento y cotilla de profesión me asomo por la fina cortina para averiguar de quién se trata y me encuentro a Selena retorcida sobre uno de los lavabos sujetándose el abdomen con una mano y la melena rubia con la otra.

—Maldición, no otra vez. —vuelve a murmurar y tras tener una arcada comienza a vomitar a borbotones. Hago una mueca de asco y termino de ducharme, haciendo caso omiso a los sonidos grotescos que está haciendo la rubia de afuera.

Cuando salgo envuelta en la toalla y con el cabello húmedo, ella sigue ahí, respirando con dificultad con el codo apoyado en la pared de enfrente, la espada encorvada y la cabeza gacha. Vale, ahora sí me preocupa su estado.

—¿Estás bien? —me atrevo a preguntar y ella se sobresalta.

—No sabía que estabas allí. —su voz es apenas un balbuceo entrecortado. Debió estar muy absorta compartiendo su cena con el

váter para percatarse de que alguien se estaba duchando en el cubículo a un lado de ella.

Lleva la misma ropa que tenía anoche, el cabello rubio parece un nido revuelto y sus ojos están rodeados por unas ojeras tremendas que la hacen lucir demacrada, los labios resecos se los relame antes de hablar.

—Tengo una resaca de mil demonios. —se queja sentándose en el piso y recostando la espalda del muro de azulejos.

—Bebiste demasiado anoche, no es para menos. —arqueo las cejas al recordar como su piel desprendía el aroma de la bebida alcohólica.

—¿Cómo...? —Parece confundida—. ¿Fuiste a la fiesta? —pregunta uniendo las cejas.

Definitivamente bebió hasta perder la consciencia, el no recordar mi presencia en la fiesta de anoche es la prueba de ello.

—Selena, me llamaste anoche. Estabas tan ebria que apenas podías hablar.

Trato de mantenerme serena, pero recuerdo todo lo de anoche y el tono molesto es imposible de disimular en mi voz.

—Carajo. ¿Por qué fuiste por mí? —cuestiona con una mano en su cabeza.

«Buena pregunta».

—Un amigo tuyo llamó —respondo y me veo en la obligación de ser más precisa, ya que apenas recuerda que estaba en una fiesta—. Danny, un muchacho de pelo negro.

—Carajo —repite y estira las piernas—. Pues, gracias, supongo. —masculla, y le habría aceptado el agradecimiento de no ser por el tono desdeñoso con el que lo dijo.

—¿Gracias? ¿Dirás solo eso? —repito, incrédula.

Estoy enojada de nuevo, ya que teniendo miles de contactos en su celular ella decidió llamarme a mí y termine metida en una puñetera piscina. No olvidemos que su "amigo" Víctor sabía quién era yo, por lo que deduzco que estuvo soltando cosas sobre mí a diestra y siniestra.

—¿Qué más quieres que diga? —otro atisbo de desconcierto inunda su cara.

—Tal vez tu amigo Víctor te aclare todo lo de anoche, y que sea la última vez que me llamas para decirme lo apática que soy. ¿Te quedó claro? —salgo de allí hecha una furia sin dejarla responder.

Como el enojo me nubla los sentidos emerjo de los baños en toalla, me doy cuenta de ello a unos metros de mi habitación cuando el ambiente frío me eriza los vellos de las piernas. Solo veo dos chicas en los pasillos que ignoran mi presencia, así que decido que me importa un comino.

Cierro de un portazo en cuanto entro al cuarto, Mara ni se inmuta, sigue durmiendo como un oso y eso me alivia, no quiero perturbar su

sueño, bastante tengo con despertarla en las madrugadas.

Trato de sosegarme mientras me visto con un short corto beige y una sudadera negra que me queda enorme; los que digan que es un estilo extraño se pueden ir al carajo, al final la que usa la ropa soy yo, no ellos.

No pierdo tiempo en peinarme, mi cabello también tiene libertad de expresión, así que tomo mi bolso, me aplico un poco de brillo labial y salgo de allí en dirección a la cafetería. Mara tendrá hambre cuando despierte y se pone de mal humor cuando no come a tiempo, mi estómago también comienza a gruñir debido a que ayer no comí casi nada, y el dolor de cabeza que tengo es una de las consecuencias de eso.

Me gusta el ambiente silencioso que tiene la universidad a esta hora, nadie hace ruido y se puede caminar en paz sin ser tropezado por el montón de gente.

Mike me muestra una amable sonrisa en cuanto me ve llegar, y agradezco que no mencione nada respecto al suceso de anoche, siento que soy una bomba de relojería y que en cualquier momento explotaré en cólera. «No comprendo por qué estoy tan irritante».

—¿Despierta tan temprano?

Hago una mueca.

—Me gusta madrugar.

Sé que es una mentira, pero no voy a soltarle a él que no he dormido porque tengo pesadillas.

—¿No irás a casa? —pregunta.

«Diablos».

Había olvidado por completo el mensaje que ignoré de Henri. Me gustaría ir a visitar a Jake, pero no sé si pueda sonreír frente al desconsiderado de mi padre, la última vez que lo vi fue el día que vine aquí, discutimos un poco, no fue nada grave, pero sigo algo enfadada.

¿Cómo se le ocurre sugerir que Margaret me trajera a la universidad?

—Creo que no iré a ningún lado. —le respondo mirando a otro lado.

Lo bueno de Mike es que sabe cuándo cambiar de tema para no incomodarte.

—¿Qué te gustaría desayunar? Hoy tenemos gran variedad de opciones.

—Pregunta difícil —leo lo que hay en el menú—. ¿Un sándwich? Lo siento, no soy creativa cuando de desayunos se trata.

—Mara dice que no comes casi nada. —comenta mientras prepara la comida.

Mi mejor amiga debería omitir algunas cosas sobre mí.

—¿Qué tal su cita? —volteo la tortilla de la conversación y a Mike se le cae la salsa de tomate.

Inevitablemente me río de él.

—Fue genial, vimos una película de terror que Mara tenía tiempo queriendo mirar. —habla con una sonrisa muy grande.

No dice más nada, pero no importa, Mara me contará todo más tarde con lujo de detalles, me interesaba saber qué tan nervioso se ponía ante la mera mención del nombre de la morena y ya he comprobado que de solo oírlo se le trancan los pulmones.

—Ten —me entrega mi desayuno—. Y esto es para ella. —me da otra bolsa de papel marrón.

Observo el contenido con curiosidad, hay otro sándwich y dos donas cubiertas de chocolate.

Lo miro con una ceja levemente alzada y trato de no sonreír, él se remueve nervioso rascándose la oreja.

—Le va a encantar. —le aseguro. La conozco, estoy segura de que la cara que pondrá va a ser de puro asombro, no está acostumbrada a estos pequeños y lindos detalles.

Mike abre la boca para decir algo, pero es interrumpido por el sonido de mi celular, alguien me está llamando...

Henri.

Suspiro, resignada a que no parará hasta escucharme, tomo aire de nuevo y finalmente le respondo.

—Hola, papá. —hablo lo más neutral que puedo.

—¡Hey! ¿Cómo está mi universitaria favorita? —suena muy alegre para mi gusto, lo que me hace rodar los ojos. Cuando mi padre te halaga, es porque detrás de eso viene una mala noticia.

—Estoy bien, algo cansada.

—Eso me alegra, pero es un cansancio satisfactorio, porque estás estudiando lo que te gusta. —se ríe y ya quiero colgar. *¿Por qué ríe tanto?*

—Papá, estaba por desayunar, te llamaré lue...—comienzo a decir, pero me interrumpe.

—¿Vendrás a casa hoy? —su tono ha cambiado, ahora se oye nervioso. «Aquí vamos».

«La pregunta que me temía».

—Estás a dos horas de aquí, y no tengo auto. —lo evado. Sé que es una excusa estúpida, pero no tengo ánimos de ir en autobús, y él lo sabe.

—Hace dos meses que no te veo, creo que un viaje en bus no te hará daño. —insiste y yo gruño para mis adentros.

—Veré que puedo hacer. —le digo para que se quede tranquilo.

—Nath, Jake está algo enfermo. —suelta de golpe y dejo de respirar al instante.

—¿Qué? —Contengo el aire—. ¿Qué tiene? ¿Cómo está? ¿Le estás dando su medicamento? Papá, responde ya.

—pido agarrando el celular con fuerza.

—Cuando vengas te contaré mejor, debo irme. Te quiero.

Y así sin más cuelga la llamada.

Tomen nota, eso se llama: manipulación emocional.

—¿Todo en orden? —indaga Mike mirándome de reojo, frunce el ceño preocupado al ver que no respondo.

No quiero ir a casa de mi padre, no quiero pisar esa casa, no quiero siquiera verlo a él por más de dos horas, pero ahora esa negativa tendré que dejarla de lado, mi hermano me necesita y no pienso quedarme acá, ahora menos que sé que está posiblemente enfermo necesito cerciorarme personalmente de que está fuera de riesgo.

Espero que no sean sus pulmones otra vez.

—Sí, todo en orden. —tranquilizo a mi amigo dándole una sonrisa y salgo de ahí en dirección a las residencias.

Van a ser las ocho de la mañana, solo hay unos cuantos estudiantes corriendo en los alrededores y otros que van de salida a sus casas, es muy común que vayan a sus hogares los fines de semana, es su manera de despejarse y relajarse en su lugar seguro y de tranquilidad.

Mi casa es todo menos un hogar de paz.

Cuando llego a la residencia, la puerta de nuestra habitación está entre abierta.

¿Mara olvidó cerrar?

Me acerco lentamente y escucho susurros que van subiendo de tono.

—¡Es que nunca piensas! —oigo gritar a Mara.

Abro la puerta sin pensarlo dos veces y me encuentro a mi mejor amiga en pijamas y a Selena totalmente vestida y arreglada. Mara parece que va a cometer un homicidio y la rubia se queda muda en cuanto me ve, traga grueso y la expresión de su rostro está abatida.

Pestañeo un par de veces procesando la escena, y finalmente me dirijo a Selena cuando hablo.

—¿Qué haces aquí?

—Vino a pedirte disculpas, como si con eso arreglara todo. —responde Mara resoplando.

—Danny me contó lo que ocurrió, y lo siento mucho, Nath. —se disculpa y da un paso hacia mí.

—¡La arrojaron a una piscina por tu culpa! —le espeta Mara y se interpone entre nosotras—. Pero claro, estabas tan borracha que ni siquiera te diste cuenta. —suelta con sarcasmo.

—Mara, basta. —le pido en voz baja tomándola del brazo.

Ella me mira un momento y sus ojos se van suavizando; sabe que detesto sentirme como una criatura inferior e indefensa.

—De verdad lo lamento. —repite la rubia, y en realidad hay sinceridad en sus palabras.

Mara pone los ojos en blanco, toma su toalla y se va de la habitación hecha una furia.

—Si ya terminaste puedes irte. —zanjo pasándole por un lado a Selena.

—Nath, discúlpame... —redunda, pero la dejo a mitad de frase.

—Ya sé que lo sientes, ¿vale? No necesito escucharlo de nuevo —mi tono es duro— Dejando eso de lado, no sé cómo demonios puedes poner tu vida en riesgo de esa manera. Estabas tan ebria que apenas te mantenías de pie, y querías saltar a esa piscina de porquería, pudiste haberte ahogado. —culmino y noto como la última palabra me quiebra un poco la voz.

Tomo aire profundamente, hablé tan rápido que me quedé sin aliento. Selena baja la mirada y juguetea con sus dedos nuevamente, la acción me deja anonadada por segundos porque ella jamás había bajado la cabeza frente a alguien, y me cuestiono si he sido demasiado dura al hablarle.

—Sé que soy un desastre, pero no puedo hacer nada para resolverlo. —musita muy bajito y levanta la cara.

Oh, está llorando.

No sé qué diablos decirle, ¿qué se supone que le diga un desastre a otro desastre? No soy la personificación de la motivación a amarse a sí mismos, pero siempre, siempre he de tratar de que otros estén bien por muy molesta o furiosa que yo esté, y no importa si no son de mi agrado, nadie merece sentir que su existencia no vale la pena.

—No eres un desastre, Selena, solo te has excedido con el alcohol, no es motivo para que bajes la cara de esa manera. Si me enojó lo sucedido, pero te pido disculpas por la brusquedad con la que te traté en el baño, errores cometemos todos. Creo que necesitas dormir un poco, parece que el ron no ha terminado de salir de tu sistema.

—intento bromear para aligerar el ambiente.

—Eso creo, iré a descansar, nos vemos luego. —tuerce el gesto y se esfuma de la habitación.

Qué mañana tan movida.

Suspiro y dejo las cosas del desayuno en una mesita, el reloj de Mara marca las ocho de la mañana y ya no tengo apetito, pero me obligo a consumir el sándwich mientras cavilo en lo que haré hoy. Quiero enviar un mensaje a mi madre para preguntarle si sabe algo más de Jake, pero mi celular está muerto después de haber nadado en esa piscina con cloro.

Aunque, si mal no recuerdo, mamá me obsequió otro en las navidades pasadas, creo haberlo dejado en mi casa.

No quiero ir en autobús, los sábados hay mucha gente en las calles, pero no tengo más opciones.

Entrelazo las manos detrás de mí cuello y me quedo viendo el

techo, pensando.

—¿En qué piensas? —pregunta Mara al entrar.

—Debo ir a casa. Jake está enfermo, mi padre insoportable y debo buscar un celular.

Cuando bajo la cabeza noto que me observa con las cejas arqueadas.

—Adivino, no quieres ir en bus.

Ella me conoce muy bien.

—No, no quiero, pero tengo que. —gruño mientras meto un par de cosas en mi mochila.

—Yo también quiero visitar al idiota de mi hermano y a papá —comenta mientras busca algo de ropa—. Podemos ir, pasas tiempo con Jake y luego duermes en mi casa, sabes que mi cama es de mi tamaño, pero ahí cabemos las dos, ni creas que te dejaré sacarme como Rose sacó a Jack en el *Titanic*.

Creo que es la mejor idea que esta mujer ha tenido.

—Me encantaría —acepto sonriendo y empiezo a cantar la canción de esa película—. *Near, far, wherever you are. I believe that the heart does go on.*

Se ríe de mis tonterías y me uno a ella mientras seguimos recogiendo unas cuantas prendas de ropa y terminamos de arreglarnos para salir de aquí antes de que llegue la hora pico en donde el transporte es más cansón. Mara intenta disimular la alegría por las rosquillas que le envió Mike, pero se ha puesto como una niña pequeña al ver la bolsa y rosada como una fresa cuando le dije que ese muchacho acabaría enamorándola hasta la médula.

No sé cómo me irá en casa, pero espero que todo salga bien, mi mente me pide a gritos que no vaya hacia allá, que sea prudente y no me exponga a una explosión, sucedieron muchas cosas en ese lugar que me gustaría olvidar, revivirlas en mi memoria solo me causa daño, y siendo sincera ya estoy cansada de que el dolor sea mi fiel compañero.

∞ ∞ ∞

Llevamos más de treinta minutos en la parada del bus. Hay una fila interminable y comienzo a asfixiarme por tanta gente a mí alrededor. Las calles están repletas de personas andando con rapidez, autos saltándose las luces de alto y motociclistas conduciendo a toda velocidad.

Siento como una gota de sudor baja por mi frente y dirijo mis ojos al cielo, el sol se vuelve más intenso con cada segundo que transcurre, y la gente que se agolpa a mí alrededor no hace más que cortarme el paso del aire con la sensación de encierro que me causan.

—Oye, respira. —me pide mi mejor amiga pasando su mano por mi espalda.

–Eso intento, podría hacerlo de no ser por los seres humanos a mí alrededor —inhalo hondo y se ríe—. No te burles, tú también me estás robando oxígeno.

—Me siento afortunada de ser la persona por la que te quedes sin aliento. —mueve las pestañas de manera extraña agarrándome la barbilla y la empujo por el hombro riéndome.

—Invítame un café primero.

—Te invito todo lo que tú quieras, guapetona.

Seguimos ahí unos veinte minutos más y empiezo a estresarme, nada que llega el siguiente bus y no tenemos suficiente dinero en efectivo para pagar un taxi. Muero de sed y a pesar de que desayune comienza a dolerme la cabeza.

Hay una señora hablando como loca y me doy cuenta de que Mara quiere lanzarle una piedra para que se calle.

—Mara, voy a comprar una botella de agua, por favor no cometas ningún homicidio. —le aviso señalando una tienda al otro lado de la calle.

—Está bien, pero no prometo nada. —asiente mientras suspira debido al calor.

Comienzo a caminar y a mitad de calle escucho la voz de ella de nuevo.

—¡Nath! —Giro para mirarla—. Trae algo dulce, por favor. —sonríe y le regreso el gesto. «Pensaba hacerlo de todas formas».

Me doy la vuelta aun mirando en su dirección de soslayo, y en ese momento vuelvo a escuchar a Mara, pero esta vez es un chillido de horror lo que emerge de su garganta, veo de reojo como se lleva una mano a la boca y su grito viene acompañado del sonido de la corneta de un auto. Lo veo venir, escucho como intenta frenar, pero mis piernas se quedaron inmóviles en el pavimento y por alguna extraña razón no intento moverme.

Cierro los ojos y algo impacta contra mí, tirándome al suelo con mucha fuerza.

Capítulo 4

Hogar.

NATHALY

¿Ya está?

¿Se terminó?

Mis ojos están cerrados, sigo sintiendo el peso de algo o alguien sobre mí, escucho gritos y murmullos alrededor. Espero alguna señal de dolor que me indique que estoy herida, pero no siento nada, solo el agitado movimiento de mi pecho y una intensa punzada en uno de mis hombros.

—Oye. —me llaman y una mano cálida toca mi cara, acariciando suavemente mi mejilla.

«No quiero abrir los ojos y estar acá de nuevo, no por favor».

—¿Crees que esté herida? —oigo que pregunta alguien más.

—Nath. —susurra una temblorosa voz muy cerca de mis oídos, se me remueve todo y paso saliva.

Es Mara.

Abro los ojos lentamente digiriendo que sigo respirando y trato de averiguar en dónde estoy.

Me encuentro tirada boca arriba en el suelo, mi mejor amiga se ve muy asustada, está llorando y eso me hace reaccionar y apretar los ojos, las manos, hasta los dedos de los pies. Muevo la cabeza a los lados para que se tranquilice mientras que mi cerebro le ordena a mi boca que hable.

—¿Estás bien?

A un lado de mí se encuentra una figura masculina. «¿Danny?».

Parpadeo un par de veces para aclarar mi visión. Sigo algo aturdida, la gente se amontona cerca de nosotros y mi cabeza da vueltas haciendo que me maree, también tengo náuseas y ganas de vomitar. Mara sigue sollozando y al verla tan angustiada logro encontrar mi voz y poner a funcionar mis cuerdas vocales.

—Estoy bien, estoy bien. —les aseguro en un tartamudeo y trato de levantarme, Danny me sostiene hasta que dejo de tambalearme.

—Que susto me has dado, no vuelvas a hacer eso. —gimotea mi mejor amiga lanzándose a abrazarme con demasiada fuerza.

La multitud empieza a dispersarse y mi mente se va aclarando, comprendiendo lo sucedido mientras beso la frente de ella y vuelvo a apretarla contra mi pecho para que se calme.

—Mara, estoy bien, tendré más cuidado la próxima vez que cruce la calle. —le aseguro cuando se niega a soltarme.

Dirijo mi vista hacia Danny.

—Gracias, en verdad. —le hablo a él aun en los brazos de mi amiga y contengo la humedad en mis ojos.

Él suspira y el cabello negro le cae en las cejas cuando sacude la cabeza.

—Te vi cruzar la calle y cuando iba a acercarme, salió ese auto de la nada y tú te petrificaste, te grité, pero no escuchaste. Yo me moví lo más rápido que pude, estuviste a punto de...—sigue explicando y se pasa las manos por la cara, pero yo dejo de prestarle atención y me pierdo en mis pensamientos.

Todo estaba por acabar.

Las lágrimas, el dolor, la culpa, las noches en vela, el pánico, el constante ardor en mi pecho, la sensación devastadora de soledad...

Ese auto iba a acabar con todo.

«¿Realmente estás pensando que esa era la solución, Nathaly?» me cuestiono a mí misma y me decepciono del rumbo que tomaron mis emociones, ese auto acabaría no solo conmigo, sino con la felicidad de aquellos que me quieren a pesar de mis fallas y perenne apatía, los apagaría, sería la culpable de la ausencia de alegría en sus semblantes.

No estaría siendo justa.

También iba a acabar con las pocas risas sinceras que han salido de mí, los recuerdos agradables, y momentos que, si fueron felices, habría aplastado mis sueños.

Sueños que no tienen sentido para mí desde que él se fue.

¿Valdrá la pena que me hayan salvado?

—¿Segura que estás bien? —cuestiona Danny de nuevo poniendo una mano en mi rostro, yo me aparto instintivamente.

—Sí, lo estoy —trago saliva y me dirijo a Mara, su mirada inquieta me demuestra que sí valió la pena que Danny me quitara del camino —. Nada de mencionarle esto a mi padre, se pondría histérico. —le advierto.

Ella se ríe, nerviosa.

—No sabrá nada, tienes mi palabra. ¿Volvemos a la fila? El autobús debe estar por llegar, y ahora, por tu despiste y falta de reflejos, tendré que pasar el trayecto mascando aire, porque, así como tú caíste en la acera, cayeron mis esperanzas de comer golosinas hoy.

—Mara, puedo ir a comprarlas ahora.

—¿Ya para qué? Con el susto se me quitó el hambre, también te culparé de eso, es que no sé por qué siempre que intento comer dulces algo o alguien se interpone… —termina hablando sola.

Danny luce muy extrañado por las palabras de ella y el descabellado monólogo que hace, pero yo no, la conozco como la palma de mi mano, y sé que está cambiando de tema drásticamente para no pensar en que su mejor amiga casi muere frente a sus ojos.

—¿A dónde se dirigen? —inquiere él hundiendo el entrecejo.

—Visitaremos a nuestra familia, el pueblo está a casi dos horas de aquí. —explico mientras arreglo mi ropa.

Parte de mi hombro derecho sigue doliendo, y tengo una ligera punzada detrás de la rodilla, pero imagino que es por el impacto al caer al suelo.

—Puedo llevarlas. —se ofrece él con una media sonrisa.

Mara y yo compartimos una mirada, ella se encoge de hombros y yo no lo pienso demasiado, prefiero eso a subirme en un bus con personas sudorosas.

—Pues, creo que estaría bien, te lo agradezco. —acepto y él sonríe por completo.

Sigo sin entender cómo le hacen las personas para sonreír tanto y ser felices, en ocasiones suelo envidiar esa alegría que emana de ellos, ¿cómo carajos les sale tan natural?

—Entonces andando, preciosa.

—¿De seguro no hay problemas? —dudo.

—¿Contigo? Jamás. —me guiña un ojo pasando por nuestro lado para caminar adelante.

—¿Acaba de guiñarte un ojo? —pregunta Mara en un susurro.

Arrugo las cejas.

—No, quizás tiene un tic nervioso.

—Yo creo que sí te guiñó un ojo.

—¿Y eso qué? —camino cuando noto que él se está alejando y nosotras seguimos aquí como un poste de luz.

—Es obvio que le gustas.

—Es obvio que estás diciendo tonterías.

—¿Por qué no podrías gustarle? —me confronta.

—Sé por dónde va ésta conversación y no la pienso continuar.

—Entonces no hables y escucha. ¡Le gustas a Danny! O al menos le atraes…

Le tapo la boca con la mano.

—Cierra la boca que va a oírte. —le reclamo mirándola mal.

Intenta hablar, pero no la dejo.

—Deja de decir sandeces, no le gusto a nadie. ¿Entendiste?

Asiente, solo entonces la libero.

—Te salvó la vida hoy. —comenta cuando casi llegamos al coche.

—Simple empatía y humanidad. —me encojo de hombros.

Danny bordea el vehículo abriéndome la puerta del copiloto, ensanchando una gran sonrisa.

—Bienvenida nuevamente, ésta vez prometo regular mejor el aire acondicionado.

—Gracias. —me hace reír un poquito.

—Después dices que la ciega soy yo. —masculla Mara cuando se sube al asiento de atrás.

—¿Puedes hacer silencio, por amor de Dios? —me froto las sienes con los dedos.

—¿A qué se debe el malhumor, preciosa?

Me sobresalto cuando escucho a Danny, no me percaté de su presencia junto a mí.

—No es nada, estate tranquilo.

—No puedo estar tranquilo si mi copiloto no se siente bien. ¿Algo en lo que pueda ayudar? —me mira a la cara sin sonreír, luciendo genuinamente interesado en mi respuesta.

Tardo en responder porque estoy ocupada viéndole los ojos azabaches.

—Por ahora no, estoy bien. —no sé por qué, pero le sonrío.

—Vale —enciende el auto—. Por cierto, tienes una sonrisa encantadora, deberías lucirla más seguido.

Vale, ahora sí me sonrojé, y Mara riéndose por lo bajo en el asiento trasero tampoco es que me ayude mucho.

Cambio el rumbo de mis cavilaciones a otro, analizando sin necesidad el estar en el vehículo de un conocido reciente, es lo más que me he relacionado con otro ser humano en meses.

Carezco de amistades debido a mi poca habilidad para socializar, me cuesta encajar entre los demás, y no es su culpa, no criticaré a nadie ni afirmaré que son extraños, ellos no son el problema, yo lo soy. Soy pesimista, apagada y en ocasiones malhumorada; no quiero contaminar a nadie con mi oscuridad, las personas merecen seguir siendo felices, yo solo arruinaré su mundo de color.

Decido centrar mi atención en otra cosa, así que dirijo mis ojos al conductor.

¿Por qué en el conductor?

Ese no es tu problema, conciencia.

Danny está vestido con una camisa blanca y un pantalón negro de hacer deporte que le cuelga ligeramente de las caderas haciendo que se vea... muy atractivo. No hay rastros de ningún tatuaje o algo que se le parezca, su piel blanca se ve cremosa bajo la luz del sol, y los antebrazos se le tensan cuando mueve la palanca de velocidad, varias venas se le marcan en las manos y no sé por qué me parece tan fascinante; relame sus labios y no puedo evitar reparar en cómo se tornan rosados y húmedos...

De pronto una de las comisuras de su boca se levanta y aparto la mirada de inmediato, sintiendo el rubor cubrirme la cara entera.

—Tu amiga se ha quedado rendida. —avisa reprimiendo la risa.

Volteo al asiento de atrás y efectivamente, Mara está dormida como un tronco en el asiento de atrás, y un hilillo de baba le corre por la barbilla ya que tiene la boca entreabierta. Siempre me ha causado gracia la manera de dormir de esta mujer, tiene el sueño tan pesado

que se queda rendida en cualquier parte, ni un terremoto la despierta.

Se me escapa una risita.

—Le gusta dormir.

—Ya veo.

Danny me da una mirada divertida y de repente suelta:

—¿Qué estabas mirando hace rato?

Casi me atraganto con saliva.

Sé que se refiere a que hace unos minutos no le quitaba los ojos de encima «Pensé que no lo había notado».

Como no tengo nada coherente con lo que defenderme decido no contestarle.

—¿Vas a responder?

—No.

Él continúa sacando conversación tranquilamente como si no me hubiese descubierto admirándole los brazos y los labios.

—¿Te gusta la música, Nathaly?

—Sí, de hecho, solía tocar el piano —sonrío echándole un vistazo a la nota musical del brazalete que me regaló mi mamá.

Espera, ¿dije que tocaba el piano? ¿Por qué dije eso?

—¿Sí? Cuéntame más, anda.

—Eh… —me bloqueo, pero me da una breve mirada expectante que me hace respirar profundo y contarle un poco más, ya que en verdad luce interesado—. Comencé a los quince años, en la escuela de música era un requisito escoger un instrumento, aunque entraras por canto, así que yo me decidí por el piano.

—Así que cantas también.

—No se te escapa nada. —río por lo bajo.

—Cuando algo me interesa, no. No se me escapa nada.

Trago grueso y evado el comentario.

—Seguí tocando el piano muchos meses después, tomando el rumbo de la música que más paz me daba al escucharla.

—Supongo que te refieres a la música clásica, ¿no?

—En parte sí, soy de las que escuchan **Claro de Luna** antes de dormir. —revelo, él se ríe suavemente y lo imito.

«Su risa es contagiosa».

—Entonces tenemos algo en común, preciosa —enciende la radio y pulsa el botón de **play** antes de que pueda frenarlo—. Espero que con esto puedas despejarte un poco y disfrutar del viaje.

Él no dice más nada, solo me mira de soslayo y sonríe sin mostrar los dientes cuando una de mis piezas favoritas de Vivaldi comienza a sonar suavemente por los altavoces, contengo la respiración cuando la sinfonía acaricia mi adolorida alma, dándome aquella tranquilidad momentánea que anhelaba, cierro los ojos recostando la cabeza de la ventanilla y disfruto de la hermosa melodía que hacía semanas no me

permitía disfrutar.

Cuando ya estamos llegando al pueblo despierto a Mara con una sacudida en su pierna, ella se estira y peina su cabello con los dedos al tiempo que dice:

—Nada como una buena siesta, espero que no hayan hecho estupideces en mi ausencia. —bosteza exageradamente y cuando se percata de la baba seca en su mejilla me echo a reír con su mirada escandalizada. «Uno de sus miedos es que la vean babear mientras duerme». Le lanzo una toallita húmeda para que se limpie y me lo agradece rápidamente.

—Es aquí. —le señalo a Danny una pequeña casa de color blanco que está a un lado de la calle.

Él detiene el auto y le da una ojeada a mí hogar con el ceño fruncido, no comprendo su mirada, quizás sea por lo desolada y poco viva que se ve, pero me abstengo de preguntar.

—Gracias por traernos. —le regalo una media sonrisa.

—No fue nada, cuídate al cruzar las calles, no estaré todo el tiempo por ahí para librarte del impacto. —bromea.

—Muy chistoso, ¿cómo debo llamarte ahora? ¿Don comedia?

—Mejor llámame a mi celular, atenderé de inmediato. —me guiña un ojo.

Volteo los ojos y salgo del auto, creo que ya he reído suficiente por hoy, y aún debo lidiar con Henri, para ello necesitaré paciencia en cantidades industriales.

—Estaré en casa si me necesitas. —me dice mi mejor amiga, ella vive a unas cuantas casas de aquí.

Asiento respirando hondo y echo a andar a la puerta; el pomo frío queda entre mis dedos, el deseo por correr en la dirección opuesta intenta echarme hacia atrás y me sacudo esa sensación determinándome a mantener la frente en alto esta vez.

Cuando abro, lo primero que veo es una maleta junto a la escalera.

¿De quién será ese equipaje?

Mi casa no es muy grande en comparación con las mansiones del centro de Seattle, pero no tengo nada de qué quejarme, después de todo no soy fan de las casas enormes.

En el piso de abajo hay una cocina y comedor pequeños, una sala de estar en la que solo entra un sofá, un televisor frente a él, y un estante que funciona de biblioteca a un lado. En la parte de arriba están las tres habitaciones que obviamente son algo reducidas, sin embargo, hemos distribuido cómodamente todo el mobiliario para tener más espacio.

Ah, hay 1 solo baño en toda la casa.

A mi madre le encantan las cosas antiguas y bonitas, por eso la sala parece un pequeño museo con tantos adornos miniatura

embalsamados y muñequitos de madera con aroma a pino y eucalipto, al igual que le fascina tener jarrones con plantas en la cocina. Aunque ella ya no vive aquí su presencia suele sentirse en toda la casa debido a esos detalles.

—¿Hola? —digo en voz alta y no obtengo respuesta por más que lo repita tres veces.

Camino por la sala y la cocina, más no veo a nadie, todo está tan silencioso que me hace sospechar de la ausencia de…

Me detengo en seco cuando escucho una tos proveniente del piso de arriba.

Se me eriza la piel y un escalofrío me recorre la columna, enderezándome con ojos entornados.

«Esa tos no, por favor».

Subo las escaleras corriendo con el corazón golpeándome fuertemente el pecho, me sujeto del barandal cuando tropiezo con mis propios pies y sigo avanzando, me invade la preocupación cuando atravieso el pasillo y la angustia empeora cuando abro la puerta del cuarto de Jake y no lo veo jugando con su pista de carreras sino acostado en la cama con la piel pálida.

—Nathaly. —mi padre corre en mi dirección, su cuerpo alto y aceitunado me cubre cuando me abraza, tiene su característico olor a menta, y me estrecha contra sí con afabilidad.

Medio le regreso el abrazo porque mi pequeño hermano de diez añitos sigue tosiendo, poniéndome los pelos de punta, hago a un lado a mí papá con sutileza y avanzo hacia la cama de Jake. Él está sudando, tiene el cabello enmarañado, la cara empalidecida y los labios resecos, solo las mejillas tienen aquel tono rojizo que se produce por el aumento de temperatura, sus ojos color miel están apagados, y no deja de toser desaforadamente agarrándose el pecho como si se lo quisiera arrancar.

—Hey, aquí estoy, aquí estoy. —me siento en la orilla de la cama y lo ayudo a hacer los ejercicios de respiración, le aparto el pelo de encima de las pestañas y quito la mano que tiene en el tórax para que no se haga daño.

Me mira con una media sonrisa y toma mi mano cuando le acaricio el brazo con suavidad, habla cuando la tos se calma y le permite pronunciar las palabras sin trabarse.

—Hola, cotufa. —me sonríe débilmente.

Me encantan las cotufas, son mi golosina favorita, por eso él me puso ese apodo.

—Por Dios, estás ardiendo en fiebre. ¿Cuánto tiempo lleva así? —le pregunto a papá cuando la mano de mi hermano me pone a arder la piel del antebrazo.

—Un par de días.

—¿Le has dado algún medicamento?

—Solo un antialérgico y un antigripal. —se rasca la nuca.

«¿Solo un antialérgico? ¿Es en serio?».

—Jake, ¿qué sientes? —retiro el cabello que insiste en caer sobre su frente brillosa por el sudor.

—Me duele un poco el pecho, me cuesta respirar y… —lo interrumpe un ataque de tos que hace vibrar su caja torácica como si tuviese un motor ronroneando adentro.

«Dios mío, no, no de nuevo».

Intento no alarmarme, pero Henri se ve muy sereno ante la situación y eso me hace enojar; le doy un beso en la frente a Jake y salgo de ahí apresuradamente, bajo las escaleras y me meto en la cocina, pasando directo a los estantes empotrados sobre las paredes de azulejos.

Creo recordar en dónde están los medicamentos.

—¿Qué estás haciendo? —mi padre aparece a mi lado.

—¿Cómo que qué estoy haciendo? No sé, preparándome para un concierto de Freddie Mercury, ¿quieres venir?

—No respondas de esa manera.

—Entonces no hagas preguntas absurdas en estos momentos, papá, lo menos que deseo es faltarte el respeto, pero la situación me altera los nervios.

Suspira colocándome las manos en los hombros y haciendo un intento de masaje para “relajarme” y bajarme la tensión. Lo cual no sirve de nada, sigo igual o peor.

—Hija, es solo una gripe, estará bien.

«¿Solo una gripe? ¡¿Solo una gripe?!».

Tengo que repetirme más de tres veces que es mi padre y le debo respeto.

—Papá, sabes lo que una simple gripe puede hacerle a Jake. —me altero cuando no encuentro lo que busco.

Sigo escrutando en todas las cajas de los gabinetes, saco envases, blíster de pastillas, gasas, alcohol, pero en ninguna está lo que necesito.

«¿Dónde están esas cosas?».

—¿Qué buscas? —Henri sigue inquiriendo y me entran ganas de decirle que estoy buscando un vestido de lentejuelas para el concierto que le mencioné, pero me contengo de decir una estupidez.

—La caja de primero auxilios que le tenía a Jake para este tipo de situaciones. Ahí le guardé todo, medicina, inhaladores, el respirador…

—Te digo que solo es un resfriado. —repite.

Mi paciencia se agota.

—¿Solo un resfriado? Por si no lo recuerdas, papá, tu hijo tiene un problema en los pulmones que lo mandó a la lista de aspirantes a

trasplantes hace dos años. —le lanzo una mirada molesta.

Jake nació con una insuficiencia pulmonar.

Uno de sus pulmones funciona solo al 70%, así que el pulmón sano es el que trabaja más. Su situación de salud no es tan grave, los doctores nos informaron que él está fuera de riesgo mientras se esté cuidando y siguiendo las indicaciones al pie de la letra, ya que una crisis respiratoria haría que ambos pulmones entren en colapso, provocando la asfixia que podría hacer que deje de respirar. «Un paro respiratorio».

Jake sufrió de asma la mayor parte de su niñez, la peor crisis fue cuando cumplió ocho años, había ido de excursión con unos amigos de la escuela, lo acercaron mucho a la fogata y el humo que inhaló trancó sus vías respiratorias, obstruyendo el paso del aire a sus pulmones.

Estuvo mucho tiempo en el hospital después de eso, lo conectaron a una máquina de oxígeno ya que no podía respirar por sí solo, como medida de prevención lo anotaron en la lista de trasplantes, no necesita nuevos pulmones ahora, no es urgente, pero de encontrar un donador se realizaría la operación para evitar que sus vías respiratorias colapsen.

Un segundo…

Me giro hacia mi papá y suelto la pregunta con severidad:

—¿Lo llevaron a algún lugar contaminado?

Por segundos se pone pálido.

Cuando Henri abre la boca para contestar la puerta principal se abre.

—¿Amor? —lo llama una voz femenina que incrementa mi molestia.

Vocifero todo tipo de palabrotas en mi mente al identificar quién es.

«Justo lo que faltaba».

Margaret entra en la cocina y su cara morena va del asombro a la confusión cuando me ve, se manotea el cabello enrulado hacia atrás y endereza su figura delgada; alterna la vista entre Henri y yo, imagino que tanteando el terreno para soltar una de las suyas.

—Nathaly, me alegra verte, ¿qué haces aquí? —fuerza una sonrisa.

—Me alisto para un concierto de Freddie Mercury.

—¿Eh?

—Si no sabes quién es Freddie Mercury no me dirijas más la palabra, y, respondiendo a tu pregunta, ¿cómo que qué hago aquí? Aquí vivo, a no ser que haya ascendido de hija a visitante temporal con derecho a dormir en el sofá.

Tarda más de cinco segundos en entender el sarcasmo y confirmo que lo que sea que siente por mí papá le ha nublado el raciocinio, se acerca hasta él y le da un beso en los labios que se extiende ya que

ella lo abraza negándose a soltarlo tan pronto. Volteo los ojos al instante «No estudio psicología por moda», es más que evidente que está "marcando territorio", el problema es que lo está haciendo en una casa de la que no es dueña.

—Sé que es tu casa, solo que no te esperábamos hoy, no avisaste que...

Suelto una risa sarcástica. *¿Ella qué se cree? ¿La señora de la casa?*

—Realmente suena interesantísima la conversación sobre matriarcados, pero no tengo tiempo para esto, debo atender a Jake, así que, si me disculpas. —paso por su lado y casi troto a la habitación del niño.

La alcoba de él es bastante interactiva, aunque mi familia no está nadando en dinero hemos tenido los recursos para darle a Jake los obsequios que ha pedido en navidades y cumpleaños. Tiene un tablero de twister desplegado en una de las esquinas del cuarto, rompecabezas armados en otro lado, un castillo de juguete tamaño mediano que está lleno de soldaditos de plástico y muchos, pero muchos legos de colores.

Ah, es amante del futbol, así que también tiene varias pelotas de ese deporte y afiches de sus jugadores y equipos favoritos pegados en las paredes celestes.

Mi hermano sigue recostado en la cama, tosiendo sin cesar, lo que hace que me altere más de lo que ya estoy.

—¿Quién llegó? —pregunta en cuanto me siento a su lado.

—Margaret.

Por suerte no nota el desprecio en mi tono.

—Quiero que venga mamá. —pide entrecortadamente, su voz apenas se escucha.

¿Cómo es que Henri no la ha llamado?

«Ah, claro, el piensa que es un simple resfriado».

—Yo la llamaré, todo estará bien, lo prometo. Voy a seguir buscando tu inhalador, no te levantes descalzo, el frío te hace daño.

Camino por el pasillo respirando hondo, necesito mantenerme calmada y centrada para poder ocuparme de Jake sin distracciones. Entro a mi habitación y siento alivio cuando noto que mi cama sigue intacta, tal y como la dejé cuando me fui, mis cosméticos, collares y brazaletes están sobre el hermoso tocador de madera que era de mi abuela materna, los posters de mis cantantes favoritas continúan adheridos a la pared del fondo y distingo una fina capa de polvo en la lámpara de lava púrpura que está encima de la mesita de noche.

«Me alegra que Henri haya cumplido su promesa de no meterse en mi alcoba».

Abro el último cajón dentro mi armario y ahí está la caja con las cosas de Jake.

Ocuparme de todo esto hace que extrañe la presencia de mi madre, ella sabría qué hacer con exactitud, y con solo aparecer me aseguraría que todo estará bien. No nos abandonó como otras mujeres lo habrían hecho en su lugar teniendo un marido como Henri, ella tuvo que irse a trabajar lejos cuando le ofrecieron una gran oportunidad laborar, la animé a aceptar porque sabía que necesitaba su espacio, además de que luego del divorcio con papá debía tener su propia vida, no iba a quedarse aquí bajo el mismo techo que su ex esposo.

Mamá siempre estuvo al tanto de nosotros, llamaba cada día, nos proveía del dinero que necesitábamos para cubrir parte de los gastos y cuando venía de visita salíamos a pasear. Pero al irse ella, yo tuve que encargarme de este tipo de situaciones; administré el dinero, me ocupé de la cocina para que los hombres no arrasaran con las provisiones en 1 semana, y cuidé de Jake por más de un año, y solo yo sé qué hacer ahora.

Me devuelvo a la alcoba de mi hermano, preparo el inhalador y lo coloco en su mano, él sabe qué hacer. En cuanto suelta los pufs dentro de su boca comienza a respirar mejor y la tos va cediendo.

Creo que hasta yo respiro mejor.

«Qué alivio».

—¿Cómo se siente? —papá entra al cuarto, seguido de la arpía.

—Está respirando mejor —hago que mi hermano beba dos cucharadas de jarabe para la fiebre y me doy vuelta para mirarlos a ambos—. ¿A dónde diablos lo llevaron? —ni me molesto en modular mi vocabulario frente a mi progenitor.

—Oh, fuimos de campamento y luego al lago. Coincido con tu padre, puede tener gripe, mediré su temperatura para comprobar en qué grado está. —responde Margaret restándole importancia.

Intenta acercarse a mi hermano y le tranco el paso.

Me hierve la sangre hasta un punto en el que creo que la siento burbujear en mis venas.

«A un lago, lo llevo a un puñetero lago».

¿Es que no sabe lo que pasó meses atrás?

—No te acerques a él. —escupo entre dientes.

—Nathaly. —me advierte papá, aunque percibo un poco de compresión en sus ojos.

—Vamos abajo. —les pido y paso de ellos a la escalera.

Creo que voy a estallar en cualquier momento, y no será bonito si eso sucede.

—¿Qué pasa, Nathaly? ¿Cuál es el problema? —inquiere Margaret desconcertada, ignorando que mi problema es precisamente ella.

No sé si es estúpida o aparenta serlo.

Inhalo profundo y aclaro mi mente, debo centrarme en la salud de Jake, no en los malditos demonios que alimentan mis miedos ante el

recuerdo de lo que sucedió ***esa*** noche en aquel lago. Mi hermano es lo que importa ahora, él es la prioridad, no las cicatrices y temores que tengo dentro de mí.

—No saben en qué peligro lo han puesto. Tiene fiebre, tos, le duelen las costillas y apenas puede respirar. ¿Saben lo que el humo le hace a sus pulmones? ¿Saben que el agua fría de un lago puede empeorar su gripe?

—Hija, Margaret solo quería salir con nosotros. —interviene Henri, empeorándolo.

—¿Qué Margaret qué? ¿Fue tu idea? —gruño en dirección a ella.

No responde, así que continúo:

—¿Por qué rábanos no han llamado a mi mamá?

—Podemos resolverlo nosotros. —suelta Margaret de repente, mis cejas se disparan hacia arriba.

Sí, es estúpida.

Mi cara se contrae por el enojo que estoy sintiendo.

Henri lo sabe, y ella también.

Saben que ya he tenido suficiente.

—Creo que me he perdido la parte en la que te has incluido, así que ilumíname, ¿tú qué tienes que ver en esto, Margaret? ¡No tienes nada que hacer aquí! —Papá me toma del brazo para que deje de acercarme a ella, pero me sacudo de inmediato—. ¡¿Qué te hace creer que eres parte de esta familia?!

—¡Nathaly! ¡Basta ya! ¡No le hables así! —me regaña Henri a centímetros del rostro y juro que algo se me rompe por dentro.

Ni me inmuto.

Pero de pronto se me forma un nudo en la garganta.

¿Él la está defendiendo a ella?

¿Y nosotros qué?

¿Y Jake qué?

¿Dejará que su hijo corra peligro solo porque a su estúpida novia le entraron ganas de ir al lago?

Pues parece que sí, eso fue lo que hizo.

Nuestro dolor no le importa, le vale tres hectáreas de frijoles.

Henri la está protegiendo a ella, no a nosotros.

Luego de tomar aire profundamente retrocedo dos pasos, esforzándome por contener las lágrimas que se formaron en mis ojos, el «papá, nosotros también te necesitamos» se me queda atorado detrás de la lengua, la cual muerdo para no sollozar.

Margaret está muda, mi padre enojado y sorprendido, y yo ya ni sé cómo me siento.

Podré pelear con mi hermano un millón de veces, reñir con él e incluso fastidiarlo hasta que acabemos enojados el uno con el otro, pero lo amo con mi vida, y es lo único que me queda para cuidar y

amar. Mamá está algo lejos, y no podría sobrevivir sin Mara, pero si a Jake le pasa algo sé que no lo resistiría, caería tan hondo que nada ni nadie me sacará de ese hueco.

—Voy a llamar a mi madre —les aviso y cuando estoy al pie de los escalones recuerdo la maleta que está ahí abajo—. ¿De quién es esa maleta?

Ellos comparten una mirada de evidente cautela e incomodidad, como si se debatieran entre decirme o no.

Henri suspira y da un paso hacia mí; retrocedo por instinto.

—Hija, Margaret viene a vivir con nosotros.

Capítulo 5

Familia.

NATHALY

Margaret viene a vivir con nosotros.

Margaret viene a vivir con nosotros.

Margaret viene a vivir con nosotros.

«Nosotros».

La frase se reproduce repetidas veces en mi cabeza aturdiéndome, mi padre y la arpía esperan expectantes mientras respiro profundo y aprieto los labios tratando de no escupir veneno por la boca. Lo mejor es que no diga nada, así que doy media vuelta para emprender la huida hacia arriba.

¿Qué va a vivir aquí?

Debe estar bromeando, eso es imposible, es una locura monumental.

—Nathaly. —me detiene Henri.

Sí, si habla muy en serio, tan en serio que vuelvo a darme vuelta para encararlos.

La mujer que está a su lado vendrá a vivir a esta casa y sé que no puedo hacer nada para impedirlo, porque por mucho que me haya encargado de este hogar por más de 1 año mi palabra sigue sin tener peso, mis esfuerzos no fueron vistos y ahora han tomado una decisión sin consultarme, sin pensar en cómo me afectaría a mí o incluso a Jake.

Y estoy cansada de eso, de que me hagan a un lado, de ser una espectadora más; yo también existo, no soy un tapete al que puedan pasarle por encima, y menos él. Ser padre no le otorga el derecho a ignorar mis opiniones.

Me borbotea la sangre por la ira, la impotencia me lleva a cerrar las manos y clavarme las uñas en las palmas hasta que se abren los cortes viejos, creo que nunca había estado tan enojada, no soy una persona colérica, pero cuando me hacen rabiar cualquier cosa que salga de mi boca podría ser hiriente e incluso irrespetuosa.

Este lugar no solo le pertenece a él.

No puede simplemente traer las maletas de esa estúpida aprovechada y meterla a la casa sin siquiera consultarlo con nosotros o al menos pedirnos nuestra opinión.

¿Qué diablos está pensando?

—Solo llevo cuatro meses fuera de esta casa, y ya tú trajiste sus maletas a ***nuestra*** casa.

—Pensaba comentárselos esta tarde, sé que es una importante

decisión, hija...

—¡Decisión que ya tomaste sin pensar en nosotros que somos tus hijos! —Exploto—. ¿Esta tarde era que nos lo dirías? ¿Cuándo ya ella estuviera instalada como la señora de la casa? Eso no es consultar, es avisar.

—No son todas mis pertenencias, solo quería ir... —interviene Margaret con la voz tensa, pero la corto en seco.

—Si no te importa, esta es una conversación familiar, y hasta donde yo sé tú no eres mi familia, así que haz el favor de no entrometerte.

—Te he dicho que no le hables de esa manera, respétala —la sigue defendiendo con severidad—. No toleraré más este comportamiento irrespetuoso.

—¡Abre los ojos y mírame que tu hija soy yo! —una lágrima se me escapa y la limpio con rabia—. Engañas, mientes, hieres con tus promesas vacías, no eres un padre cuando te necesito, pero si lo eres para hacerme callar ante tus decisiones. ¿Dónde estás, papá? Te veo aquí frente a mí, pero sigo sin sentirte cerca.

Henri está perplejo por mis palabras, y ella tiene la cara contraída por una mueca de disgusto y confusión. Incluso yo estoy sorprendida de la gelidez y sinceridad que emana de mí, y como dije antes, no soy una chica agresiva ni mucho menos impulsiva, pero cuando me hacen explotar no hay nadie que me frene; me he callado palabras que al no liberarlas me rasgaron desde adentro, y ahora brota la sangre, las heridas se están haciendo visibles y no quiero que las miren, no quiero que vean cuánto me han dañado.

—Nath, hablemos con calma. —pide él y cuando intenta acercarse no se lo permito, me cierro otra vez.

Ya no quiero escucharlo, ni mirarlo, lo único que quiero es un lugar donde pueda sentirme segura, ya que aquí hay de todo menos paz.

—Tuviste el tiempo de conversar conmigo calmadamente y no lo hiciste, ahora ya no puedes repararlo. Debo ir con Jake.

Me encamino al segundo piso antes de que digan algo más y despejo mi mente lo suficiente para poder darle a mi hermano el cuidado que requiere, me tiemblan las manos, sudo en exceso, los labios se me resecan y siento que gritaré en cualquier momento, tengo taquicardia y me cuesta respirar más con cada paso que doy.

Con los dedos tembloroso saco un ansiolítico de la tableta en mi bolsillo trasero, la hago pasar por mi garganta sin agua y me detengo a mitad de pasillo con la frente recostada a la pared, observo el blíster fijamente pasando saliva antes de meterme otra gragea en la boca. «Es una dosis doble, cuidado» me alerta el cerebro, pero hago caso omiso y con las pastillas dentro de mí entro al cuarto de mi hermano y está

inclinado hacia la orilla de la cama, parece que intenta sentarse.

—¿Qué ocurre? ¿Te sientes bien? ¿Tienes ganas de vomitar? —lo ayudo a recostarse de nuevo y pongo una mano en su frente.

La fiebre no disminuye.

—Sí —al menos su voz se oye mejor—. Quiero a mi mami.

—La llamaré en este momento, dame unos minutos, ya vuelvo.

Voy velozmente a mi habitación sintiéndome agotada por tanta corredera, una capa fina de sudor empapa mi cuello y me seco con una de las toallas que tengo guardadas en la cajonera junto a la ventana. Hay muchas cosas que deje aquí, ya que en la residencia no hay espacio para tenerlas.

Abro mi armario por segunda vez en el día y rebusco una caja blanca pequeña, la cual encuentro en uno de los rincones y al abrirla suspiro de alivio cuando distingo el teléfono nuevo dentro de su bolsita de plástico. Coloco el chip y deslizo el pulgar por la pantalla táctil en cuanto termina de encenderse, marco el número de mi madre y repica tres veces antes de que ella responda.

—Buen día, habla Esmeralda. —saluda usando su tono formal.

—Hola, mami, soy Nath. —me mordisqueo las uñas.

—Hija, ¿cómo va todo? —se escucha animada.

Sí, definitivamente Henri no le ha enviado ni un mensaje.

—Te seré sincera, las cosas no están tan bien por acá, necesito que vengas a casa —le pido y la escucho tomar aire—. Jake está enfermo, Henri cree que es solo una gripe, pero yo no. Él no deja de toser y aunque le suministré la medicina su temperatura no quiere bajar.

Los nervios se deben notar en mí cuando estoy explicando, porque mamá no averigua más nada, solo suspira preocupada y en verdad odio ponerla en estos apuros.

—Estaré allá en un par de horas, cariño.

Después de colgar la llamada guardo el teléfono en mi bolsillo y pongo la caja una de las repisas altas, pero al hacerlo tropiezo con mis propios pies y mi brazo tumba otra caja más pequeña que estaba al lado de esta, muchos papeles y fotos viejas se desparraman en el suelo cuando la dichosa cajita impacta contra las baldosas.

Frustrada por la torpeza que siempre cargo encima me inclino a recogerlo todo, pero la tarea queda a medias cuando se me hace un nudo del tamaño de una pelota de golf en la garganta al darme cuenta de lo que hay dentro de ella.

«De todos los cofres y cajas que hay en el armario, ¿por qué tuve que tumbar este?».

Guardé todo esto aquí hace unos meses, cuando ya no soportaba ver los momentos felices plasmados en un papel, son días que ya no volverán, y sigo sin tener la fuerza requerida para poder reparar en todas las imágenes y recuerdos sin quebrarme.

Tomo solamente una de las fotos con el dolor extendiéndose como una brasa ardiente en mis extremidades, le doy la vuelta y la observo unos segundos, sintiendo como mi pecho empieza a arder al identificar quienes son los de la fotografía.

Somos mi mejor amigo y yo.

—No sabes cuánto te necesito, Scott.

«No te rompas, Nathaly, aquí no, resiste».

Seco la pequeña lágrima que se desliza por mi pómulo, trago saliva para pasar las inmensas ganas que tengo de llorar y sitúo la caja en su lugar, pero guardo esa única foto en la funda del celular. Vuelvo a chequear a mi hermano y lo encuentro profundamente dormido, así que retiro el inhalador de sus manos y enciendo el aire acondicionado rogando mentalmente para que el ambiente fresco ayude a rebajar la fiebre.

Cuando llego abajo paso de largo a la puerta principal, pero paro al percibir pisadas detrás de mí.

«Henri y Margaret».

—Jake está dormido, volveré en unos minutos. —les informo sin darme vuelta y salgo de la casa.

No me molesto en decirles que mamá vendrá.

El aire fresco golpea mi rostro al salir y de inmediato siento que respiro mejor. Demasiada tensión en menos de 1 hora, es más de lo que suelo tolerar.

Me encamino a la casa de Mara sin determinar mi vecindario, necesito ver cómo está mi mejor amiga y comentarle todo lo que acaba de suceder en el desastre al que le digo ***hogar***. Su casa no está muy lejos, es en la misma calle en donde vivo yo. Ni me detengo a tocar la puerta, creo que nuestro nivel de confianza a sobrepasado los estándares desde una noche que me encontraba refrescándome bajo la regadera en el baño de su casa y ella estaba ahí haciendo pis en el retrete, lo único que nos separaba era la cortina de la ducha.

Así que su casa es como mi segundo hogar, ahí es a donde iba cuando papá me dejaba sola en casa y no quería ahogarme con las agrias lágrimas que no cesaban casi nunca.

Aquí recibí un poco del cariño que necesitaba para mantenerme de pie.

—¿Quién llegó? —escucho que pregunta el padre de Mara cuando cierro la puerta detrás de mí.

Me adentro en el recibidor que conecta con la sala.

—Soy Nath, señor Charles.

La casa de mi mejor amiga es un poco más grande que la mía, pero tiene la misma distribución. Todo aquí es más colorido, a pesar de que ella vivió con dos hombres al igual que yo. Hay cuadros artísticos colgados en las paredes, floreros de arcilla enormes en las esquinas,

sofás de tela marrón impermeable y algunos adornos navideños que siguen colgados desde las navidades pasadas porque Mara no ha estado aquí para quitarlos.

Obviamente los otros dos hombres no los recogerán, si por ellos fuera permanecerían todo el año con el arbolito de navidad instalado en medio de la sala.

—¡Estamos en la cocina! —indica Mara.

Paso de largo hasta allá.

—¿Y a qué se debe tu cara larga? —inquiere John apenas me ve entrar.

—¡Johnny! —regaña ella a su hermano.

Johnny Escalona es un chico de veintidós años, alto, cabello oscuro, ojos pardos, contextura delgada, y una personalidad... Interesante, no, «irritante» es la palabra.

Tiene un pequeño parecido con Mara, pero solo físicamente.

—Muy gracioso, deberías convertirte en comediante, tienes talento. —ruedo los ojos.

—Te contrataría como mi bufón personal, aunque para ello deberías abandonar tu personalidad antipática y aburrida.

Le lanzo una mirada fulminante.

«Aburrida será su vida sexual, imbécil».

—Déjala en paz —le advierte su padre, un hombre alto con unas cuantas canas en su cabello—. No te lo repetiré.

Medio sonrío al ver que están de mi lado.

—Solo estaba bromeando, cuerda de malgeniados. —refunfuña él y sale de la cocina.

El señor Escalona posa una mano en mi hombro cariñosamente.

—Si te sigue molestando dímelo y le meteré la cara en el lavavajillas.

—Tenga por seguro que lo haré —asiento dándole un abrazo a modo de saludo—. ¿Cómo está? ¿Me extrañó?

—La pregunta me ofende, muchachita. ¿Quieres algo de comer? Preparé una sopa de pollo hace un rato.

—Por supuesto, me encantaría. —le sonrío tomando asiento.

Mara resopla.

—Y yo tengo que aguantar tus negativas para comer toda la semana.

—A tu papá no le puedo rechazar una comida, ¿eres loca? Cocina de maravilla.

—Siempre supe que tenías buen gusto. —se ríe Charles poniéndome la sopa enfrente.

Doy pequeños sorbos saboreando los condimentos y masticando las verduras lentamente, no tengo mucha hambre, pero está deliciosa.

—¿Cómo te está yendo con las materias? ¿Qué tal los números? —

me pregunta él sentándose con nosotras.

—Horrible, creo que se me daría mejor bailar samba con un mono.

—Yo podría enseñarte a bailar. Cuando era joven lo hacía mucho, las chicas no me quitaban los ojos de encima.

—Qué modesto eres, papá. —ironiza Mara riéndose.

—Solo intento hacerlas reír, sé que ella no lo hace mucho. Ahora denme un abrazo, casi ni las veo. —se acerca a envolverme en un abrazo paterno que me pone a pasar saliva. Lo abrazo de la misma forma porque en verdad lo aprecio mucho.

—Gracias, señor Charles.

Mara comparte una mirada rápida conmigo, frunce el ceño al notar que tengo los ojos vidriosos y la mano izquierda temblando ligeramente a causa de la ansiedad; ella le avisa a su padre que saldrá a caminar un rato conmigo y me saca de ahí.

—En una escala del 1 al 10 ¿Qué tan mal estuvo tu llegada? —pregunta en un suspiro cuando estamos afuera.

—100. Pésima.

Comienzo a soltar todo a borbotones, sin hacer pausas, tartamudeo por segundos debido a la velocidad con la que hablo, pero no me importa, lo único que me interesa es sacar todo lo que tengo dentro.

Le cuento lo que ocurre con Jake, la salida al lago, la supuesta mudanza de Margaret a la casa, el momento en el que me sinceré con papá, y evito mencionar todo lo relacionado a los fármacos que tomé.

—¿Cómo se les ocurre poner sus pulmones en riesgo? ¿Son estúpidos o qué carajos? —exclama cruzándose de brazos.

—No tengo la menor idea, pero no veo bien a Jake. Llamé a mamá para que entre las dos encontremos una solución, porque tú y yo debemos regresar a la universidad, por ello no puedo quedarme a cuidar a mi hermano.

Ojalá pudiera quedarme a asistirla y auxiliarla, pero debo estudiar para no dar la beca por perdida y conseguir un trabajo de medio tiempo para colaborar con los gastos; las medicinas de Jake son algo costosas, las consultas en las clínicas también, y nuestra base económica no es muy fuerte, perdimos mucho dinero cuando estuve hospitalizada hace unos pocos meses.

—¿Cómo llevas lo de Margaret?

—Ni siquiera creo estar llevándolo, pero no quiero pensar tanto en eso. Si ella va a vivir ahí no pienso dormir una sola noche en esa casa.

—Puedes quedarte conmigo.

—No sé qué haría sin ti. —le sonrío.

—No harías nada, soy el cerebro de esta amistad. —me codea sonriendo también.

Hundo las cejas.

—Si tú eres el cerebro, ¿entonces qué vengo siendo yo?

—El corazón.

—¿El corazón?

Ella se ríe.

—Sí, tú te encargas de bombear sangre y de controlar las emociones, yo me ocupo de pensar objetivamente y evitar que haya una sobredosis de esos desagradables sentimientos empalagosos.

No puedo contener la risa.

—Bien, cerebro anti cariño, vamos a caminar.

Seguimos recorriendo las calles del pueblo en un silencio cómodo y pacífico. Esta parte de la ciudad siempre ha sido tranquila, nada de fiestas ruidosas en la noche ni vecinos odiosos.

Lo que abunda por aquí son los árboles y arbustos, a la gente le encanta tener sus casas rodeadas de jardines tupidos y cargados de vida. Mi madre también tenía el suyo, lo cuidaba muchísimo, cada día sembraba una planta nueva, podaba las que parecían plumeros chamuscados, pero cuando se fue de casa no pude cuidarlo como se merece.

«Nunca se me ha dado bien la jardinería».

Recuerdo que solía caminar por aquí con mi mejor amigo, él se burlaba de mi incapacidad de mantener un rosal vivo.

«Scott...».

Él y yo nos reíamos mucho cada vez que veíamos esas flores tan vivas y enérgicas de los vecinos y las comparábamos con los tallos secos que yo tenía en casa; nos conocíamos tanto, era una de esas amistades que con solo una mirada de reojo pueden comprenderse.

Este mundo normalmente tiene un concepto errado o muy básico de lo que es la amistad.

Una amistad real no es aquella que es perfecta, ni de tonalidades claras y bonitas todo el tiempo, sino la que se construye desde abajo, desde donde no existe nada, esa donde ambas personas van colocando peldaños como la empatía, comprensión, confianza, apoyo, motivación, pero también donde se encuentran piedras de discusiones, diferencias, distancia, opiniones desiguales, situaciones incómodas o días grises, entre muchas más.

Una amistad sincera y real es progresiva, siempre está en evolución, y solo así se hace más fuerte.

Scott y yo construimos nuestra amistad de esa forma, al principio costó bastante porque éramos distintos en casi todo, pero encontramos aquellas similitudes entre nosotros como el gusto por la música, el arte, los paseos al aire libre e incluso la cocina, y sobre esos pequeños detalles cimentamos nuestra amistad, y poco a poco fuimos notando que esas diferencias que teníamos también nos agradaban.

A él le gustaba más el frío que el calor, a mí no; me gusta el sol, la playa, un río cálido… pero disfrutaba mucho viajar con él a las

montañas nevadas.

Otra diferencia es que él odiaba caminar, por ello ahorró hasta comprarse un auto, pero cada vez que yo quería caminar un rato por cualquier lado era el primero en colocarse los zapatos sin quejarse.

Scott siempre estuvo en mis mejores y peores momentos, tener su presencia a mí lado era tan reconfortante.

Sus abrazos eran cálidos, tan cálidos que daba la sensación de que tenía una fogata envolviéndome, y su torcida sonrisa transmitía tanta paz.

—¿Nath? —Mara se pone delante de mí, su ceño hundido—. ¿Por qué estas llorando? —pregunta tomando mis manos con cariño.

No me había dado cuenta de las lágrimas que salían de mis ojos.

—Lo extraño. —musito y ya no puedo contener más lo que se atora en mi garganta.

Mara me acuna en sus brazos y me desarmo completamente.

El dolor traspasa mi pecho de una forma casi insoportable, los sollozos me sacuden los hombros y las lágrimas no cesan, lloro abiertamente sintiendo que desfallezco; cada lágrima me quema, cada gimoteo me golpea con ímpetu, y cada vez que su nombre hace eco dentro de mí cabeza es como si me estrujaran el corazón.

Duele.

Arde.

Ahoga.

«Vuelve, por favor, regresa a mí».

—No fue tu culpa. —susurra Mara acariciando mi cabello.

—Claro que sí, fue mi culpa, solo mía...

Me tiembla la barbilla y otro sollozo emerge de mi interior.

—No sabías lo que iba a ocurrir, Nath. —sigue ella, pero yo continúo llorando.

Esta es una de las razones por las que no quería volver aquí.

He intentado bloquear todos esos recuerdos, pero es imposible.

Siempre aparece algo que me hace pesar en él y en lo que sucedió esa noche.

—Él debería estar aquí también. —murmuro con un hilo de voz.

—Fue un accidente, ¿entiendes? Un accidente que no sabías que iba a pasar. —me toma por los hombros para mirarme a la cara.

El saber que no podía adivinar el futuro no hace que sea posible modificar el trágico pasado. Me veo otra vez atrapada en el agua, el desespero me abarca y tengo que abrazarme a mí misma para asegurarme de que sigo aquí en tierra seca.

—¡Un accidente en el que murió, y no pude hacer nada para evitarlo! —llevo las manos a mi pecho, el ardor es tan intenso que ahogo un grito.

«Siento que ahora soy yo la que muere».

—Él no querría que estuvieses así, ya han pasado meses, debes comenzar a superarlo, lo necesitas. —me dice con suavidad.

—¿Superarlo? Imposible. Nunca se supera la partida de quien era tu galaxia, solo te acostumbras a vivir en el pequeño universo que quedó cuando se fue, obligándote a soportar eternamente su ausencia.

Mara no replica.

Yo no digo más nada.

Llega un punto en que ya no quieres escuchar palabras de consuelo, simplemente quieres quedarte en el suelo hasta que el dolor cese o te mate.

No tengo ganas de avanzar, todo lo que creía posible para el futuro se esfumó cuando él desapareció, cuando su risa se desvaneció frente a mis ojos, cuando su potente voz se transformó en un murmullo apenas audible, cuando dejó de respirar.

«Quisiera poder retroceder los meses y cambiar de lugar contigo, Scott».

Quizás él soportaría y superaría mi ausencia, en cambio yo creo que jamás podré acostumbrarme a la suya.

Pienso en todos los momentos que vivimos antes de que se fuera para siempre y luego procedo a bloquearlos como lo hago cada día, así podré soportar un poco más esta agonía incesante que me acompaña a toda hora.

Nunca he hablado de lo ocurrido, los que estaban ese día son los únicos que saben lo que pasó, y cómo pasó.

Nos quedamos en silencio unos minutos más en lo que me repito mentalmente que no puedo darme el lujo de derrumbarme, mi familia me necesita, y Mara también. Debo estar fuerte para ellos, aunque el dolor me inunde en las noches y las lágrimas no se detengan, he de seguir.

Chequeo la hora en mi teléfono.

—Mi madre debe estar por llegar, tengo que regresar.

—¿Podrás lidiar con todo lo que te espera en casa? —se preocupa.

Sé que no podré sola, no esta vez.

—¿Puedes venir conmigo? —pregunto en respuesta.

Si las cosas se ponen feas, ella es quién podrá detenerme.

—Por supuesto. ¿Tú padre no estará incómodo? —hace una mueca.

—Si su arpía venenosa puede estar ahí, tú que eres un angelito

también eres bienvenida.

Ella resopla mientras nos encaminamos a la casa.

—¿Angelito yo? Ajá, mejor dime dónde esconderemos el cadáver de la arpía y me encargo de robar una camioneta para el traslado.

Dije que mi mejor amiga era un ángel, pero nunca dije que fuera de los buenos.

Estuvimos más de una hora caminando en los alrededores de nuestras calles, y me siento menos cargada ahora que liberé parte de mis pensamientos. Nos acercamos a la puerta de mi casa y ambas tomamos aire antes de entrar.

—¿Mamá? —inquiero al verla sentada en el sofá con las manos entrelazadas detrás de su cuello en una clara señal de tensión. Levanta la cara y suspira de alivio al verme. «*Somos dos*».

Tengo cierto parecido con Esmeralda, ella es de tez blanca y cabello negro al igual que yo, ojos café oscuros y tiene lunares pequeños en los brazos que siempre me han parecidos muy lindos.

—Nathaly —se acerca a abrazarme, la estrecho contra mí dejando que el calor de mamá acaricie en silencio mis heridas—. Mara, me contenta verte, cariño. —le sonríe, pero la alegría no llega a sus ojos completamente.

—¿Ya hablaste con papá? —indago cautelosamente.

—Sí. Está llevando a Margaret a su casa, me comentó lo ocurrido hace un rato. —contesta sin alterarse.

Me pregunto si ya sabe lo de la mudanza de esa mujer o se refiere a mi arrebato.

—¿Henri te dijo de...?

—Sí, y entiendo si no quieres seguir quedándote aquí, podemos resolver eso luego. Ahora no quiero alterarme, tu hermano es la prioridad.

—Tienes razón, yo… —me interrumpe tomando mi mano y haciendo que la mire.

—Lo único te diré, es que, aunque las cosas estén difíciles tienes que ser fuerte, no es por presión que te lo digo, ni porque piense que eres de piedra, hija; sino porque sé que este mundo ve un rayo de luz y lo pisotea, más tú eres la que decide si te dejas robar la paz y el brillo. Tu padre ha cometido errores, yo también, demasiados para contarlos, pero te amamos.

Me agarra las mejillas con ambas manos y me besa la frente.

—Estas situaciones no pueden ni deben absorber tu espíritu, mantén la calma y siempre, siempre recuerda que esta vida es imperfecta e injusta, y no podemos cambiarla por más que lloremos, nos lamentemos y explotemos, pero lo que sí podemos hacer es dejar de voltear la cabeza hacia atrás y concentrarnos en mirar hacia adelante para transformar la nuestra en una mucho mejor. El pasado,

pasado es, no te tortures con lo que ya no fue, abrázate a la esperanza de que a partir de ahora todo cambiará para bien si ponemos de nuestra parte.

Sus palabras me llegan hasta el rincón más profundo de mi interior, sonrío yéndomele encima para abrazarla de nuevo y repetirle cuanto la eché de menos y lo mucho que la amo, me segura que todo va a estar bien y me hiere esconderle que estoy sufriendo a diario, bebiendo pastillas sin consultar a un médico, mareándome por mi desbalanceada alimentación, pero, aun así, estoy de acuerdo con ella, además de estar sorprendida y a la vez orgullosa de su reacción. Mi madre siempre ha sabido cómo manejar cada situación de manera calmada y objetiva, a diferencia de mí, que siempre termino explotando como una bomba.

Me cuesta, debo reconocer que me cuesta horrores digerir y creer lo que me ha dicho, específicamente la parte en la que asegura que el pasado ha quedado atrás, porque cada día sucede algo que lo trae de nuevo hacia nosotros y nos damos de bruces contra un muro.

Sin embargo, asiento varias veces haciéndole la promesa silenciosa de que me esforzaré en abrazarme a la esperanza y no dejar que mi espíritu se apague. Puedo intentarlo por mamá.

Me centro y continúo con lo importante aquí.

—¿Cómo está Jake?

—Su respiración está controlada, pero su temperatura no baja. —suspira mamá.

—Creo que deberíamos hablar con un médico, el último chequeo fue hace más de 3 meses.

—Sería lo mejor —se queda pensando unos segundos—. El seguro de la empresa para la que trabajo puede cubrir su tratamiento, pero tendría que llevármelo para allá, así estaría cerca de los doctores y le harían el seguimiento constantemente

La verdad no es mala idea.

Yo estaría mucho más tranquila si Jake está con Esmeralda, a ambos les hará bien estar en el mismo sitio, mi abuela siempre decía que los hijos debían estar con su mamá, y ahora comprendo el por qué, nadie te cuidará y protegerá como una madre que te ama.

—Estoy de acuerdo, mamá. Estaríamos en contacto para saber en qué puedo colaborar.

Por alguna razón que desconozco, Mara me lanza una mirada consternada.

—Hija, tu deber es estudiar, no te preocupes por los gastos, Henri y yo resolveremos esto —exhala y echa un vistazo a las escaleras—. Voy a hablar con tu hermano y recoger la ropa y cosas que necesita llevarse.

Me acaricia el cabello antes de ir al piso de arriba y el gesto me

hace sonreír sin despegar los labios.

—Nath —habla Mara poniéndose frente a mí—, pareces la madre de Jake.

Sé a qué se refiere.

Luego de que Scott... muriera, me dediqué a cuidar a mi hermano prácticamente a tiempo completo, y a protegerlo de todo lo que pudiera hacerle daño o pusiera en riesgo su vida. Mara siempre me ha dicho que no tome responsabilidades que no me corresponden, pero si yo no cuido de él, ¿quién lo hará?

—Lo sé.

La puerta principal se abre y entra mi padre.

Solo.

—¡Buenas tardes! ¿Cómo estás Mara? —saluda animado.

Ella entre cierra los ojos y sé que va a soltar una de las suyas.

—No tan animada como usted, señor Henri. —responde con un poco de sarcasmo en su voz.

—¿Y eso por qué? —él ladea la cabeza y me entran ganas de pegarme una roca en la frente hasta quedar inconsciente y no presenciar esto.

«¿Es en serio, papá?».

—No lo sé, le tengo cariño a ese niño, y no me gusta ver que Nath sea la única preocupada.

Ni abro la boca.

Mi progenitor alza ambas cejas como si lo dicho por ella fuese un acertijo; volteo los ojos, tomo a Mara por el brazo antes de que ocurra una desgracia y la llevo conmigo a la habitación de mi hermano. Entramos y encontramos a mi mamá inclinada sobre el respirador de Jake, está verificando que el oxígeno salga correctamente por la cánula nasal. Él está despierto, y su cara ya no está tan pálida, a sus labios ha vuelto el color natural y luce más activo.

—Hola, enano. —le sonríe Mara.

—¿Viniste a reírte de mí? —mi hermano también le sonríe de medio lado.

—Tal vez. 10 años y aún necesitas de tu hermanita, ¿qué clase de niño eres? Hoy en día los niños son independientes, es evidente que llegaste con defectos de fábrica.

—Soy un chico que necesita atención, ya sabes, cuando eres un príncipe recibes los mejores cuidados, eso no es ser defectuoso, es ser mimado. No es mi culpa que tú no tengas quien te consienta. —alza el mentón y luego se echa a reír cuando Mara bufa y le hace muecas chistosas.

Mamá y yo compartimos una mirada de alivio al ver que su sentido del humor sigue intacto.

—Voy a bajar a hablar con tu padre, vuelvo en unos minutos. —

avisa Esme.

Asiento y nos quedamos nosotras en la habitación.

—Jake, te vas a poner bien, ¿ok? —le digo para tranquilizarlo a él y en parte a mí también.

—Si no puedo correr, ¿nunca más jugaré fútbol? Quiero ser el mejor jugador de esta ciudad. —su semblante se entristece.

—Lo serás. Te lo prometo, no te desanimes, esto pasará y te recuperarás.

—Cuando tengas un campeonato, debes darme entradas VIP, no voy a verte jugar con tanta gente a mí alrededor. Ya sabes, las princesas como yo merecen esa atención. —le suelta Mara bromeando y mi hermano se carcajea, pero le da un ataque de tos que le pone a vibrar el pecho.

—Oye, oye, tranquilo, inhala y reten por dos segundos, eso es… Ahora exhala por tres segundos más lentamente. —pongo una mano en su pecho, haciendo los ejercicios de respiración con él.

—Me siento cansado. —farfulla en cuanto se le pasa y enseguida sus ojos se adormilan.

—Puedes dormir tranquilo, descansa.

Se queda dormido casi al instante, paso mis manos por su cabello oscuro y observo las negras ojeras que se están formando bajo sus ojos, noto que hace muecas involuntarias de molestia cada vez que inhala y que su nariz está muy roja.

Es inevitable sentirme angustiada.

—Él va a estar bien. —me tranquiliza Mara, solo puedo asentir y seguir mirando a mi hermano con ojos llorosos.

Me sobresalto al escuchar la voz molesta de mi madre.

—¡Es mi hijo!

Jake se revuelve, pero no se despierta.

—¿Puedes quedarte con él? —le pido a Mara y ella asiente.

Bajo las escaleras lo más rápido que puedo, saltándome algunos escalones, procedo a ubicar a mis padres y los encuentro en medio de la sala de estar, Henri está frente a mamá con la mirada furiosa, pero sin decir ni una palabra, Esme por el contrario tiene los puños apretados a los costados y sigue hablando a gritos.

—¡Voy a llevarme a mi hijo! —sentencia haciendo reaccionar a papá.

—¡Está viviendo conmigo, yo puedo cuidarlo! —contradice y lo miro enojada, pero de inmediato trato de calmarme.

Alguien en esta casa debe guardar la cordura.

—Basta —le pido a ambos—. Jake está dormido y lo van a despertar si siguen gritando de esa forma, se supone que ustedes son los adultos, esto no es para nada maduro de su parte.

No es la primera vez que les hablo de esta forma a mis padres,

muchas veces he tenido que ser la adulta en esta casa, aun cuando estaban casados, porque cuando los dos tienen una discusión es como si sus mentes retrocedieran a los años en que eran adolescentes inmaduros.

—No puede llevárselo. —niega papá.

—Claro que puede, se lo puede llevar la abuela si quisiera —contra ataco—. ¿Sabes por qué? Porque está enfermo, necesita atención médica, y aquí no puede tenerla. Requiere más que un inútil antialérgico, más que una cobija para que sude la fiebre. Papá, fuiste tú quien lo llevó a ese lago, ahora deja que mamá se haga cargo.

Por la cara que pone ella, creo que no estaba enterada de la "excursión" al lago.

«Yo y mi bocota».

La veo avanzar enardecida hacia Henri y corro a ponerme entre los dos.

—¡Defiendo tu insuficiente paternidad para nada! —Lo empuja por el pecho y debo esquivar el manotazo que tira a un lado para que no me atine a la cara—. ¡Tiene diez años y ya está en una lista de trasplantes! ¡Sé un hombre y cuídalo, cuídalo que también es tu hijo! No debería tener que pedírtelo.

Vuelve a empujarlo y él no levanta ni un dedo, consigo interponerme para separarlos a pesar de que los gritos me aturden.

—¡No cuestiones lo que hago porque tú no estabas aquí, Esmeralda! Todo lo que hago lo críticas, nada te satisface, eres tan complicada…

Lo silencia una bofetada de mi madre que pasa a escasos centímetros de mí oído, un sollozo se me escapa cuando papá alza el brazo para agarrarla y frenar los manotazos que está lanzando y el movimiento me zarandea estando en medio de la discusión.

—¡Paren de una vez! —pido sin éxito.

—¡Te largaste a hacer tu vida y no me opuse, mujer, ahora no te metas en la manera en la que crío a mis hijos!

—¡Y es que si te hubieses opuesto lo habría hecho de todas maneras! ¡Ese es tu jodido problema, que crees que todo lo puedes controlar!

—¡Cálmate ya, contrólate!

—Mamá, papá, por favor, deténganse…

Esmeralda se suelta de la mano de papá que le inmovilizaba el brazo y lo golpea en el hombro, sus uñas me rasguñan la clavícula y siseo por lo bajo, pero no dejo que se percaten de las dos líneas rojas que me han quedado marcadas.

—No recalques errores del pasado… —dice Henri como si ese tema estuviera prohibido.

—¡Vivo enseñándole a Nathaly que los adultos cometen errores y

no se les debe culpar por ello, pero tú te has excedido! ¡Límites no tienes! ¡No puedes ni ser un buen ejemplo! —mamá me hace a un lado y trastabillo sujetándome de una mesa para no caerme, vuelvo a meterme y esta vez papá es quien me toma de la muñeca para quitarme.

—¡No te metas que esto es una discusión de adultos, Nathaly! —me grita hastiado.

—No veo a ningún adulto acá. —replico con la voz entrecortada y él se ensombrece, aprieta la mandíbula, pero antes de que haga algo Esmeralda tira de mi otro brazo con demasiada fuerza, tanta que lastima, y me lleva a su espalda, separándome de él.

—¡A mi hija no le gritas, Henri, y menos le pones un dedo encima! ¡Me tienes cansada ya, toleré que me vieras la cara de imbécil cuando estábamos casados, pero ahora no soportaré tus inmadureces y tu cobardía!

Los ojos me escuecen cuando él la toma de los antebrazos para que no siga propinándole empujones y ella se zafa dándole otro bofetón que me hace correr hasta ellos, ateniéndome a lo que sea con tal de que paren de una vez y se acabe este enfrentamiento que fragmenta cada vez más los pocos recuerdos bonitos que tengo de mi hogar.

—¡Ya fue suficiente! Mamá, detente —la sujeto por los hombros, pero sigue sacudiéndose—, por favor, basta ya, no me obligues a ver eso de nuevo. —suplico con ojos cristalizados.

Ella comparte una mirada conmigo y se relaja al darse cuenta que hablo de las veces que presencié discusiones aun en las madrugadas que hacían retumbar el piso por los gritos y yo siempre debía pararlos, ruego para que no vea los rasguños y golpes que tengo por haberme metido en la pelea, no quiero que se sienta culpable.

—Henri, te guste o no, esta noche me llevaré a Jake, aquí acaba la discusión. —finaliza mi madre y sube en dirección a la alcoba de mi hermano.

Mi padre suspira frustrado y pasa las manos por su cara, yo mantengo mi distancia por precaución.

—¿Sabes, Nathaly? Por una vez, no me molestaría contar con tu apoyo, yo también soy tu padre. —me suelta.

Admito que me dolió.

Y sale esa parte de mí que solo responde al dolor con más dolor, por ello no controlo las palabras de que sueltan mis labios.

—A mí tampoco me hubiese molestado contar con tu apoyo cuando más lo necesité; quería un abrazo y no lo tuve. Ser tu hija no fue suficiente para tenerte conmigo.

—¿Qué quieres decir con eso? —su expresión se torna confundida y dolida.

Lo miro a los ojos.

Me gustaría poder decirle las razones de todo el resentimiento que tengo dentro de mí.

Todos los momentos de dolor que tuve que pasar sola aun viviendo con él pasan por mi mente como una cinta de película, haciéndome apartar la vista, ya que no puedo ni sostenerle la mirada.

Me siento decepcionada de mí, de él, de todo.

Quizás él no fue un mal padre, siempre nos dio lo que necesitábamos, pero siento que lo único que me hace sentir así es que no estuvo cuando más lo necesité, o al menos no como yo quería que estuviese.

Abrazarme una vez y decir «*Lo siento mucho*» no era suficiente.

Quería que me acompañara cuando las pesadillas atacaban, que insistiera al ver que casi no hablaba, que permaneciera en casa algunas tardes, que notara mi falta de apetito y sueño.

Yo solo quería que estuviera como cuando de pequeña me caía y él me ayudaba a ponerme de pie

¿Qué sucedió entre papá y yo?

Salgo de casa una vez más ignorando su voz a mis espaldas.

Capítulo 6

Quizás soy yo la del problema.

NATHALY

No tengo ni idea de a dónde voy.

Tampoco es que me importe mucho.

Salí de casa hace más de 1 hora, tengo cinco llamadas pérdidas de Mara y tres de mi madre, no quería escuchar a nadie, pero si van a llevarse a mi hermano esta noche debería volver a ayudar con lo que haga falta.

Estoy a muchas cuadras de allá; el cielo se torna de un color naranja claro y el sol comienza a ocultarse, la brisa agita suavemente las hojas de los árboles y le da un toque de serenidad al ambiente. Muevo mis pies en dirección a mi casa y dejo que mi mente piense todo lo que quiera, no tengo energía ni fuerza para bloquear mis pensamientos y recuerdos.

Esa noche, cuando murió Scott, sentí que parte de mí había sido arrancada y enterrada con él.

Nos conocimos desde niños, fuimos a la misma escuela y secundaria, me cuidó cuando estuve muy enferma por una mala digestión y yo lo cuidé cuando se contagió de sarampión. Siempre iba a su casa por las noches para charlar hasta la madrugada, leíamos nuestros libros favoritos, escuchábamos las canciones que más le gustaban al otro, debatíamos sobre distintos temas, hacíamos planes para el futuro, y cada vez que estábamos aburridos le rogábamos a su mamá que nos dejara hacer postres, aunque era difícil convencerla ya que siempre uno de los dos terminaba cubierto de los ingredientes.

Cuando crecimos las cosas no cambiaron en lo absoluto, él era mi guardián, mi ángel, mi estrella.

Estuvo para mí en todo momento, en cada prueba, cada dificultad, cada derrota y cada victoria, así como yo lo estuve para él. No hubo un solo día que no lo viera al menos por cinco minutos. Se mantuvo a mi lado cuando mis padres se divorciaron, y no me abandonó cuando hospitalizaron a Jake.

Pero la noche que desperté en aquella habitación blanca, rodeada de doctores que se movían de un lado a otro buscando cómo ayudarme y salvarme, él no estaba.

Solo él podía salvarme, pero se había ido, y no iba a volver.

El amor que yo sentía hacia Scott no era ese romántico.

Era ese sentimiento íntimo, profundo y fraternal que no puedes explicar con palabras, cuando te sientes segura... como estar en casa.

Él era mi hogar.

Y ahora que no está, ¿a dónde iré?

Nunca se me ha dado muy bien amar a las personas, creo que es porque no me gusta aferrarme a ellas y correr el riesgo de que se vayan de repente. Además de mi familia, solo he amado a dos personas en toda mi existencia:

Mara y Scott.

Y el segundo se fue para siempre.

Cuando te quitan algo que amas tu alma se fragmenta en un millón de pedazos.

Salir de ese hoyo de dolor es casi imposible; tu corazón agoniza ante la imagen de aquello que has perdido y solo quieres sujetar ese pequeño recuerdo que te queda, aunque punce cada vez que lo abraces a tu pecho.

El recuerdo de Scott sigue vivo en mi memoria, y cada vez que intento trepar para salir del agujero de sufrimiento es como si clavaran mil agujas en mis pies.

La culpa no me deja salir de ahí.

Nunca pensé que esa noche iba a ser la última vez que lo escucharía reír a él...

—Oh, vamos Scott. Será divertido. —hice un puchero juntando las manos.

—Grey, a ti no te gustan las fiestas, ni el alcohol. —se cruzó de brazos ladeando la cabeza.

—Pero si vas conmigo la cosa cambia —insistí—. No tenemos que beber ni nada por el estilo, simplemente disfrutaremos de la música y pasaremos tiempo con nuestros amigos.

Él me miró fijamente unos minutos.

Desde pequeño tuvo esos ojos color marrón claro que heredó de su madre, y el cabello negro de su padre.

Era mucho más alto que yo, y debía elevar la cabeza para verlo y no parecer un nomo de jardín.

—¿Segura que quieres ir, Grey? —preguntó metiendo las manos en sus bolsillos.

La fiesta era en un lago, y nunca había ido a uno, podía ir sola, pero quería que él fuera conmigo en esa ocasión, era mi mejor amigo y siempre me acompañó a todas partes, no hacíamos casi nada el uno sin el otro.

—Estoy segura. —asentí con una ancha sonrisa de victoria.

—Muy bien, pedazo de fastidiosa, iremos, pero espero que nadie te esté viendo el trasero, no quiero pelearme esta noche. —gruñó y me eché a reír.

—Eres un celoso, ¿sabías? Ni sé por qué me celas, parezco una guanábana —bromeé. De repente se inclinó y me alzó del suelo, haciéndome girar como un trompo—. ¡Oye, bájame! —grito, pero no dejo de reírme, igual que él.

Sonrío ante el recuerdo de bromear con él y de escuchar su

auténtica risa.

Hubiese sido mejor que se peleara con alguien en esa fiesta, o que nos quedáramos en casa horneando pasteles; no debí insistir, es mi culpa que haya acabado en...

Alguien se da de bruces conmigo, el impacto me ha retroceder dos pasos tambaleándome y siseo por lo bajo sujetándome el hombro que me lastimé ésta mañana.

—Mierda, lo siento. —se disculpa la persona que acaba de chocarme.

—Descuida. —suspiro recuperando el equilibrio.

Me quedo de piedra al ver quién es.

«Definitivamente no debí venir a este pueblo».

—¿Nathaly? —la voz asombrada de Peter me saca del pasmo.

Trago saliva audiblemente, retrocediendo dos pasos torpemente.

—Hola, Peter. —consigo decir en un murmullo.

Frente a mí tengo a un joven de piel aceitunada, cabello corto, ojos verdes y una cicatriz pequeña en su frente. Se la hizo ***esa*** noche cuando saltó de una roca hacía el lago intentando hacer un "clavado". Me recorre con la mirada desde los pies hasta el rostro, ojean mis brazos descubiertos y vuelve a mirarme a los ojos, descubro entonces que me cuesta mucho sostenerle la mirada.

Las manos me hormiguean y me inquieto con cada segundo que pasa y él me sigue observando.

—Hace meses que no te veía. —frunce el ceño y da un paso hacia mí. Yo retrocedo.

—Yo… me tomé un tiempo.

—¿Para qué?

—Universidad —no sé por qué le estoy dando explicaciones—. Y cosas personales.

—¿Cómo cuáles? —inquiere.

—Se les dice «personales» por una razón, Peter.

—¿Desde cuándo eres tan cerrada? Cuando estábamos juntos lo decías todo, hasta si se te rompía un calcetín.

Ríe entre dientes haciéndome torcer el gesto, no me gusta por dónde va el tema.

—Ya no estamos juntos ni sigo siendo la misma. —zanjo haciendo caso omiso a su aire divertido.

Sacude la cabeza acercándose de nuevo, suavizando la expresión, pero eso solo hace que lo mire con más desconfianza.

—Te extrañé.

Acerca su mano a mi cara y me aparto al instante.

«No quiero que me toque ni un cabello».

—Peter, no. Aléjate, por favor. —niego lentamente con la cabeza, pero él me toma de la muñeca y me hala a su pecho.

Su calidez me es tan familiar, al igual que la fuerza monumental que ejerce en el agarre...

—¿Cuánto tiempo más vas a alejarte, Grey? —su cara está centímetros de la mía, pero me encojo al oír mi apellido.

—Me alejaré todo lo que quiera, y no me llames así. —lo empujo lejos de mí.

Su agarre no me hizo daño, pero los recuerdos sí.

—Así te decía él.

—Exacto, y él ya no está. —levanto la voz y echo a andar.

—Nathaly, todos lo hemos superado, y decidimos avanzar. Es hora de que tú también lo hagas. —me espeta.

¿Por qué todos dicen eso?

¿Superarlo?

¿Es eso posible?

—No hiciste nada para ayudarlo, y no me dejaste hacer nada. —zanjo con los dientes apretados.

—Habrías terminado como él. ¿Qué querías que hiciera? ¿Dejarte morir también?

—Cállate. —intento irme y vuelve a tomarme por los brazos.

—No te vayas así, bonita…

—¡Suéltame!

—¡Lo siento, mierda! ¡No quería hacerte daño, solo quería estar más cerca de ti, yo te amaba…! —me sacude desesperado porque le crea.

—Tus mentiras llegan tarde, suéltame ya, por favor. —pido en voz baja mordiéndome el labio inferior para no decirle que me está lastimando con sus dedos.

No me suelta, pone su mano detrás de mi cuello llevándome más cerca de su rostro, resisto, pero él es más fuerte y ejerce más presión sacándome un quejido. No sé qué carajos le sucede, ya han pasado más de tres meses, no debería tener ni el atrevimiento de pensar en mi nombre después de lo que me hizo.

—Nathaly…

—Sé perfectamente qué es lo vas a decirme, que no fue tu intensión, que te equivocaste, y que quieres mi perdón, pero ya eso no funcionará, no más.

—¡No! Yo aún no te olvido, y sé que tú tampoco, por eso lloras… —trata de besarme sin siquiera mirarme y pongo resistencia. «Es bruto de nacimiento y estúpido también».

—¡Mírame y no seas un cobarde! —Impresionantemente me obedece—. Estoy llorando más no te estoy perdonando, quítame las manos de encima que tu tacto me repugna, me hastía, me enfurece. Tu cercanía me provoca náuseas.

—Eso no es cierto, no es cierto, joder. ¡No mientas! —me zarandea

haciéndome sisear entre dientes por lo fuerte que me aprieta.

He tenido suficiente.

—¡Si estuviera mintiendo no estaría aquí resistiéndome a ti! ¡Ahora deja de tocarme! —me zafo con tanta fuerza que sus dedos me lastiman cuando trata de sostenerme, y lo empujo con toda la cólera acumulada que tengo, llevándolo a caer al piso de espaldas golpeándose la cabeza con el concreto.

Sin decir ni una palabra más sigo caminando a paso rápido, sujetando mi abdomen con ambos brazos, las lágrimas acumulándose en mis ojos, las magulladuras apareciendo y marcando la piel que tocó sus manos; me veo de nuevo con la mejilla amoratada meses atrás por haberme metido en una relación con un estúpido abusivo de mierda que no hizo más que abofetearme una única vez por alzarle la voz, bastó para quedar marcada emocionalmente por siempre, fui una imbécil por creer que otra persona podría amarme sin intentar pisotearme en el camino.

El amor no es así, no debería tener que ser tan sufrido.

—¡Nathaly! ¡Nath, lo siento! ¡Bonita! —lo escucho gritar, pero no paro de correr.

Cubro mis oídos con ambas manos y corro hasta llegar a mi destino.

Entro a la casa con un nudo en el estómago, las piernas temblándome y el corazón palpitando desaforadamente; tengo miedo, rabia, tristeza… ¿Es qué no he tenido suficiente ya?

¿Cuánto más tengo que soportar?

¿Por qué Peter tenía que aparecer?

¿Por qué tuvo que detenerme aquella noche?

Me abofeteó, rasguñó, pisoteó… ¿Y si vuelve a hacerlo? Podría venir y cruzar esa puerta en este momento y tirarme al piso para…

En medio de mi frustración golpeo la mesa de la cocina un par de veces con las manos formando puños, los nudillos se me tornan rojos, pero no me importa, quizás el dolor físico alivie el que siento por dentro; repito el golpe una, dos, tres, cuatro veces hasta que se abren los cortes anteriores e hilillos de sangre salen de ellos.

Comienzo a tirar de mi cabello con los dedos, me arden los tirones y jadeo cuando las uñas me lastiman la piel.

¡Solo quiero que deje de doler!

—¡Nath, para! ¡Detente! ¡Te estás haciendo daño! —suplica mi mejor amiga entrando a la cocina.

Me envuelve con sus brazos desde atrás para evitar que siga golpeando la mesa, me sacudo sin fuerzas y ella me aprieta más, pateo un taburete y alcanzo con la mano algunas cosas del mesón que barro hasta que caen al piso, me duele el pecho, los moretones en la piel, pero nada se compara con lo que me está matando desde adentro.

—¡Peter me detuvo esa noche! Yo pude haber hecho algo. —sollozo sintiéndome inútil y estúpida, no solo dejé que me golpeara, también permití que se interpusiera entre mi estrella y yo.

No sé cuántas lágrimas me quedan por derramar, pero estoy cansada de todo esto, necesito salir de aquí antes de que el dolor y la culpa me consuman completamente.

—¡Cálmate! Espera, ¿Peter? —pregunta extrañada aflojando la prisión de sus brazos, aprovecho que baja la guardia y me suelto del retén.

A ella nunca le agradó él, casi lo asesina cuando me vio el pómulo morado el día que me propinó aquel bofetón, tuve que intervenir más que todo para protegerla, no quería que saliera herida por mi culpa.

Respiro hondo un par de veces, me arden las manos y las marcas de las uñas en mis antebrazos, me coloco un suéter que está en una esquina de la encimera para cubrir los moretones y me resigno a que, aunque Mara es mi mejor amiga, hay cosas que no puedo decirle, sea porque no las ve desde mi perspectiva o porque simplemente no creo que pueda ayudar. Debo tranquilizarme si no quiero asustar o alterar más a mis padres y aceptar que hay situaciones y sufrimientos que debo enfrentar completamente sola.

—Acabo de cruzarme con él. —me separo de ella y me trago el sabor amargo que me causa tener que simplificar las cosas como esta y guardarme lo que realmente siento.

—¿Qué quería? ¿Qué te dijo ese mequetrefe? —pregunta con las cejas unidas.

Me sirvo un vaso de agua y bebo la mitad de sopetón. «Quería besarme, tocarme, tenerme; me estrujó los brazos y lastimó el cuello, y dejó tenues morados en mi piel con sus violentos agarrones».

—En resumen, que me extrañaba y que debía superar el accidente porque ya todos lo habían hecho. —me encojo de hombros.

«Después lo dejas salir, Nathaly, después».

Mara cambia la cara de la sorpresa al enojo.

—¿Qué te extrañaba? —Bufa—. Después de lo que pasó con Scott no te buscó más.

«Gracias a Dios».

—Fui yo quien se alejó.

No me alejé solo por lo de Scott, pero bueno, hay cosas que Mara no sabe.

—Peter era tu novio —hace las comillas con los dedos en la última palabra—, se supone que sabía lo duro que sería para ti, debía estar ahí, era lo más lógico. Al igual que los demás que decían ser tus amigos. —replica apretando los puños.

Sé que tiene razón.

La mayoría desapareció luego de lo sucedido, pero ¿quién no lo

hizo?

Cuando pierdes a alguien que amas lo único que quieres es huir de tu mundo, para intentar encontrarlo en el suyo.

La diferencia es que Scott no era solo una parte de mí mundo, él era todo mi universo.

Además, Peter iba a ser más un problema que una ayuda, es un alivio que se haya alejado.

—No quiero seguir hablando de esto, voy a estar bien en cuanto salgamos de este lugar.

Mentira, mentira, mentira.

—Bien —cede ella intentando relajarse—. Tu madre está terminando de empacar las cosas de Jake, y tu padre se está despidiendo de él.

Asiento y le digo que se adelante, me encamino a la alcoba de mi chico campeón después de tomarme el medicamento antidepresivo que corresponde cada ocho horas, dupliqué la dosis como hice con los ansiolíticos sintiendo que es más eficiente y rápido el efecto. Tengo ganas de vomitar y moverme con brusquedad me marea, la migraña volvió con la irritabilidad, pero lo ignoro, el temblor en mi cuerpo mengua con los minutos y eso ya es ganancia.

—Todo estará bien, hijo. —escucho que mi padre le susurra.

Me detengo en la puerta, viéndolos despedirse.

—Papá, ¿vas a ir a visitarme? —le pregunta mi pequeño futbolista a Henri.

—Por supuesto que sí.

—Yo también iré a verte, pequeñajo. —digo en voz alta desde la puerta.

Mara asoma la cabeza.

—Si hay comida yo también voy. —bromea y Jake sonríe.

—Voy a ayudar a cargar las cosas al auto de tu madre. —avisa papá.

Me acerco a la cama y me siento junto a mi hermano, va vestido con su conjunto verde de hacer ejercicio, siempre dice que le da buena suerte.

—Te amo, Jake. —susurro revolviendo su cabello.

—No te vayas a poner sensiblera —se ríe y me abraza—. Te amo, cotufa. —me sujeta con fuerza.

No lo suelto en lo que parecen unos largos cinco minutos, me grabo su aroma, su calor, su sonrisa, el sonido de sus carcajadas; Esmeralda entra, me da un corto abrazo y un beso en la frente, evita mirarme a la cara y la termino envolviendo en mis brazos.

—Mantenme informada. —le pido a mi madre.

—Lo haré —asiente y toma mi mano por un segundo dudando en lo que quiere decir—. Perdóname por lo de hace rato, hice justo lo que

te dije que no hicieras y saliste lastimada.

—No salí lastimada…

—Sentí cuando mis uñas te tocaron, una madre siempre siente cuando hace daño a sus hijos —me besa en la frente—. Te amo, eres mi niña valiente, recuérdalo.

Sé que le avergüenza lo sucedido, pero no puedo culparla por defender con garras a las personas que ama, yo lo haría si estuviera en su lugar.

—Esmeralda —la detiene papá tomándola del brazo y me tenso al instante—, por favor, piénsalo bien. —pide insistiendo en que no se marche con Jake, asumiendo y aceptando que va a quedarse medianamente solo en esta casa de desesperanzas.

No puedo callarme lo que estoy a punto de soltar.

—Henri, compórtate como un adulto por una vez en tu vida y déjala en paz —le espeto sin dejar de mirar su mano en el brazo de Esme—. ¿No tienes que ir con Margaret?

—Hasta pronto, hija. —se despide mamá de nuevo, ignorándolo a él.

Cruza la puerta y me quedo viendo como el auto arranca hasta perderse en la calle.

∞ ∞ ∞

Siete de la noche, los párpados me pesan por el somnífero que me tomé hace treinta minutos el cual me adormece más no termina de hacerme perder la consciencia. Henri se fue con Margaret cuando le dije que iba a quedarme con Mara y sinceramente pensé que con Jake a salvo él podía hacer lo que quisiera, que no me interesaba, pero no fue así, porque ahora me cuestiono el haber sido muy tosca e impertinente con él, quizás me dejé cegar por la ira y las emociones, quizás yo fui la del error, quizás hice algo anteriormente que ocasionó nuestro distanciamiento.

Es lo que siempre acabo pensando, que quizás soy yo la del problema.

Mi mejor amiga tiene la mirada en la pantalla de su celular y frunce el entrecejo.

—¿Qué ocurre? —Indago—. Tienes cara de circunstancia.

—¿Cara de circunstancia? Deja de leer libros históricos, a veces hablas como si estuviéramos en la época de las cavernas. ¿Quieres volver a la universidad hoy, Lady Di? —pregunta en respuesta y la inquisición me hace ignorar su sarcasmo.

No tengo que pensarlo mucho.

—Estaría encantada, ¿por qué preguntas?

En lugar de responder se levanta del sillón de un brinco y llama a

Johnny. La sigo escaleras arriba sin saber qué es lo que pasa, pero supongo que algo se trae entre manos.

Mara es impredecible.

Entra a su alcoba seguida del fastidioso su hermano.

—John, ayúdame a bajar estas cosas. —le pide y amontona nuestros bolsos en los brazos de él.

—Pero ¿qué...? —rezonga él.

—Tú solo hazlo, y dile a papá que baje a despedirse. —le ordena. John voltea los ojos y obedece.

—Mara. —la miro como diciendo**:** *Explícame qué ocurre.*

—Mike estará aquí en diez minutos con su auto. —responde, me toma del brazo y me arrastra al piso de abajo.

¿Por qué tanto apuro? ¿Cuándo llamó a Mike?

¿Cómo es que estará aquí en diez minutos?

Y otra cosa, ¿Mike tiene auto?

—Papá, tenemos que irnos, nos vendrán a recoger. —le informa ella a su padre.

—¿Tan pronto? Llegaste hoy, cariño.

—Lo sé, pero necesitamos irnos, prometo venir más seguido, la próxima vez me enseñarás tu receta para hacer sopa de tomate. ¿Quieres?

—Por supuesto que quiero. Cuídate y si usas falda o vestido te colocas un short abajo, ah, y nada de golosinas a media noche, te causarás una gastritis.

—Dios mío, ¿ves por qué me voy?

—Mara Escalona…

—Es broma, es broma.

El asiente un poco triste por la despedida y la abraza.

Mara hace una mueca y se aparta a los segundos.

Nunca le han gustado los abrazos.

—Ven aquí, cara larga. —John tira de mi brazo y me acurruca en su pecho.

—Aparta. —lo empujo con una pequeña risa y cuando me suelta golpeo su hombro.

—¿Te vas tan pronto?

—Sí. Creo que he tenido suficientes emociones en un solo día, necesito alejarme. —suspiro.

—Entonces vete, toma el tiempo que necesites —su mirada se enternece y me sorprende cuando me da un corto beso cariñoso en la coronilla. Es la primera vez que alguien me dice que puedo alejarme, además, Johnny nunca es lindo conmigo—. Así no tendré que ver tu cara de odio todos los días.

Y ahí está el Johnny que conozco. «Imbécil».

Luego de despedirnos salimos de la casa y Mara me guía al inicio

de nuestra calle. Hay unas cuantas personas en las aceras, pero no me gusta para nada estar afuera a estas horas, está oscuro, la única luz proviene del farol que está en la otra esquina.

Cuando abro la boca para preguntar qué frijoles hacemos aquí siendo dos mujeres débiles de brazos flacuchos que no pueden defenderse ni de su sombra, un auto frena en seco frente a nosotras y me sobresalto del susto.

Reconozco ese Porsche azul…

—¿Tú? —entrecierro los ojos al ver a Danny bajar del auto.

—Señoritas —sonríe y toma nuestros bolsos—. Vine a terminar mi labor de chofer.

—¿No iba a venir Mike? —pregunto dirigiéndome a Mara.

—Si te decía que era Danny no ibas a acceder —voltea los ojos—. Busqué su número en tu celular, y me dijo que aún andaba por la zona, así que le pedí que este favorcito, je.

¿Cuándo me dio su número?

Ah, luego de traerme esta mañana.

—¡Mara! —protesto en un susurro.

Sabe que no me gusta que haga cosas a mis espaldas.

—Después te quejas todo lo que quieras, ahora sube al auto.

—Eres una…

—Una diosa con cerebro, ahora muévete. —abre la puerta del copiloto.

—¡Ash, está bien! —exclamo y entro cerrando de un portazo, no me importa que el coche sea ajeno.

—Adivinaré, no te dijo que yo sería tu transporte. —averigua Danny con una risa.

—El chofer no habla.

—No puedo evitarlo cuando la copiloto es linda, me vuelvo todo un parlanchín.

Me mira con picardía.

Sí, ajá, me veo lindísima con ojeras, ojos hinchados y los nudillos aporreados.

Enciende la radio y suspiro agradecida, no sé qué decir ante su halago. Observo las calles por la ventanilla y me despido mentalmente de este lugar.

Entre los escombros de mi corazón siento que intenta renacer la alegría, pero yo sigo lanzando una bomba tras otra, obligándola a morir una vez más.

—¿Estás bien? —me pregunta Danny suavemente, su voz profunda es agradable al oído.

—Sí, solo estoy…

—Cansada —termina por mí—. Hay mucho cansancio en esos ojos, preciosa.

Trago grueso, Mara está rendida en el asiento trasero y yo no sé qué decir.

—Todos tenemos cansancio, ¿no?

—Claro que sí, la cuestión está en si nos estamos tomando el tiempo para quitarnos el peso y descansar.

—No sabía que eras psicólogo. —bromeo.

Lo hago reír.

—Aquí la psicóloga eres tú, por lo que sé.

—Intento de psicóloga.

—Doctora en progreso suena mejor —sonríe haciéndome sonreír un poco a mí—. ¿Ves qué bonita sonrisa tienes?

Sacudo la cabeza, sonrojada.

—Exageras.

—¿Me estás llamando mentiroso? —arquea las cejas, haciéndome reír de nuevo—. Y ahí está de nuevo esa risa, mi plan funciona.

—¿Qué plan? —frunzo el ceño, mirándolo.

—Hacerte sonreír.

—¿Por qué invertir tu tiempo en eso?

—¿Y por qué no? —me mira a los ojos. «Sí es muy atractivo su semblante varonil con la ceja arqueada».

Meneo la cabeza tratando de centrarme, apenas lo conozco y ya me pone nerviosa.

—No sé qué decir, Danny Collins.

—Supongo que es otro punto para mí, te he dejado sin palabras. —vuelve la vista al frente y al cabo de tres segundos vuelvo a reírme sin saber por qué.

El viaje es largo, tengo taquicardias y dolor de cabeza, así que disimuladamente me meto en la boca una píldora ansiolítica y tras ese otro somnífero, las beberé hasta que cumplan su puñetera función y me duerman hasta el más mínimo nervio. Bebo un sorbo de agua para pasarla y mojarme los labios resecos y a los minutos comienzo a adormilarme en el asiento, una punzada me fastidia en la sien, pero no le doy relevancia, me interesa más que el medicamento me sosiegue.

Eso es, seda el sufrimiento y adormece mi dolor.

∞ ∞ ∞

Siento que me muevo, pero no son mis pies los que me llevan, mis ojos están cerrados y percibo el olor a perfume masculino; estoy muy cansada, trato de abrir mis párpados y me es difícil, me pesan hasta las pestañas, doblar los dedos se vuelve una tarea imposible ya que es como si me hubiesen inyectado una droga. «No la inyectaste, la ingeriste» me recuerdo sonriendo internamente, he obtenido lo que

quería con las grageas…

La píldora funciona maravillosamente, es como flotar lejos de la tristeza que siempre me acojona.

—Puedes dejarla aquí. —escucho que susurra una voz femenina «Mara».

—¿Estará bien? —duda otra persona y percibo una mano tibia en mi mejilla—. Se quedó rendida de un momento a otro, no sé si…

¿Quién me tiene cargada?

No lo sé, pero me siento cómoda aquí.

Abrigada y en paz, adormecida hasta el tuétano.

—Sí. Solo está agotada. —asegura ella ignorando que no es cansancio lo que me adormeció el cuerpo sino el delicioso coctel de fármacos que me he bebido, embriagándome con los químicos que sedan lo que me hiere.

Unos brazos fuertes me depositan suavemente en la cama.

Me remuevo un poco y consigo abrir levemente los ojos, distingo una figura masculina frente a mí que me mira confundido y sus dedos apartan gentilmente el cabello de mi cara, percibo el tacto de sus dedos en los hematomas que me hicieron en los brazos y ni eso me hace respingar, me niego a salir de este descanso mental…

—¿Danny? —musito identificando su rostro, pero los somníferos me jalan a la inconsciencia y caigo rendida en las manos de Morfeo.

Capítulo 7

Pedrería barata.

NATHALY

Dos ramas me rodean los tobillos inmovilizándome en la tierra, las copas de los árboles parecen volverse más frondosas y espesas, los rayos de luz de luna batallan para iluminar a través de las hojas y cuando muevo mis talones las enramadas aprietan más fuerte, sacándome un quejido.

Sé que está cerca, ya viene por mí, lo puedo sentir, si tan solo supera qué o quién es.

Sigo inmóvil, asustada y adolorida, la tierra se sacude y al bajar la vista suelto un alarido pidiendo auxilio cuando las piedras caen en la abertura que se está abriendo a mis pies, el agujero se hace más profundo y caigo en el interior aterrizando en un pozo de agua helada que me congela los huesos, chapoteo por llegar a la superficie, pero las ramas sigue tirando de mí hasta la profundidad, una mano me cubre los ojos y mi boca se abre por el asombro, trago el líquido que me llena los pulmones arrancándome la vida, tiran violentamente de mi brazo rompiendo mi piel, cierro mis ojos y empiezo a patalear con la poca fuerza que me queda…

—¡No, no, no! ¡Ah! —abro los ojos de golpe, me sacudo con tanta brusquedad que tumbo en el suelo la almohada, un peluche y parte de la cobija.

Veo a mi alrededor, estoy en la habitación, sentada en la cama de sábanas lila. «Estoy bien, estoy bien, solo fue un mal sueño».

—No-no hay agua aquí…—susurro secándome las lágrimas— no es real, fu-fu fue solo un mal sueño.

Mi mente intenta aclararse, pero sigo jadeando mientras recuerdo lo que acabo de soñar. Me arde el pecho, todo mi cuerpo está bañado en sudor, el cabello se apelmaza en mi cara, me tiemblan las manos y tengo una punzada de migraña en la sien que se ha vuelto como un órgano más, ningún analgésico ha sido capaz de desaparecer ese dolor de cabeza.

—Solo fue una estúpida pesadilla, tranquila. —me digo repetidas veces. «Quisiera un abrazo de mamá».

Son las cinco de la mañana, es domingo y por culpa de esas pesadillas ya estoy despierta, anhelando volver a dormir, pero a la vez temiendo regresar a tener ese desesperante sueño. Sigo en la cama con las piernas abrazadas al pecho, mirando la pared que tengo enfrente con la barbilla recostada de mis rodillas.

«Me alegra no haber despertado a Mara con mis gritos esta vez».

En ocasiones pienso que lo mejor sería vivir sola, apartada de todo y todos, así no molestaría a nadie con mis alaridos aterrorizados.

Mi teléfono vibra y frunzo el ceño. ¿Quién será a estas horas?

Número desconocido: Bonita, soy Peter, lamento haber sido un idiota. ¿Sigues en casa de tu padre?

Borro el mensaje de inmediato.

Número desconocido: Nathaly, sé que lo arruiné, pero tú sabes que nadie estará como estuve yo.

Número desconocido: Nadie más va a comprenderte ni aceptarte.

Número desconocido: Si tú te esfuerzas podríamos hacerlo funcionar otra vez.

Número desconocido: Si fueses menos exigente también sería más sencillo.

Número desconocido: ¿Sabes qué? No sé por qué te sigo buscando, no lo vales.

Apago el celular cuando llega otro que no me molesto en leer, y trago grueso respirando hondo. De todas las personas que no quería encontrarme en casa, Peter encabezaba la lista, y ahora también tiene mi número, no sé ni cómo lo obtuvo, pero es lo que menos interesa, solo quiero que deje de decir tonterías.

Porque son tonterías, ¿verdad?

No puedo evitar pensar en la última noche que estuve con él, fue en aquella fiesta del lago.

Peter me miró de arriba abajo con los ojos brillando y la sonrisa pícara. Estaba muy guapo esa noche, su piel morena brillaba por las gotas de agua que tenía encima, el cabello oscuro comenzaba a crecerle y se veía muy sexy.

—Estás hermosa. —se acercó a mí y sonreí de alegría sintiendo que volvía a ser cariñoso y delicado conmigo.

Yo traía puesto un traje de baño azul de una pieza con la espalda totalmente descubierta, tenía que admitir que me quedaba muy bien. Me encontraba en la orilla del lago con Peter, hacía más de treinta minutos que estábamos allí y Scott no aparecía, se suponía que iba por las bebidas.

—Gracias, cariño. —le di un suave beso en los labios, el cual fue subiendo de tono cuando le rodeé el cuello con los brazos empapándome con su fragancia masculina.

Peter dirigió una de sus manos a la parte baja de mi cintura en una caricia suave, y lentamente la acercó a mi trasero, pegándome más a su torso, su mirada fue de mi cara a mi pecho, las pupilas se le ensombrecieron y me obligué a espantar las alertas de mi cabeza.

«No pasa nada, estoy paranoica».

—Con este traje me estás provocando. —susurró mordiendo su labio inferior, lo besé lentamente y puse las manos en su tórax para sentir sus latidos, percibí sus dedos intentando deshacer el nudo de mi traje y me aparté un poco al comprender sus intenciones.

—Cariño, no. —me negué y retiré su mano de mis nalgas.

—¿Por qué no? —protestó frunciendo el ceño y la inquisición me erizó los vellos de la piel.

Suspiré. «Aquí vamos de nuevo».

Habíamos tenido esta conversación más de mil veces, no me sentía lista para dar ese paso con él, y me habría gustado que dejara de forzar las cosas. Además, llevábamos solo un par de meses juntos, no iba a abrirme de piernas, así como así.

—No estoy preparada, te lo he dicho antes…

—¿Y cuándo lo estarás? ¿Cuánto más tengo que esperar hasta que te sientas "lista" para hacer algo tan normal?

—Para mí no es «normal», Peter, yo…

—¿Lo dices porque eres virgen? —habló como si fuera absurdo—. Nathaly, eso no tiene relevancia.

—Para mí la tiene —torcí el gesto—. ¿Podrías intentar comprenderme?

—¿Más? Siempre te niegas, y es por una bobería, ¿podrías no complicar todo?

Me callé, no supe qué decirle, solo no quería hacerlo enfadar.

—Nena, sabes que tengo necesidades. —soltó molesto y cerró la boca de golpe al darse cuenta de cómo sonó eso.

Entonces lo miré con ambas cejas alzadas.

Porque cruzó una línea.

—No soy un objeto sexual —le espeté dando un paso hacia atrás—. Lamento no poder satisfacer tus "necesidades" —le di la espalda y arranqué a caminar en busca de Scott, tenía un nudo en la garganta y una mezcla de molestia y decepción.

Frené cuando sus dedos se aferraron a mi brazo con algo de fuerza. «No es tanta la presión, no exageres, Nathaly, tranquila» me repetí para no lucir como paranoica.

—Lo siento, es solo que... —titubeó y no sé por qué, pero me enojé.

—¿Qué? ¿Qué es lo que «sientes» ésta vez? —lo presioné y traté de soltarme. No lo conseguí.

—Joder, Nathaly —exclamó dando un paso a mí. Quise retroceder, pero su mano había bajado hasta mi muñeca, manteniéndome en el sitio—. ¡¿Cuál es tu jodido problema?! ¡¿Qué es lo que te pasa para que seas tan problemática?! ¡Cállate! ¡Solo cállate y no me refutes! ¡¿Es tan difícil ser una novia normal?!

—¡¿Normal?! —repetí, incrédula—. ¡Desde el principio sabías que yo no era como las otras mujeres con las que has dormido! ¡Siempre lo supiste! ¡Y a mí nadie me falta el respeto, ni siquiera tú! —le recordé y tiré de mi mano hasta que por fin logré que me soltara.

—¡Estás loca! ¿Me oyes? ¡¿A dónde vas?! —rugió volviendo a tomarme del brazo para que me diera vuelta y mirarlo a la cara.

Esta vez apretó con más fuerza, tanta que se me escapó un quejido

bajito.

—Me estás lastimando, Peter, dijiste que no lo harías de nuevo, lo prometiste…

—Silencio.

—Suéltame, por favor…

—¡Dije que silencio, cállate! ¡Hablas demasiado! ¡Te quejas de todo! ¡Lloras por todo! —me zarandeó sacándome otro quejido adolorido y una fisura en el profundo de mi pecho.

Me temblaban los labios y las lágrimas se agolparon de nuevo en mis ojos, creía que no me dañaría otra vez, en verdad lo creía, y qué estúpida fui.

—Nena —susurró en mi oído con una voz que me hizo temblar—. ¿Vas a decirme que no quieres que te toque? ¿No quieres sentirme? —pasó su palma abierta por mis pechos y yo intenté apartarme. «No, eso no, eso no».

No, no quiero que me ponga un solo dedo encima.

—Suéltame. —pedí con suavidad, pero atrapó mis muñecas con una mano y con la otra tocó cerca de mi vientre.

—Esto te va a gustar. —chupó el lóbulo de mi oreja, su voz no parecía seductora, sino como la de un psicópata sediento de algo que no podía tener.

Percibí su mano por mi entrepierna y…

¡No! ¡No y no!

—¡Peter, detente! ¡No es no! —le grité y golpeé su parte baja con mis rodillas.

Él hizo una mueca de dolor y yo repetí el movimiento.

Me soltó bruscamente tirándome al piso de un empujón, me lastimé el codo con las piedras y él y dio un paso atrás mientras se inclinaba un poco gritando insultos hacia mí. Me puse de pie con un sollozo brotando de mí y emprendí la huida, pero volvió a tomarme del brazo girándome hacia él, levantó la mirada de maniático que tenía la primera vez que me abofeteó, alzó una de sus manos en mi dirección cerrando el puño y me encogí por instinto.

Cerré los ojos esperando el golpe.

Pero antes de que me diese tiempo de reaccionar, un puño se estampó en la cara de Peter tirándolo al suelo de espaldas, el impulso lo hizo soltarme y retrocedí asustada mirando a los lados.

—¡Scott! —exclamé soltando un suspiro de alivio al ver a mi mejor amigo.

Él se dio vuelta por un par de segundos para comprobar mi estado, pero antes de que yo alcanzase a decir algo más se giró hacia Peter, lo tomó de la camisa y volvió a golpearlo, el impacto hizo crujir la nariz del aludido que ahogo un grito, pero no intento defenderse ni un poco.

Scott lo golpeó una tercera vez dejándolo encogido en el suelo escupiendo sangre, caminó en mi dirección envolviéndome en un abrazo

para luego inspeccionar mi rostro buscando cualquier indicio de moretón o rasguño

—¿Estás bien? —preguntó tomando mis mejillas con sus manos—. Lo lamento, no debí dejarte sola con él, no después de lo ocurrido, yo… lo siento, lo siento…

—Estoy bien, estoy bien, fue solo un rasguño —respondí con la respiración agitada mostrándole la pequeña cortada en mi codo—, no fue grave, estoy bien… ¿Lo ves? Estoy bien…

—No hagas eso, te gritó, y ya eso es agresión, así que no minimices lo ocurrido. —no dejaba de inspeccionar mi cuerpo en busca de más heridas.

Peter se levantó del suelo limpiándose el líquido rojo que descendía por su barbilla, yo me escondí instintivamente detrás de Scott.

—Si vuelves a intentar ponerle una mano encima juro que te mataré. —lo amenazó Scott con los dientes apretados.

—¿Creíste que iba a golpearla? ¿Estás demente? —lo cuestionó haciéndose el desentendido.

—Lo hiciste una vez, no seas cínico.

—Prometí no tocarla de nuevo y mi palabra vale…

—Eres una escoria, eso no cambiará con miles de promesas; aseguras que no ibas a golpearla y estuviste a nada de hacer algo peor.

—No sé de qué hablas.

—Sabes a qué me refiero. —le aclaró mi mejor amigo.

Cuando lo miré me di cuenta de que se refiere a lo que intentó hacer Peter hacía unos minutos, cuando me estaba tocando sin mi consentimiento. «Pensé que Scott no había presenciado esa escena».

—Es lo que hacen las parejas. —se encogió de hombros con una sonrisa que me causó escalofríos, le sangraba el labio inferior.

—Si ella no quiere, eso se llama violación. Completo imbécil. —gruñó Scott.

—¿Sabes qué? —replicó él caminando hacia nosotros—. Conozco chicas más sexys y con mejores cuerpos que Nathaly, y estoy seguro de que ninguna de ellas dudará en acostarse conmi... —no terminó su hiriente discurso porque antes de que si quiera a Scott le diese tiempo de hacer algo yo volteé la cara de Peter con mi mano, mis uñas se le marcaron en la mejilla y volví a cruzársela con el dorso de la misma.

Su expresión fue de asombro y rabia, porque yo nunca lo había abofeteado.

—No sé en qué pensaba al estar contigo, eres una escoria. —le espeté conteniendo las lágrimas.

—Solo dije la verdad, cariño. —rodó los ojos tocándose los rasguños.

—Grey, vámonos. —Scott tomó mi mano y me sacó de la línea visual de Peter.

Sabía que Scott no me diría nada más sobre lo que pasó justo en ese momento porque sabía que no quería escuchar lo de "eres hermosa, no

hagas caso a lo que diga". No era de piedra, y lo dicho por Peter me había quedado dando vueltas en la cabeza, sus estrujones me seguían doliendo en la piel y me sentía como una cucaracha aplastada. «Debí suponer que desde la primera bofetada ya nada estaría bien».

—No se lo menciones a Mara. —le pedí con un hilo de voz.

Ella me advirtió que algo como eso pasaría, que Peter era un chico al que le gustaba obtener siempre lo que quería, pero yo no estaba de humor para un sermón, menos en ese instante que recién procesé y acepté que no era más que una mujer débil que se dejó golpear por un hombre, y a tan corta edad.

—Tu secreto está a salvo conmigo, Grey. En realidad, toda tú estás a salvo aquí —me besó en la frente—. Ahora vamos a nadar un rato, en el agua nadie te verá las nalgas. —rezongó haciéndome reír un poco.

No importaba qué tan grave o incómoda fuera la situación, él siempre me hacía sentir mejor.

Sonrío levemente ante el recuerdo de su risa, y de cómo siempre lograba hacerme feliz a mí. Me sentía segura con él, todas mis inseguridades desaparecían cuando Scott se mantenía cerca; el desprecio que tenía hacia mí misma se esfumaba con su cercanía, hizo que creyera en mí y en lo era capaz de hacer, me alentó a ser valiente y confrontar cada uno de mis miedos.

Cierro los ojos con fuerza para evitar llorar.

Esa noche Peter se acercó a nosotros de nuevo, mi mejor amigo estaba preparado para darle una paliza monumental, pero le pedí que lo dejara hablar.

—Nathaly, siento mucho lo que acaba de pasar, si te lastimé... —comenzó a decir, pero lo interrumpí de inmediato.

—Sí, lo hiciste, y no es algo que arregles con una disculpa —le espeté —. Siendo sincera, ya no me quedan fuerzas para perdonarte, y no seré la estúpida que vuelve a tu lado creyendo que algo será distinto.

—Lo sé, joder, tú mereces el puto mundo…

—Y tú no puedes darme ni una estrella, así que vete.

—Maldita sea, no digas eso —vociferó pasando las manos por su cara en señal de frustración—. Eres mi novia, Nath, y yo...

—¿Tu novia? —Repetí con el ceño fruncido, aquellas palabras me quemaron la lengua—. Creo que la bofetada que te di debió dejar en claro que ya no estaré contigo, aunque supongo que no tendrás problemas con eso, después de todo hay muchas chicas que no dudarían en darte el revolcón que estás buscando. —añadí citando sus propias palabras.

—¿Quieres irte? —me susurró Scott.

—Sí, no tengo nada que hacer aquí. —le di una última mirada asqueada a Peter y nos dirigimos al auto de mi mejor amigo.

—Te toca a ti. —arrojó las llaves en mi dirección y las atajé en el aire, él abrió la puerta del copiloto y entró, dejándome con la boca abierta.

—¿Estás seguro de esto? —le pregunté mientras encendía el auto.

—Claro que sí, podemos dar una vuelta alrededor del lago para que practiques un poco y luego nos vamos. — sugirió mirando el camino de tierra alrededor del lago.

Había conducido solo un par de veces antes que esa…

—Está bien —accedí poniendo el auto en marcha—. Si aprendo ya no tendrás que ser mi chofer. —bromeé.

—Grey, te gusta dormir en el auto, por eso yo soy el que conduce. — contraatacó riéndose, y tenía razón.

—¿Qué quieres hacer para tu cumpleaños? —le pregunté mientras ajustaba la velocidad, él cumpliría 19 años en unos días.

—No lo sé, nada extravagante —respondió mirándome de reojo—. Sería muy feliz si te quedas en casa viendo películas y destrozando mi cocina. —se carcajeo.

—Solo para aclarar, lo de los huevos revueltos en el techo fue un accidente —me eché a reír con él—. Pero me encantaría invadir tu casa el día de tu cumpleaños.

—Entonces ese será el plan. —culminó él con una sonrisa.

De lo que él no estaba enterado era que me importaba un comino sus planes sencillos, le había preparado una fiesta sorpresa y sabía que se quedaría pasmado y entusiasmado; incluso me aprendí su canción favorita en el piano para tocársela y cantarle ese día.

—Pon en marcha este auto de una vez por todas, me haré viejo esperando a que arranques. —me espetó empujando mi hombro suavemente.

—Que gruñón. —repliqué y avancé poco a poco hasta sentirme lista para continuar.

Cuando aumenté la velocidad, escuché una voz muy fuerte… era un grito. Un grito de Peter.

Ambos miramos por el retrovisor y entre el ruido del motor logré entender lo que dice:

—¡Nath, baja del auto! —gritó, desatando una retahíla de insultos por parte de Scott, el cual me dijo que frenara porque lo iba a poner en su sitio otra vez, pero cuando intenté hacerlo…

Abro los ojos tomando aire, pero este no llega a mis pulmones.

Necesito dejar de repetir el suceso en mi mente.

—No fue mi culpa. No fue mi culpa. No fue mi culpa. —repito en voz baja una y otra vez, pero es inútil, siempre voy a hacerme responsable de lo que pasó.

Noto que tiemblan mis manos y que comienzo a respirar más rápido, el pánico amenaza con invadirme y me planteo tomarme otro calmante, lo que sea. Me levanto sin hacer ruido, agarro una sudadera, me pongo las zapatillas y salgo de ahí con una botella de agua en las manos, siento que mi cuerpo me pide a gritos algo que lo adormezca o

sede los temblores, así que atiendo a su llamado y saco lo que traje conmigo, dos píldoras de Melatonina y una de Alprazolam «ansiolíticos y somníferos». La combinación de ambos será más efectiva y rápida, necesito drogar lo que me fastidia.

La brisa fría golpea mi cara y a la vez relaja mis músculos, camino con las manos metidas en los bolsillos de la sudadera y respiro lo más profundo que puedo, bajo las escaleras que llevan a la entrada de las residencias y al llegar allí miro en ambas direcciones, todo está solo y callado, así que salgo a la calle que une estos edificios con el parque de la universidad y me siento con las piernas cruzadas en uno de los banquitos que están bordeados por arbustos.

Cierro los ojos e inclino la cabeza hacia atrás, inhalo y exhalo lentamente, cuento en mi cabeza hasta 10 y repito la secuencia hasta que siento que la taquicardia disminuye, mis palmas ya no están sudadas y no me tiemblan las piernas. Un mareo repentino me lleva a sujetarme la cabeza con ambas manos, pero le quito importancia y retiro las palmas cuando cesa la turbulencia en mi cabeza.

Solo quiero que dejen de agitarse esas aguas oscuras que bailan en mi mente, no quiero llorar, estoy cansada de llorar.

En ocasiones pienso que lo mejor es rendirme, dejar de pelear, no quiero escuchar otro "todo va a estar bien".

Nada está bien, sonrisas fingidas y lágrimas escondidas... no es vivir, es solo no morir.

—¿Nathaly? —inquiere una voz y abro los ojos sobresaltándome, me levanto lo más rápido que puedo, los músculos me pesan, aun así, estoy lista para correr en caso de...

—¿Danny? —ladeo la cabeza al verlo frente a mí, vestido con un pantalón de pijamas y suéter negro, el cabello despeinado y expresión somnolienta—. ¿Qué haces aquí? Es de madrugada.

—Probablemente lo mismo que tú, huyendo del insomnio. —nos sentamos de nuevo.

—Los espíritus oscuros están condenados a pasar las noches en vela. —susurro cerrando mis párpados. «Estoy diciendo incoherencias».

—Eso fue muy profundo, ¿quién lo dijo?

—Yo lo digo.

Él no dice nada, se queda en absoluto silencio hasta unos minutos después decido comprobar si sigue allí, cuando lo hago me encuentro con un par de ojos negros puestos en mí, sus cejas hundidas y el rostro expresando curiosidad.

—No creo que tu espíritu sea oscuro.

—¿Qué te asegura que no lo sea?

—¿Qué me asegura que sí? —mira hacia adelante—. Creo que no podemos leer a las personas hasta que ellas mismas decidan dejarse

mirar.

—Muchas personas creen que soy fácil de leer. —confieso mordiéndome el interior de la mejilla.

—¿Y eso es cierto?

—Antes quizás sí, ahora es distinto…

—¿Por qué? —vuelve a mirarme, realmente interesado en la respuesta.

—Si dejas que alguien te lea abiertamente, creerá que tiene el derecho a cuestionar tus páginas.

—En otra vida quizás fuiste poeta o escritora —reímos un poco los dos—. Entonces la chica preciosa decidió cerrarse al mundo para no salir herida.

—Viéndolo así da la impresión de que soy una cobarde.

—Desde mi perspectiva solo veo a una persona que cuida de sí misma.

—¿Sabes qué me frustra de este mundo? —ignoro lo que causaron sus palabras anteriores en mi pecho.

—¿Sus habitantes?

Se me escapa un bufido después de reír.

—¡No! Aunque eso también me molesta de vez en vez. En fin, lo que me frustra es que no son capaces de identificar una máscara de emociones. Las personas nunca miran más allá de tu cara, no están preparados para desnudar el alma, solo ven lo que quieren, cegados por sus propios intereses.

—Son egoístas. —musita bajando la mirada.

—Sí, por eso creo que no hará mucha diferencia si me cierro o me abro al mundo, no se pierden de mucho.

De pronto siento su mano cálida caer sobre la mía.

—No sé quién fue, pero la persona que te haya hecho creer que no eres importante o suficiente, se equivoca.

—¿Cómo lo sabes? Me conoces de hace poco.

—No tengo que conocerte a fondo para saber que tienes un valor que nadie te puede quitar. ¿Sabes por qué? Porque todos, absolutamente todos valemos lo mismo, y todos somos importantes.

Me pongo de pie después de mirarlo por breves segundos donde los nervios me traicionan y la sensibilidad me toma poniéndome los ojos llorosos, dos lágrimas se me escapan y me quedo de espaldas a Danny limpiándome la cara, me tambaleo sintiendo que una fuerza externa me hala al piso y él se mueve rápido para sujetarme de los hombros y evitar que me caiga. «¿Serán los medicamentos?».

—¿Estás bien? —pregunta él en un murmullo, entonces nota mis lágrimas—. ¿Sucede algo? ¿Dije algo malo?

Sacudo la cabeza echándome hacia atrás para que no me toque más.

—Estoy bien, solo… no, no estoy bien, después lo estaré, yo… —suspiro evitando mirarlo—. A veces es tan difícil expresar lo que tenemos en el alma…

—¿Quieres que desnuden tu alma? Sería un tanto más sencillo. —intenta bromear y me saca una pequeña risa, pero sigo avergonzada por llorar frente a él.

—No creo que quieran ver lo que hay ahí —niego mirando por sobre mi hombro—. Buenas noches, Danny.

Camino de vuelta a la residencia sosteniéndome de las paredes y barandas para no desplomarme por los mareos.

∞ ∞ ∞

Tres golpes en la puerta me hacen removerme en la cama, la resequedad de mi boca y garganta anhela un vaso de agua fría y la migraña hace que quiera arrancarme la cabeza del cuello. «De seguro se alivia en unos minutos, solo es la resaca por haberme desvelado».

Vuelven a tocar y me levanto arrastrando los pies. «*¿Quién será?*».

Echo un vistazo a la cama de Mara y ahí está ella sin inmutarse por el ruido en la puerta.

Parece que ya salió el sol, deben ser las ocho de la mañana o algo así, estoy en pijamas, con una enorme camiseta blanca y un mono azul con nubes que me llega hasta los talones, el cabello alborotado y seguro mis ojeras son más evidentes.

Quien sea que esté detrás de esa puerta tendrá que verme en estas fachas.

—¿Qué? —abro rascándome un ojo—. ¿Mike? —él me mira con una ceja alzada.

—Buenos días, Nathy. —sonríe al ver mi expresión adormilada. Está vestido con ropa deportiva, un short azul y una camiseta negra.

—¿Por qué estás aquí? Espero que tengas una buena razón para haberme despertado. —bostezo en señal de mi falta de sueño.

—¿Mara está despierta? —asoma la cabeza en busca de la pequeñaja de mi amiga—. Dime que sí, por favor.

—Está dormida, y se convierte en un ogro rabioso cuando la despiertan, así que no querrás irrumpir en su sueño si deseas mantenerte respirando.

—No, gracias, aún no quiero despertar a la fiera. ¿Puedes decirle que me vea en este lugar en la tarde? —me entrega un papel con algo escrito, pero parecen garabatos.

—Sí, yo le doy tu mensaje, Romeo, ahora vete antes de que te arroje un zapato por despertarme a estas horas.

Protesta cuando con mis manos en su espalda lo empujo fuera de la habitación, cerrándole la puerta en la cara.

Vuelvo a caer en la cama con mis parpados cerrándose lentamente, abrazo mi almohada e imagino cualquier cosa bonita para poder dormir un par de horas más...

Toc, toc, toc.

—¿Es que no puedo dormir en paz? —me quejo al escuchar la puerta de nuevo.

Como sea Mike el que esté ahí, juro que...

—¿Ahora qué quieres? —espeto en cuanto abro.

Casi me da un ataque al ver a Danny parado frente a mí.

—¿Danny?

—Yo... —comienza a hablar un poco nervioso—. Vine a ver si te encontrabas bien, porque anoche estabas algo extraña, quiero decir, extraña no, tú eres genial, me refería a que te noté algo desanimada y siento que metí las narices donde no me estaban llamando, pero... ¿Estás bien? —culmina rascándose detrás de la oreja.

Parpadeo como estúpida un par de veces antes de responder.

—Eh, estoy bien, gracias por preocuparte, descuida —suspiro y entrecierro los ojos por la claridad—. Ah, olvidé darte las gracias por traernos anoche. —agrego con una media sonrisa.

—No fue nada, preciosa. —me regresa la sonrisa.

Y entonces nos miramos por unos largos diez segundos hasta que él da un corto paso hacia adelante.

—Nathaly, quería preguntarte algo. —mete las manos en sus bolsillos y mira a ambos lados.

—¿Si?

Está muy inquieto, no sé si es porque está enfrente de una chica en pijamas con una cara infernal que grita: *¡Quiero ponerle fin a mi existencia!*

—¿Te gusta el café?

Pestañeo.

—¿A ti no? —lo hago reír.

—¿Te gustaría tomar uno conmigo?

Mi boca está ligeramente entre abierta y mis cejas alzadas. Danny me mira expectante, como si estuviera preparado para que responda que no, lo cual es entendible teniendo en cuenta que hace menos de cuatro horas le dije que odiaba al mundo y sus habitantes.

«*¿Es qué vas a quedarte llorando toda la tarde?*» Me reprocha mi subconsciente.

La verdad sí planeaba quedarme aquí encerrada, pero puedo intentar salir, distraerme un rato... puedo intentarlo.

Solo tengo que usar mi poca fuerza de voluntad.

Levanto la mirada y sonrío ante la cara preocupada del chico que tengo frente a mí.

—Por supuesto, me encantaría tomar un café contigo.

Suspira tan aliviado que me causa gracia.

—Entonces te veré en la cafetería a las 4:00pm. —me regala otra radiante sonrisa yéndose por donde vino.

Cierro la puerta, suspiro y me doy la vuelta dándome cuenta de que he aceptado salir con alguien a pesar de que mi subconsciente me grite que no confíe ni en mi sombra después de todo lo sucedido con Peter. «Puedo intentar, puedo intentar, quizás él no sea igual».

Ahogo un grito al ver a Mara de pie con la boca abierta. Sus rizos están esponjados y parece un espantapájaros sacudido por un torbellino. «Por Dios».

—¡Virgen santísima! ¿Quieres matarme de un susto? —le pregunto con una mano en el pecho.

—¿Danny te acaba de invitar a salir?

—Jesús de Veracruz, hay que hacer algo con esa melena tuya, compadezco al hombre que tenga que verte despertar cada día. Y sí, eso parece, me acaban de invitar a salir, acepté, pero netamente será esta tarde, sabes que prefiero mantener distancia con las relaciones amorosas desde… —paso por su lado y la loca tira de mí brazo para ponerme frente a ella de nuevo—. ¡Ay!

Me toma por los hombros viéndose más loca que antes.

—Nath, sé que sonará raro viniendo de mí, pero dale una oportunidad a ese tipo.

—¿Qué? Mara, apenas lo conozco.

—Eso ya lo sé, pero si no sales con él no lo vas a conocer mejor.

¿Y ella desde cuándo hace de cupido?

—No entiendo por qué quieres que le dé una oportunidad a Danny cuando tú ya quieres mandar a Mike al carajo. —volteo los ojos.

—Yo no quiero alejar a Mike. —replica, pero su voz la delata.

—Claro que sí, tienes miedo a que alguien te quiera.

—No tengo miedo. —niega y vuelve a acostarse en su cama, yo me tiro a un lado de ella.

—Mara, miéntete a ti si quieres, pero a mí jamás podrás engañarme, sé que te asusta que puedan quererte. Anhelas ese afecto, pero al mismo tiempo alejas a todo el mundo, o siempre buscas una razón que justifique que tú te apartes.

—¿Qué puedo hacer entonces? No quiero terminar en mil pedazos, prefiero alejarlos a todos antes de que ellos se vayan por sí solos, ¿sabes lo que duele no ser suficiente para que alguien decida quedarse contigo? —suelta con voz triste—. Estoy segura de que en cuanto Mike vea mis defectos va a salir corriendo.

—Mara, él no es Alexander…

—No lo nombres.

—Vale, pero Mike no es como él.

—Puede ser que sí, además, yo tengo tantos defectos, Nath…

—Mara, él también tiene defectos, al igual que tú y yo. Ningún ser humano es perfecto, todos tenemos inseguridades y miedos, pero estoy cansada de que digan que si ves un abismo debes alejarte del borde. ¡No! ¿Por qué no saltar a ver qué hay abajo? ¿Por qué tanto miedo a lo que pueda esperarte en el fondo?

—¿Y si abajo no hay nada? ¿Si termino estrellándome con el suelo y me rompo?

—Ahí estaré para unir los pedazos y ayudarte a subir de nuevo, pero debes intentarlo, carajo.

Sé que es difícil confiar en las personas, pero Mara necesita salir, amar, reír, y aunque yo me esté hundiendo siempre voy a hacer lo posible para que ella flote.

—Creo que tienes razón. —admite y luego de dos minutos de silencio me lanza una almohada en el abdomen que me saca el aire.

—¡¿Qué rayos te pasa?!

—Eso es por haber cambiado de tema, se supone que estábamos hablando de tu cita Danny.

—No es una cita.

—Ajá, lo que tú digas, no es una cita, es una reunión de negocios —pone los ojos en blanco—. Voy a darme un baño, tengo calor y mi cabello necesita hidratarse.

—Hidratarse y controlarse, pareces un plumero.

—Y tú un mapache drogadicto.

—¡Mara!

—Creí que estábamos diciendo verdades irrefutables.

—Muy graciosa —ironizo—. Oye, una cosa más, la que tiene una cita eres tú. —le digo extendiendo el papel que Mike le dejó.

—¿Vino a dejar esto? —pregunta muy sorprendida sin dejar de mirar los garabatos que están escritos ahí.

—Sí, y también te vio babear las sábanas, ahora ve a ducharte para que vayamos a desayunar, yo llamaré a mi madre. —informo buscando mi celular.

—Nath —Me llama desde la puerta—. Jake está bien, no la llames hoy. Despeja tu mente y permítete un día sin preocupaciones.

Contemplo la pantalla de mi teléfono unos cuantos segundos y pienso en todos los días que he estado hundida en el dolor o en ese punto muerto en el que no sientes nada, solo preocupándome por otros en lugar de ocuparme de mí.

Mara tiene razón, debo permitirme tener un día sin preocupaciones ni recuerdos que atormenten mi mente «veamos sin lo logro». Me tomo mi tiempo para ir a ducharme, arreglar un poco la habitación, tomarme la dosis de antidepresivos correspondiente «es la única que no he duplicado», desayunar con mi mejor amiga, pintarnos las uñas y reírme por escucharla quejarse de su cabello cuando está seco.

No me siento bien completamente, la comida sigue causándome nauseas, más mi estómago agradece la llegada de los alimentos, las coyunturas me duelen por ratos y no sé a qué se debe, prefiero el adormecimiento corporal a sentir incluso cuando me rozan las pequeñas alas de un mosquito.

—Son las tres de la tarde. —me dice ella al tiempo que bebe un sorbo de su jugo, una mueca apática me desfigura la cara y me arrepiento de haber aceptado la "cita".

¿En qué estaba pensando?

—¿Qué? ¿Ya son las tres?

—Sí, y Danny te espera a las 4, ¿no? —alza una ceja con diversión que no correspondo porque no me hace gracia estar dos horas hablando con gente que no conozco.

—Lamentablemente, sí. Voy a cambiarme —aviso con un poco de prisa porque nunca me ha gustado ser impuntual, y me volteo cuando recuerdo algo—. Mara, a ti también te estás esperando en un lugar, muévete que sé que si te dejo aquí sola no irás a ninguna parte.

Abre mucho los ojos.

—Hostias, es cierto —vocifera y comienza a buscar su ropa—, y claro que iré, tan cobarde no soy.

Las groserías españolas se escuchan chistosas en su voz finita.

Nunca he tardado tanto en arreglarme, no me gusta verme tan sofisticada o estilizada, carezco de habilidades para combinar ropa, así qué tomo un jean marfil, una camisa de tirantes color negro, y zapatillas del mismo color. Suelto mi cabello peinándolo con mis dedos hasta que cae en ondas tras mi espalda, de un momento a otro me siento muy descubierta y meto los brazos en un suéter que tapa los moretones que tengo en los antebrazos y disminuirá la inseguridad que me embarga cada vez que muestro mucha piel.

«Definitivamente Peter me dejó descompuesta» pienso molesta y triste, porque ahora sé que no solo debo lidiar con un duelo perenne, sino que también he de liarme a puños con mi magullado amor propio para que se levante del suelo y vuelva a hacerme sentir valiosa.

Porque ya no me siento como una joya.

Él me hizo sentir como pedrería barata.

—¿No vas a ponerte brasier? —pregunta Mara con el ceño fruncido y yo niego con la cabeza.

—Es una de las ventajas de tener pechos pequeños. —sonrío y sigo en lo mío.

Me aplico un labial rosado claro y un poco de rímel en las pestañas que debo limpiar y volver a aplicar porque me enredé con la… ¿brochita? Sí, eso, y terminé manchándome el párpado y parte de la ceja, por último, le robo algo de perfume a mi mejor amiga una vez arreglado el desastre que hice.

—Espero que me compres otro. —bromea ella señalando la botella de perfume.

—Tú siempre me quitas la crema de peinar, estamos a mano.

—Es porque necesito más esa crema que tú, no es nada fácil mantener un cabello rizado. —objeta y me río de sus argumentos.

Termino de arreglarme y me miro al espejo unos minutos, es inevitable que la voz de alguien resuene en mi cabeza.

«Conozco chicas más sexys y con mejores cuerpos que Nathaly...».

—¿Nath? —La voz de Mara me hace pegar un respingo—. ¿Todo en orden? —inquiere con la mirada preocupada.

—Si —miento—. En realidad, no —no puedo mentirle a ella—, pero te lo contaré luego, debemos irnos. —me obligo a hacer una media sonrisa y salimos de la habitación.

Al llegar a las escaleras nos detenemos para despedirnos ya que ella va en dirección contraria a la cafetería, me entran las ganas de amarrarme a su torso para que no me abandone a mi suerte, sin embargo, resisto firmemente tratando de hacerme entender que no puedo obligar a nadie a permanecer conmigo las veinticuatro horas del día únicamente porque me da miedo la soledad.

—Escúchame bien, si se sobrepasa contigo lo voy a golpear. —me mira alzando una ceja. Suelto un suspiro y giro los ojos.

—No si lo golpeo yo primero. —le lanzo un beso y echa a andar manteniendo una postura a la defensiva.

Camino a paso rápido por el pequeño parque que lleva a la cafetería. No hay tantas personas en los alrededores de la universidad, solo unos cuantos alumnos que entran y salen de la biblioteca, y algunas chicas llegando de las tiendas o algo así, lo sé por las bolsas que cargan en sus manos.

Por otro lado, la cafetería si está algo atareada hoy, al cruzar la puerta veo más de diez mesas ocupadas, distingo a varios alumnos en la barra haciendo pedidos apresuradamente. Paseo mi mirada por todo el lugar mientras me acerco a la barra, Danny no está por ningún lado y de inmediato quiero salir huyendo de allí, me rasco el codo con incomodidad y nerviosismo por lo amplio que ahora me parece el espacio y siento como si toda esa amplitud amenazara con succionarme. «El oxígeno es pesado y me cuesta respirar bien».

Steve, el otro chico que intercambia turno con Mike sonríe amigablemente cuando me ve y me obligo a no trotar fuera de aquí para no preocuparlo, él es un poco más alto que yo, cabello castaño claro, piel blanca con pequeños lunares en las mejillas, ojos oscuros pero llamativos, y labios carnosos.

Sí, es atractivo, hay que reconocerlo, y me concentro en pensar ese tipo de trivialidades para no volverme loca.

—¿Qué te trae por aquí un domingo en la tarde? —indaga algo

confuso cuando me acerco, no es normal que yo esté fuera de mi cuarto un día como hoy.

—Voy a encontrarme con alguien. —respondo como si estuviera confesando una de las más grandes hazañas.

Él me mira con ambas cejas alzadas.

—¿Qué?

—Nada, es solo que se me hace raro que tú vayas a ver a alguien que no sea Mara o Selena. —se ríe mientras prepara un café con leche, el olor a dulces me hace contener una arcada y me estresa no saber por qué tengo tantas náuseas a diario.

—Mi círculo de amigos no es tan reducido —me defiendo, él me mira como diciendo: *¿En serio?* —. Vale, si es un grupo pequeño, más bien minúsculo, pero, pero...

—Tranquilízate, que mientras yo esté incluido en el, todo en orden. —bromea con una sonrisa.

—Vaya ego. —volteo los ojos y me uno a su risa, siento una mano en mi hombro.

—¿Dónde te metiste todo el fin de semana? —la voz chillona de Selena llega a mis oídos.

Steve repara en ella y rueda los ojos, la verdad a él no le agrada mucho.

—Fui a visitar a mi hermano. —retiro lentamente su mano de mi brazo «No me gusta que me toquen».

Ella lleva puesto un vestido rosado ajustado, el cabello rubio perfectamente peinado y el maquillaje impecable.

¿Cómo es que siempre logra verse bien?

Quisiera poder tener las ganas de arreglarme, así como ella, pero apenas tengo ganas de despertar en las mañanas.

—Nathaly, lamento llegar tarde, ocurrió un… un imprevisto y… uff, estoy oxidado, debo entrenar de nuevo.

Danny se coloca a mi lado intentando recuperar el aire, parece que ha trotado un maratón. Va vestido con una camiseta azul rey y unos jeans oscuros, tiene el cabello húmedo y le caen algunos mechones en la frente un tanto sudada.

He de admitir que se ve muy guapo.

—Hello, Danny. —lo saluda Selena antes de que a mí me dé tiempo a responder. Levanta su arreglada mano y le aparta los cabellos a Danny de las cejas, sonriéndole anchamente.

El aludido la observa por un corto tiempo y aparta la mano de su cara.

—Selena —dice él a modo de saludo y vuelve su atención a mí—. Este lugar está muy lleno hoy, ¿quieres ir a caminar?

Quiero decir que me sorprende que no se haya detenido ni un minuto a detallar lo espectacular que se ve el cuerpo de Selena con ese

vestido, y aunque me causa gracia la cara de confusión de ella me abstengo de demostrarlo siquiera con una risita, porque mi sentido del humor está bastante empolvado, además de que no me sale eso de reírme de otras mujeres.

—Eh, sí, me gustaría. —le sonrío.

—Es una buena idea, aquí adentro hace calor, los acompaño. —se une Selena y Steve casi se atraganta con un sorbo de jugo cuando Danny la observa como si le hubiese salido un tercer ojo.

—No creo que puedas caminar bien con ese vestido, tal vez en otra ocasión. —le suelta él con un pesar más falso que mi alegría, me toma de la mano y camina hacia la puerta de la cafetería.

No pensé que Danny fuera a responderle así a la rubia, además, por un minuto creí que hasta iba a aceptar irse con ella a cualquier otro lado, después de todo ella tiene mejor apariencia que yo, y estoy segura de que escucharla hablar de maquillaje sería más interesante que sentarse a oír mis penas, quizás dentro de unos minutos él reaccione y se dé cuenta de que soy oro de mentira y que no despierto interés en nadie, quizás simplemente me haya invitado a salir porque le pareció atractiva alguna zona de mi cuerpo y quiere manosearme como han querido otros, quizás lo hace para darle celos a la chica que realmente le atrae, quizás me está usando, quizás…

—¿Qué estás pensando? —pregunta él una vez que estamos afuera, su mano sigue sujetando la mía y me suelto del agarre evitando hacer muecas de recelo. «No me siento cómoda con las manos de alguien más tocándome».

A las malas y de la peor forma aprendí que la misma mano que traza una caricia en tu mejilla puede dejarte un moretón y la marca de los dedos calcados en la piel.

—En nada. —miento mirando a otro lado.

Me toma por el mentón, obligándome a conectar nuestras miradas, su tacto en mi cara enciende las alarmas y parece notarlo porque retira la mano, mas no le bajo los ojos.

—Selena no es la chica que me interesa en este momento.

Trago saliva en silencio y doy un paso hacia atrás.

Él me guiña un ojo y seguimos caminando.

—Por cierto, estás preciosa.

—Gracias. —balbuceo como estúpida y sonrío con tristeza para mis adentros.

Me siento rara.

Porque no lo dijo como si fuera una obligación hacerme un cumplido, ni me estaba observando las nalgas al momento de decirlo; la manera en la que me miraba fue muy distinta a como lo hacía Peter.

Fue lindo. «Quizás es así ahora y luego querrá sobrepasarse

conmigo».

Noto que su ceño está fruncido otra vez y la cara pensativa.

—¿En qué estás pensando, Danny?

—Siento que tú eres diferente, y me gustaría saber qué es lo que te vuelve distinta. —se detiene frente a mí y freno para no estar tan cerca de su cuerpo.

«Diferente…».

Frunzo mis labios al tiempo que proceso lo que acaba de decir. Sí, siempre me he considerado un bicho raro, y no me importado nunca lo que piense la gente sobre cómo soy, pero me pilló desprevenida que este chico que tengo enfrente lo vea como una virtud.

—¿Qué quieres saber?

—Quiero saber quién eres, si me lo permites. —coloca un mechón de mi cabello tras mi oreja y se disculpa en voz baja cuando me sobresalto ligeramente.

Suspiro y bajo la mirada a mis pies.

—Yo también quisiera saberlo.

Capítulo 8

No estás sola.

NATHALY

—¿Qué haces en tu tiempo libre? —me pregunta Danny.

Estuvimos caminando un rato en las afueras de la universidad. Él hablaba y yo simplemente escuchaba y comentaba de vez en vez lo que decía, poco a poco dejé de mirarlo como si fuese un monstruo y he tratado de darle un granito de confianza a pesar de que todo mi interior me grita que salga corriendo lo más lejos que pueda antes de que salga herida de alguna manera, ahora estamos dentro de un pequeño café, la decoración es muy bonita, las mesas tienen un diseño al estilo picnic, el piso es de cerámica reluciente, un delicioso aroma a chocolate inunda el lugar y las camareras usan unos trajes color verde claro que les quedan hermosos.

Es un ambiente agradable, y él no es una pésima compañía, tiene un aura muy refrescante.

—Me gusta leer. —le respondo con una media sonrisa.

—¿Cuál es tu libro favorito?

Solo basta hacer esa pregunta para que el cerebro del lector se ponga en rojo y exclame: *¡Error de sistema!*

Danny se ríe ante mi tartamudeo dudoso, nombres de libros y tramas distintas me pasan por la mente y entrelazo apellidos de autores confundiéndolo más con la palabrería enredada que estoy soltando; tomo aire y me disculpo por el trabalenguas literario que dije.

—Es difícil decidirme, me encantan todos los libros que he leído, pero si tuviera que escoger uno sería *Crepúsculo*, de Stephenie Meyer, aunque es un amor que mantengo en secreto, la mayoría odia a los chupasangre. —contesto al fin.

—Tengo entendido que es una saga ¿no?

—Sí, son 4 libros cargados de vampiros, lobos, trío amoroso, e incluso dependencia emocional por parte de la protagonista —una vez que me dan cuerda no hay quien me detenga—, celos, pasados oscuros, sed de sangre literalmente hablando, confusiones. Mi personaje favorito es Alice Cullen, su personalidad es la que da vida a ese núcleo de obstinados chupasangres que...

Dejo de hablar como lora cuando noto que sonríe anchamente y no sé si es porque le parece chistoso o qué.

—Lo siento, cuando se trata de libros hablo demasiado...

—¿Sabías que cuando hablas de algo que te gusta te brillan los ojos? Es alucinante. De hecho, aunque no soy lector me acabo de

volver amante de la pasión que emana de tu voz cuando expones tu amor por los libros.

Las mejillas me arden y sé que me he puesto como tomate.

Es el primer chico que me deja sin habla. «Peter consideraba ridículo todo lo que yo decía de los libros».

Como no sé qué diablos decir, prosigo con mi monólogo sobre *Crepúsculo*.

—Tengo los tres primeros libros en físico, pero no he podido encontrar el que falta —suspiro con frustración—. He estado buscando ese libro por meses, solo lo he visto una sola vez y en ese momento no contaba con el dinero para comprarlo.

¿Por qué los libros tienen que ser tan costosos?

—Yo solo he visto las películas, pero voy a adivinar, te mueres por el lobo Jacob. —entrecierra sus ojos como si me acusara de un crimen.

—¿Qué? No, te equivocas —niego con la cabeza y luego apoyo los codos en la mesa mientras me inclino un poco hacia delante armándome de valentía para semejante cercanía—. Prefiero al sexy vampiro. —le guiño un ojo y él se echa a reír conmigo.

—Anotado, tendré que ponerme lentillas rojas.

La frescura de la risa genuina que entonan mis labios es como sumergirse en un río después de estar largas horas bajo un sol inclemente, el hormigueo que siento en las manos y la inquietud de pierna pasa desapercibida ante la vibrante risa que resuena en mi tórax.

El mero pensamiento me deja sin habla cuando la efusividad acaba y medito en ello hasta que los dedos cálidos de él acarician mis nudillos con extrema delicadeza.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien? ¿Dije algo malo? —se preocupa al verme tan callada de repente.

—No es nada —lo tranquilizo y retiro la mano de la mesa para meterla bajo mi muslo—, solo que hace tiempo que no me la pasaba bien.

—Me alegra verte feliz, tu risa es hermosa. —me alaga y yo me sonrojo por segunda vez en el día.

—¿Van a querer algo de tomar? —pregunta la camarera deteniéndose en nuestra mesa. Es una mujer treintañera y delgada de pelo muy liso, ha sido amable desde que llegamos.

—Dos cafés y un par de pastelillos de vainilla y frambuesas. —pide él y me agrada la combinación que escogió de postres, cítrico y dulce compaginan bastante bien.

—El mío sin azúcar, por favor. —le digo a la chica, ella asiente y va por nuestra orden.

—¿Cómo puedes tomar café sin azúcar? Pensé que las personas que lo hacían eran un simple mito. —cuestiona Danny en tono confuso.

—Así sabe mucho mejor, el dulce de la azúcar opaca el perfecto sabor amargo del café. —explico tratando de no reírme de su mueca extraña.

—Pues, respeto tus gustos, aunque es bastante extraño, preciosa. —se burla torciendo los ojos.

—Deja de reírte, algún gusto raro debes tener y cuando lo descubra desearás haberlo escondido mejor. —le espeto, pero yo también me estoy riendo.

Seguimos charlando mientras esperamos el café, Danny me habla de algunas cosas que le gustan, y me sorprendo al descubrir que no es el tipo de chico que se apasiona por el futbol o cualquier otro deporte, su interés está en la ciencia, los experimentos y las investigaciones científicas, hace meses estuvo en un club de matemáticas y dejó de asistir porque quería un nivel más elevado de conceptualización que el pensum de aprendizaje básico que tenían.

—Si no te gusta el futbol, ¿por qué estás en el equipo? Y discúlpame el entrometimiento. —le pregunto mientras tomo un sorbo de mi café, siendo incapaz de callarme la duda.

—Por mi padre. Por mi padre estoy en el equipo, por mi padre estudio leyes, todo es por mi caprichoso padre. —responde entre dientes y voltea a otro sitio evitando mirarme a la cara.

Los padres normalmente no notan lo asfixiante que es tener que vivir para complacerlos, y quizás no estoy completamente bien internamente para aconsejar a nadie y ser un hombro de consuelo ya que hasta yo misma me doy latigazos en la espalda por no poder mantener la atención de papá sobre mí ni ganarme una sonrisa de orgullo paterno de su parte, pero no puedo permitir que otra persona se sienta miserable o desesperanzado y no hacer nada al respecto.

Intervengo en sus desánimos porque no quiero que se sientan como yo.

—No es que sea de mi incumbencia, pero tienes derecho a hacer lo que tú quieras. —le digo con el ceño fruncido, él le da un sorbo a su tasa aun con la vista en la ventana.

—Es algo difícil hacer lo que quiero cuando varios ojos están puestos en mí, supongo que es una de las desventajas de ser el hijo del rector. —se encoje de hombros y me atraganto con la bebida, me quemo el labio y siseo por lo bajo haciéndolo voltear de inmediato.

—¿Estás bien? ¿Te quemaste mucho? —Intenta acariciarme los labios, pero se retracta a medio camino «se ha percatado de mi rechazo al tacto»—. ¿Pido hielo?

—No, no, tranquilo, estoy bien, fue solo un poco… —me arde, más no es para tanto.

¿Qué, qué?

¿Cuándo eres el hijo de quién?

Me relamo los labios varias veces y me centro en él.

—¿Eres el hijo del rector?

—Sí.

—¿De nuestra universidad?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

Pregunta estúpida, pero culparé de ello a lo atónita que estoy.

—No lo sé, supongo que desde que me engendró. —suelta una risita.

¿Será el quién organiza las fiestas?

Su personalidad no parece ser así, él es más serio y reservado...

—Pero antes de que preguntes sobre la fiesta a la que fuiste, no fui yo quien la organizó, fue mi hermano. —se apresura a decir.

—Oh no, yo no estaba pensando en... —balbuceo—. Quiero decir, no te ves del tipo que hace fiestas.

—No lo soy, la mayoría de las veces me dedico a limpiar los desastres de Jordan. —se exaspera con el mero nombre.

Noto como le incomoda hablar del tema, así que decido decir una última cosa antes de que comience a hablar de algo más.

—Danny, ¿sabes qué pesa más que un fracaso?

—¿Qué?

—Una frustración. Una frustración por no hacer algo que deseabas… es difícil vivir con eso.

—Es que no es sencillo, preciosa, ir contra la corriente es agotador…

—Escucha, si todos tienen los ojos en ti que vean lo que eres realmente, no la máscara que has creado para tu padre. Porque si sigues intentando ser alguien que no eres, al final del día cuando estés solo en tu habitación te preguntarás: *¿Quién soy realmente?* Y no tendrás respuesta ya que habrás perdido tu verdadero yo por querer complacer a quienes ya vivieron a su manera. Sí, es agotador ir contra la corriente, pero más agotador es ser algo que no eres.

Él me sostiene la mirada por unos segundos, curva una de las comisuras de sus labios hacia arriba y justo cuando va a decir algo su teléfono comienza a vibrar.

Levanta un dedo indicándome que le dé un momento.

—¿Sí?... ¿Qué hizo qué?... ¿Y quién está en casa? —el enojo es evidente en su voz.

Pierdo el hilo de lo que dice porque mi teléfono también empieza a vibrar.

Es un mensaje de Mara.

Carajo, había olvidado que estaba con Mike, y con lo nerviosa que es ella cualquier cosa puede pasar.

Le doy a la notificación y leo su mensaje:

Mara: ¡Código rojo!

Código rojo... ¡Por la varita de sauco!

Nosotras tenemos una serie de códigos para comunicarnos en caso de emergencia, son tres colores: azul, verde y rojo.

Obviamente el rojo se usa para casos de extrema emergencia. Pamplinas, ¿qué habrá hecho Mike?

¿La besó?

¿Le agarró la mano?

¿Le llevó un cartel gigante con un ramo de flores?

Con Mara, cualquiera de esas opciones es considerada una emergencia.

—Lo voy a matar —vocifera Danny, ya casi me había olvidado de que estaba allí. Cuelga el celular y se dirige a mí—. Hablando de desastres, el idiota de mi hermano montó otra fiesta, papá llega en 4 horas a casa y lo va a aniquilar y luego a mí con su cadáver si encuentra a toda la universidad bebiendo vodka en su piscina. —pasa las manos por su cara con mucha rabia.

—Hey, respira y cálmate un poco, seguro que si llegas en unos minutos podrás sacarlos a todos. —lo calmo poniéndome de pie.

—No quería dejarte así… Si quieres puedes venir conmigo, aunque sé que no es tu ambiente, pero… —se levanta también y me permito colocar la mano sobre su hombro.

—En realidad... esto, yo... Mi mejor amiga tiene una emergencia y debo ver qué ocurre. —me muerdo el labio inferior con nerviosismo.

—Oh, en ese caso puedo dejarte donde esté ella, ¿te parece bien?

—Eso sería estupendo. —sonrío sin mostrar los dientes.

Salimos del café uno junto al otro y entramos al coche acompañados de la música instrumental de violines y flautas que él coloca en el reproductor, la dirección que me envió Mara no está muy lejos, sin embargo, no dejo de pensar en cuál será esa emergencia, me preocupa que le haya pasado algo, y si es así, voy a asesinar a Mike.

—Llegamos, preciosa. —informa Danny y detiene el auto.

—Muchas gracias por traerme, y... gracias por lo de hoy, me la pase muy bien. —le digo y él me mira por unos instantes que me parecen eternos, me pican los brazos y me muerdo el carrillo interno del cachete por los nervios que me genera tenerlo tan cerca, podría alzar la mano y pegarme, dañarme, podría burlarse en cualquier momento de lo estúpida que soy por creer que me tratarían bonito…

Sin darme tiempo a reaccionar se acerca y deposita un suave beso en mi mejilla que me deja pasmada.

Puedo sentir como la cara se me pone roja y el pecho se me apretuja.

«No me lastimó».

—Yo me la pasé genial contigo. Hay que salir de nuevo, chica

vampira. —sonríe.

—¿Me estás invitando a una segunda cita?

—¿Estás reconociendo que esto sí fue una primera cita? —ladea la cabeza arqueando las cejas.

Se me encienden las mejillas.

Mejor aceptarlo que pasar vergüenza negándolo.

—Nunca me negué a que lo fuera. —lo hago sonreír. «Su sonrisa es tan… tranquilizante».

—Gracias, preciosa.

—¿Por qué?

—Por darme luz verde. —se inclina a darme un beso en la otra mejilla, sonriendo.

Le regreso la sonrisa pestañeando para salir de la estupefacción, asiento y salgo del auto enredándome con mis pies hasta casi caer, azoto la puerta dejándolo a media frase y doy largas zancadas queriendo salir de su línea de visión. «Estoy bien, estoy bien, todo salió bien, tranquilízate Nathaly».

Deambulo por la plaza en donde me dejó, busco a mi mejor amiga con la mirada y no logro localizarla, le envío un mensaje preguntándole su ubicación y me mordisqueo las uñas.

Mara: En el centro comercial, ¡apresúrate!

Muevo mis piernas lo más rápido que puedo al lugar que me indicó, cruzo la entrada del centro comercial y sigo corriendo mientras veo a todos lados; estoy preocupada, teníamos tiempo sin usar ese código y se me acelera el corazón de pensar que algo le haya pasado grave.

Aunque sigo pensando que posiblemente sea que el tonto de Mike le preparó algo extravagante y cursi...

Sí, eso cuenta como emergencia.

Localizo a mi mejor amiga en mi radar, está sentada en un banquito afuera de una repostería. Tiene su rizado cabello recogido en un moño desordenado pero bonito, va toda vestida de negro, su maquillaje realza sus ojos y sus labios rosados mantienen el balance de tonos.

Esperen, ¿qué hago analizando su ropa?

Troto hacia ella queriendo abrazarla no sé por qué, al tiempo que me pregunto en dónde diablos está Mike.

—Aquí estoy —digo con mucha dificultad, me falta el aire por la corrida y sin importarme nada la estrecho contra mí—. ¿Qué sucede? ¿Estás bien? ¿Estás herida? ¿Dónde está el peligro?

Me deja revisarle la cara y los brazos, pero me manotea a los segundos y creo que mi extraño comportamiento se debe a que la que necesitaba ese abrazo era yo, tengo taquicardias y sé que no es por el agite, mi cuerpo está aclamando la doble dosis de ansiolíticos y por

eso el pulso se me ha acelerado y la sensación de preocupación se incrementó con el mensaje de mi amiga.

«En unos minutos tomaré el medicamento, debo calmarme».

—Sí, sí, estoy bien, no seas tonta —responde con una sonrisa—. Sígueme, tienes que ver esto. —se emociona, me toma de la mano y me lleva a rastras al interior de la repostería.

—Mara, ¿dónde está Mike?

Estoy confundida y sofocada.

—Se fue hace 20 minutos, todo salió bien, después te contaré los detalles. —mueve la mano restándole importancia por un minuto.

—Entonces, ¿cuál es la emergencia? —sigo averiguando y ella no responde, solo sigue caminando por la gran tienda y se detiene justo en frente de una vidriera repleta de todo tipo de dulces.

—¡Mira! —chilla y señala con su dedo una pila de donas de chocolate.

Hundo el entrecejo.

—Eh, son donas.

—¡Son 12 perfectas donas rellenas y cubiertas con delicioso chocolate! ¡Hay una promoción! ¡Están a mitad de precio esas obras de arte comestible! —pega la cara a la vidriera y juro que la estoy viendo babear.

Un segundo…

—Aguántate y pisa el freno ¿Ésta es la emergencia? —me cruzo de brazos.

—¡Sí! —Hace un puchero— ¡Y no traje mi tarjeta para comprarlas!

Esta mujer no es normal…

—Mara, acabas de usar el código rojo por unas donas —le reprocho poniendo las manos en mis caderas—. Pensé que había pasado algo más, ya tenía ideadas mil formas de asesinar a Mike, ¿y tú me dices que la emergencia es una rebaja en donas de chocolate?

—Pero son donas. —pone cara de cachorrito suplicante.

Suspiro dramáticamente.

Me lleva el demonio, cuando se trata de dulces es como tener a una niña pequeña de mejor amiga.

Bueno, es mi niña pequeña, y sé cuánto ama el chocolate, así que no puedo enojarme con ella.

—Tienes suerte de que te quiera, monstruo come galletas —suspiro de nuevo y me encamino a la caja—. Vamos por tus donas María Poncia.

—¡No me digas así!

—¿Quieres las donas o no?

—¡Claro que sí! Puedes llamarme como quieras, je.

La condenada enana me sigue con una sonrisa victoriosa en sus labios.

Nos sentamos en la grama verde del parque que está fuera del centro comercial, yo reviso mi celular para no hostigarme con la muchedumbre que pasea de un lado a otro y Mara está con la caja de donas sobre sus piernas cruzadas. Tiene las comisuras de los labios cubiertas de chocolate y los dedos llenos de chispas de colores o de cualquier otro glaseado que tenga eso, se saborea cerrando los ojos y sopla los rizos que le caen en la cara para seguir comiendo sin masticarse las greñas.

—Te ves adorable. —la fastidio.

Me lanza una mirada que hace que me arrepienta de haber dicho eso.

—Aún puedo matarte mientras duermes, así que no te metas conmigo. —me amenaza, pero su advertencia pierde el efecto malvado cuando le pega un mordisco a la dona y se chupa los dedos como una niña de preescolar.

—¿Cómo te fue con Mike? —le pregunto y quito la mirada de mi teléfono. Ella traga, toma aire y empieza a hablar.

—Me citó aquí porque en este centro comercial está mi librería favorita, dijo que una vez me escucho decirlo y pensó que me gustaría venir de nuevo, me compró una paleta roja y un libro de misterio que no he leído antes, pero luce interesante.

—Vaya, sí que te presta atención. —la codeo y se sonroja.

—Estuvimos hablando por más de 1 hora, dijo que tenía algo pendiente que hacer y se ofreció a llevarme a la residencia, pero me topé con las donas y me quedé aquí esperándote.

—¿Más nada? ¿Solo eso? —pregunto ladeando la cabeza.

—Te aseguro que no hicimos más de lo que tú habrás hecho con Danny. —sube una ceja.

¿Me está diciendo aburrida?

—Pues, yo... esto, él quiere verme de nuevo. —alzo el mentón.

—Mike me invitó a su casa. —contraataca y mi mandíbula cae al suelo.

—¿Te invitó a su casa? Quiero decir, ¿solo los dos? —le guiño un ojo.

—Espero que no estés pensando lo que estás pensando, porque solo vamos a ver una película. —se cruza de brazos y me mira muy segura de lo que dice.

—Mara, en una noche de películas puede pasar de todo.

—¿Qué quieres decir? —pregunta con cautela.

—Puede besarte.

—¿Qué? No, no puede hacer eso. —niega con la cabeza y las mejillas rojas.

—¿Por qué no? Además, dudo mucho que pongas alguna resistencia. —me río por lo bajo.

—Puedo poner toda la resistencia que yo quiera. —afirma con una cara ofendida.

—Digamos que te mira a los ojos, pone su mano en tu mejilla, te sonríe y dice lo mucho le encantas, se acerca lentamente y te besa con suavidad, ¿vas a oponerte?

La oigo tragar saliva.

Tiene las cejas alzadas y la mirada un poco perdida.

—¿Ves? Lo sabía. —añado triunfante al ver que no responde.

—Pero eso sería solo un besito, ¿no? —inquiere nerviosa como si la mera idea fuera a pulverizarla o matarla.

—Ya si te mete la lengua hasta la tráquea es cosa de ustedes, incluso pueden hacer otra cosa si quieren. —la sigo molestando, sé que la saca de sus casillas que le hable así sin tapujos.

Miro por el rabillo del ojo y me echo a reír ante la cara que pone cuando entiende lo que quiero decir.

—¡¿Estás loca?! Eso no va a pasar, ni de chiste —mueve la cabeza negando y agitando las manos—. ¡Eres una pervertida! —me espeta y no puedo dejar de reírme.

—No seré yo quien te bese en muchas partes. —continúo fastidiándola.

Mara abre los ojos y su boca forma una **O** gigante.

—¿Cómo que en todas partes? —su voz tiembla y no puedo dejar de reírme.

—Tranquilízate. —le digo entre risas.

—Deja de reírte, no puedo calmarme, acabas de decir que van a violarme. —se pone las manos en la cara y yo hago un esfuerzo por hablar claramente.

—Yo no dije eso, solo dije que te iba a besar.

—¡Eso cuenta como violación! ¡Mis labios son muy vírgenes! —replica y mis carcajadas inundan el parque.

Pasan unos treinta minutos más y al fin dejé de molestar a Mara con el tema de los besos y toda esa cosa, ella terminó sus donas (si, todas, bueno, me dio una), y ahora vamos de camino a las residencias. Todo está muy tranquilo, claro, es domingo por la tarde... Realmente casi es de noche.

Son las 6:30pm, la luna se asoma en el cielo y observo el panorama queriendo apreciar las estrellas, aunque apenas están apareciendo. Las estrellas siempre me han parecido preciosas y sorprendentes, es impresionante como algo que se quema a millones de kilómetros aquí luce como un grupo de luciérnagas tintineantes que juegan a ser hadas cumpliendo deseos «las estrellas fugaces». En otra vida, quizás habría estudiado astronomía, para deleitarme cada noche con las constelaciones resplandecientes.

Mi teléfono emite un sonido que me hace para en seco y esfuma de

mi mente todo pensamiento radiante, es una alarma que suena todos los meses en un día específico. Saco el aparato y la cara de mi mejor amigo aparece en la pantalla; una intensa punzada de dolor en el tórax me hace compararme con la bola que arde en llamas y no con la estrella que irradia luz, siento que las brasas me queman hasta el fondo y me consume hasta dejar míseras cenizas.

Hoy se cumplen siete meses de su muerte, de su partida, de su caída.

Sé perfectamente qué día es hoy, traté de ignorarlo, en serio lo intenté, pero no pude.

Una única lágrima baja por mi mejilla, la garganta me duele por el palpitando nudo que se me atasca con los sollozos, Mara se da cuenta de lo que pasa y me toma del brazo para seguir caminando en silencio.

—¿Quieres ir a verlo? —pregunta ella suavemente.

—¿Qué? ¿Ver a quién? —la miro con desconcierto.

—El cementerio donde está él se encuentra cerca de aquí, Nathaly, pero es comprensible que no lo recuerdes. —me informa con sutileza acariciándome el cabello.

¿Siempre lo he tenido tan cerca?

Tan cerca y tan lejos a la vez.

Podrá parecer increíble, pero la única vez que estuve en el cementerio fue cuando enterraron a Scott, no volví a visitarlo nunca, no podía soportar tener que ver esa lápida con su nombre escrito junto a la fecha del día en que partió, y el suceso fue tan desgarrador que bloqueé el recuerdo de mi cabeza hasta que se convirtió en una imagen borrosa que no me molestaba en distinguir para no dañarme más.

Pero ahora, por alguna razón me siento diferente, me siento un poco más fuerte.

—Si quiero, necesito sentirlo cerca. —accedo sin pensarlo más.

Mi mejor amiga asiente, me toma de la mano y comienza a guiarme hacia el lugar. La sigo a paso lento, estoy algo nerviosa, no sé qué pasará cuando entre allí, sé que algunos dicen que es solo una tumba, pero es lo más cerca que estaré de él.

—Estaré contigo en todo momento, no estás sola —me susurra Mara y limpia una mis mejillas—. Y si caes, nos levantamos cuando tú estés lista.

No puedo imaginar ni un solo día sin ella, ha sido mi soporte, mi fuerza, mi hermana, mi amiga, en ocasiones hasta ha actuado como mi madre, pero a su manera. Ella siempre dice que es solo un agujero oscuro incapaz de amar o brillar, lo que no sabe es que fue su luz la que iluminó el hoyo donde yo estaba.

—Vamos. —cruzamos la puerta del cementerio.

Capítulo 9

Estoy olvidando tu sonrisa.

NATHALY

Nunca le he temido a los cementerios.

He conocido personas que hablan de este lugar como si fuera el mismísimo infierno, cuando el verdadero infierno es el mundo de los vivos.

Si es que de alguna manera estamos vivos.

El aire agita las hojas de un lado a otro, las ramas de los árboles están secas y retorcidas, raíces sobresalen de la tierra, ramos de flores rodean algunas lápidas, pero están muertas, al igual que las personas en las tumbas.

—¿Estás bien? —pregunta Mara mirándome de reojo.

Espero la punzada en mi pecho que me haga sentir el dolor de nuevo, pero no llega, simplemente no puedo sentir nada.

—Sí, estoy bien, supongo. —respondo y sigo mi recorrido visual.

Veo muchos nombres.

Padres, hijos, hijas, madres, abuelos, hermanos...

No podría imaginar una vida sin mi madre, o Jake, y aunque la relación con Henri no es tan buena como quisiera tampoco resistiría que le pasara algo a él. Imaginar sus nombres escritos en esas piedras me genera escalofríos por todo el cuerpo, me aterra tanto que de solo pensarlo me entran ganas de gritar.

—¿Cómo supera la gente todas esas muertes? —inquiero en voz alta.

—No lo hacen. El dolor se vuelve más soportable, y aprenden a vivir con él.

—Aprender a vivir con el dolor. —repito, más que todo para convencerme a mí misma de que en algún momento ya no dolerá tanto.

Aunque para ser sincera, no creo que deje de doler jamás.

Algunas personas necesitan estar rodeadas de alegría, eventos festivos, risas, música movida y pensamientos positivos para poder sentirse bien, y no los juzgo, sé que cada quien tiene su manera de llevar los pesares que trae este mundo, pero en ocasiones es como si la única forma de sentirte "vivo" fuera riendo todo el día y escupiendo frases motivacionales.

A los que la alegría genuina ha abandonado, solo nos queda una cosa que nos hace saber que seguimos sintiendo algo, que no hemos muerto por completo...

—El dolor te mantiene con vida. —mascullo suspirando.

—Tal vez sí, o tal vez no, no puedes aferrarte a él. —niega Mara.

—¿Por qué no? —suelto y ella me mira con las cejas levemente alzadas.

—Porque te está matando por dentro, te está hiriendo más en cada segundo que transcurre.

¿Me está matando?

Me quedo pensando en esa corta frase por unos instantes.

La tristeza siempre ha sido una de las emociones que la sociedad rechaza, como si se tratara de una enfermedad letal y no de una emoción más. Desde niños nos enseñan a lidiar con la ira, o a manejar la euforia que nos provoca una buena noticia, pero, ¿y la tristeza qué? ¿Dónde queda?

«"La alegría excesiva es buena, la tristeza te destruye"» Es lo que suele decir la gente.

Y no estoy de acuerdo.

—¿Sabes qué destruye realmente a una persona? Sonreír todo el día cuando por dentro te estás marchitando. La felicidad fingida hace más daño que las lágrimas sinceras. —expreso mirando las tumbas.

Seguimos caminando en silencio, el cielo está oscuro, estrellas comienzan a pintar esa tela negra que tenemos sobre nuestras cabezas, veo rosas rojas en el suelo perdiendo su color, espinas muertas que ya no lastiman, y percibo el sonido de un corazón dejando de latir. Hilos de sudor descienden por mi nuca, el cabello me molesta, relamo mis labios varias veces para menguar la resequedad que tienen últimamente, me rasco los antebrazos y me percato de la fuerza que empleo al hacerlo cuando siento la piel abrirse con el frote de las uñas. «Necesito el medicamento».

Nos detenemos al llegar a una tumba de color gris, está rodeada por delgadas enredaderas verdes que renacen de la tierra, un nombre tallado con dolor destaca entre las leves fisuras de la lápida, letras escritas por alguien cuya vista era nublada por las lágrimas.

Ahora me doy cuenta de que fue mi corazón el que se detuvo.

—Llegamos. —avisa Mara a mi lado.

Mis pies se han quedado inmóviles, debo caminar unos doce metros para estar muy cerca de él, pero no me muevo. Es como si mis piernas hubieran dejado de funcionar, el aire en mis pulmones ha escapado, me cuesta respirar, mis latidos se aceleran y siento que me desmoronaré en cuestión de segundos.

—Puedes hacerlo, eres fuerte —susurra mi mejor amiga y aprieta mi mano con la suya, realmente me gustaría creerle, pero no puedo—. Te esperaré aquí, tómate tu tiempo, te daré tu espacio.

—Gra-Gracias.

Tomo una bocanada de aire y doy pasos cortos hacia adelante, me acerco más y más.

De pronto siento que algo me insta a seguir caminando, como si de repente mi cuerpo al fin reaccionara y quisiera estar un poco más cerca de él. Acelero el paso clavándome las uñas en las palmas por lo fuerte que aprieto los puños con mis brazos cruzados, mis pies se detienen de un momento a otro y al alzar la vista de las rocas del suelo recibo el primer impacto en el tórax.

Frente a mí está la tumba de mi mejor amigo.

—Hola, Scott. —me tiembla la barbilla.

Scott Ezequiel Torres
20-08-2001
13-08-2019
"No temas. Para brillar necesitas la oscuridad".
Siempre en nuestros corazones.
Descansa en paz

Es lo que dice la escritura en la lápida.

"No temas. Para brillar necesitas la oscuridad" era algo que él decía todos los días al levantarse. Esa frase era como su emblema, su tatuaje en el alma.

—Aunque no te agradó nunca tu segundo nombre, tu madre no descansó hasta verlo escrito aquí. —una risa seca escapa de mis labios.

Extiendo mi mano temblorosa y con mis dedos repaso la fecha en la que su vida terminó. Ese maldito 13 de agosto que nos arrebató lo que más queríamos. Sus padres destrozados, un pequeño niño que aún pregunta por su hermano mayor, una chica que se culpa por lo que pasó.

—Estuve… estuve haciendo algunas cosas en la… no recordaba que estabas cerca y… sé que no es excusa, pude visitarte antes, solo que… No soy buena con las palabras, tú sí lo eras, tú sabrías qué decir si los papeles fueran al revés… Dios, Scott, lo siento tanto. —lloro cayendo de rodillas en el piso.

Lágrimas se derraman por mi rostro, el dolor ha vuelto, la punzada de la culpa atraviesa mi pecho como una daga caliente. Mi mano reposa sobre la fría lápida, aferrándose a ella con una fuerza que me hace arder los dedos, deseando que el tiempo vuelva atrás y poder ver su sonrisa una vez más, o escuchar sus carcajadas.

Tan solo una vez, una.

—Estoy olvidando tu sonrisa, estoy olvidando la melodía de tu risa, estoy olvidando lo feliz que siempre eras. ¡Y no quiero olvidarlo! ¡¿Por qué tu voz se deteriora en mi mente?! ¿Por qué?... Todo fue mi culpa... yo apagué tu voz, te robé esa alegría, y me odio tanto. Lo lamento, lo lamento. Lamento no haber podido salvarte. —repito esas palabras una y otra vez, sintiendo como queman mi garganta.

Pensé que podría ser más fuerte.

Me equivoqué, nunca estás preparado para ser fuerte, porque no

sabes qué tan duro será el golpe.

—Hoy-hoy salí con un chico —digo para intentar desviar la mente de la presión en mi pecho—, él te hubiese caído bien. Su nombre es Danny, y al igual que tú encuentra muy raro mi gusto por el café sin azúcar. —sonrío débilmente.

Recuerdo que Scott solía burlarse de mí por eso, un día le puso azúcar a mi café a propósito, y sus risotadas se hicieron más escandalosas cuando escupí el líquido oscuro en el suelo.

—Te extraño mucho. Extraño tus ojos negros mirándome de manera divertida y tu sonrisa pícara. Echo de menos revolver tu cabello hasta hacerte enojar, hacer planes juntos. ¿Sabes? Se supone que tú y yo estaríamos juntos en la universidad.

Me cuesta hablar por lo quebrado de mi voz.

—Amabas los números, estoy... estoy segura de que hubieras sido el mejor administrador de empresas que Seattle podría tener... ¿Recuerdas cuando estuve a punto de desaprobar matemáticas? —Río ligeramente con las lágrimas aun rodando por mis mejillas—. Fue tu cerebro de nerd el que me sacó del lío, porque yo habría fallado desde el inicio, de hecho, he estado a nada de reprobar estadística en la facultad.

Me callo cuando el habla no me sale, respiro hondo antes de seguir.

—¿Recuerdas también el tatuaje que nos hicimos? Mamá aún no sabe que tengo la mitad de ese Yin-Yang detrás del cuello, aunque dudo que me vaya a cortar la cabeza por ello a estas alturas. Oh, ya sé, este es más loco. ¿Recuerdas cuando te reté a saltar en bungee? Te juro que no creí que lo harías, casi me matas del susto cuando saltaste al vacío, mi grito fue más fuerte que el tuyo…

Todos los recuerdos que tengo de Scott me hacen sonreír, pero cuando llega a mi mente la imagen de la última noche en la que su piel brillaba, sus mejillas enrojecidas por la sangre que corría con calidez por sus venas y su respiración agitada por lo mucho que había saltado en medio de la diversión, ahí es cuando mi pecho se contrae, las manos me tiemblan, el aire no me entra en los pulmones, el dolor me envuelve y quiero gritar hasta que se me desgarren las cuerdas vocales.

Sus sueños, deseos, esperanzas... todo está enterrado con él.

Por mi culpa.

Alzo la cabeza del suelo, con los ojos nublados y la vista puesta en su nombre.

—Yo debería estar en esta tumba, no tú.

Bajo la mirada, una pequeña lágrima rueda por mi mejilla, me pongo de pie sin poder soportarlo más y doy un paso atrás.

—Te amo, Ezequiel, y no... no puedo ni quiero dejarte ir, no aun, te necesito conmigo, yo... No puedo hacer esto sin ti.

Un sollozo me interrumpe, lastima demasiado.

—No me importa dónde estés, siempre serás mi mejor amigo, y siempre me va a pesar tu ausencia. —es lo último que logro susurrar.

Imagino su risa una vez más y retrocedo hasta darle la espalda.

Virginia Woolf una vez dijo*: "Siento que voy a enloquecer de nuevo, creo que no podemos pasar otra vez por una de esas épocas terribles, y no puedo recuperarme otra vez".*

Estoy segura de que ésta es mi época terrible, y no creo poder recuperarme, ya estoy perdida.

∞ ∞ ∞

Estudiantes corren por los pasillos, otros tropiezan con las mesas de la cafetería intentando salir apresuradamente para llegar a tiempo a sus clases. Mike se ve algo agitado sirviendo café y entregando comida a más de cinco personas por minuto, incluso tiene harina de trigo en el cabello y gotas de jugo salpicadas en la cara.

—¡Nathy, en 5 minutos estará listo tu café! —me silba Mike por encima del bullicio.

—Tengo tiempo, no te agites. —me río y vuelvo la mirada a la pantalla de mi celular, me siento relativamente serena, aumentar un poco más la dosis de ansiolíticos ha sido más eficiente de lo que esperaba, al igual que los somníferos. He dormido mejor las noches en las que caigo sedada en la cama; no pienso, no siento, es como no existir por tan solo unas horas.

Las náuseas y resequedad en los labios y garganta sí han sido constantes, las migrañas son más frecuentes ahora y en ocasiones el cuerpo se me adormece hasta el punto en el que creo que me quedaré dormida haciendo la fila para pedir el café, pero no le doy atención, quizás sea el estrés por las clases o las preocupaciones por la salud de mi hermano.

Mara ya está en clases, pero la mía comienza en media hora, así que no estoy tan apresurada; ella estaba angustiada por mí, incluso iba a faltar hoy a su clase para quedarse conmigo ya que la noche después de volver del cementerio no hice más que llorar hasta quedarme dormida, pero le aseguré que estoy un poco mejor, y es la verdad.

Llorar también es una forma de soltar y liberar lo que nos oprime.

Después de tanto tiempo decido revisar mis redes sociales, hace mucho que no entraba si quiera al Instagram, me aterraba encontrarme con que mis conocidos de la secundaria hubieran avanzado y progresado y que yo siguiera sumergida en mi desgracia. «Prácticamente sigo ahí, pero avanzo, poco, pero lo hago».

La última foto que subí fue el 12 de agosto del año pasado.

Sí, lo sé, es bastante tiempo.

Sigo viajando por las notificaciones, solicitudes, etiquetas... Nada fuera de lo normal, parece que no me perdí de ninguna novedad interesante; noticias relacionadas al instituto al que asistía saltan en la pantalla, fotografías del baile de graduación al que no asistí, dedicatorias entre los alumnos que jamás me interesé en leer, mensajes alentadores de profesores y rectores, incluso hay una… una dedicatoria para Scott y para mí, la leo rápidamente y me limito a dar gracias por las palabras de condolencia. Varias personas visualizan la reacción y en menos de cinco minutos se me llena la bandeja de mensajes de la app, algunos alegan que me han extrañado, otros preguntan por la familia de mi difunto amigo, y un par de chicas tienen la osadía de indagar sobre lo que sentí al momento del accidente. «Hipócritas todos». Ignoro cada uno de los mensajes y continúo revisando las redes.

¡Alto!

Dejo de bajar cuando veo una noticia reciente sobre un auto sacado del fondo del agua.

En la foto se nota que está deshecho, la pintura casi inexistente, vidrios rotos, puertas dobladas y oxidadas. Tal vez sean ideas mías, pero a pesar de estar destruido ese auto me parece tan familiar...

Necesito ver la fecha de publicación.

Es de hace un par de meses, pero no hay más detalles. La noticia fue subida por un contacto común, no por un reportero o algo así, por eso está incompleta.

—Demonios. —murmuro entre dientes con el corazón acelerado y sigo revisando por todas las noticias recientes. Todo lo que tenga que ver con autos sacados del agua, o accidentes hasta que...

Creo que encontré algo...

—¿Ocupada? —habla una voz masculina en mi oído y pego un respingo con un pequeño grito ahogado.

Mi teléfono cae sobre mis piernas y se cierra todo lo que estaba leyendo.

Genial.

—¿Quieres matarme de un susto? —empujo a Danny suavemente en el hombro.

—Menudo humor tienes en la mañana. —se ríe, me da un beso en la frente y se sienta en la silla delante de mí.

El beso me toma completamente desprevenida, trago grueso por el contacto y me repongo para que no se incomode por mi comportamiento reservado.

—Odio que me asusten de esa manera. —replico y lo veo sonreír.

Se ve muy guapo hoy.

Tiene puesta un suéter blanco que se ciñe a sus bíceps y la misma gorra negra del otro día, pequeños mechones de su cabello azabache

se le escapan por la frente, sus labios se ven fascinantes...

—Me gusta alterarte. —suelta y yo dejo de mirarle los labios cuando se los relame lentamente.

A ese jueguito podemos jugar los dos.

—Ah, ¿sí? —ladeo la cabeza, alzo una ceja y conecto nuestras miradas, relamiendo mi labio inferior intencionalmente. «No tienes que ser tan cascarrabias siempre, Nathaly, tranquila, no todos quieren hacerme daño» pienso.

Él traga saliva audiblemente y desvía la mirada al tiempo que se aclara la garganta. Reprimo una risita y se endereza en la silla, pone los codos sobre la mesa que nos separa y se inclina un poco hacia delante, contengo el impulso de echarme hacia atrás con la silla y establecer más distancia.

—Hoy te ves hermosa —sus ojos bajan a mi atuendo y por puro reflejo me cruzo de brazos—. El color lila te queda muy bien.

Ahora soy yo la que pasa saliva.

Mi ropa hoy no es la gran cosa, llevo puesto un pantalón negro, una camisa sin tirantes color lila y una chaqueta de jean, el cabello lo tengo suelto como de costumbre y apenas me puse brillo labial rosado y algo de rímel en las pestañas, las ojeras están ahí, marcándome el rostro como solo ellas saben hacerlo, y tres espinillas blanquecinas me adornan el pómulo derecho, son producto de la barra de chocolate que me comí hace dos días.

—Tus ojos cafés se tornan más claros cuando hay luz —continúa él sin dejarme decir nada—, cabello como el ébano que cae en preciosas ondas por tus hombros, piel suave y delicada...—pone su mano en mi mejilla y cierro los ojos ante su tacto, e impresionantemente no tengo miedo—. Una sonrisa linda que solo he visto un par de veces, pero me hace alucinar.

Abro los ojos y los suyos me están reparando con un brillo indescifrable. Coloca un mechón de mi cabello detrás de mí oreja y se inclina un poco más. Yo también estoy apoyada en la mesa, y nuestros rostros están a escasos centímetros.

Trago saliva otra vez «Está muy cerca».

—Eres todo un enigma, un misterio que quiero resolver. —susurra y acaricia mi pómulo con su pulgar.

—Danny, yo no... no hay mucho que descubrir. —mi voz es apenas audible.

Me asusta porque ni siquiera yo he resuelto ese misterio, y no sé si sea agradable lo que hay detrás de todo eso, por ello prefiero quedarme cómo estoy, sé que estoy hecha de lágrimas y dolor, pero si sigo escarbando dentro de mí quizás encuentre cosas más arrolladoras y dolorosas, y sé que no podré soportarlo.

—No quiero ver solo lo que decides mostrarle al mundo, yo quiero

ver más allá si me lo permites. —me dice en voz bajita que muestra interés y algo más que no sé qué es.

—Yo… no creo que en verdad quieras eso. —el me interrumpe pasando su pulgar por mi labio inferior.

—¿Y si dejas que yo lo decida?

En su mirada no está ese deseo sexual que siempre distinguía en Peter, al contrario, hay simpatía, y… ¿Ternura?

Nuestras narices se rozan, ambas respiraciones se mezclan, nuestros labios casi se tocan…

—¡Buenos días! —grita una voz escandalosa.

Danny y yo nos separamos de inmediato

—Oh ¿Interrumpo algo? —pregunta Selena.

Sabe perfectamente que sí lo hizo.

Tiene puesto un pantalón en extremo ajustado y una blusa suelta de flores, el cabello rubio recogido en una cola alta y la cara perfectamente maquillada.

Sigo sin comprender cómo logra siempre parecer una modelo de revista todos los días.

—¿Qué quieres? —le espeta Danny y me asombra mucho el tono con el que le habla.

—Vaya, despertamos con el pie izquierdo hoy. —intenta bromear ella.

—Nathy, lamento la tardanza, aquí está tu droga diaria. —Mike aparece riendo suavemente a mi lado y pone un humante café frente a mí.

—Justo lo que necesito en este momento. —le agradezco y bebo de mi café, la jaqueca estaba haciéndose presente.

Está perfecto, sin azúcar y amargo.

—¿Podrías traerme uno a mí? —le dice Selena y mueve las pestañas de una manera rara.

—Por supuesto. —asiente Mike, ella lo frena de golpe.

—Mejor un chocolate caliente. —pide.

Danny rueda los ojos y por alguna razón yo ya estoy molesta.

Mike vuelve a asentir con las cejas fruncidas y da dos pasos, pero la voz irritante de Selena lo detiene otra vez.

—Mike, creo que un batido estará mejor, es más saludable —pone la mano bajo su barbilla y menea el pelo rubio de un lado a otro—, o quizás una avena fría, ¿qué dicen ustedes? Oh, cierto, estaban ocupados viéndose las caras, olvídenlo. —se gira hacia nosotros y manotea el aire mientras parlotea.

La paciencia no es mi mejor virtud, así que si sabe lo que le conviene va a dejar de buscarme las cosquillas.

—Pensándolo bien creo que tomaré uno de estos, solo que sin la crema. —toma mi café para mostrar a qué se refiere, pero cuando lo

coloca en la mesa lo hace con demasiada fuerza y torpeza, y el líquido se derrama por todos lados, salpicando mi ropa y la de Danny.

Él está tan molesto que creo que podría poner a la rubia bajo tierra con solo una mirada.

Selena da un paso atrás y yo me pongo de pie aguantando las ganas de cometer una locura.

Mike nos observa como esperando a que ocurra una tragedia.

—Lo siento mucho. —musita ella y se acerca a Danny para limpiarle la sudadera.

—No te acerques. —gruñe en su dirección.

—Nath, no fue mi intención. —se apresura a decir.

Por mi mente pasan más de diez cosas que podría decirle para hacerla sentir como una alimaña, pero yo no soy así, así que me quedo callada, tomo mi bolso y me dirijo a Danny.

—Te veo luego. —me obligo a sonreír levemente sin despegar los labios y doy la vuelta.

Una mano toma la mía y me hace girar de nuevo, me zafo pensando que es alguien que no está aquí y me siento estúpida por ello. «Cálmate, Nathaly, cálmate».

Danny se percata de mi instante de temor y se acerca con más delicadeza.

—Más tarde paso por ti para ir a un lugar, ¿bien? —me mira expectante.

—Te estaré esperando. —acepto y él sonríe abiertamente, el enojo disipándose de su rostro.

Asiente, toca mi mejilla una vez más y me besa en la frente.

Ese gesto me gusta mucho.

De reojo puedo ver la mirada de confusión de Selena, es obvio que le gusta Danny, la forma en que lo mira la delata, pero es muy abusivo de su parte tratar de coquetear con él frente a mis narices cuando es evidente que él y yo estamos… no sé exactamente qué estamos haciendo, sin embargo, creo que es más que evidente que Danny tiene interés en mí y a mí me gusta esa cercanía.

Ella da un paso y abre la boca para decir o preguntar algo.

La freno antes de que lo haga.

—Sea lo que sea que vayas a preguntar, no es tu asunto. —mi tono es neutro, a ella parece que le arden las mejillas. «*¿Está molesta?*» No lo sé y tampoco me importa, una furia desmedida se apodera de mí y sigo caminando tratando de comprender la razón de la irritabilidad que cargo encima hace semanas.

Me dirijo a mi clase echando humo porque aún estoy molesta, pero trato de mantenerme lo más serena que pueda. Normalmente no tiendo a reaccionar así, es solo que en este punto de mi vida me son tan escasos los momentos felices que no quiero que nada ni nadie me

los arrebate.

Ya he sufrido demasiado, creo que merezco degustar el sabor de la alegría al menos por unos instantes.

Tomo asiento al entrar al aula, saco mis cosas y entre ellas está mi teléfono.

La imagen del auto fuera del agua viene a mi mente de inmediato, mi respiración se acelera un poco.

¿Por qué tendría que alterarme?

Es solo un auto.

No, sé que no es solo un auto.

¿Pero es necesario seguir indagando y revivir los sucesos que me lastiman?

No, no es necesario... es suficiente con el dolor que tengo ahora, no más.

Capítulo 10

Mi perfecto paradigma.

DANNY

Mi padre me mira desde la silla detrás del escritorio de madera con una expresión indescifrable, sin embargo, sé perfectamente que está descontento con mis palabras. Para tener 48 años está bastante conservado, aunque su carácter no suele ser el mejor; es terco, dominante y si no se hace lo que él ordena podría explotar la tercera guerra mundial.

—¿Podrías repetir eso? —pide hundiendo el entrecejo y en seguida me arrepiento de haber venido a hablar con él.

—Dije que no quiero estar en el equipo de fútbol, ni ser capitán, mucho menos continuar estudiando leyes. — repito manteniéndome firme.

Él se pone de pie al instante y camina hacia los títulos que tiene colgados en su pared.

Aquí vamos otra vez.

—¿Sabes de quiénes son todos estos títulos? —pregunta con la vista fija en ellos como si fueran alguna reliquia que vale más que su propia vida.

—No. —respondo secamente, aunque sé de quienes son desde antes de poner un pie por primera vez en este despacho.

—Son de todos los hombres y mujeres de esta familia que han seguido el legado de tu abuelo y han sido de los mejores abogados egresados de esta universidad. Han llegado a los tribunales más reconocidos del país; jueces, fiscales, entes legislativos, todos los conocen y se peleaban por tenerlos en sus equipos de trabajo. El dinero no les faltaba, ganaron los mejores casos, se pusieron en un pedestal de cristal, y absolutamente nadie los ha podido bajar de ahí a pesar de que muchos están bajo tierra —explica y se gira hacia mí—. Hijo, yo no quiero que tú seas la excepción. —vuelve a su escritorio.

—Tú no decides por mí. —replico ignorando toda la palabrería que acaba de soltar que no hizo más que convencerme de que ese no es mi lugar, lo escucho y eso como si me estuviera halando a una jaula con barrotes de acero, y no quiero estar allí. «Pertenecemos a donde podamos sentirnos libres como águilas».

Inhala profundo.

—Hijo, ellos... —voltea a ver los títulos de nuevo.

—Yo no soy ellos, y tampoco lo seré jamás. —lo interrumpo.

—¿Y qué pretendes estudiar? ¿Biología? —bufa y sacude la cabeza soltando una risa sarcástica.

—Tan desviado no estás, quiero ser físico. Me gusta la ciencia, no las leyes.

—Tú no sabes lo que es bueno para ti, yo sí. —comienza a subir la voz.

—Tú solo ves lo que te conviene a ti…

—Ninguna carrera te generará más dinero que las leyes, si quieres tener una vida con comodidades aseguradas debes permanecer donde estás. Las ganancias son mayores, cada…

—No quiero ese dinero si lo obtendré haciendo algo que no me hace feliz.

—¿Feliz? No voy a permitir que mi hijo tenga un futuro mísero solo porque quiere «ser feliz». Deja de decir tonterías, no pareces un Collins.

Podría callarme.

Podría bajar la cabeza de nuevo y obedecer.

Podría doblegar mis sueños por los de él, como siempre lo hago, únicamente porque quiero hacerlo sentir orgulloso de ser mi padre.

Pero no, ya no más.

Es más importante que yo esté orgulloso de mí a que lo estén mis padres, porque soy la persona que tendré siempre. En las caídas o subidas estaré yo. En los tropiezos o progresos estaré yo. Es mi sueño, mi meta, mi objetivo, y si lo cumplo con o sin su apoyo estaré feliz porque me superé, porque peleé por ello, porque insistí tanto que el mundo dejó de moverse en mi contra.

Nathaly me dio el empujón que necesitaba para darme cuenta de que lo que yo deseo y sueño también vale.

Mis metas también valen.

Mis decisiones también tienen peso.

Y que mi vida no está en manos de alguien que ni siquiera se ha tomado el tiempo de conocer mis anhelos.

Así que cuando el hombre que tengo como papá me taladra con la mirada e intenta pisotearme otra vez, exploto.

—¡Tu ni siquiera sabes quién soy! —Me levanto de la silla—. Para ti soy solo el futbolista que traerá otro título de leyes para tu colección y ayudará a que tu nombre tenga más prestigio en las universidades y juzgados de toda Seattle. ¿Pero y yo qué? ¿Lo mío no importa? ¿Lo mío no vale? ¿Lo mío no tiene relevancia también? —tomo aire y él se queda callado, la frialdad de su expresión no me detiene.

Las palabras de Nathaly se repiten en mi mente: «*Que ellos vean lo que eres realmente*».

Yo quiero ver lo que soy realmente, y lo que soy capaz de lograr siendo yo.

—No voy a ser un trofeo, y que seas el rector no me obliga a acatar lo que decidas por mí. Tengo 19 años, he trabajado por lo que me

corresponde y seguiré haciéndolo, así que con mi dinero pagaré la carrera que me hace feliz y seré el mejor Físico de Seattle. Te respeto, sabes que lo hago, pero me respeto más a mí, y me fallaría si vuelvo a hacerme a un lado para que tú te eleves a mi costa, papá.

Las cejas de mi padre están solo un poco alzadas, pero su expresión sigue siendo seria.

—Tu abuelo estaría decepcionado. —me dice con voz de acero y una risa burlona aparece en mi rostro.

Sus palabras duelen, pero no flaqueo, al contrario; me mantengo más firme que nunca, porque ni él ni nadie volverán a decirme qué es lo que tengo que ser.

—Al fin estamos de acuerdo en algo —una sonrisa triste se dibuja en mis labios—. El abuelo estaría muy decepcionado del hombre arrogante en el que te has convertido, papá.

Sin darle tiempo a replicar, salgo de su oficina y me dirijo pausadamente al edificio de Psicología. Nathaly ya debe estar por salir y yo no pretendo estar enojado cuando nos veamos, no quiero que se preocupe, quiero hacerla reír, quiero que esté feliz, quiero contarle lo alegre que me siento por haber seguido su consejo, quiero agradecerle por haberme escuchado tantas veces cuando volvía estresado de las clases de leyes, quiero… Dios, parezco estúpido, quiero tantas cosas con ella.

Esa chica es todo un misterio.

Sé que hay algo que oculta, y muchas cosas por las que sufre; observándola detalladamente he reparado en las negras ojeras que esconde tras el maquillaje, la alegría que no llega a sus ojos cuando sonríe, el cansancio mental que parece tener casi siempre y que suele desconectarse de la realidad en ciertos momentos, como si viajara a un lugar distinto, muy lejos de aquí.

También me inquieta su salud, come poco, está pálida la mayor parte del tiempo, más de una vez me he percatado de los leves temblores en sus manos, y los días que la he acompañado a clases la he tenido que sostener para que no se caiga por los mareos repentinos que la abarcan, me abstengo de hacer preguntas para no incomodarla, pero sigo preocupado.

Nada de eso lo dice, y es algo que notarías si te fijas cuidadosamente, porque Nathaly suele ocultar aquellos indicios que delatan su malestar emocional y físico, y aunque le he dicho que quiero resolver el enigma que ella es, no me refiero a que me hable de todo lo que ha tenido que pasar.

Quiero entender porque, aunque pareciera que por dentro agoniza, brilla como una estrella en una noche de tinieblas.

Verifico la hora y cuando la molestia con mi papá ha menguado le envío un texto:

Yo: Estoy en la cafetería, ¿Ya saldrás?

Su respuesta llega casi al instante.

Preciosa: 10 minutos :D

Sonrío cómo idiota con ese simple mensaje y le pido a Mike dos cafés, el de ella sin azúcar. He notado que cuando lo bebe así se anima un poco más, como si se le activara cada partícula del cuerpo, y es de cierto modo chistoso porque se pone hiperactiva y habla hasta por los codos.

Siento unas manos cubrir mis ojos desde atrás, pero el perfume no es ese florar que emana de Nath, es de vainilla, y la fuerte fragancia me causa picazón en la nariz.

—Selena. —retiro sus manos de mi cara y ella aparece frente a mí.

Su mera presencia me vuelve a activar el disgusto.

—¿Esperas a alguien? —pregunta al ver los cafés.

—Sí, a Nathaly.

Hace más de seis meses que tuve una cita con Selena, 1 estúpida cita que la hizo delirar y ahora no se me despega. Ni siquiera tome su mano o la bese, no hubo ningún tipo de contacto físico, fue más como una salida de amigos en la que comimos un trozo de pastel de moras.

Al menos para mí lo fue.

—¿Sales con la deprimida? ¿Es en serio? —bufa y la fulmino con la mirada.

Arrugo las cejas.

—¿Qué acabas de decir?

—Te pregunté que, si sales con la deprimida. No tiene nada especial, es… a mí me da pereza solo verla.

—Vuelves a decir algo como eso y no tendré pelos en la lengua para hablarte, y te aseguro que no será bonito lo que diga —Le advierto—. Respétate, Selena, estás comportándote como una colegiala. Que ella no sea como tú no significa que esté en un nivel inferior a ti. Además, ninguna persona puede ni tiene el derecho de determinar el valor de otra.

Su cara se contrae en una mueca de incomodidad y vergüenza, me cuestiono el haber sido muy directo o tosco, pero me convenzo de que a veces es necesario decir las cosas de esa manera, además, detesto que una persona minimice a otra por su estado físico o emocional; es irritante tener que escuchar a la rubia canturrear sobre lo «estable y perfecta» que es frente a los demás.

Para perfecto y admirable Dios, los seres humanos somos las criaturas más imperfectas que existen.

—Es que no entiendo qué es lo que ves en ella, no creo que sea emocionante salir con ella. No comprendo. —sacude la cabeza.

Bastan esas pocas palabras para encenderme como un fosforito y soltar lo que tengo atorado en la garganta.

—No tienes que entenderlo, pero será un placer aclarar tu duda.

La miro con el entrecejo fruncido.

—Nathaly es como un libro abierto con letras transparentes que se vuelven más visibles con cada paso que ella me permite dar, y eso me impulsa a seguir caminando en su dirección. Es la personificación de un hermoso paradigma sin resolver, y no tengo problemas en pasar horas descifrando ese cubo rubik. No quiero alejarme, aunque por instantes sus ojos me muestren un abismo, quiero acercarme hasta poder arrojarme al fondo de ese precipicio y descubrir qué más hay allí.

Hago una pausa para tomar aire.

—Es hermosa, sincera, atrevida a su manera, carismática, divertida, emocional, sensible, y tiene una sonrisa que he visto únicamente un par de veces, pero me quita el aliento. ¿La has escuchado hablar de libros? Es fascinante. Tiene un aura de… no sé de qué, pero es tan intensa que su mera presencia hace que el piso bajo la suela de mis zapatos tiemble. Nathaly Grey es una resplandeciente estrella.

No quería hacer una confesión de esta magnitud, pero se sintió increíble poder decirlo abiertamente, aunque no fuera a Nathaly, exponerlo con palabras me quita un peso de encima. «Es tan refrescante expresar lo que sentimos».

Selena tiene la boca ligeramente abierta, la cara que adquiere es de sorpresa y tristeza, pasa saliva viéndose más confundida que antes y de un momento a otro sus ojos viajan detrás de mí y escucho una segunda respiración entrecortada a mis espaldas, y la fragancia de lavanda me acaricia la cara.

Un suspiro escapa de mis labios y me giro para ver la cara sonrosada de mi perfecto paradigma.

—Creo que debo irme. —susurra Selena y se marcha dejándonos solos.

Nathaly está parada frente a mí con las mejillas enrojecidas y los ojos algo cristalizados. El cabello le cae libremente por debajo de sus hombros, y se ha quitado la chaqueta que tenía esta mañana. Sus hombros tienen pequeños lunares delicados que resaltan en la piel nívea, y sus labios no llevan ni una pizca de brillo labial, pero se ven rosaditos a pesar de estar ligeramente agrietados.

—Preciosa. —la llamo y tomo una de sus manos con delicadeza, no es mi deseo espantarla con mi cercanía. «Sé que no le gusta que la toquen tanto».

—Todo eso que dijiste... —parpadea un par de veces y me mira—. ¿Hablabas de mí? ¿Te referías a… mí? — pregunta sin salir de su asombro.

—Sí, hablaba de ti, únicamente de ti. —tomo su rostro en mis

manos y le doy un beso corto en la frente.

Ella me mira fijamente y reparo en que tiene las pestañas humedecidas, la barbilla le tiembla y me preocupo al verla tan ida; no reacciona a la caricia de mi mano en su mejilla y noto que aprieta los labios ligeramente mientras su pecho sube y baja rápidamente. ¿Qué está sucediendo?

—Él… —le cuesta hablar—. Él jamás… jamás me dijo algo así… jamás me trató así… Él… Él… Él no…

Está prácticamente en shock y no sé qué hacer, no parece ni estar consciente de lo que dice, porque suena a una confesión que se guardó por un largo tiempo, y aunque todo mi interior pide más información para hacer pagar a quien le ha hecho tanto daño, también deseo que, si va a desahogarse de alguna forma, lo haga estando en todos sus sentidos. «Necesito distraerla».

Sin pedirle permiso y yendo en contra de todos mis principios, deposito un suave beso en la comisura izquierda de su boca, me atrevo a ir solo un poquito más a sus labios y ahí repito la acción sintiendo que se me acelera el corazón, la respiración, hasta los órganos que no deberían agitarse se agitan como motores y…

Nathaly no me aparta y me regresa el gesto cerrando los ojos. No fue nada intenso, solo un roce de nuestros labios, pero en mi opinión fue totalmente alucinante; el calor llega a sus mejillas y ese rubor la hace ver tan pura y hermosa que el corazón me da un brinco en el pecho.

Me muero de ganas de abrazarla, pero me contengo para no pasarme de los límites que su mismo cuerpo ha puesto, no quiero que se moleste o se sienta mal…

De pronto se me viene encima rodeándome el torso con los brazos y pegando la mejilla a mi pecho, tardo dos segundos en reaccionar y la envuelvo en un gesto protector, haciéndola ver pequeña en mis brazos. Su respiración va normalizándose mientras acaricio suavemente su cabello, inhala hondo y despacio para luego separase lentamente de mí.

—Lo siento, yo… necesitaba ese abrazo.

—No me molesta en lo absoluto. ¿Estás bien?

—Ahora lo estoy. —me mira con una leve sonrisa.

—Vamos, ven conmigo. —cubro su mano con la mía y caminamos a la puerta.

—¿A dónde vamos? —pregunta cuando salimos de la cafetería.

—A un lugar.

—¿Qué lugar? ¿Dónde es? ¿Qué hay allí?

—La paciencia no es uno de tus fuertes, por lo que veo.

—¿Pero tanto te cuesta decirme? —hace un mohín.

—¿Y tanto te cuesta a ti esperar, preciosa? —arqueo las cejas

dejándola frunciendo el ceño.

Está más calmada, sigue un poco ruborizada, imagino que es por ese pequeño beso o por lo que le está rondando en la mente; admito que quedé con ganas de besarla hasta dejarle los labios rojos, pero no voy a presionarla, iremos a su paso.

—¿Te gustan las ferias? —le abro la puerta del auto.

—Tengo tiempo que no voy a una. —sonríe, pero la alegría no llega a sus ojos, sino más bien un destello de nostalgia.

¿En qué estará pensando?

Termino de entrar al auto, nos ponemos el cinturón de seguridad y enciendo el motor enfocándome en hacerla sentir bien, relajada y contenta el tiempo que esté conmigo.

—Pues hoy iremos a una, imaginemos que soy un perro y que me llevarás de paseo. —finjo ladrar y sacar la lengua como un canino y arranco en dirección a la feria deleitándome con la frescura de sus carcajadas.

—Técnicamente tú me estás sacando a pasear a mí.

—Sí, pero ni de chiste te compararé con un perro, así que no me contradigas.

—Pero tú si te estás comparando con un cachorro, y…

—¿Cachorro? Me ofendes, soy un poderoso pastor alemán, más respeto, por favor.

—La mascota no le replica a su dueño.

—¿Estás diciendo que soy tuyo? —me muerdo el labio inferior mirándola con picardía.

—¡Cállate y no me hagas pasar vergüenza! ¡Tú…! ¡Tú entendiste lo que quise decir! —se le colorean los cachetes de carmesí.

—Sí, entendí que eres mi dueña, y además eres muy dominante. —me quejo y la sigo molestando.

—Te estás ganando un puñetazo en la ingle.

Abro la boca exageradamente.

—Esa no era la actitud dominante que esperaba, estoy decepcionado.

—Pues es la que obtendrás si sigues de chistosito y no miras a la carretera mientras conduces. —me saca la lengua y sube las rodillas al asiento. «Es hermosa».

—La carretera no es tan guapa como tú, no quiero mirar hacia allá.

—Claro que sí, mira que pavimento más precioso, yo siendo tú le pediría matrimonio, luego tendría un mini Dannymento.

—¿Dannymento? —no sé qué carajos está diciendo.

Asiente muy segura de lo que sea que vaya a decir.

—Sí, es la combinación de «Danny» y «Pavimento». —le entra la risa y aparta la vista para que no la vea carcajeándose estrepitosamente.

—¿Sabes? Llevaba tres días sin reírme, ahora llevo cuatro.

—Eres un aburrido, ahora conduce y deja de mirarme.

—Como tú ordenes, dueña mía.

Ambos nos mantenemos en silencio absoluto en los próximos minutos, pero no es un silencio incomodo, es agradable. La veo sacar su teléfono y me comunica que le avisará a Mara que llegará algo tarde, luego de hacerlo juguetea con sus dedos mientras observa el cielo por la ventana.

Soy yo el que rompe el mutismo.

—Hoy hablé con mi padre. —comento sin quitar la vista de la carretera.

—¿En serio? ¿Qué tal te fue? ¿Qué te dijo? ¿Cómo te sientes tú? —inquiere girándose hacia mí. Se escucha preocupada e interesada en el tema, y sus ojos cafés buscan los míos para verificar que yo esté bien.

Esta mujer me va a matar.

—Se negó a apoyarme en mi decisión. —suspiro. Hace un par de días le comenté a ella de mis preferencias académicas y mi desinterés por el fútbol.

Nathaly une las cejas y su expresión se torna molesta.

—¿Por qué se negó? Es tu futuro, tus decisiones, tu vida, y él es tu padre, en lugar de frenarte debería animarte a seguir trabajando en lo que quieres. —se cruza de brazos. «A veces no es suficiente ser hijo de alguien para tener su apoyo y cariño».

—No es tan simple, mi padre no es de carácter blando —niego y la miro por unos segundos—, pero tú me diste el empujón que necesitaba para hacerle frente, y ya no más ser alguien que no soy, seré la versión de Danny que me dé la gana. —sentencio.

La sonrisa que se extiende por el rostro de Nath me confirma que tomé la decisión correcta.

—Estoy orgullosa de ti. —dice y acerca su mano a la mía. «Es la segunda vez que me toca por voluntad propia».

Entrelazamos nuestros dedos y ella vuelve la vista a la ventana.

Por el rabillo del ojo puedo verla suspirar varias veces y sujetarse abrazarse así misma como si eso la mantuviera en una pieza; no pregunto ni digo nada por respeto a sus pensamientos, cuando quiera hablar de algo yo estaré aquí.

Ahora solo quiero que sonría de nuevo.

Me estaciono detrás de la feria y le abro la puerta, ella sale y cierra los ojos inhalando el aire fresco de esta zona.

—Huele a cotufas. —musita relamiéndose los labios mientras entramos a la feria, la acción me distrae y ella menea su mano frente a mi cara para captar mi atención.

—¿Qué? ¿Qué decías?

—¿Qué mirabas? —se cruza de brazos, divertida.

—Tus labios.

Y como no, mi sinceridad la sonroja.

—¿Por qué los veías? —finge enfado.

—¿Cómo podría no verlos? —ladeo la cabeza, luego sigo caminando delante de ella—. ¿Sabes qué? Mejor dejamos de hablar de tus labios, mi autocontrol tiene un punto de quiebre.

—Pero, solo estamos conversando…

—¿Quieres que te bese aquí mismo? —la encaro haciéndola chocar con mi torso.

Pasa saliva volviendo a ponerse roja y niega con la cabeza después de echarle un vistazo a mis labios.

—Te vi, Nathaly.

—No sé de qué hablas. —me hace reír.

El suelo está casi totalmente cubierto por paja seca que no sé cómo es que se ve estilizada y decente, un hombre con un caballo pasa por nuestro lado y Nathaly acaricia el pelaje del animal con los dedos y se ríe cuando el caballo le empuja el hombro con la nariz cuando se va a ir, como si se estuviera despidiendo de ella.

Es preciosa, y su risa es tan grácil que me va a hacer enloquecer.

—Antes de decidirme a estudiar psicología quería inscribirme en la facultad de medicina veterinaria.

—¿Por qué no lo hiciste? —averiguo apartándole el pelo de la cara.

—No lo sé, me sedujo más la idea de la psicología forense, quizás en unos años me anime a sacar una segunda licenciatura.

—¿Dos? ¿Estás segura? No digo que no puedas hacerlo, sino que me genera curiosidad cómo ejercerás ambas profesiones.

—Es posible, con una buena organización se logra. Quizás luego te explique lo que llevo pensado, ahora no quiero hablar de estudios, los exámenes finales me tienen el cerebro frito. —hace un puchero y me saca una sonrisa.

—De acuerdo, ya tenemos tema de conversación para después. También me gustaría contarte sobre la rama científica en la que me quiero especializar, estoy ansioso por llegar a ese nivel de la carrera. —me emociono de solo pensarlo.

—Vas a tener que explicarme todo con detalles, porque de números y fórmulas no entiendo un rábano.

—Y tú tendrás que explicarme todo el espectro de los sentimientos, porque yo solo sé que los seres humanos tenemos una mente bastante… abstracta.

Una niña pasa frente a nosotros corriendo detrás de un conejo marrón y saltarín, Nathaly pega un respingo y va tras la pequeña a ayudarla a atrapar el animal. Ríe cuando ambas tropiezan tratando de tomarlo y al final lo logra, le acaricia las orejas con mimo y lo entrega a su dueña. Se acerca aun sonriendo y mirando sobre su hombro hasta

que la niña y el conejo se pierden de vista.

—Me gustan mucho los animales. —comenta cuando llega a mi lado de nuevo.

—A mí me gustas tú.

Se ha puesto como un tomate, sonrío para mis adentros, aunque me esté mordiendo la lengua. «No sé por qué soy tan boca suelta».

Estamos en temporada de fiestas y ferias, por eso hay tanta gente aquí a tan temprana hora del día, son solo las cinco de la tarde. Desde la entrada se puede ver la rueda de la fortuna girando en medio del lugar, con todos sus colores brillando, las tazas giratorias, la montaña rusa, los jueguitos donde ganas peluches, y un poco más lejos distingo la gran carpa del circo con una fila larguísima en la entrada, imagino que están esperando a que inicie la función.

Nathaly se queda mirando las sillas giratorias con una cara de miedo y melancolía, y yo busco con la mirada el puesto de cotufas.

—Ahí están. —señalo el carrito y a ella se le ilumina la cara, camina a mi lado hasta el puesto, recuperando el buen semblante.

—No recordaba lo bonito y divertido que se veía todo esto. —sonríe con nostalgia otra vez y estoy seguro de que algún recuerdo vino a su mente.

Ella se pierde en sus pensamientos unos minutos, recorre el lugar con la vista y seca sus manos sudadas en su pantalón. Está nerviosa, pero presiento que no es solo por mí, y me preocupa lo que le esté incomodando. Tomo su mano libre para que deje de temblarle y ella me mira agradecida. Me río cuando la veo saborear las cotufas como si fueran un manjar.

—Esto es arte comestible. —se mete otro puño de cotufas a la boca y me parece de lo más adorable.

Paso mi pulgar por la comisura de sus labios para quitar una hojuela del maíz que se le ha quedado pegada, cuando la quito dejo mi mano acariciando su mejilla. Mi tacto es suave, pero ella se estremece un poco y cierra los ojos ante mi caricia.

—Tú eres arte. —la corrijo y se le enrojece todo el rostro.

—¿Comestible?

Suelto una risotada y ella se une a mí risa, pero la suya es más una risa nerviosa.

—Yo-yo, a veces —tartamudea entre risas—, cuando estoy nerviosa digo cosas sin pensar...

—Vamos a ver las atracciones —propongo para salvarla del momento vergonzoso y mientras avanzamos hacia los juegos no puedo dejar de mirarla, es impresionante que ella ignore lo preciosa que es, tiene un espíritu muy fuerte. Me inclino hasta que mi aliento le roza la oreja, se tensa al instante—. Ah, y sí eres comestible, tú dirás si puedo comerte...

Me da un empujón en el hombro y con los cachetes enrojecidos apura el paso, la sigo rápidamente sin poder contener la carcajada a la que termina uniéndose.

Nathaly Grey me está gustando más de lo que imagine.

Capítulo 11

La feria.

NATHALY

Recuerdos…

Cuando Danny dijo que vendríamos a la feria no pude evitar ponerme nerviosa ante la idea de visitar otro lugar que me recuerda a Scott, es como si cada rincón del universo estuviera impregnado con su presencia. Comencé a sentir retorcijones en el estómago a causa del miedo de enfrentarme de nuevo a su ausencia, mi corazón palpitaba muy rápido y sentía que no podía respirar, ahora me he obligado a tranquilizarme, porque no quiero que mi acompañante indague sobre lo que me sucede, no quiero dar explicaciones, no quiero hablar de lo que pasó.

Mientras está en el baño aprovecho para tomarme la dosis correspondiente de ansiolíticos, me siento tentada a ingerir la pastilla somnífera, pero me contengo, estaré adormilada todo el paseo si lo bebo. «Resiste, resiste» le pido a mi cuerpo, es como si me pidiera a gritos los fármacos, como si deseara saciarse de aquello que calma los temblores y alivia el tormento en mi mente.

Mi mejor amigo era un amante de las ferias y los parques de atracciones, le encantaban las sillas voladoras y las tazas giratorias. A mí siempre me gustó la rueda de la fortuna, me parece que un paseo lento es mejor que girar hasta vomitar.

La voz de Scott llega a mi mente como un frágil murmullo que amenaza con hacerme temblar otra vez...

—Vamos, Grey, las tazas giratorias son fantásticas. —hizo un puchero y unió sus manos rogándome que subiera con él.

—Scott, no creo que sea buena idea, vomitare el almuerzo y me dolerá la cabeza. —negué y me crucé de brazos.

—Por favor —suplicó—, te comprare más cotufas y chocolate si subes conmigo.

¿Me estaba sobornando?

No era un mal trato...

—¡Ash! Está bien, subiré contigo a esas tazas locas. —accedí y una expresión de victoria apareció en su rostro.

Él tomó mi mano mientras íbamos a comprar los boletos.

—Si me mareo será tu culpa. —refunfuñé.

—Tranquilízate, Grey, no te dejaré sola. —sonrió, y eso era lo que necesitaba para sentirme calmada.

¿Dónde estás ahora, Scott?

Te fuiste y no pude despedirme, me dejaste sola y no pude admirar

más tu sonrisa divertida cuando veías las sillas voladoras o las tazas, ni oír tus chistes sobre mi obsesión por las cotufas. Prometiste quedarte y te has marchado, prometiste abrazarme siempre y ahora que siento que me congelo no estás para abrigarme. Ya no brillo, dejé de hacerlo cuando tú bajaste del cometa en el que viajábamos a los planetas.

Te has ido.

—¿Nath? —una mano toca mi hombro.

Salgo de mis pensamientos para ver a Danny parado frente a mí con los boletos para subir a la rueda de la fortuna. Pestañeo rápidamente y recupero la postura, no quiero que se preocupe por mi actitud.

Hoy se ve guapísimo, la sudadera blanca que tenía esta mañana la remplazó por una camisa manga larga de botones color azul marino que le queda ajustada en los lugares correctos, y tiene una gorra negra de la que se le salen algunos mechones de cabello.

Danny me gusta, me costó admitirlo y aceptarlo, pero ahora es innegable.

No solo por su físico, sino por su personalidad tan atípica a lo que normalmente se ve en los chicos de universidad.

No es arrogante, ni egocéntrico, mucho menos me trata a las patadas como cierta persona solía hacerlo; aún conservo temores y miedos dentro de mí, me asusta que en cualquier momento pueda sentirse molesto por alguna actitud inadecuada de mi parte y arremeta en mi contra, quizás por ello me he esforzado en comportarme de manera «normal». No quiero hacerlo enfadar, las personas tienden a ser dolorosamente sinceras cuando están enojadas.

Sin embargo, él no… él no parece ser así.

Es dulce, divertido, bromista, cariñoso y atento. A veces me sorprende como presta atención a cada cosa que digo y la recuerda a la perfección; es prudente, respeta mis sentimientos y no me presiona a nada, sé que sabe que hay algo que me causa dolor y tristeza, pero no se atreve a preguntar, y es muy lindo y considerado de su parte darme ese espacio.

Me gusta cuando sonríe al contar una anécdota chistosa, o la manera en la que brillan sus ojos cuando habla de sus sueños y metas, y me hipnotiza la forma en la que frunce el ceño cuando no comprende algo o se pone a pensar. «Se ve adorable».

Pensé que iba a rendirse conmigo. Soy consciente de que tiendo a ser muy cerrada y apartada de todo y todos, y que mis miedos me hacen levantar una muralla de concreto para protegerme, pero él persistió y comenzó a ganarse el arrugado corazón de esta estrella agonizante.

Él ha estado muy lindo conmigo, y sigo asombrada por lo que le

dijo de mi a Selena. Cuando lo escuché recitar esas palabras no pude evitar abrir la boca por la sorpresa, y mis ojos se cristalizaron por la manera en la que hablaba sobre mí; mi… mi mente se bloqueó, miles de recuerdos me bombardearon hasta aturdirme, trataba de encontrar alguno en el que Peter se hubiera referido a mí de esa forma, pero no lo hallé. En todos veía su mano impactando contra mi rostro, la voz gruesa y grotesca repitiéndome la mujer inútil que era, los jaloneos bruscos con los que me acercaba a él… y los ilógicos y vacíos que sonaban sus «te quiero» después de hacerme tanto daño.

Después de haber sido tratada así, no pensé que un chico pudiera hablar de mí como lo hizo Danny. Me metí en la cabeza que era inservible, que nadie iba a quererme realmente, que fue mi culpa haber sido herida física y emocionalmente, que yo permití que me volvieran polvo en el suelo. Yo. Yo. Yo. Lo peor es que lo sigo creyendo.

Realmente ni imaginé que alguien pudiera si quiera notar luz en mí, ya que yo simplemente no veo nada cuando estoy frente al espejo; solo dolor y niebla.

Y ese suave beso que me dio me hizo sentir dragones en el estómago, estuve a casi nada de apartarme y huir, porque fue como si una parte de mi saliera del hoyo frío en el que estaba, y desconocí completamente la calidez del exterior.

Me sentí feliz, segura, querida.

Me sentí viva.

—¿Lista, señorita? —me pregunta en un tono antiguo y extiende su mano.

Me río y poso mi mano sobre la suya.

—Estoy lista.

El besa mis nudillos y me lleva a la rueda de la fortuna.

«Bastante cliché, si me lo preguntas».

Suerte que nadie te lo está preguntando, conciencia.

De cerca es mucho más alta y enorme, las luces que tiene iluminan casi todo el lugar, los asientos acolchados son cómodos y desde arriba la vista debe ser increíble.

Nos subimos y mientras esperamos que comience a girar me dedico a mirar mis pies colgando a un metro del piso, los balanceo hacia adelante y atrás, mis ojos viajando al suelo de grama verde y paja seca debajo de nosotros. Siento el peso de la mirada del chico a mí lado y dejo escapar un sonoro suspiro, considero que él ha sido bastante abierto y sincero conmigo sobre su vida, me gustaría corresponderle de la misma forma, es lo más justo.

—Venir aquí me hizo recordar a alguien muy importante para mí. Alguien que… que ya no está. —confieso tragando grueso.

Aunque no quería decirlo así de golpe, cuando esa frase sale de mi

boca las taquicardias se calman por instantes y los pulmones se me llenan de aire.

Es como si me quitaran parte del peso de encima, y quisiera poder liberarlo todo hasta vaciarme y poder llenarme de frescura, pero no es tan sencillo.

Danny me mira con comprensión, pasa su brazo por mis hombros y me acerca a él suavemente, me despojo del miedo con mucha dificultad y recuesto la cabeza entre su cuello y su pecho, disfrutando de su calidez y aroma a loción masculina.

—Lamento tu pérdida, preciosa.

Él no dice más nada al respecto, y es algo que agradezco, solo necesitaba soltarlo antes de que ese recuerdo me consumiera.

—¿Danny?

—¿Si?

—¿Alguna vez te has sentido culpable de algo? De algo… muy feo. —pregunto con mi mejilla recostada de su pecho todavía.

Tal vez sea una pregunta estúpida, o tal vez no, pero una parte de mi necesita saber si no soy la única a la que la culpa la acuchilla por las noches.

—Sí —responde tras unos segundos y levanto la cabeza como un resorte para verlo—, pero estoy seguro de que no ha sido de la manera en la que tú te sientes culpable. Preciosa, sea lo que sea que hayas vivido, estoy convencido de que no fue tu culpa. —me asegura firmemente.

Todos dicen eso.

Nadie más estuvo en ese auto. Solo Scott y yo.

Estábamos en la misma situación, en el mismo lago, hundidos los dos. El murió, yo viví, y eso no es justo.

Fue mi culpa, pude haber hecho algo, pude voltear el volante, pude idear alguna manera rápida de frenar el vehículo, pude…

—Mira. —Danny señala el cielo en cuanto comenzamos a subir.

No me equivoqué, esta vista es impresionante, el ambiente fresco mezclado con la compañía de Danny me hace olvidar mis pensamientos de hace un minuto. «Su… su presencia me hace bien».

—Es magnífico. —musito maravillada siguiendo su mirada.

El cielo está totalmente negro, las estrellas pintan de luz esa hermosa tela negra, son muchas, sería imposible contarlas; los puntitos centellantes parecen luciérnagas. Puedo ver también pequeños reflejos tenues en las nubes grises que se van desvaneciendo, los tonos son una mezcla entre morado oscuro y azul, y se ve espectacular. «Creo que los arcoíris también aparecen en las noches».

Danny voltea repetitivamente hacia distintos lados del cielo.

—¿Qué haces? —le pregunto con una pequeña risa.

—Estoy buscando al oso. —frunce el ceño y sigue mirando hacia

arriba.

Ladeo la cabeza.

—¿Oso? ¿Cuál oso?

—La constelación del oso, o la del gorrión. —suspira frustrado.

Me echo a reír al entender a qué se refiere, haciéndolo refunfuñar.

—¿De qué te ríes?

—Los astrónomos estarían bastante ofendidos si te oyeran. No se llama «Oso», ni «Gorrión» —me cuesta hablar entre risas—. Es la «Osa Mayor» y «Orión». —lo corrijo y su cara es un poema.

Se rasca la nuca algo avergonzado.

—No estuve muy lejos, solo me equivoqué de sexo con el oso ese. —masculla y empieza a reírse conmigo.

Al bajar de la rueda de la fortuna nos dirigimos a las tazas giratorias.

Oh no, las tazas no.

—No quiero subir ahí. —freno en seco y Danny se da la vuelta para ojearme con extrañeza, la mano izquierda me tiembla y vuelvo a sentir los pulmones pesados.

—No tenemos que girar tan rápido, todo estará bien. —me asegura y me extiende su mano de nuevo.

No, no y no. No puedo.

Me quedo ahí de pie sin mover un musculo, alternando la vista entre su mano y las tazas.

—Entiendo si no quieres subir, perdón por insistir, —baja la mano, su voz suena nerviosa.

—No, Danny, no es eso, yo... —intento buscar las palabras correctas—. Me encantaría subir a las tazas contigo, solo que no sé si pueda hacerlo justo ahora, yo… la persona de la que te hablé antes… y las tazas me recuerdan a… —suspiro bajando la mirada. «Es tan complicado explicar qué es lo que nos aflige».

Sus cejas se unen y se acerca a mí en dos zancadas que me hacen respingar; debo levantar un poco la cabeza para poder verlo a la cara. Pone ambas manos en mis mejillas y me acaricia con sus pulgares, pega su frente a la mía y nuestras respiraciones se vuelven más lentas, su cercanía me… me tranquiliza, la suave caricia de la yema de sus dedos va menguando los miedos y terrores, no me lastima, no me sujeta con rudeza… Sus ojos bajan a mi boca y por instinto muerdo mi labio inferior.

Quiero besarlo...

Su mirada me dice que quiere lo mismo que yo, pero también sé que está haciendo todo lo posible por no incomodarme; así que cansada del espacio que nos separa doy otro paso hacia él armándome de valor y pongo mis manos en su pecho con mucho cuidado, levanto mi cabeza de nuevo para encontrarme con esos ojos negros que me

tienen con la cabeza revuelta.

Danny acerca sus labios a los míos lentamente, dándome tiempo a apartarme, pero no lo hago y sigue aproximándose...

Hasta que me besa.

«¡Dios!».

En el momento en que su boca entra en contacto con la mía siento como si hubiesen encendido un interruptor en mí, todo lo que estaba dormido empieza a despertarse poco a poco, y no sé cómo describir esta sensación de vitalidad que me hace soltar un suspiro entrecortado.

Sus labios se mueven con suavidad, acariciando los míos lentamente. Pone sus manos de nuevo en mis mejillas y acaricia mi labio inferior con el suyo, ladea la cabeza profundizando el contacto e intensificando el momento. Se me escapaba un sonidito de alivio cuando su lengua baila con la mía en una sincronía algo torpe por los nervios que ambos tenemos, y aunque el beso se acelera sigue siendo tierno y lleno de tantas emociones que no pensé que volvería a sentir.

Me besa como si yo fuese una pieza de cristal a la que hay que tratar con delicadeza, es… es… «Siento que se me va a salir el corazón del pecho».

Rodeo su cuello con mis brazos y los suyos bajan hasta estar alrededor de mi cintura. Me pongo de puntillas para alcanzarlo mejor y lo sigo besando como si mi vida dependiera de ello, meto mis dedos en su cabello para acercarlo más a mí y su fragancia me inunda, su aroma me pone a alucinar. Sus labios son tan suaves y carnosos como imagine, su beso sabe a chocolate y a «puedes confiar en mí».

Nos separamos para tomar aire y él me da un beso en la punta de la nariz.

—No voy a dejar que nada malo te pase ¿entiendes? —musita con su frente pegada a la mía, nuestras respiraciones descontroladas.

Él me hace sentir protegida, y aunque sé que yo debo ser mi propio escudo me alegra que Danny sostenga mi mano en el proceso.

—Me gustas. —confieso con mis ojos cerrados, el miedo a que no sea real me impide abrirlos.

Danny sujeta mi mentón con sus dedos y sube mi cabeza.

—Mírame. —me pide con delicadeza.

—No quiero.

—Preciosa, mírame, por favor.

Abro los ojos.

—Me gustas, y me estás haciendo perder el raciocinio, Nathaly Grey. —expresa y no puedo evitar sonreír.

La voz de Mara entra en mi cabeza y me recuerda algo: «*A Scott le gustaría que fueras feliz*» ...

Ella tiene razón, y sé que mi mejor amigo estaría contento de

verme con alguien que me trata como una piedra preciosa. A él le gustaría verme salir con Mara a comprar donas y muchas sudaderas negras, escucharme reír y cantar a todo pulmón las canciones de la radio; él querría que yo siguiera siendo yo misma, no lo que la tristeza ha hecho de mí.

Scott quisiera que yo viviera.

¿Pero podré hacerlo sin él?

No lo sé, no puedo asegurarlo, porque su muerte me pesa, me duele y me hala hacia el suelo cada vez que tiene oportunidad. Quiero vivir por mí y por Scott. ¿Será difícil? Sí, y es lo que he estado evitando desde hace meses: enfrentarme a una vida sin él.

Me necesito, pero ¿cómo vuelvo a tenerme?

Danny y yo recorremos la feria un rato más, le prometí que la próxima vez que viniéramos subiría con él a las tazas giratorias y me repitió que no debo sentirme presionada, que él irá a mi paso.

Nos sentamos en unos banquitos de colores cerca del circo. Las risas de las personas que están viendo la función se escuchan hasta aquí afuera, y la música de cada atracción se mezcla con los truenos de lluvia.

—Creo que va a llover, comamos para irnos, no quiero que nos llueva encima. —me dice Danny en cuanto vuelve del puesto de comida.

Trae dos platos de plástico con un trozo de pizza caliente en cada uno.

—Gracias —le sonrío y aunque tengo náuseas me obligo a comer, no puedo estar así sin nada en el estómago todos los días. Le doy una mordida a mi comida y le echo un vistazo al cielo también—. Yo también creo que lloverá, y no quiero mojarme, si pesco un resfriado será espantoso.

—Yo te cuido si te enfermas, y más te vale portarte bien, jovencita.

Este chico no deja de hacerme sonrojar.

Sigo comiendo mi pizza para evitar responder y él se ríe.

La comida está deliciosa, el queso fundido sabe esquicito, y no puedo evitar emitir un sonido de degustación. Hace días que no comía algo medianamente decente, lo único que consumía eran barras de granola o galletas de soda.

—Me encanta verte comer. —comenta Danny y siento el calor cubrir mis mejillas, otra vez.

—Soy un desastre al comer —niego y como si la vida necesitara confirmarlo, un trocito de pizza cae de mi plato y aterriza en mis piernas, manchando el pantalón—. ¿Lo ves? —sacudo la cabeza y él solo repite que soy adorable.

No creo que "adorable" sea el adjetivo correcto para mí, pero no voy a contradecirlo. Él es firme en lo que piensa, y casi nunca se deja

convencer de que lo que dice es erróneo, por decirlo de alguna manera.

Mi teléfono comienza a vibrar, es un mensaje.

Mara <3: ¡¿Dónde estás, ridícula?!

Yo: Con Danny, en la feria :3

Mara <3: No sé en qué problema me acabo de meter :0

Su mensaje me confunde, necesito más información, ¿ahora qué hizo?

Yo: ¿Qué hiciste ahora, pendeja?

Miro a Danny y le pido disculpas por estar usando el teléfono a mitad de nuestra salida.

—Tranquila, yo también voy a monitorear a mi hermano. —suspira pensativo y saca su celular.

Me llega otro mensaje.

Mara <3: Estoy en casa de Mike, je je.

¿Je, je? Debe estar de coña.

Yo: No te creo :0

Ella es muy miedosa en esa área, y no se iría a meter a la casa del chico que le gusta, así como así.

Una foto me llega y mi mandíbula casi cae hasta el suelo.

Es de Mike, está de espaldas a la cámara haciendo algo en lo que parece ser una cocina.

Mi mejor amiga acaba de dejarme en shock.

Mara <3: ¡Estoy en la casa de mi pechugo!

Me río de su elección de palabras y Danny me observa confundido y con la mirada divertida.

Yo: ¡¿Y qué rábanos haces ahí, María Poncia?!

Mara <3: ¡No sé! Estaba aburrida y acabé metida aquí, su madre está presente y yo no sabía eso, ahora me está haciendo preguntas y… ¡No sé qué responder!

Yo: ¡No seas mensa! Responde casual, tipo: sí, señora, me gusta mucho su hijo.

Mara <3: ¡Cállate! Eso no es casual.

Yo: ¿Entonces qué pretendes?

Mara <3: Planeaba hablarle de todas mis teorías conspirativas.

Yo: Mara, por favor, nada de aliens.

Mara <3: Los aliens si existen, tengo una teoría que lo comprueba. ¡Y se la voy a contar!

Yo: ¡No, no! María Poncia ven aquí.

Mara <3: ¡La señora me sigue la corriente! Esto es muchísimo mejor que encerrarse en una habitación a que te desfloren el atún.

Dejo de responder para reírme a todo lo que dan mis pulmones. Danny levanta la vista de su teléfono y sonríe al verme reír como foca con problemas de epilepsia, un trozo de pizza se me atasca en la

garganta y lo lleva a darme palmadas en la espalda hasta que dejo de ahogarme con la comida.

—Lo siento. —tomo aire cuando dejo de reír.

—No te disculpes, verte reír se ha vuelto uno de mis pasatiempos favoritos.

—Me estaba ahogando.

—Lo noté, y es importante que sepas que si te mueres no me haré responsable, te culparé a ti por no masticar bien.

—Ambos sabemos que es mentira.

—Lo sé, pero quería intentar ser un chico malo para gustarte más.

—No es necesario ser malo para que me gustes.

—En los libros o películas casi siempre es así. —comenta bebiendo de una lata de refresco.

—No porque lo reflejen en la literatura y en la televisión significa que sea correcto, es ficción y… simplemente no debería ser así.

—¿No te gusta los clichés románticos?

—No me gusta ese concepto de amor. Ese en el que un alma «sana» repara a una «dañada». Pienso que cada alma tiene sus fisuras, algunas más profundas que otras, pero fisuras al fin, y que no es justo que profundices las tuyas para que otro pueda «sanar». Sanamos cuando decidimos dejar de vivir en base al ardor de esas hendiduras. Sí, las personas del camino, sean «buenas» o «malas» contribuyen a que prosigamos al cambio, pero la decisión es nuestra.

—¿Y si decide cambiar por amor a alguien más?

—Es egoísta pedirle a una persona que cambie por alguien más que no sea el mismo.

—Las personas somos egoístas a diario —Se aclara la garganta y se echa hacia atrás, sosteniendo su cuerpo con los brazos extendidos en la banqueta—. Y la mayoría de las veces lo somos con nosotros mismos, porque no lo sé, nos aferramos a lo que causa dolor con la ilusión de transformarlo en felicidad, por ello concuerdo contigo en esto. El amor, la amistad, incluso la familia no debería ser así de… sufrido. Al menos no ese tipo de sufrimiento.

Nos quedamos en silencio apreciando las luces, medito en la conversación y realmente no creo que modifique mi filosofía, porque jamás aceptaré que tienes que ser apaleado para poder amar. Se dice que la misma felicidad tiene un costo, un precio que debes pagar, y también estoy en completo desacuerdo. ¿Por qué debemos pagar con creces el derecho a ser felices?

—¿Puedo preguntarte algo, preciosa?

—¿Es… muy personal? —inquiero cautelosa jugueteando con la pulsera que tiene en la muñeca.

—Un poco, y no debes contestarla si no quieres.

Respiro hondo y asiento, dándole el permiso.

—¿Tuviste una relación anteriormente? —me acaricia el dorso de la mano y deja la vista ahí para no incomodarme. La pregunta me descoloca y me lo pienso mucho antes de responder.

—Sí, duró casi… casi 1 año.

—¿Por qué acabó?

—Porque si no acababa, él iba a acabar conmigo. —hablo demasiado rápido y la garganta se me tranca con el nudo que se forma, trago grueso y miro a otra parte.

—Puedes confiar en mí, Nathaly, ya no tienes que guardarte todo…

—¿Podemos ir al auto? Aquí hay demasiada gente. —lo interrumpo.

—Por supuesto, vamos.

Danny me lleva al coche sin soltarme la mano, me abre la puerta del copiloto y entro ahí cogiendo valentía, esto… esto puede hacerme bien, quizás hablar de lo ocurrido quite parte del peso… no es seguro, pero quiero tratar… quiero que al menos una parte del problema deje de doler.

Él se pone tras el volante, no enciende el motor, solo observa hacia adelante, dándome mi espacio para decidir cuándo iniciar, no luce molesto por la espera, ni inquieto, está sereno, y mueve el brazo para acariciarme los dedos con los suyos.

—Salí durante meses con un chico que aseguraba quererme y prometió protegerme aun de mi misma, pero jamás me advirtió que sería yo la que tuviera que protegerme de él —me pican los ojos—. Un día lo hice enfadar, no actué como él quería que lo hiciera y…

Las palabras no me salen, sollozo aguantándome las lágrimas y Danny me agarra la mano, más se mantiene callado.

—Él me abofeteó, dos veces. Sucedió de repente, en un momento me estaba gritando y al siguiente me tiró al piso después de pegarme y yo… no sabía qué hacer para que se calmara, gritaba y gritaba sin parar… me dijo que nadie me querría si seguía siendo así de terca y estúpida, que no merecía cariño porque solo daba problemas y lo hacía perder la paciencia…

La mandíbula del pelinegro se tensa tanto que temo que se reviente los dientes, el puño libre lo aprieta y cierra los ojos inhalando hondo, suspira y me mira apacible, no con el desagrado y disgusto que debe estar sintiendo. Yo por el contrario siento que rememorar esto y decirlo en voz alta me está abriendo la grieta que tengo en el pecho, quema como ácido.

—¿Qué sucedió luego, preciosa?

—Le pedí perdón por hacerlo enfadar y prometí comportarme mejor.

—Él te golpeó y tú asumiste la culpa, eso no es correcto.

—Quizás sí lo fue, estaba ocupada esos días y apenas tenía tiempo

para salir con él, pude haber tratado de sacar más horas para…

—No. Te puso la mano encima porque es un cobarde, porque sabía que no te defenderías, porque quería tener poder sobre ti —se pasa las manos por la cara y se acomoda en el asiento para quedar frente a mí —. ¿Él…?

Sé lo que está intentando preguntar.

Sollozo de nuevo, esta vez más fuerte que la anterior y ahora es imposible retener las tres lágrimas gruesas que brotan mis ojos. Bajo la cara sintiéndome estúpida, reprochándome el haber permanecido ahí hasta que casi me marca de por vida de una forma peor.

—Sí, intentó abusar de mí también, pero esa vez… esa vez me defendí. Como pude, pero lo hice, juro que lo hice, lo pateé y me zafé de sus agarrones, de verdad, no miento, me defendí, puse resistencia, me aparté… yo… yo… —la respiración se me tranca y él baja las ventanillas para que entre más aire y toma mi mentón haciendo que lo mire.

—Hey, hey, no estoy diciendo lo contrario, sé que eres fuerte, sé que te defendiste, y estoy feliz por ello. Aunque no te conocía en esa época, estoy orgulloso de ti por haber tenido la fuerza de voluntad para salir de allí y después de un tiempo tener la valentía de contarlo y hablar de ello.

—No me siento así, no me siento valiente, aún tengo miedo, incluso de… de que tú te enfades y… —no quiero herirlo u ofenderlo con mis palabras, pero tenía que decirlo.

Danny baja la cara y deja de tocarme las mejillas, temo a que se haya enojado y respiro demasiado rápido, los nervios me hacen arañarme disimuladamente los brazos y el pánico toca a mi puerta. «No, no, no».

—Yo… lo siento, no quise decir eso, Danny…

—No quiero que me compares con él, porque… porque no soy como él, sería incapaz de hacerte algo así.

—Hubo un momento en el que creí que él tampoco lo haría… y lo hizo…

—Mírame, Nathaly.

Habla con suavidad, y con labios temblorosos y ojos llorosos alzo la cara para encontrarme con una mirada cálida, una expresión sincera, una persona que irradia… irradia paz. «Cuando lo veo a él no siento miedo».

—Sé sincera ¿te asusta mi cercanía?

Niego con la cabeza.

—¿Quieres que me aleje?

Vuelvo a negar.

—¿Quieres que vayamos despacio?

—Sí, por favor…

—Entonces iremos despacio, preciosa. Tú lo dijiste, todas las almas tienen fisuras, pero puedo asegurarte que las mías han sanado mejor desde que te veo sonreír, y quiero que siga siendo así, porque algo me dice que cuando ríes, las fisuras de la tuya empiezan a cicatrizar. —me besa en la frente.

—No quiero ser egoísta contigo, tampoco que tengas que tolerar mis miedos, me asusta que…

Rompiendo con todo protocolo y cautela, acalla mis palabras poniendo sus suaves labios sobre los míos, sumergiéndonos en un lento beso que me nubla el cerebro; con los dedos me limpia las lágrimas de la cara y disminuye el terror que crecía en mi interior.

—Iremos a tu paso. —repite cuando se separa un poco de mí.

—De acuerdo. —acepto sintiéndome orgullosa de haber sido capaz de confiar otra vez; es un paso pequeñito, pero para mí ha sido gigante.

Capítulo 12

Retroceso.

NATHALY.

Aire.

Aire.

Aire.

Necesito aire.

Las ventanas del autobús están cerradas, la puerta abierta está a metros de mí y me inquieta estar metida entre tantas personas; le doy vueltas al anillo plateado que tengo en la mano y cuando el transporte avanza disminuye un poco la presión que siento en el tórax. Últimamente he estado enferma, las tres semanas que han transcurrido desde la cita con Danny en la feria han sido una montaña rusa que a mi parecer va más en bajada que subida, él me ha tratado muy bien y hemos estado conectándonos mejor, pero internamente siento que algo va mal en mí.

Tengo fiebre la mayor parte del tiempo, por más que aumento la dosis de los antidepresivos no veo mejoras, al contrario, siento que la tristeza se ha incrementado hasta el punto en el que creo que me hundiré en el colchón mientras duermo, pensamientos desagradables me despiertan a media noche llevándome a meterme en la boca los somníferos y ansiolíticos, lo que logra calmar por breves horas las taquicardias de mi corazón. Son desesperantes, vivo en un estado de alerta estresante y desgastante mentalmente, quizás si me suministro más veces al día el medicamento pueda haber un cambio. Es curioso como todo deja de doler cuando tengo las pastillas en mi sistema.

Los mareos también hay aumentado, al igual que la falta de coordinación incluso al caminar, la somnolencia me tiene bailando sobre una cuerda amenazando con tumbarme al suelo si me duermo, más prefiero estar así que batallar con las crisis ansiosas en las que despierto a media noche gritando contra la almohada creyendo que me arrancan la piel de los huesos.

El teléfono me vibra en el bolsillo y pego un brinco del susto, lo saco rápidamente y contesto la llamada.

—¿Sí? —aprieto los párpados para espabilarme.

—Hija, tu padre me comentó que irás a reunirte con unos amigos de la secundaria —es mi madre—. ¿Cómo te sientes? ¿Mara está contigo?

Tomo aire.

—No, mamá, es sábado, recuerda que Mara la mayoría de los sábados sale con su hermano a despejarse o yo qué sé —intento no ser

hostil, pero me cuesta, no controlo mis cambios de humor—, y… estoy bien, no te angusties ¿sí? Solo visitaré a un par de amigos, no es nada…

—Estamos hablando de la secundaria, cariño, tienes meses sin verle la cara a ninguno de ellos —sé que está intentando elegir las palabras correctas—, puede ser bueno para ti ir allá, ir superando poco a poco los miedos…

—Estaré bien.

—No dudes en llamar si lo necesitas, pase lo que pase siempre te abrazaré y cuidaré de ti.

—No estoy enferma, mamá…

—Sabes a lo que me refiero, ahora guarda el teléfono y disfruta el paseo, te amo.

—Te amo, dale un beso a Jake de mi parte.

«Realmente lamento tener que ocultarte a mamá lo mísera que me siento».

El día de ayer recibí una llamada de Lukas Lee, uno de mis amigos más cercanos en la secundaria, y… el mejor amigo de Scott. Quiso saber cómo me encontraba y me invitó a su casa a pasar la tarde viendo películas como en los viejos tiempos, y estuve a casi nada de negarme, pero percibí en su voz aquella nostalgia y deseo por sentir a su amigo cerca al menos por unos minutos que… que no pude rechazar la invitación. Ahora estoy camino a uno de los vecindarios más bonitos del sur de Seattle, comiéndome las uñas y resistiendo las ganas de vomitar por la ventana, las curvas de la carretera me tienen mareada, pero no he de negar que me emociona un poco reencontrarme con una de las personas a las que les guardo muchísimo cariño; los tres andábamos juntos a todos lados, éramos ese trío de amigos inseparables que todo el mundo quería tener. «Extraño esos tiempos».

Danny me envía un mensaje deseándome un buen día y me hace sonreír con la foto de su cara adormilada que me envía, le respondo con una mía donde salgo con la mejilla pegada al vidrio de la ventana y los labios formando un puchero; se me notan las ojeras y la palidez, pero no me importa, qué caso tiene no enviarla si de todas formas él me ve así en persona. La llena de emoticones con corazones y saber que está pendiente de mí me genera paz.

Me coloco los audífonos lo que resta del trayecto sumergiéndome en las canciones de Imagine Dragons que me recomendó Mike. «**Demons**» es una de mis favoritas de la lista que me ha enviado, la letra me envuelve y la tarareo en voz bajita.

—I want to hide the truth, I want to shelter you but with the beast inside there's nowhere we can hide.

«Quiero esconder la verdad, quiero protegerte, pero con la bestia dentro

no hay ningún lugar en el que podamos escondernos».

La música me adormila en el asiento y al rato soy sacudida por el frenazo del autobús, sacudo la cabeza despertándome y me incorporo en el asiento, la mayoría de las personas están bajando del transporte y los imito colgándome la mochila en el hombro y subiendo el cierre de la chaqueta de cuero que me he puesto para cubrirme del frío matutino.

El exterior me trae frescura a la cara y respiro mejor estando fuera de la buseta, comienzo a ponerme nerviosa mientras espero que Lukas me recoja en su auto, la boca se me reseca y sin querer me muerdo el labio inferior hasta que se agrieta y sangra; siseo por lo bajo y relamo la zona afectada, mi pierna no se queda quieta repiqueteando en el suelo y me abarcan las ganas de tirarme del cabello queriendo tener control sobre mi cuerpo. Saco el frasco de ansiolíticos y me meto dos pastillas en la boca bajándolas con agua del envase que metí en el morral al salir, solo con sentirlas caer dentro del estómago se van ralentizando los golpeteos desesperados de la sangre en mis venas.

Me distraigo viendo un par de ardillas que saltan en las ramas de los árboles de hojas, son hermosas, juguetean y se persiguen una a la otra, me sacan una sonrisa de un segundo a otro; la naturaleza es una de mis cosas favoritas, de hecho, en ocasiones tengo deseos de vivir en una colina, habitar en una fresca cabaña cuyos alrededores estén repletos de animales, flores aromáticas…

—¡Nathaly! ¡Nath! —me llaman desde un lado de la plaza en donde estoy, volteo a todas partes como un ventilador hasta que veo una maraña de cabellos azules siendo batidos por el viento, la cara pecosa y nívea de Lukas aparece en mi campo visual, la sonrisa reluciente que me dedica desde la distancia me retuerce el estómago y cuando conecto mi mirada con sus ojos cafés cristalizados una fuerza me impulsa a correr como desquiciada en su dirección, un montón de palomas salen volando cuando les paso por un lado y…

—¡Lukas! —Los nervios se esfuman cuando le salto encima, rodeándole el torso con mis delgados brazos, lo aprieto con fuerza, negándome a separarme de su familiaridad, de la felicidad que me causa verlo siendo quien ha sido siempre; un chico sonriente y extrovertido, amante de los comics y superhéroes.

Me abraza de la misma manera, enterrando la cara en mi pelo, los ojos me pican y cuando lo escucho soltar un pequeño y bajito sollozo sé que acaba de experimentar lo mismo que yo: estamos viendo a nuestro amigo Scott Torres en los ojos del otro. Se aparta para mirarme a la cara y limpiar las lágrimas que se me han escapado, él tiene los ojos rojos, pero sigue sonriendo igual que yo.

—Me alegra tanto verte. —me dice ojeándome de arriba abajo para comprobar que estoy bien.

—A mí también me alegra verte, Luk… —esnifo limpiándome las mejillas—. Te has teñido el cabello, y te queda genial.

—¿Qué es lo que no me queda genial a mí, pequeña pianista? —rueda los ojos y se ríe, yo intento hacerlo, pero el término por el que me ha llamado me hace tragar grueso. Se percata del gesto y me toma del brazo empezando a correr por toda la plaza—. ¡Corre que viene el coco y te comerá!

—¡Lukas estamos en un sitio público, aquí no hay ningún…!

—Eres demasiado lenta, así moriremos… —se queja y en cuestión de segundos estoy echada sobre su hombro como un saco de papas, me mareo por estar con la cabeza volteada más no le doy relevancia por estarme riendo de las quejas del chico que trota hacia las afueras de la plaza—. Te ves delgada, pero tus huesos pesan, Nathaly.

—Eres un debilucho.

—Si sigues así te lanzaré al pavimento.

—No te atreverías.

Me arrepiento apenas lo pronuncio, retar a Lukas Lee es algo que jamás debes hacer si quieres conservar tu dignidad.

Me toma de un tobillo y empuja mi cuerpo hacia atrás, debo sujetarme de la parte trasera de sus rodillas para no caerme o darme de bruces contra el suelo, sacude mi pierna para que afloje el agarre y chillo cuando me empiezo a resbalar. «Si me rompe el cráneo vendré del más allá para halarle los pies mientras duerme».

—¡Ya, ya, no eres un debilucho! —me rindo.

—Escucharte decirlo es música para mis oídos.

—Loco.

—Las mejores personas lo están.

—Deja de usar frases de mi película favorita y bájame, la sangre se me está subiendo al cerebro.

—Eres tan quejona.

—Cállate, Lukas.

—Y mandona también. —añade y le golpeo la espalda con mi puño haciéndolo reír. «Es como si escuchara reír a alguien más». Sonrío débilmente pensando en situaciones pasadas similares a esta y mi silencio lo hace ponerme en tierra firme de nuevo, arruga las cejas notando mi expresión y me abre la puerta del auto que no había visto.

—Hoy tendremos maratón de películas de Disney, y si te niegas te amarraré a la pata de la cama y te pondré una cinta plástica en la boca para que no hables. —me dice haciéndome virar los ojos y sonreír.

—¿Quién es el mandón ahora?

—Aprendí de la mejor. —me guiña un ojo.

—Accedo a ver películas de Disney, pero si vuelves a poner La Bella y La Bestia te patearé. —advierto.

—¡Es mi favorita! Me siento identificado con Lumiere. —mueve las cejas de forma extraña.

—¿Ah sí? Ha de ser porque siempre estás de lámpara entre las citas de otros.

—¿Te han dicho lo impertinente que puedes llegar a ser? —Se molesta en broma—. Entra al auto antes de que te deje aquí tirada.

—La sinceridad es una de mis virtudes, no sé de qué te quejas…

—Debí traer la cinta plástica, hablas demasiado.

—"Hiblis dimisidi". —me burlo riendo.

—Me están entrando ganas de sumergirte la cabeza en un balde de agua hasta que dejes de respirar o te ahogues, fastidiosa.

«Ahogues…».

—Sí, inténtalo, debilucho… —resoplo e inevitablemente mi semblante decae un poco.

Abordo el vehículo reprochándome haber dañado el momento feliz con mis tristezas y me tomo el atrevimiento de subir las piernas al acolchado asiento gris, pegando las rodillas a mi pecho. Él se sube a mi lado, enciende el motor del Fiat 147 color marfil que cuida más que a su propia vida ya que luce como una reliquia y está prácticamente en perfectas condiciones, baja las ventanillas y arranca hacia su vecindario.

—Nath.

—¿Sí?

—¿Cómo estás? —pregunta viéndome de reojo, la seriedad de la pregunta me lleva a suspirar y desviar la mirada hacia mis dedos.

—No ha sido fácil. —confieso y saca de la guantera un empaque de gomitas cítricas, las deja en mi regazo y la abro apurada e impaciente por comerlas. «Me gustan mucho las gomitas».

—No tiene por qué serlo.

—Creí que con el pasar de los días sería más… sencillo acostumbrarme a… a su ausencia.

—¿Y lo es?

Niego con la cabeza masticando una gomita, trago y hablo en un susurro.

—Ha sido peor… no puedo dormir desde que él no está.

—¿Estás haciendo algo al respecto, Nath? —su mano encuentra la mía sin quitar la vista de la carretera, me roba una gomita y lo miro mal.

—¿Qué puedo hacer, Lee? —Medio sonríe cuando lo llamo por su apellido—. Seguiré esperando, en algún momento dejará de doler, o eso me gusta creer…

—El dolor no es un forastero que está de visita en la vida de las personas, si no haces algo para que acorte su estadía entonces va a quedarse merodeando en tu casa por siempre.

No sé qué responderle, me apena contarle que he estado tomando fármacos como si de caramelos se trataran, así que me aclaro la garganta y volteo la tortilla metiéndome un puño de golosinas cítricas en la boca. «Están deliciosas». Por andar de tragona me atraganto haciéndolo reír y se me cae el empaque que recojo rápidamente como si de un bebé se tratara.

—¿Tú cómo estás? ¿Cómo…? ¿Cómo te has sentido estos meses?

Suspira sacudiendo la cabeza y me confunde la risita ronca que suelta «Él nunca ha sido una persona medianamente normal».

—Cambiar la conversación cuando te sientes incómoda es algo que jamás se te quitará ¿o sí? Por cierto, tienes una gomita a medio masticar en el pelo —me mira y no me permite replicar, solo quita de mi cabello la goma chiclosa y la arroja por la ventana—, pero, respondiendo a tu pregunta, estoy bien, estoy tomando clases de informática y ayudando a mamá con su negocio de plantas medicinales. No he entrado a la universidad aun, pero me siento… complacido con mi vida justo ahora, y estoy feliz.

«¿Qué?».

Me aturde la seguridad que emana de él con cada frase, continúa contándome todo lo que ha hecho estos meses, sonríe cuando habla de las locuras que hace con sus compañeros del curso de informática y computación, se emociona al describirme los videojuegos que ha comprado recientemente y me saca una carcajada explicándome cómo una amiga de su madre expulsó jugo de fresas por la nariz cuando lo vio por equivocación caminando por la sala con ropa interior de Spiderman.

Le brillan los ojos y emana tanta luz que por instantes me enceguece la efusividad de su espíritu.

—¿Cómo lo haces? —inquiero cuando bajamos del auto y caminamos a la puerta de su casa, la fachada color melocotón es hermosísima, y los jardines de enfrente están perfectamente podados.

Los tulipanes me dejan embobada ya que son mi flor favorita y jamás los había visto tan cerca.

—¿Hacer qué? —gira la perilla y me deja pasar primero después de traerme una de las flores que veía.

—Vivir… sonreír así…

Asiente entendiendo el sentido de mi pregunta y me invita a pasar a la cocina; su mamá no está, me ha dicho minutos antes que se le ha presentado un percance en el vivero, él me revuelve el cabello convirtiéndolo en una maraña enredada y lo manoteo haciéndolo carcajearse, nos sentamos en los taburetes de la barra de granito de la cocina decorada con cortinas frutales, admiro las macetas con plantas para cocinar que tiene esparcidas por la estancia y en la nevera hay un puñado de imanes de distintos animales y verduras.

Respira hondo antes de contestarme.

—Nathaly, debo confesarte que después de la muerte de Scott me sentí terrible, volver a casa luego del funeral fue… la sensación es indescriptible, y aunque sé que todos sentimos el dolor en escalas distintas, debes saber de qué hablo —empieza y de inmediato se me atora un nudo en la garganta. «¿Cómo puede hablar de Scott con tanta facilidad?»—. Pero, dos semanas después del accidente, me di cuenta de que no podía basar mi vida en el dolor que me generaba su ausencia, no podía quedarme estancado, no podía vivir para sufrir su pérdida. Al principio me costó muchísimo salir de casa sin la compañía de ese chico cara de palo…

Me hace reír entre las lágrimas que brotan de mis ojos desde hace unos segundos.

—¿Y cómo lograste salir de casa?

—Abracé mi fuerza de voluntad, empujé mi cuerpo por esa puerta con las lagañas aun pegadas en los lagrimales y agendé una cita con un psicólogo…

—¿Qué?

Quedo atónita.

—¿Por qué? ¿Por qué… hiciste eso?

—Nathaly, yo no comí en esas dos semanas, casi termino en el hospital por deshidratación, mamá estaba preocupada y yo me negué a poner en riesgo mi salud; así que prácticamente me arrastré al consultorio psicológico y soy sincero cuando te digo que es de las mejores decisiones que he tomado en toda mi vida.

Las palabras se me enredan en la lengua, pestañeo varias veces tratando de comprender qué es lo que me pasa, o qué es lo que le pasa a él. ¿En un psicólogo? ¿Tan mal estaba? ¿Es…? ¿Es en serio? Estoy estudiando psicología, sí, pero, aunque apenas inicio en la carrera creo que a las citas psicológicas solo asisten las personas que… que sufren alguna patología, sea cual sea, como la depresión severa, trastornos de ansiedad, problemas de autoestima que los llevan a la anorexia… y, no creí que… que una persona tan viva como Lukas Lee tuviera que asistir allí, eso me preocupa muchísimo, porque si él tuvo que recurrir a eso para sentirse mejor ¿entonces qué quedará para mí? ¿Qué tan dañada estoy? ¿Qué tanto me ha aplastado la tristeza?

—Estás pálida, y… ¿Estás temblando? —Se baja de la silla para quitarme el pelo de la cara y une las cejas cuando entreabro la boca batallando con respirar bien—. ¿Estás bien? ¿Qué tienes?

—Fuiste a un… un psicólogo… si tú lo hiciste y no… no estabas en la gravedad que… ¿Qué queda de mí? Estoy… estoy perdida ya… yo… —la garganta se me cierra y la falta de aire empieza a marearme. «Me voy a morir».

—Nathaly, respira, cálmate, todo está bien…

—No quiero ir allí… —imaginarlo me causa escalofrío y me pongo la mano en el pecho sintiéndome asfixiada, inhalo con desespero, pero el aire no llega—, si voy significa que… que estoy acabada… que me he perdido… ¡No quiero estar perdida! ¡Ah, no puedo respirar!

—Tranquila, no pasará nada, estás a salvo…

—Me voy… a morir, no respiro…

Lloro sintiendo que la vista se me nubla mientras me araño la base del cuello queriendo conseguir oxígeno, Lukas se pierde de un momento a otro y la oscuridad amenaza con rodearme «No quiero perderme, no quiero perderme, no quiero perderme». Vislumbro cabello azul delante de mí y un objeto es puesto entre mis labios, por instinto cierro la boca y aspiro los pufs que suelta el aparato, tardo un par de minutos en controlar mi respiración y distingo la expresión angustiada de Lukas delante de mí.

—¿Estás bien? —me pregunta y aunque se me ha calmado el desespero no estaré tranquila hasta que… —. En mi bolso hay un frasco que dice… —trago grueso—, dice «Alprazolam». Tráelo, por favor.

—En seguida.

Se va y regresa rápidamente con el frasco de plástico en las manos, su cara seria me indica que sabe para qué son, y la vergüenza que me embarga no evita que le pida dos píldoras que duda en darme.

—Dámelas, por favor, las necesito. —le pido enderezándome en la silla.

—Este envase está prácticamente nuevo, Nathaly, debería durar casi 1 año y tú ya casi consumiste la mitad de las grageas.

—Puedo explicarlo, solo…

—Te estás haciendo daño con esto —me las pasa e introduzco las dos pastillas en mi boca, pasándola con jugo que él sirve en dos vasos —. ¿Desde cuándo las tomas?

—Unos tres meses. —no tiene caso evitar la conversación, además, confío en él tanto como confiaba en Scott.

—¿Te los ha recetado un médico?

Silencio.

—Nathaly.

Silencio.

—¿Cuántos fármacos son?

—Tres. Antidepresivos, ansiolíticos y somníferos.

—Nath…

—No iré a un psicólogo, estoy bien, ya he acostumbrado a mi cuerpo al medicamento, mientras lo tenga estaré estable. —no lo miro a la cara.

Pone las manos sobre mis hombros en un gesto tranquilizador y de cariño, sigo negándome a alzar la cara, no quiero que vea la mentira

en mis ojos. La mentira que yo misma he labrado y cosechado, donde me entretengo engañándome con las falsas esperanzas de que todo estará bien.

—Después de que empecé la terapia empezaron también los cambios en mí —habla suavemente—, cada día me esforzaba en cumplir lo recomendado por el psicólogo, al principio creí que no harían una diferencia, pero me equivoqué. Pude sobrellevar de la mejor manera la muerte de mi amigo, aprendí a recordarlo sin visualizarlo en ese ataúd, me superé a mí mismo y al vacío de la pérdida… y aunque el doctor me dio las herramientas, la decisión fue completamente mía.

—No estoy enferma o psicótica para tener que asistir a…

—No digo que lo estés, no tienes que estarlo para ir a ver a un psicólogo. La salud mental es incluso más importante que la física, esa es otra forma de cuidar de sí mismo. ¿Cómo es que estudias psicología y no lo sabes?

—Estoy cuidando de mí, Luk…

—No me mientas a mí.

—No te miento, estoy saliendo más a menudo, sigo en la universidad…

—Mírame —esta vez sí levanto la vista—, esas son cosas que haces para distraerte, y no me contradigas porque sé que es así. Nathaly, desde que llegaste supe que algo andaba mal, y necesito que abras los ojos porque me importas demasiado, eres la persona que puede salvarte. Tienes marcas visibles en la piel, estás delgada, siempre has sido preciosa, y aun lo eres, pero la hermosura de tu espíritu está siendo opacada por la hinchazón de tus párpados, acabas de tener un ataque de pánico y no estás tranquila sino te metes un montón de pastillas en el cuerpo. Sonará cruel, pero te estás convirtiendo en una adicta, y no…

Dejo de escucharlo cuando las últimas palabras que dice me golpean como si fueran balas de hierro, sí está siendo cruel al desmantelar sin cuidado la máscara que tanto me ha costado forjar, está dejando expuestas las cicatrices de mi alma y cuerpo, y me acusa de ser la responsable del deplorable estado en el que estoy.

La mente se me nubla y lo empujo lejos de mí poniéndome de pie para poner distancia entre nosotros; cierra la boca de golpe y el que tenga los ojos llorosos no me serena.

—¡No te atrevas a decirme algo así! ¡Cállate! —Grito molesta y dolida— ¡Traté de evitarlo! ¡Traté de no hacerlo! Pero no pude… no pude…

Llevo las palmas de las manos a mis sienes y sostengo mi cabeza cuando la migraña aparece, es como si se me fuera a reventar; el dolor vuelve y en un impulso saco las pastillas que tengo en los bolsillos y

en la chaqueta, las arrojo en dirección a él pegándoselas en el pecho y piernas; ni las mira, solo me observa preocupado queriendo acercarse, pero no se lo permito.

—¡Ahí donde las ves son las que me han acompañado a resistir!

—Nathaly, escúchame…

—¡Tú no estuviste en el auto! ¡Tú no estuviste ahí!

—Esta no es la solución, te estás ahogando, con esto te asfixias más, tú eres más que esto…

—¡No soy nada desde que él me dejó sola!

Caigo de rodillas deseando no haber estallado así, por muy enojada que esté con Lukas por lo que ha dicho no puedo minimizar que él también sintió dolor, que él también sufrió y quizás lo sigue haciendo en silencio; en lugar de ser un apoyo estoy añadiendo más peso a la carga dándome zarpazos en el pecho mientras lloro.

—¡Él no tenía por qué obligarme a irme! —sigo gritando frustrada —. Le dije que me quedaría con él, que no me iría sin sacarlo de allí, que… que moriría a su lado de ser necesario. ¡Y se negó! ¡Hizo que me llevaran sin él! ¡Prometió quedarse conmigo y me dejó a la deriva!

De repente siento a Lee arrodillarse frente a mí y arroparme con sus brazos, me aferro a él derramando las lágrimas que me desgarran desde adentro y apenas soy consciente de que se lleva la mano al cuello soltándose una cadena de plata que no había visto, la pone en mis manos y bajo la cabeza para visualizar mejor el dije en forma de águila.

—Déjalo salir, Nathaly, tienes que dejarlo salir.

Sollozo y ahogo un grito apretando en mi mano la cadena que me obsequió Scott el día del accidente.

Capítulo 13

Artistas.

NATHALY

—*Nuestro huésped sea usted…*

—Cállate, Lukas.

—*Pruebe usted el soufflé, y los postres "enflambe". Preparados y servidos con el toque de un gourmet…*

—Te dije que no te atrevieras a colocar esa película.

—Adivina, no solo me atreví a colocarla, también te hice mirarla conmigo. —se regodea.

—Acepté porque te aguantaste toda mi llorantina y tuve compasión…

—Te ves horrenda llorando, por cierto.

Le pego con la almohada en la cabeza. «Idiota».

—¿Qué clase de amigo eres tú, pedazo de tarado?

—Un amigo que odia verte llorar. —me da un beso en la coronilla y va a la cocina a preparar más palomitas de maíz.

1 hora. Estuve 1 hora llorando en los brazos de mi amigo, sacando de mi interior el odio que me tengo, la rabia que siento y la tristeza que me embarga a cada nada. No fue sencillo, cada sollozo me arrancaba algo del alma, cada lágrima me quemaba la piel, y las voces que me gritaban que todo había sido mi responsabilidad se mezclaban con los susurros tranquilizadores de Lukas. Sé que no lo he sacado todo, sé que el dolor está ahí, al asecho, esperando a que baje la guardia para volver a hincar los dientes en la herida que intenta sanar, pero me gusta creer que puedo tener al menos unos escasos instantes de paz. Solo pido eso, un poco de paz.

Siempre he dicho que llorar es otra manera de soltar, pero yo estoy cansada de hacerlo, es desgastante, aunque no puedo negar que justo en este momento estoy más tranquila, ha ayudado, poco, pero lo ha hecho.

Ahora he tenido que bancarme la película favorita de amigo porque es un fastidioso de corazón que ha insistido tanto que he terminado cediendo para que dejara de chillar; cantó todas las canciones, repitió los diálogos y se levantó a bailar el vals con un palo de escoba, casi llora cuando la bestia agoniza en los brazos de Bella y demostró con una radiante sonrisa su devoción por Lumiere. «Está loco».

Lo veo entrar con un tazón de cotufas que le arrebato apenas se sienta a mi lado, el colchón se hunde cuando me enderezo cruzando las piernas y él le da play a la siguiente película «Alicia en el país de

las maravillas, el live action». Es mi favorita, mi personaje preferido es el sombrerero loco, Johnny Deep hace un trabajo magnífico.

—Me tachas de obsesivo con La Bella y La Bestia y tú pareces hipnotizada cuando miras esa película.

—¿En La Bella y La Bestia sale Johnny Deep? —hablo con la boca llena.

—No.

—Ahí está la respuesta.

Llega la parte en la que Alicia cae por el agujero y sinceramente creo que es mejor estrellarte contra el piso que casarte con un hombre que tiene problemas digestivos. Disfruto la película y converso con mi amigo de vez en vez, su compañía ha sido maravillosa, y con el pasar de los minutos me pregunto si tiene alguna especie de don, porque la luz que irradia parece sobrenatural. Escucharlo hablar o reír es refrescante, realmente es un amigo grandioso, y una persona espléndida.

Me desconecto de la pantalla de la televisión para mirar el collar de águila que me he colgado en el cuello, acaricio el dije con cuidado y la pregunta no la contengo.

—¿De dónde sacaste la cadena, Luk? —lo miro. Aquella noche la tenía puesta, es imposible que me la haya quitado mientras estaba en el hospital, él no llegó sino hasta el día siguiente.

De repente hace una mueca de molestia y me reprocho haber preguntado, quizás no quiere recordar ese momento y yo lo he hecho sentir…

—Se la quité a Peter.

—¿Qué se la quitaste a quién?

—Lo que oíste. —el tema le molesta, pero quiero saber más.

—¿Cómo es que…? ¿Cómo es que la tenía él? —suspiro bajando la cara, no me gusta recordarlo, me lastima y me molesta sentir miedo; no debería temerle a alguien que no es más que una escoria.

—No sé exactamente cómo la tenía, quizás te la quitó cuando te sacó del agua, quizás se te cayó y él la recogió, yo que sé —se exaspera—, solo sé que el día que fui a visitarte lo vi merodeando en el pasillo del hospital con el collar en la mano, y literalmente se lo arranqué. Algo tan preciado y valioso no debía estar en manos de ese imbécil.

—Ya, basta —me pongo de pie negándome a seguir escuchando, además, no quiero que Lee se enfade más—, solo quería saber eso. Iré… Iré al baño, ya vuelvo.

Asiente sin mirarme y lo dejo viendo la película mientras cruzo el pasillo adentrándome en una de las puertas de en medio, avanzo al retrete a vaciar la vejiga y luego de asearme me quedo recostada de las paredes coral unos minutos. La pastilla ansiolítica baila en mi

mano y la ingiero sin importarme que tomé una hace menos de dos horas; la necesito y no lo dejaré, no puedo. Llega un punto en el que te sientes tan abatido que no te interesa lo que piensan los demás, los consejos no te inmutan, la preocupación de otros no te conmueve… Simplemente deseas que el ácido deje de quemar, y haces lo que esté a tu alcance para conseguirlo, aunque eso signifique desilusionar a los que te aman.

Abro el grifo lavándome la cara y la hinchazón de los párpados no se va, al contrario, comienzo a creer que va en aumento. Razón tenía Lukas al decir que luzco horrenda al llorar, pareciera que me hubiesen golpeado dos luchadores confundiéndome con sacos de boxeo. Me río de mi propia broma y sinceramente he considerado que estoy loca y que los fármacos me están afectando el cerebro, hace una hora estaba llorando y ahora estoy aquí riéndome frente a un lavabo porque Rocky Balboa me usó para practicar.

—¿Nathaly? —llaman afuera—. ¿Te tragó el retrete o qué?

—Eres como un grano en el ombligo, ¿sabías? —abro la puerta después de cerciorarme de no tener indicios de haber tomado más pastillas. El pelo azul de Lee está muy mojado y la camisa la tiene empapada de agua también—. ¿Fuiste a jugar carnaval sin mí?

Se echa a reír.

—Jamás lo haría, tonta. Sucede que he roto una tubería del fregadero y no sé cómo repararla, pero ya le coloqué un tapón y… Quería que lo vieras y me dieras tu opinión.

—¿Me viste cara de plomero? De tuberías sé lo mismo que tú: nada.

—No seas tan… tú, vamos, hice un trabajo genial. —sonríe y lo sigo escaleras abajo. Lo creo capaz de haber amarrado una camisa alrededor de la hendidura y ya.

—Tú mamá va a usarte de trapeador cuando sepa que rompiste el tubo, ¿lo sabes? —me burlo.

—Lo bueno es que estarás aquí para protegerme….

—¿Protegerte? No, amigo, lamento informarte que para enfrentar a tu madre hay que tener ovarios de hierro y yo no los tengo ni de bronce, así que…

—Por esta razón no tiene amigos.

—Cállate.

Piso el último escalón esforzándome en ser una agradable compañía, desviando mi atención de la triste realidad en la que vivo; es más fácil ignorar mis desesperanzas que tratar de solucionarlas, si es que tienen solución.

∞ ∞ ∞

LUKAS

No se ha roto ninguna tubería.

Necesitaba que ella bajara porque ni de chiste le jugaría esta broma en la habitación, si arruino los colchones o los aparatos electrónicos mamá me mandará a la Patagonia de una patada; me he preocupado cuando Nath tardó mucho en el baño, no me agrada dejarla sola ahora que sé que se está… suministrando pastillas, pero ya estoy más tranquilo, sin embargo, me he puesto como tarea hacerla feliz y protegerla todo lo que pueda, es la encomienda que me dejaron, y la cumpliré hasta que venga un extraterrestre a asesinarme.

En el momento en el que Nathaly pisa el último escalón y toma camino delante de mí pasando entre los sofás marrones y la mesa de cristal, sonrío con malicia, se detiene de golpe en la entrada a la cocina y cuando se gira a preguntarme por qué no hay ni un charco alrededor del fregadero, saco de la parte trasera de la escalera una pistola de agua de tamaño mediano que la hace abrir los ojos de par en par, el chorro de agua sale disparado a su cara y pecho, empapándola por completo.

—¡Pero…! ¡Lukas! —protesta secándose el agua de los ojos, me echo a reír y cuando veo que viene enfurecida hacia mí emprendo la huida al patio trasero.

—¡Punto para el perechocho!

—A veces me preocupa tu obsesión con las películas animadas. —la escucho musitar haciendo referencia a que la frase que dije proviene de La Era Del Hielo.

Confío en que notará la otra pistola junto a la mesa del comedor.

Me recibe una gran extensión de césped recién podado y muebles de madera alrededor de una mesita para tomar el té que mi madre a colocado hace un par de semanas, me escondo detrás de ella y cuando mi amiga cruza la puerta de la casa le lanzo otro chorrón de agua encima, pega un respingo y cuando me mira noto cierta diversión en sus ojos. «Eso es, Nath, despierta, sé que sigues ahí».

Intento huir, pero es veloz a la hora de perseguirme llegando por mi flanco izquierdo, la pistola de agua está en su mano, la levanta rápidamente y me atina a la cara, por estarme riendo de ella el montón de agua que dispara me entra en la boca. La empujo ligeramente y me freno dejándola tomar ventaja.

—¡Me vas a…! ¡Me vas a matar! —toso y ella se ríe.

—¡Tú empezaste! —continua y es la primera en encontrar la cubeta con globos llenos de agua que escondí tras la podadora—. ¡Ahora sí agárrate los pantalones!

Empieza a arrojarme los globos y cuando van más de tres que ni me rozan me doy cuenta de que tiene una pésima puntería, pero se está riendo, y eso es lo que me importa. Está siendo por minutos la

Nathaly radiante que conocí en la preparatoria, con el cabello húmedo pegado a su rostro angelical, las mejillas sonrosadas, la sonrisa brillante y esa energía que la impulsa a seguir jugando como una niña. «Scott, amigo, ojalá estuvieses aquí para verla».

Al quinto intento fallido me muevo a un lado fingiendo que me he caído, uno de sus globos se estrella en mi cara y el ardor me hace sisear por lo bajo, Nathaly canta victoria alzando los brazos, una larga manguera rociadora está exactamente frente a ella y ubico en mi línea visual el grifo, en menos de tres pasos lo alcanzo, lo abro completamente y la escucho chillar cuando el agua sale en una ráfaga impetuosa.

—¡Eso es trampa!

—Se llama: ¡Táctica de distracción! —aumento la presión del agua y el chorro la hace taparse los ojos y dar pasos hacia atrás.

Cuando se descuida avanzo corriendo, ella huye al percatarse de mi cercanía, pero no reacciona a tiempo y la arrollo sin mucha fuerza haciéndola rodar por el césped mojado, no ha dejado de carcajearse y el que le dispare el resto del agua en la cara no la frena.

—¡Mi pistola se ha quedado sin agua, no es justo! —se queja haciendo un puchero.

—¡Entonces defiéndete de otra forma, cobarde! —la molesto y me arrepiento cuando agarra el cubo de metal vacío—. ¡Oye, no! ¡Con eso no!

Respiro mejor cuando no le veo intensiones de lanzármelo, lo que hace es ponérselo en la cabeza como un casco haciendo una ridícula pose de batalla, corre hacia mí como una desquiciada y cuando me alcanza me derriba al suelo, intento quitármela de encima, pero es como una piedra.

—¡Ríndete! —exige y no la puedo tomar en serio si tiene ese cubo de sombrero.

—¡Jamás!

—Respuesta equivocada.

Estoy con el pecho contra el suelo, ella está sentada en mi espalda y he de admitir que pesa bastante para ser tan delgada, de repente siento sus dedos estrujarme las costillas y los costados del abdomen y me retuerzo conteniendo la risa.

—¡Cosquillas no, Nathaly!

—¡Ríndete! —repite dándome ganas de invertir los papeles.

—Nath… —me corta una carcajada.

—¡Ríndete…!

—¡No lo haré! ¡Suéltame, loca! —me sacudo y se aferra a mis hombros para no caerse.

—Las… Las mejores personas lo están. —jadea cansada y sé que ya debe estar agotada.

—¿Nath? ¿Estás bien?

—Sí, sí, tú solo… —resuella y vuelve a hacerme cosquillas, solo que con menos fuerza—. ¡Ríndete!

Podría seguir resistiendo, pero soy consciente de que su salud no es la mejor, y este esfuerzo le está pasando factura. Así que pongo mi mejor voz de rendición y alzo las palmas del suelo.

—Está bien, tú ganas, me rindo.

—¡Ja! Sabía que no soportarías por más tiempo bajo mi poder. —se burla quitándose de encima, el cubo aun en su cabeza.

—Admito que me costó tomarte en serio si tienes ese sombrero tan… peculiar. —me enderezo sentándome junto a ella en la verde grama.

—Respeta mi sentido de la moda.

—Me reservo cualquier otro comentario.

—Gracias —suspira y luego me mira con cariño—, en serio, gracias… por esto.

Paso mi brazo sobre sus hombros y la atraigo a mí; somos dos personas, dos amigos unidos por la pérdida de otro, y sé que, aunque él estuviera vivo habría sido de esta forma. Ojalá pudiera decirle a Nathaly algunas cosas, pero no creo que esté preparada aun para saberlo, prometí cuidarla, y es lo que estoy haciendo y seguiré haciendo.

Nathaly mira al cielo, los pájaros pasan y ella sonríe sin despegar los labios, recuesta la cabeza en mi hombro y la escucho tomar una bocanada de aire y soltarla en un suspiro cansado.

—¿Nunca has pensado en lo que habría pasado si fuera Scott el que estuviera?

Su pregunta me hace fruncir el ceño.

—¿Te refieres a…?

—Sí, me refiero a… a si los papeles estuvieran invertidos.

—¿Po qué preguntas eso ahora, Nath?

—Porque quizás él sí sabría cómo continuar, quizás a él…

—¿No le dolería tanto? —la miro y sostengo mi peso echando los brazos extendidos hacia atrás.

—Sí…

—Escúchame bien, bonita —hago que suba la cara y le quito el pelo que se le pegaba a los párpados—, claro que le dolería, y no habría sido un dolor en mayor o menor intensidad, sino simplemente dolor. El dolor no se mide en escalas, es distinto para cada persona, pero sigue siendo dolor, y solo ellos saben cuánto les cuesta sobrellevarlo.

Asiente a mis palabras y tras volver a suspirar se deja caer de espaldas en el suelo, la imito y ambos observamos el cielo azul, pintado con motas de algodón, adornado con aves, mariposas y

colibríes que pululan en el aire. La brisa es fresca, tenemos la ropa empapada de agua y aunque podríamos pescar un resfriado a ninguno de los dos parece importarnos; ella arranca pasto y juguetea con el sobre su estómago, me he percatado de que le cuesta mantenerse en completa quietud, pero no he dicho nada al respecto, la entiendo, es difícil estarse quieto cuando la ansiedad te sacude hasta el último cabello de la cabeza.

—¿Sabes a quiénes admiro con toda mi alma, Lee?

—¿A quiénes?

—A los artistas, los pintores, escritores… Sí, a los artistas. ¿Sabes por qué? —inquiere en un susurro profundo.

—Dímelo. —la animo, me gusta escuchar su filosofía, tiene una mente llena de pensamientos muy amplios y profundos.

—Porque son valientes, tienen el coraje de una pantera —sonríe mientras sigue hablando, la adoración notable en su voz—, son personas que se hartaron, que se cansaron de esta realidad, que se agotaron de vivir sintiéndose raros en un mundo de anormales. Así que, crearon su propio mundo, pintaron un universo nuevo y escribieron la galaxia que deseaban, y se metieron a vivir allí.

—Sin importarles nada ni nadie. —Sonrío con ella.

—Exacto. Y no hay otro lugar en el que quieran estar que ese… porque es suyo, es su lugar, ahí están seguros.

—Algunos los llaman «dementes» por habitar en una fantasía.

—Yo creo que puedes convertir la fantasía en tu propia realidad; ellos lo hicieron porque no quisieron seguir transitando en un camino corriente y ordinario, querían más.

Hay algo más que no me ha dicho, quizás para otros parezca un comentario común el que está haciendo, pero la conozco, Nathaly Grey no dice nada sin tener un motivo, es de esas personas que piensa todo lo que dirá o hará, no habla sin habérselo pensado más de tres veces.

Y es necesario que empiece a sacar todo lo que se está guardando para que pueda sanar.

Así que así sin más, lanzo la pregunta.

—¿Estás cansada de tu realidad?

Pasa saliva.

—Muy cansada, hastiada.

—Tú también tienes el poder de modificar y transformar tu realidad.

—Para eso se necesita valentía, mucha valentía…

—Eres la persona más valiente que conozco…

Se sienta con las piernas cruzadas y la sigo, sé que he dado en un punto sensible y aunque le duela hay que seguir con esto; es necesario enfrentar el dolor para poder confrontarlo y derrotarlo.

—Lukas, esa Nathaly valiente que conocías ya no está ¿ok? —voltea hacia mí con los ojos llorosos, me mantengo sereno con mucho esfuerzo—. Dejé de ser valiente cuando mi novio me abofeteó, dejé de ser valiente cuando no pude frenar el auto, dejé de ser valiente cuando mi mejor amigo murió delante de mí, dejé de ser valiente cuando desperté en el hospital y él no, dejé de ser valiente cuando lo enterraron en el cementerio. Hace mucho tiempo que dejé de sentirme capaz de moldear mi realidad, esto es lo que hay, esto es lo que soy ahora, no hay más.

Desde que llegó supe que algo no marchaba bien, y no por la hinchazón de sus ojos o la palidez de su piel, sino por lo tenue de su brillo. Nathaly Grey es una persona que parece un puñetero farol, una estrella fugaz, y toda esta agonía la está apagando, su luz es intermitente, y se está consumiendo en esta tristeza; ella no está bien, es más que evidente, y necesita ayuda profesional, pero eso depende de ella, porque no puedes obligar a alguien a ayudarse a sí mismo, es una decisión personal que se lleva a cabo con nada más y nada menos que la fuerza de voluntad.

Y esa decisión se toma solamente cuando te enfrentas cara a cara con tu realidad, por ello la he hecho hablar de esto, y sé que algo se está removiendo en su interior, lo veo en el temblor de sus labios, en el shock reflejado en sus ojos, como si se hubiera estrellado con un vidrio blindado, la respiración acelerada; extiendo mi mano hasta alcanzar la suya y cuando siente mi tacto caen las lágrimas.

—Esta es mi realidad —musita sorbiendo por la nariz—. Es mi realidad, Luk, y es muy fea… muy fea.

—Lo es, Nathaly, ¿pero te digo algo? —le seco las mejillas con los pulgares—. Que puedes cambiarla, puedes dibujarte una nueva y meterte a vivir allí.

La mirada la posa en mí, y puedo ver lo que veía Scott: un espíritu feroz que no muere ni porque lo hundas en el fondo del mar.

—Tengo miedo, Lukas. Miedo de ser una falla, miedo de empeorar, miedo de que otros vean lo débil que soy…

—No lo harás sola, estaré ahí para ti, y él también lo estará.

Aprieta los ojos bajando la cabeza, me duele verla llorar así, viéndose tan frágil.

Pero no es frágil.

—¿Crees que puedas…? ¿Crees que puedas apartar una cita con…?

—Sí, por supuesto que sí.

—No vayas a dejarme sola, por favor.

La estrecho contra mí dejándola sacar todo lo que tenga que sacar.

—Todo va a estar bien, Grey, todo va a estar bien.

Escuchar el apodo por el que la llamaba Scott la lleva a derramar más lágrimas, la abrazo con más fuerza y contengo la humedad que se

ha formado en los míos. «Amigo, te extraño muchísimo, y quisiera que estuvieras aquí».

Capítulo 14

Tocando fondo

LUKAS

Si Nathaly se resfría por mi culpa, mamá me va a meter el cráneo en la lavadora.

Las cobijas le rodean los hombros para mantenerla caliente en el sofá de la sala de estar, tiene puesto uno de mis pijamas mientras su ropa está en la secadora, en los últimos minutos ha estado mareada y con presión en el pecho, ella trata de no darle importancia, sin embargo, sé que no está bien físicamente, lo que no sé es sí en este momento se debe a un posible resfriado o a los efectos secundarios de los medicamentos que está ingiriendo desmedidamente. Una de las primeras indicaciones que me dio el psicólogo fue alejarme de la automedicación, me explicó que aún los pacientes que eran recetados debían disminuir la dosis de vez en vez para prevenir una adicción.

Los fármacos no deben tomarse a la ligera, son peligrosos, y más si se suministran sin indicaciones; muchas veces tomamos decisiones erróneas dejándonos llevar por el desespero, y el resultado que conseguimos es peor.

La dejo abrigada en la sala y vuelvo a la cocina a servir el chocolate caliente, busco sobre la nevera un antigripal y antes de sacar la pastilla del blíster el teléfono vibra en mi bolsillo. Le echo un vistazo rápido a Nath, está viendo la televisión, así que contesto la llamada recostándome de la encimera.

—¿Qué pasa, Pablo?

—¿Sí van a venir o no? —inquiere ansioso, respiro hondo apretándome el puente de la nariz con los dedos.

—Aun no le he dicho nada.

—¿Y qué estás esperando, tarado?

—Sinceramente no creo que quiera ir, y menos sabiendo qué personas van a estar allí.

—No le digas quiénes van a estar, es más, tampoco le digas dónde es la reunión, solo…

—¿Te volviste loco? ¿Quieres que le mienta? Eso ni lo pienses. —niego de inmediato.

—No sería mentirle, es más como… una sorpresa.

—Nathaly odia las sorpresas.

—Intento ayudar, pero ninguna de mis ideas te gusta…

—Porque son pésimas, además, la conoces, no irá a un lugar que no sabe cuál es, mucho menos con personas que no conoce…

—Claro que las conoce…

—¿No me acabas de decir que le mienta, imbécil? Estoy respondiendo a tus argumentos.

—Bien, no le mientas entonces —se cansa—, tú solo avísame si vendrán o no, te dejo a tu suerte. Adiós.

—Pero, Pablo…

Me colgó.

Ruedo los ojos y regreso a lo que estaba haciendo, termino de sacar la gragea y llevo ambas tazas de chocolate caliente a la sala, ella me sonríe un poco cuando me ve entrar y recibe lo que le doy, prácticamente debo obligarla a tomarse el antigripal, al final lo hace y me siento junto a ella.

Me muerdo el labio inferior pensando en cómo decir lo que tengo que decir, mi mente me insiste en que es una terrible idea.

—¿Crees que soy una mala persona? —pregunta de repente.

—¿Qué? ¿Por qué preguntas eso? —ladeo la cabeza.

—A veces pienso que soy una mala persona por aislarme de todos, inclusa llega a parecer que no me interesan en absoluto sus vidas, y no es así, me importan, pero no sé cómo ayudarlos mientras estoy… mal. En ocasiones me concentro únicamente en mi problema y… eso me hace sentir que soy una muy mala persona.

Le bajo volumen al televisor y me aclaro la garganta, comúnmente somos humanos egoístas, principalmente con nosotros mismos, tendemos a colocar a lo demás en lo más alto de una cumbre, aun sí eso requiere que nos quedemos en el peldaño más bajo, y en mi opinión, eso no está bien; debe existir un equilibrio, porque no hay personas que valgan más que otras, es injusto que impulses a otro a la cima y te quedes tú en el fondo.

—Creo que no existen buenas o malas personas —le respondo después de un rato de silencio—, existen personas que por distintas circunstancias ahora son como son, tú tienes tus razones para actuar de esa manera, y eso debe respetarse, así que no te angusties por nada, no eres mala persona por pensar en ti antes que en alguien más.

Me sonríe sin despegar los labios y asiente a mis palabras, vuelve a lo que estaba haciendo y a mi teléfono llega otro mensaje de Pablo insistiendo en que le dé una respuesta ya mismo «es como una garrapata, no se cansa». Alterno la mirada entre el texto y mi amiga, no sé cómo decir esto, es complicado, debo admitir que incluso me asusta que pueda enfadarse conmigo solo por sugerirlo…

—Lukas ¿sabías que siempre que estás nervioso te rascas la rodilla? —me dice tomando un sorbo de la bebida sin quitar la vista de la tv.

Bajo la vista y estoy haciendo justamente lo que acaba de decir.

—No estoy nervioso —miento—, me picó un zancudo.

—Ajá.

—Lo juro, últimamente hay demasiados acá en casa, ha de ser por

el agua en los floreros que no hemos cambiado.

—Comprendo.

—Hace unos días, uno de ellos me picó en frente, parecía que tenía un cuerno, mamá estaba horrorizada… —no sé ni qué estoy balbuceando, ella se ríe y termino uniéndomele.

Sube los pies y cruza las piernas sobre el sofá, me mira y arruga las cejas, escrutando cada uno de mis gestos y detesto que haga eso, es como si quisiera ver más allá, algunas veces me ha llegado a asustar. Tiene esa manía de mirar fijamente a las personas, y no se le ha quitado con el tiempo.

—Deja de hacer eso. —me quejo.

—¿Hacer qué? —se hace la estúpida.

—Mirarme así con tus ojitos de bruja vudú.

—Entonces dime qué pasa.

Dejo de mirarla para poder pensar, pero me la pone difícil sacudiéndome el hombro como si fuera una maraca.

—¡Dime, dime, dime!

—Hay una reunión con compañeros de la preparatoria y Pablo nos ha invitado a ambos.

Se lo suelto así a bocajarro, y me reprocho haberlo hecho, no era la mejor manera, sin embargo, no sabía de qué otra forma abordar el tema. Se queda viendo al suelo tragando grueso, soy consciente de que es una decisión difícil por pequeña que parezca, hace meses que ni pasaba por estos lados, es demasiado pedirle que asista, podría reventar la burbuja de recuerdos sobre ella y no sé si está preparada para ello, hoy aceptó ir al psicólogo, es un paso inmenso, demasiado grande, y no quiero que nada dañe su progreso.

—No tenemos que ir si no quieres ¿vale? —le aseguro sujetando su mano.

—Quiero ir.

Abro los ojos de par en par viéndola como si le hubiera salido un tercer ojo.

—¿Hablas en serio?

Asiente dudosa.

—Puedo intentarlo, Lee, no deseo vivir en base al miedo… Porque desde hace meses lo único que siento es un miedo descomunal que se apodera de cada parte de mí, robándome la paz, arrancándome la esperanza, y no quiero darle más poder del que ha tomado. —sus ojos se cristalizan.

—Lo entiendo, créeme que sí, pero… ¿Estás segura? —soy yo el que duda.

Me pone la mano en la mejilla, está tibia por sujetar la taza caliente.

—No quiero seguir huyendo, no más.

—Estoy preocupado por ti —me sincero mirándola a los ojos—, creo que puedes ir poco a poco, no hay prisa.

Niega lentamente con la cabeza y río sin ganas.

—¿Por qué eres tan terca? —le pregunto poniéndome de pie, no hay nada que la haga cambiar de opinión cuando ha tomado la decisión.

—No lo sé, quizás es otro efecto secundario. —bromea y la miro mal.

—Fue un pésimo chiste, malísimo.

—No seas gruñón, veamos si la ropa está seca.

Se levanta yendo hacia el lavandero y me preparo para esto, ruego en silencio que todo salga bien, ella no necesita más problemas.

∞ ∞ ∞

NATHALY

Se necesita mucha fuerza y coraje para mirarte al espejo y decirle al miedo en tus ojos: hasta aquí.

No puedo esperar a que el miedo se vaya por sí solo, porque no lo hará, se quedará ahí torturándome desde adentro, arruinando mis sueños y desbaratando mis anhelos, quebrando lo que soy, debo sacarlo como sea, a patadas si es necesario, porque ya tuve suficiente de él.

Los ansiolíticos y somníferos me llaman, he podido separarme un poco del antidepresivo, pero no de los demás, y mi cuerpo los ansía tanto que duele, pero intento resistir lo más que pueda al menos por lo que resta de día, es una pequeña meta que trataré de alcanzar.

Le he pedido a Lukas un té de hierbas para tranquilizar los nervios, la tomé mientras me vestía de nuevo, y al abordar el auto realicé ejercicios de respiración y respiré hondo varias veces para disminuir la presión en mi pecho; mentiría si dijera que no me aterra volver a encontrarme con los compañeros del instituto, compañeros que me recuerdan a la noche del accidente porque la mayoría estaba allí, y en el cementerio después del funeral, algunos me escribieron o llamaron luego de ese día, pero no obtuvieron respuesta porque no contesté, y me avergüenza verlos a la cara luego de ello, sin embargo, me armo de valor y me convenzo de que lanzarme del auto no es una solución.

—Lukas.

—¿Sí?

—Todo va a estar bien ¿cierto?

Me sonríe.

—Claro que sí, todo va a estar bien.

Asiento y saco mi celular, respondo los textos de mamá, Mara, y me sonrojo con un corto vídeo que me envía Danny donde me sonríe

arrojándome un beso a la cámara.

—Esa miradita la conozco yo… —me molesta Lee y apago la pantalla haciéndome la idiota.

—¿Qué miradita? No sé de qué hablas, y mira a la carretera, conduce bien.

Se carcajea y me entran ganas de tirarlo por la ventana.

—¿Me vas a contar del afortunado? —sigue y me resigno a que no se rendirá hasta que hable.

Suspiro y al pensar en él sonrío por inercia.

—Es un chico de la universidad, es hijo del rector, pero…

—¿Hijo del rector? Diablos, señorita, te fuiste por el pez gordo.

—Cállate, Lukas.

—Sigue, sigue, el chisme es mi pasión.

Lukas no tiene remedio, pero me hace reír, así que no me quejo.

—Ese no es el punto, escúchame —reúno paciencia—, se llama Danny, es muy inteligente, tiene una sonrisa bonita y cálida, me gustan sus abrazos y la manera en la que me mira, pero lo que más me atrae es la manera en la mira sus sueños, su determinación. ¿Por qué sabes qué es frustrante? Estar con una persona que no quiere avanzar.

Le cuento cómo nos conocimos y en eso se nos va todo el camino, me doy cuenta de que he extrañado muchísimo a Danny y eso me asusta, no me gusta acostumbrarme a la cercanía de alguien porque sé que cuando se vaya me va a doler más. Recupero el buen ánimo con la música que coloca Lukas en la radio, es de una de mis cantantes favoritas, Christina Perri.

Nos acercamos cada vez más al edificio donde vive Pablo, él es uno de mis antiguos compañeros, en su momento fuimos amigos, pero ahora no sé si me siga considerando su amiga después de rechazar todas sus llamadas e ignorar los mensajes que me enviaba. Dejó de insistir luego de un par de meses sin respuesta, igual que otros, y la sensación que me provocó fue agridulce.

Llegamos al sitio y Lukas aparca el vehículo en el estacionamiento, me grabo las vías de escape y las distintas salidas en caso de necesitarlas, memorizo la ubicación del coche y recorro con la vista lo que nos rodea; los nervios regresan y cuando salimos dejo mi bolso con las pastillas dentro, únicamente tomo mi celular. «Puedo hacerlo, puedo hacerlo, por hoy sí puedo».

Cruzamos la entrada del edificio y me resbalo con lo pulido del piso del recibidor, el conserje se apura a ayudarme y cuando mi amigo entra detrás de mí se echa a reír rodando los ojos.

—¿Puedes evitar matarte? No es para tanto, es solo una reunión. —se burla y le agradezco al señor que me ayudó.

—Cállate y vamos al lío ¿en qué piso vive Pablo? —pregunto limpiándome los pantalones, se llenaron de polvo cuando me caí. El

lugar es bastante sofisticado y pulcro, Pablo es el chico de padres adinerados, lo diferente es que no hay persona de corazón más humilde que él, el dinero nunca lo cambió, es una persona asombrosa al igual que Lukas.

—En el nueve, vamos por ascensor.

—No —niego cambiando de camino—, vamos por las escaleras.

—Nathaly ¡son nueve pisos!

—Harás ejercicio.

Me sujeta del brazo cuando piso el primer escalón y aprieto los ojos respirando profundo.

—En ascensor es más rápido, ven…

—El ascensor mide aproximadamente 0,9 metros cuadrados, con dos o tres metros de altura, tiene una sola salida, si se cierran las puertas permanentemente el oxígeno se volverá pesado —pensarlo me hace temblar—, las… las escaleras son más seguras.

No me giro ni al terminar de explicarle mis razones, y me asusta que pueda reírse de mí por temerle a algo tan absurdo, pero lo que hace es empezar a subir los escalones mirándome sobre su hombro cuando llega a la mitad.

—¿Vienes o seré el único que ejercitará los glúteos? —cuestiona y tras darle una mirada agradecida me apresuro a seguirlo.

Lo que me gusta de Lukas Lee es que nunca va a reprochar tus acciones, quizás te dé su opinión, y a pesar de estar en desacuerdo te acompañará, aunque el plan sea el más absurdo e ilógico del mundo, porque no va a dejar que te metas en la boca del lobo sin un respaldo.

Vuelvo a resbalarme cuando llegamos al pasillo del noveno piso y esta vez no hay quien me levante, porque Lukas está muy ocupado riéndose como para extenderme la mano, le saco el dedo corazón y frenamos delante de una puerta de madera barnizada de blanco perlado, le doy una mirada rápida a mi acompañante y es él quien gira la manilla como si fuese su propia casa.

—¿Por qué no tocas la puerta? —le reprocho deteniéndolo por el brazo.

—He visto a Pablo vomitando en mi coche, creo que ya tengo la suficiente confianza para invadir su propiedad. —se encoje de hombros y termina de entrar ignorando lo que le estoy diciendo.

El interior del departamento queda ante mis ojos y me atrevo a decir que esto es más grande que mi propia casa. Lo primero que distingo son los sofás beige en la sala de estar alumbrados por una lámpara de cristal que cuelga del techo, las cortinas champán del fondo están recogidas de manera estilizada para dejar abierta la ventana que da vista a las bellas colinas lejanas que bordean la ciudad; a un lado colocaron una mesa larga sin sillas alrededor que está abarrotada de botellas de licor, dulces, y todo tipo de comida, la

música es una electrónica a volumen moderado…

Mi escaneo se ve interrumpido por un chico de pelo enrulado y esponjoso, y de tez aceitunada que se acerca sonriente hasta nuestra posición con un collar de flores hawaianas rodeándole el cuello.

Pablo.

—¿Qué es lo que ven mis ojos? ¿Nathaly? ¿Eres tú o un espectro? —habla viéndome como si no fuera real.

—Déjame golpearte la pantorrilla y ahí comprobamos. —sonrío, aunque esté más nerviosa que nunca.

—¡Ven acá, cascarrabias!

No me da tiempo a apartarme, se lanza sobre mí rodeándome la cintura con los brazos para alzarme del suelo y darme vueltas como un trompo, resisto las náuseas y le regreso el abrazo sintiéndome bien de que no me haya tratado a las patadas por no haber respondido ninguno de sus mensajes.

—Estás guapísima como siempre ¿estás bien? —me pregunta al dejarme en tierra firme, busco a Lukas con la mirada y me calmo cuando lo veo atragantándose de golosinas en la mesa de bocadillos.

—Gracias, y sí, estoy… sobreviviendo, ya sabes —levanto un hombro—. ¿Y tú? Veo que sigues siendo amante del estilo afro.

Le revuelvo el cabello y rueda los ojos.

—El día que deje de usar el cabello así entonces mátenme porque no seré yo el que habite este cuerpo.

—Dramático.

—De corazón —extiende el brazo hacia el comedor—. Vamos, adelante, los demás están en la cocina tragándose el mercado de la semana.

Me quedo petrificada en mi sitio.

—¿Los…? ¿Lo demás? ¿Quiénes son «los demás»? —inquiero rascándome el codo con las uñas.

—Siendo sincero no recuerdo sus nombres a exactitud porque tengo la memoria de un pez, pero de los que tú conoces están Benjamín, Laura y obviamente yo. Ah, y Lukas, pero creo que está muy ocupado bebiéndose el ponche de uvas. —lo señala y, efectivamente, está pegado de la botella de ponche. «Dios, si preguntan, no vine con él».

Respiro profundo de nuevo y permito que Pablo me guíe al comedor donde vuelvo a inhalar hondo cuando aproximadamente diez pares de ojos se posan en mí, concentro la atención en el diseño moderno y grisáceo brillante de la cocina y el reluciente mármol del piso, pero fracaso en mi intento de pasar desapercibida cuando Benjamín, un chico rubio que recordaba como el más tímido de la clase, exclama mi nombre con alegría y sorpresa levantándose de su asiento y acercándose hasta donde estoy.

—¡¿Nathaly Grey?! —me mira de arriba abajo.

—La… la misma que canta y baila. —trato de bromear, pero suena poco creíble. Sigo rascándome el codo y reprimo un siseo cuando la uña me hace un rasguño en la piel.

—Dios, tenía meses sin verte ¿cómo estás? ¿En dónde estás estudiando? ¿Quieres algo de beber?

—No la atosigues, Benji, déjala instalarse al menos. —aparece Laura, ella también era de nuestro viejo grupo, tiene el cabello azabache cortado por la barbilla, y una personalidad risueña y tranquila.

—Lau, me alegra verte. —soy sincera al sonreírle, siempre me agradó.

—Lo mismo digo, nena. Cuéntame ¿sigues tocando el piano?

—Yo, eh…

—¿Por qué tu si puedes hacerle preguntas? —se queja Benjamín haciendo un mohín.

—Bueno, bueno, adelante, empieza tú.

Así es como comienza una larga secuencia de preguntas que respondo en automático, como si fuera un robot, me presentan ante los demás y solo un par de ellos hacen el esfuerzo de entablar conversación conmigo, los otros siguen en lo suyo y no me molesta, me alivia no tener la atención de todos sobre mí; colocan una cerveza frente a mí que rechazo al instante, no puedo beber alcohol, es perjudicial y pondría en riesgo mi salud teniendo en cuenta que he estado ingiriendo medicamentos.

—Escuché que estudias psicología ¿me lees la mente? Anda, por favor… —ruega Benjamín y Pablo lo mira como si no tuviera remedio.

—No funciona así. —río cuando hace una mueca de decepción.

—¿Entonces cómo? ¿Qué clase de psicóloga eres tú? Una aburrida por lo que veo.

—Aun no soy psicóloga, Ben.

—Eso lo explica, pero podrías hacer el esfuerzo, a ver, adivina qué estoy pensando. —cierra los ojos inclinando su cabeza hacia mí.

—¿Qué se supone que haces? —inquiero riéndome.

—¿No tienes que tocarme la frente para poder adivinar? Es parte de crear la conexión…

—¿Si te das cuenta de que estás diciendo incoherencias? —Lukas aparece golpeándole la parte trasera de la cabeza y dejo salir el aire que tenía contenido. «Comenzaba a sentirme sola».

Se sienta a mi lado pasándome el brazo por los hombros, huele a uvas y dulce de naranja. Me ofrece un panecillo que recibo solo porque insiste en que coma algo, no hablo mucho durante un largo rato, me dedico a escucharlos a todos, y me agrada que esta no sea una fiesta con mucha gente que forma alborotos y hace escándalos

cada dos minutos, esto es refrescante, tenía demasiado tiempo sin salir a cualquier parte.

—Oigan ¿dónde está Laura? —pregunta Pablo en voz alta arrugando el cejo y mirando hacia los lados buscándola.

—Salió a atender una llamada, ha de estar por ahí, tranquilízate. —Lukas le resta importancia.

El panecillo que comí me despierta el hambre, le aviso a los chicos que iré por otro, pero ellos se mueven a hacerlo alegando que soy la invitada y ellos los anfitriones.

—No estoy lisiada, puedo ir yo misma.

—No seas malagradecida, yo nunca le busco nada a nadie, mensa. —dice Ben sacándome una risita.

—¿Crees que he olvidado cuando fuiste el sirviente de Luisa por dos meses?

—¿El sirviente de quién? No sé de qué hablas.

—Sabes perfectamente de qué hablo —continúo poniéndolo nervioso—, estabas enamorado de Luisa hasta el tuétano, y si ella te decía «¡Benjamín, salta!», tu parecías una rana hiperactiva con una sobredosis de cafeína.

Lukas escupe lo que estaba bebiendo para reírse con nosotros, y el aludido intenta contener la sonrisa, pero acaba carcajeándose también asegurando que en aquello días era un tonto enamorado que no veía lo que hacía; seguimos bromeando hasta que la ausencia de Laura se hace bastante notable, así que sintiéndome en la capacidad de levantarme y salir de la zona de confort en la que estaba junto a mis amigos, específicamente Lee, me disculpo con ellos y salgo del comedor dirigiéndome a la puerta principal, ya la han buscado en el baño y las habitaciones, así que queda la entrada y el corredor de afuera.

No sé ni por qué la estoy buscando, pero comúnmente cuando tengo un mal presentimiento no me equivoco, y el que lleve más de media hora sin aparecer ni avisar nada a nadie no me da buena espina.

Pongo la mano en la perilla de la puerta abriéndola para escanear el pasillo, todas las puertas están cerradas, el silencio es pesado, y mi instinto me lleva a salir del departamento y caminar lentamente hasta las escaleras que van al piso de arriba, aunque no subo ni un escalón, porque lo que llega a mis oídos me deja estática en el primer peldaño.

—Te prometí callarme, y lo haré… —es Laura, su voz suena ahogada—, me estás lastimando, déjame volver con los demás.

Comienzo a subir sin hacer ruido, ella se escucha asustada.

—No vas a irte a ninguna parte. —los ojos se me abren de golpe, y me agarro fuerte de la baranda cuando el miedo me deja anonadada.

—Peter, por favor…

—Shh ¿no querrás otro de estos en la cara, cierto?

—Quiero irme, ya no quiero estar contigo, me haces daño…

Las lágrimas se me agolpan en los ojos cuando la escucho sollozar por una sacudida que él le da, y la ira se empieza a mezclar con el miedo dentro de mí. «Es un malnacido». Quiero seguir avanzando, pero estoy paralizada, los recuerdos me bombardean y…

—¿No quieres estar conmigo? ¿He escuchado bien? —el tono duro de Peter me ensordece los sentidos.

De repente escucho que algo se rasga, seguido del chillido de Laura que es ahogado no sé con qué, eso me despierta y sigo subiendo hasta que queda a la vista en la siguiente escalera la figura de ambos, ella está acorralada contra la pared y él ha roto su falda a la mitad, con la mano le cubre la boca y la sigue apretando con demasiada fuerza. Rebusco en los bolsillos de la chaqueta el teléfono y acciono la cámara antes de que alguno de los dos se percate de mi posición, el vídeo que logro grabar no pasa de los diez segundos, porque Peter le suelta la boca para despojarla de las otras prendas y es ahí cuando ella nota mi presencia.

—¡Nathaly, vete de aquí! —me grita llorando y todo ocurre en cámara lenta.

Peter le quita las manos de encima girándose hacia mí, la expresión que tiene es de rabia y sorpresa, aprieta los puños a los lados y empieza a bajar las escaleras de la manera más lenta y atemorizante que puede existir alternado la mirada entre mi rostro y el celular. Laura cae sentada en los escalones y en sus brazos distingo moretones y quemaduras de cigarros.

Peter se lanza hacia mí sitio y corro escaleras abajo con el corazón latiéndome demasiado rápido, el miedo me arranca más lágrimas y el recuerdo de los golpes me distrae al punto en el que paso de largo el departamento de Pablo y sigo escaleras abajo, lo siento trotando detrás de mí y hago uso del entrenamiento que recibí en clases de gimnasia en el instituto, me salto algunas barandas y por otras me deslizo, resbalo al llegar al vestíbulo y con los dedos temblorosos activo la grabadora de voz del celular y lo meto en el bolsillo interior de mi chaqueta.

—Me está persiguiendo —hablo con la voz entrecortada por el agite y el llanto—, viene detrás de mí, su nombre es Peter Bans, tiene… tiene 19 años, y es peligroso…

Abro la puerta de la entrada y cuando coloco un pie afuera un brazo me rodea el torso con una fuerza descomunal, el aire escapa de mis pulmones, trato de gritar, pero la mano de Peter me tapa la boca; las personas que están a lo lejos no ven hacia acá, y forcejeo en vano, porque él es más fuerte que yo.

—¡Quédate quieta! —zanja sacudiéndome y la falta de aire se

apodera de mí.

No puedo respirar.

—Nath, es un placer verte de nuevo, aunque lamento que sea en estas circunstancias tan… —habla él entre risas que me repugnan y avanza fuera del lugar—, tan feas. Estábamos teniendo una discusión de pareja, no hay por qué alarmarse.

—Eres la persona más despreciable que he conocido, ¿por qué? ¿Por qué tienes que hacer esto? —logro mascullar entre dientes, ignoro las lágrimas que ruedan por mi rostro—. ¿Por qué, Peter?

Se encoje de hombros, la sonrisa que tiene en la cara es desagradable y aterradora.

—No lo sé, tú eres la psicóloga aquí, dímelo tú.

—Eres un cobarde.

La mirada se le ensombrece y me encojo por el pánico.

—¿Cobarde?

—Sí, eres un cobarde, mira lo que le has hecho a Laura, y recuerda lo que me hiciste a mí. Nos golpeaste porque sabías que no estábamos en condiciones de defendernos.

—Te equivocas —ríe—, ustedes se lo buscaron, tú te lo buscaste al desobedecerme.

—¡No somos animales, suéltame! —lo muerdo con todo lo que tengo y lo que recibo es una sacudida acompañada de una línea de insultos que no me inmutan porque sé que no son reales. Esos no.

—Después discutimos eso, ahora necesito que me des ese celular y estés calladita, recuerda lo que ocurre cuando me hacen enfadar, y no quieres hacerme enfadar ¿cierto, bonita?

—No voy a darte nada, enfádate si quieres, pero de esta no sales, hijo de… —de un tirón me echa la cabeza hacia atrás, chillo y él se ríe, su aliento llega a mis fosas nasales, capto el olor a licor.

Está ebrio.

—Es una pena, no quería tener que hacer esto de nuevo…

—¿Hacer qué…?

Vuelvo a rememorar sus humillaciones y bofetones mientras soy arrastrada hasta el callejón trasero del edificio, los botes de basura apestan horrible, pataleo plantando los pies en el pavimento, en vano, porque soy estrellada de espaldas contra uno de ellos, el oxígeno abandona completamente mis pulmones y el pánico paraliza mis sentidos, los reflejos me fallan y es tarde para apartarme cuando Peter me atiza un bofetón volteándome la cara.

—Veamos si así recuerdas que a mí no hablas de esa manera.

—¡Cobarde! ¡Todo el mundo sabrá que eres un cobarde!

—¡Repítelo y…! —vuelve a empujarme, esta vez choco con la pared y hago el intento de correr, pero me toma del brazo y le regreso el empujón, los ojos rojos me los clava en la cara cuando le sigo

repitiendo lo mismo, necesito que hable, que diga lo que sea, pero que su voz quede en esa grabación todas las veces que sean posibles.

—Te voy a callar así tenga que arrancarte la lengua. —el alcohol lo torna más agresivo y en segundos me entierra los dedos en el antebrazo, halándome hacia él.

—Detente, por favor. —balbuceo y me silencia otra bofetada que me tira al piso sintiendo el sabor de la sangre en mi boca.

Lo siento subirse sobre mí buscando la pretina de mi pantalón mientras murmura algo sobre su padre que no entiendo, lloro suplicándole que se detenga, pero no lo hace, repite una y otra vez el nombre de su progenitor y que la cobarde soy yo, las palabras me taladran en la sien y lo creo, porque estoy aquí dejándome pisotear y golpear por este miserable una vez más.

Logro liberar una de mis manos y le araño la mejilla tratando de lastimarlo para que me suelte.

—¡No hagas eso, Paula! —vuelve a cruzarme la cara y percibo el sabor salado emanando de mi labio también, le pasa el dedo a la sangre y niega con la cabeza—. Mira lo que me hiciste hacer.

¿Acaba de pronunciar el nombre de su madre?

No estoy comprendiendo nada, me arde la cara y los oídos me pitan, la respiración sigue fallándome y detesto todo esto, no merezco más golpes de este jodido y asqueroso mundo, no sé qué es lo que quiere de mí esta despreciable vida, lo estoy intentando y lo único que obtengo es más mierda.

Termina de desabrocharme el cinturón y mis gritos mueren ahogados bajo la presión de su palma, la mano que tengo libre reacciona y negándome a permitir que sea este bastardo el que me deje en las ruinas, tanteo el suelo a mi alrededor hasta que alcanzo lo que parece ser un tubo metálico, lo agarro con fuerza y la rabia me impulsa a pegárselo en la cabeza, el golpe resuena y lo deja aturdido, pero no se quita y vuelvo a golpearlo hasta que cae a mi lado tocándose la zona lastimada.

Me levanto sujetándome de la pared, todo a mi alrededor es borroso, el cuerpo entero me tiembla y siento que voy a desmayarme, con dificultad me aseguro de que la grabación se haya guardado y corro lejos de ahí sin mirar hacia atrás o pedir ayuda, el desespero que me abarca me lleva al auto de Lukas, recuerdo que me dio sus llaves al subir al departamento y abro la puerta del piloto encendiendo en vehículo sin parar de llorar. Siento que una cuerda rodea mi cuello, cerrándome el paso del aire, la histeria hace que actúe sin pensar, solo quiero salir de aquí.

Acelero cuando estoy fuera del estacionamiento, giro el volante bruscamente cuando se atraviesa un grupo de personas a mitad de calle y no sé a dónde voy, simplemente tomo la vía más sola que veo y

conduzco sin dejar de pisar el acelerador. El puño lo estrello una y otra vez en el volante, las lágrimas no se detienen, grito hasta que la garganta me arde, el espejo retrovisor refleja los moretones que empiezan a salir en mi cara y la hendidura en mi labio inferior que sangra dolorosamente.

—¡Maldita sea! ¡No! —sigo estrellando los puños—. ¡¿Qué mierda hice?! ¡No merezco esto! ¡No merezco una marca como ésta! ¡No otra vez!

Estoy hundida.

Volteo a los costados observando los árboles que bordean la carretera, freno el auto y el impacto impulsa mi cuerpo hacia adelante, el pecho se me pega al volante y no duele más que lo estoy sintiendo dentro de mí. Las humillaciones, los golpes, la tristeza acumulada, la rabia, el miedo… todo se mezcla, me arde, lloro tirándome del cabello hasta que la presión en el pecho se torna insoportable. «Me voy a morir, no puedo respirar».

—Me han reducido a nada… ya no soy una persona, no lo soy…

No pienso en lo que hago, simplemente tomo mi bolso del asiento trasero sacando el frasco de somníferos y ansiolíticos, estoy alterada y me desconozco completamente, pero no me interesa, no me importa, la persona que podía evitar esto ya no está, y pensarlo me hace gritar otra vez.

—¡¿Dónde estás?! No puedo… no puedo respirar —sollozo, mareada, y me meto un puñado de pastillas en la boca, las trago con dificultad, continúo con las demás y deseo con todas mis fuerzas que esto pare, no respiro, no puedo respirar—. Necesito aire… necesito…

Pasan diez minutos donde me concentro en cerrar los ojos y respirar profundo, una secuencia de truenos me hace respingar y las gruesas gotas de lluvia que caen del grisáceo cielo se estrellan contra el vidrio del parabrisas; de un momento a otro mi mente parece aclararse luego de distraerme con la lluvia y una punzada en la cabeza y tórax me hace mirar los frascos de pastillas vacíos en el suelo del coche.

«¿Qué es lo que he hecho?».

Aprieto los ojos cuando la vista se me nubla, siento el cuerpo pesado y comienzo a asfixiarme, salgo del auto trastabillando con mis propios pies y lo frío del ambiente hace que se me ericen todos los vellos de la piel, la ropa se pega a mi torso cuando la lluvia la empapa y caigo de rodillas en el suelo volviéndome consciente de que acabo de tomarme todo un frasco de…

—No, no —me estrujo el estómago queriendo abrirlo para sacarme lo que he metido—. ¡No! No puedo… no puedo irme así, no… —un ataque de tos me hace escocer la garganta, el pánico adueñándose de cada partícula de mi ser—. Me voy a morir… no, no, no, no…

El dolor en el lado izquierdo de mi pecho me encorva sobre el piso y me pongo la mano en el cuello sintiendo lo acelerado de mi pulso, el llanto toma posesión de mí, escupo la saliva que se acumula en mi boca demasiado rápido, la poca esperanza que quedaba en mi alma se desbarata en este instante, y, aun así, me esfuerzo en hablar para no darme por vencida.

—Mi nombre es Nathaly Grey, tengo dieciocho años, y voy a estar bien —tiemblo siendo presa de los efectos de las sustancias en mi cuerpo—, voy a estar bien, voy a estar bien.

Repito lo mismo con los dientes castañeándome por el frío que me cala en los huesos sabiendo que no es cierto, pego las rodillas a mi pecho y me vuelvo un ovillo en el pavimento de la acera queriendo sentir sus brazos a mi alrededor, pero su ausencia me congela aún más, el saber que no volverá me hace gritar bajo las gruesas gotas de lluvia que caen como piedras.

Mi auto está a escasos pasos de mí, mas no me muevo, lloro y toso con la mejilla pegada a la dureza del suelo, los espasmos en mi cuerpo no se detienen, se me comprime el estómago con una arcada repentina que queda a medias porque me niego a vomitar en medio de la nada y terminar de convertirme en un residuo humano.

El móvil vibra dentro de mi chaqueta de cuero y lo ignoro, soy incapaz de moverme.

¿Cómo fue que llegué a este punto?

¿Cuándo dejé de importarme?

Aprieto los ojos deseando con todas mis fuerzas despertar de la pesadilla en la que se transformó mi mera existencia, pero al abrirlos sigo envueltas en sombras, llorando y suplicando que alguien venga por mí porque yo ya no puedo levantarme.

—Me dejaste a mi suerte, prometiste quedarte y te fuiste —sollozo sintiendo que algo me rompe por dentro, salivo en exceso y sé la razón, pero no me importa—. Te necesito, vuelve, por favor.

El llanto no me permite seguir hablándole a quien no puede oírme ya que no existe, desapareció, se esfumó delante de mis ojos, dejándome en un duelo perenne que amenaza con quebrarme en un trillón de trozos. La vista se me nubla y no por las lágrimas, sino por aquello que metí en mis venas deseando pausar por minutos efímeros la agonía que me carcome desde que él se desvaneció en mis brazos, el oxígeno me pesa en los pulmones y lo último que veo antes de que un hilo de sangre corra fuera de mi nariz es a dos personas gritando con desesperación mientras corren hacia mí.

Capítulo 15

Hasta aquí.

NATHALY

Siempre creí que el estado de «desactivación emocional» era una tontería, porque ¿cómo vamos a dejar de sentir? ¿No estamos acaso hechos de un puñado de emociones y sentimientos? ¿Cómo vamos a apagarlos como si fuese un cable que arrancas del enchufe?

Sin embargo, estando en esta camilla mullida, con una bombilla blanca colgando del techo sobre mí cabeza, un cúmulo de voces a mi alrededor que trato de ignorar, aproximadamente tres agujas en mi cuerpo, más un montón de cables, creo que lo mejor es hacerme ajena a las emociones y fingir que no existen.

Porque a veces, «sentir» agota.

Mis oídos captan palabras que me hacen pestañear de vez en vez.

«Sobredosis».

«Lavado gástrico».

«Pérdida de peso notable».

«Agresión».

«Intento de suicidio».

«Rehabilitación»

«Desintoxicación».

«Estrés post traumático».

Quisiera pedirles que pararan de hablar como si yo no estuviese aquí presente, pero mis labios parecen pegados con silicón, la voz no me sale, y no sé exactamente qué decir; simplemente me quedo viendo una de las paredes de los lados de la habitación, es completamente blanca con unas flores amarillas dibujadas en las esquinas, la ventana está cerrada para que el aire acondicionado mantenga fría el área, quisiera poder abrirla, me gusta el aire fresco.

Alguien me roza la mano izquierda y mi única reacción es apartarla bruscamente, vuelven a hacerlo llevándome a gruñir rabiosa a la persona que insiste en ponerme un dedo encima.

Es Lukas.

Tiene los ojos llorosos, la angustia evidente en su expresión.

—Nathaly, soy yo, tranquila, no voy a hacerte daño. —sube la palma para acariciar mi mejilla y aparto la cara cuando el recuerdo de alguien golpeándome viene a mi memoria.

No quiero que nadie me toque.

No lo digo, pero creo que mi actitud es suficiente. Él se enfrasca en una conversación con la enfermera sobre el tratamiento que van a

suministrarme, ella cambia la bolsa del suero explicando que cuando llegué tuve signos de deshidratación y no me resisto, mientras no me toque no hay problemas.

Cierro los ojos queriendo desaparecer, no me gustan los hospitales; hago caso omiso a la voz de mi madre, que le hace preguntas al doctor que no comprendo, solo sé que tienen relación con mi estado de salud tan decadente, siguen parados en la puerta y no sé qué hace ella aquí, no la quería viendo esto, ha de sentirse decepcionada, es una desgracia que no tenga la capacidad de consolarla.

Los minutos pasan, alguien se sienta en la silla de plástico junto a la camilla y reconozco el perfume masculino de Lukas.

—Es de noche, ya las estrellas aparecieron —me dice haciéndome abrir los ojos—, ¿quieres que abra la ventana? Sé que te gusta el aire fresco.

Asiento una sola vez, un ligero movimiento que capta rápido.

Mientras él abre la ventana ojeo la habitación, no hay más nadie, arrugo las cejas cuando no veo el bolso de mamá en el sofá del costado. ¿Se habrá ido? ¿Por qué? ¿Ya se cansó de mí?

—Está en la cafetería, bajó a comer algo. —informa Lee cuando regresa a la silla sin necesidad de que yo pregunte, suspiro centrando la vista en las estrellas brillantes del cielo nocturno.

Son hermosas.

Siempre leía libros de constelaciones, astronomía y de más, no comprendí del todo la historia de cada una de ellas, la mitología es compleja, al menos para mí lo es, pero verlas me tranquiliza, así que para mí es suficiente por ahora.

—Entiendo por qué las amas tanto, son tan fugaces y resplandecientes —comenta él viéndolas también—, recuerdo que una vez me dijiste «“Si las estrellas pueden arder en fuego y verse hermosas, entonces yo también puedo”».

Lo miro pidiéndole en silencio que se detenga, no quiero seguir escuchando charlas motivacionales.

Claro que no me hace caso, es tan persistente que cansa.

—Hasta aquí.

Arrugo la frente, no comprendo lo que dice.

—Hasta aquí, Nathaly. Ya no más —respira hondo mirándome con seriedad—. Cuando tocas fondo no queda otra alternativa que volver hacia arriba, y tú ya has tocado fondo, así que ahora vas a subir, y si no quieres te agarro con una cuerda y te subo, pero aquí no te quedas, ya no más.

Me harta con lo mismo.

—Cállate, Lukas. —es lo primero que digo después de horas de silencio.

—Es música para mis oídos escucharte decir eso.

Sacudo la cabeza sintiéndome rara, la voz ronca no parece la mía, trato de respirar profundo, el pecho me duele un poco y estoy agotada físicamente; el estómago me ruge, pero presiento que si como cualquier pequeñez la voy a vomitar.

—Tengo sed. —digo en un susurro.

—¿Agua o jugo?

—Agua, por favor.

—De acuerdo.

Rápidamente abre un pequeño refrigerado junto a la camilla sacando una botella de agua mineral, la extiende hasta mí con una sonrisa de boca cerrada, la agarro con cuidado de no tocarlo a él, el líquido pasa por mis labios refrescando y disminuyendo la resequedad en el interior de mi boca.

—¿Qué fue lo que pasó? ¿Quién me trajo? —las preguntas no las contengo.

—Yo te traje, Pablo y yo te encontramos.

La botella empieza a pesarme en la mano.

—¿Ustedes…? ¿Cómo lo hicieron?

—El auto tenía un rastreador, se lo coloqué como método de precaución. —explica suspirando.

—Lo siento. —aparto la cara para no verlo a la cara, me molesta haber permitido que me vieran en ese estado tan deplorable.

—No pasa nada, Nath… Lo importante es que estás bien.

Ruedo los ojos sin replicarle nada. «No estoy bien, creo que eso acaba de quedar evidenciado».

—Lukas… —pronuncio muy bajito, apenas audible, no sé de qué forma disculparme por haberlo hecho pasar un pésimo momento.

—Vuelves a hacer algo así y —advierte con la voz quebrada poniéndose de pie para ir a la ventana—, y juro que te colgaré de cabeza sobre un estanque de anguilas eléctricas, puedo asegurarte que si caes dentro no tendrás súper poderes.

Mantiene la distancia respetando mi espacio, lo agradezco, observamos unos minutos más las estrellas hasta que una enfermera que no reconozco entra con unos implementos en un carrito, Lukas se levanta para preguntarle quién es, la mujer de cabello corto explica que es el cambio de turno y él la deja adentrarse tranquilamente, pero me pongo a la defensiva cuando se acerca a mí en lugar de ir a la bolsa del suero.

—Hay que hacer unos exámenes más, necesito tomarle una muestra de sangre, señorita. —me dice preparando la jeringa y está loca si cree que va a tocarme.

—No va a sacarme nada, déjeme en paz.

—Son indicaciones del doctor…

—Pues que venga el doctor y le daré la misma respuesta.

Ignora completamente mis palabras agarrándome del brazo por el que me sacudieron tantas veces con brusquedad, la acción me acelera el corazón, desestabiliza mi respiración y mi cerebro parece un casete que reproduce los mismo dos, tres, cuatro veces.

«Golpes».

«Sacudidas».

«Gritos».

«Estrujones».

—Suélteme… —murmuro temblando, el shock me inmoviliza dejándola colocar la liga en el antebrazo para tensarme las venas.

—Será rápido, como el pinchazo de un zancudo…

—Suélteme…

—Nath, respira, todo estará bien. —Lukas está junto a la mujer y lo ignoro, la aguja se acerca a mi piel desencadenado una secuencia de imágenes que me bombardean hasta aturdirme, llevándome a empujarla lejos de mí.

—¡No me toques! —pateo el carrito hasta volcarlo, las cosas caen al suelo y cierro los ojos cuando vuelvo a sentir los golpes en mi cara, me agarran del brazo nuevamente tratando no sé de qué, y vuelvo a sacudirme con el corazón batiéndose con fiereza en mi interior—. ¡No, no, no! ¡No me toquen! ¡No he hecho nada, me he portado bien, déjenme en paz!

Arrastro con las manos todo lo que puedo alcanzar, el florero de la mesa lo estrello contra la pared de enfrente, mi vista es borrosa y lo único que quiero es dejar de ver la cara de Peter, me sujetan ambas manos con fuerza haciéndome gritar y temblar de pies a cabeza.

—¡No, Peter no! ¡Suéltame ya! ¡Auxilio! —el llanto no se hace esperar y desearía estar adormecida otra vez.

—¡No soy Peter! —mentira, mentira, él está aquí, ha venido por mí.

—¡Vete de aquí, me haces daño! ¡No más golpes, por favor, haré lo que sea! —suplico sintiéndome diminuta como una hormiga.

—¡Nathaly, basta ya! ¡Peter está en prisión! —me quedo estática parpadeando para aclarar mi visión, no me creo lo que ha dicho.

Me hago consciente de que es Lukas el que está frente a mí, inmovilizando mis manos con las suyas, no está agarrando con tanta fuerza, pero sí me incomoda, no quiero… no quiero que me toquen.

—Suéltame, por favor… —pido en una súplica.

—Voy a soltarte, pero mantente tranquila, Peter no está aquí, está bajo custodia y ya no puede dañarte. —me libera del agarre alejándose dos pasos.

Con la respiración hecha un desastre me quedo quieta, estoy temblando por el pánico que me embarga, me cuesta creer lo que dice, quizás no es real, quizás lo dijo solo para calmarme, quizás Peter

volverá para acabar conmigo, quizás regresará por mí…

Lukas me hace mirarlo cuando va a hablar.

—Peter está bajo custodia, Laura puso la denuncia, ella testificó y nos dijo que en tu celular estaban las pruebas, por ello el proceso fue rápido. Lo arrestaron, estará ocho meses en prisión y cuando salga tendrá una orden de alejamiento que las mantendrá seguras a las dos. La condena me parece corta, pero sin más pruebas o víctimas eso fue lo que conseguimos. Se acabó ¿me escuchas? Ya se terminó.

Sus dedos acarician el dorso de mi mano suavemente, la noticia es tan repentina que no reacciono para apartarme, solo tengo mente para…

—¿Está…? ¿Está en la cárcel? —suspiro con la boca entreabierta y la mirada perdida.

—Sí, está en la cárcel, ya no podrá hacerte daño de nuevo.

—Se acabó… —sollozo entrando en llanto otra vez—. Se acabó, se acabó, se acabó…

—Sí, ya se acabó, y nada de esto fue tu culpa ¿comprendes? —me dice y sé que está resistiendo las ganas de abrazarme—. Le salvaste la vida a Laura, y salvaste la tuya, y ya se acabó, fue suficiente.

—Se terminó… no pensé que… —me duele hablar.

—Dios, Nathaly, déjame abrazarte por favor.

Simplemente asiento levemente porque necesito el calor de alguien alrededor de mí, y en un parpadeo estoy encerrada en los brazos cálidos de mi amigo, sollozando en su pecho hasta lograr respirar con más calma.

Una mujer de limpieza entra a recoger el desastre que causé en la habitación, los cristales rotos, el agua derramada, las cosas desperdigadas por el piso. Lukas es paciente conmigo, entiende que no quiero a nadie cerca y mantiene la distancia luego del abrazo, hace comentarios tontos de vez en vez tratando de sacarme una sonrisa, no tiene mucho éxito, pero valoro y aprecio muchísimo que esté aquí haciéndome compañía.

Mamá aparece de un momento a otro haciéndome tragar grueso, está metida en un abrigo largo de lana marrón que la mantiene caliente, los párpados hinchados me dicen que ha estado llorando, el cabello se lo ha recogido en una coleta descuidada y me siento culpable por hacerla pasar por todo esto.

—Las dejaré solas. —avisa Lukas dándole un beso en la mejilla a mamá.

—Ve a descansar, me hago cargo esta noche. —le dice ella con una media sonrisa, por las miradas sé que ya la han puesto al tanto de lo sucedido con la enfermera, por ello no me extraña que nadie más haya venido en los últimos minutos, nadie quiere acercarse a la joven psicótica.

—Vale —me mira lanzándome un beso—. Te veo luego, estrellita.

Con una pequeña sonrisa me despido de él, se marcha dejándome con la mujer a la que probablemente he decepcionado por completo. Respiro profundo apartando la mirada, percibo su tacto en mi cabello y de ella no puedo apartarme, al contrario, es la única persona que quiero que me abrace, que me sujete la mano y me diga que todo va a estar bien.

—¿Dónde está papá? —pregunto pasando saliva, no lo he visto desde que desperté.

No responde.

—¿Dónde está papá? ¿Por qué no ha venido? —repito a sabiendas de que la respuesta va a dolerme.

—Está de viaje fuera del país, llegará en tres días, no puedo apartar un vuelo para mañana… —trata de justificarlo para no herirme, pero ya es tarde.

—Dile que no se moleste en venir, que disfrute sus vacaciones, ha de ser más divertido que ver a su hija hospitalizada porque se bebió un coctel de pastillas.

No mido lo que digo, me hago consciente de lo que pronuncié cuando escucho un pequeño sollozo de mi madre, no puedo seguirla hiriendo de esa manera.

—Lo siento, mami. —volteo a mirarla, no luce molesta, sino más bien aliviada. La barbilla me tiembla cuando sacude la cabeza dándome un beso en la frente.

—Ya, no te disculpes…

—Yo solo quería que dejara de doler.

Los ojos se me encharcan, las palabras me salen entrecortadas.

—Lo sé, cariño, y tú error no fue hacer lo que hiciste, tú error fue reaccionar cuando ya habías llegado a tope. No podemos esperar a que el agua nos cubra la cabeza para empezar a nada, porque estaremos desesperados por salir y el miedo nos hundirá más. Hay que nadar a la orilla antes de que nos lleve la marea.

Tiene razón, pero no lo había visto así, no sabía que me estaba hundiendo hasta que alcé la mirada y solo vi agua. Ya no quiero pensar, no quiero más sermones, no quiero más charlas, no quiero más procesos. Quiero paz.

—Quiero irme a casa.

—Lo haremos, pero primero vas a curarte.

—¿Curarme? —la palabra me hace ruido, no estoy enferma.

—Sí, hija, curarte. Vas a entrar 1 mes en el proceso de desintoxicación, durante ese tiempo te verás con un terapeuta, ya está arreglado. Será aquí en Seattle, pero vendré a visitarte todos los fines de semana… —explica con suavidad, pero me altero de todas formas.

—¿Rehabilitación es lo que estás diciendo? Eso es para los adictos,

yo no…

—Nathaly —se pone más seria—, estabas tomando fármacos en dosis altas, antidepresivos, ansiolíticos, somníferos, todos ellos son drogas, y las drogas generan adicción. No estás bien, no quiero ser dura contigo, pero necesito que veas que requieres ayuda médica en todos los sentidos.

Siento que la grieta que me quiebra se hace más profunda.

Me quedo en silencio batallando con el nudo en mi garganta y ella continúa.

—Estás debajo del peso promedio para tu edad porque no has estado comiendo bien, tienes alterado el ritmo cardiaco y el sistema nervioso, pudiste sufrir un infarto —se le quiebra la voz cuando se pone de pie—. Te amo, Nathaly, puedo darte un abrazo y mantenerme a tu lado hasta que esté segura de que puedes seguir sola, pero ahora necesitas a la madre que no permitirá que te sigas engañando a ti misma, necesitas a la madre que te ponga un espejo enfrente para que te veas y reacciones, necesitas a la madre que hará lo que sea necesario para que estés bien, y esa es la madre que seré.

—No quiero ir a rehabilitación. —niego sintiéndome como una falla biológica, las lágrimas salen y Esmeralda me agarra de las mejillas para que la mire.

—Vas a ir, así como también irás con el psicólogo. 30 días, solo eso, pasará rápido, todo estará bien.

—El proceso es tortuoso, mamá —lloro impulsándola a secarme la cara con los pulgares—, los síntomas de abstinencia han enloquecido a más de una persona, pueden recetarme los medicamentos, podría tomarlos adecuadamente, yo…

—No vas a medicarte más, lo trataremos de otra forma, pero no más pastillas. Es necesario el proceso para poder llegar al progreso. Después de los treinta días podrás volver a la universidad, sin embargo, seguirás viendo al terapeuta.

—Mamá…

—Vas a ir y punto, no se discute, no me importa que tengas dieciocho años, mi deber es velar por tu bienestar y es lo que estoy haciendo.

Está determinada y yo débil para contradecirla, digiero sus palabras resignándome a que tendré que atravesar otra marea más cuando lo único que deseo es tirarme en mi cama para no moverme más, me enfada haberme convertido en una mísera adicta, me enerva que otros tengan que tratar de reparar a la pobre chica «averiada», y me duele tener que permitirlo porque no tengo las fuerzas ni lo ánimos para detenerlos.

Que hagan conmigo lo que quieran, yo ya me he rendido.

Esmeralda limpia mi cara pasando una toalla húmeda bajo mis ojos

y pómulos, hago una mueca cuando toca los hematomas que duelen intensamente, hace lo mismo con mis brazos lavándome la piel amoratada y marcada por los dedos del hombre que me agredió, aunque se le empanan los ojos cada vez que los mira no dice nada, y es mejor así, ese es un tema del que no quisiera volver a hablar por mucho tiempo.

Termina de arreglarme un poco y comprendo la razón cuando una mujer treintañera de sonrisa cálida cruza la puerta arreglándose las gafas, es de estatura y contextura promedio, la ropa a pesar de ser formal es ligera, la blusa rosado pastel le queda bien, y no tengo que ser adivina para saber que es una psicóloga.

—Tú debes ser Nathaly, un gusto conocerte. —dice sutilmente saludando a mamá con un asentimiento de cabeza, asumo que se conocieron antes.

—¿Gusto? —sacudo la cabeza, ironizando—. Claro, para usted debe ser un gran placer hablar con alguien así.

Mi comentario hostil no la inmuta.

—Voy a dejarlas a solas. —mamá me da un beso en la frente y repite que esto es por mi bien antes de marcharse.

La psicóloga se sienta en la silla de plástico.

—¿No cree que debería saber su nombre antes de empezar a escrutarme el cerebro? —inquiero deseando que mi comportamiento la ahuyente.

No lo consigo, solo me sonríe con calidez dejando de lado la libreta que trajo, únicamente centrándose en mí.

—Por supuesto, mi nombre es Aria Lincoln, seré tu acompañante en estos treinta días y los que sean necesarios después de esos.